INTRODUCCION A LA VIDA DEVOTA

SAN FRANCISCO DE SALES



INTRODUCCION A LA VIDA DEVOTA

SAN FRANCISCO DE SALES

Versión castellana de

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS



EDICIONES DICTIO

Título del original francés: INTRODUCTION À LA VIE DÉVOTE.

La edición príncipe data de 1608; se hizo una segunda edición en 1609, y una tercera en 1619.

La traducción española de Francisco de Quevedo y Villegas fue publicada en 1634 por Pedro Mallard. La presente edición sigue –con algunas correcciones– el texto dado por N. J. Casas, París, 1908. Cuando, ocasionalmente, el traductor omite algo del original, se aparta mucho de éste, o utiliza términos o locuciones difíciles para el lector de hoy, se lo aclara en nota al pie de página.

Todas las notas que no llevan indicación en contrario, son de los editores.

Ilustración de la tapa: *Virgen del Libro,* de Sandro Botticelli (*ca.* 1480; museo Poldi Pezzoli, Milán).

Rivadavia 1255 - 1033 Buenos Aires

IMPRESO EN LA ARGENTINA
Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Prólogo del traductor

Al pueblo católico cristiano en la obediencia de la Santa Iglesia de Roma

Este tesoro, que hallé en lengua francesa, escrito por el bienaventurado santo Francisco de Sales, para la enseñanza de todos los fieles, en quien se hallan tantas joyas como se leen letras, vino a mis manos traducido en lengua española e impreso en Amberes, tan desfigurado de la pureza de su mina y falto de muchas cláusulas, que por el interés público me determiné a trabajar en restituirle a sí propio, imitando en este cuidado al que limpia el oro, que sólo atiende a descubrirle, sin gastarle; advirtiendo que quien le disminuye, más roba que limpia, y antes merece nombre de ladrón que de artífice. Por esto, yo con desvelo religioso he solicitado no

profanar la castidad apostólica de sus palabras con afectadas locuciones, que antes la adulteran que la pulen. Hallo sus discursos vestidos de palabras elegantes, como eficaces, vivas y ardientes, que hermosamente adornan sus sentimientos con gravedad honesta y majestad humana y tratable a la atención de los lectores. Adulter non quaerit prolem, sed delectationem. *"El adúltero no busca la descendencia, sino el deleite"; nuestro gran padre busca los hijos espirituales, deleitando el espíritu. Hay muchos que hablan sólo por hablar: éstos son igualmente inútiles para sí y para los que los oyen. Otros hablan y escriben sólo por que los alaben: éstos son más desdichados cuando consiguen las alabanzas que cuando no las consiguen; muéstranse vanos y no doctos. Otros hay que hablan y escriben por enseñar a los ignorantes, encaminar a los perdidos, desengañar a los engañados y consolar a los miserables: método que sólo se aprende de las divinas letras por la meditación, y con el estudio de los Santos Padres y Doctores de la Iglesia. Uno de estos espirituales maestros fue nuestro santo, pues en sus palabras y en su pluma no se oyó ni lee otra doctrina; por esto, fecunda y limpia de novedades sediciosas, fácil, segura y agradable. Parece que hablaba deste libro el glorioso doctor San Agustín en su libro* De Gratia et libero arbitrio, *cuando dijo: "Repetid continuamente este libro, y si le entendéis, dad gracias a Dios; y si no le entendiéredes, acudid con la oración a Dios para poderle entender, que Dios os alumbrará el entendimiento. Acordaos que está escrito: 'Si alguno de vosotros tiene falta de entendimiento, pídaselo a Dios, que es quien con liberalidad le reparte a todos'." Si como hemos dicho, Dios da luz al maestro para que enseñe, en solo Dios le debe buscar el discípulo para aprender. Por esto pidió la Esposa al Esposo en los sagrados* Cánticos *que la besase con el beso de su boca: quiere su doctrina, mas quiérela de su boca, no pasada por otros labios o formada por otra lengua. Hay verdades que las enfer-*

ma el aire que forma las palabras, que las adultera la pronunciación, o balbuciente o precipitada. Los católicos citan a San Pablo como él habló; los herejes, como ellos quieren que hable. En aquéllos se oye al apóstol; en éstos, los apóstatas. Los que no se contentan con seguir a los santos, sólo se contentan con perseguirlos; y por no decir lo que dijeron, dicen lo que ellos mandaron que no se dijese. Por esto nuestro bienaventurado autor, ceñido en sus doctrinas y asegurado en el fundamento de la fe, enseña la sabiduría de la caridad, que es la útil; así lo dice San Agustín, Sobre el Evangelio de San Juan: *"Añade la ciencia a la caridad, y será provechosa la ciencia, no por sí, sino por la caridad." Que la caridad sea plenitud de ciencia, lo dice el propio santo,* Sobre el Salmo 78: *"Preguntas: ¿De qué manera seré lleno de ciencia? ¿Quién llena de ciencia? Tienes de dónde te puedas llenar de ciencia: la caridad es plenitud de la ley. No te distraigas por muchas cosas ni te derrames; espanta el esparcimiento de las ramas, llégate a la raíz, y no atiendas a la grandeza del árbol; haya en ti caridad, que necesario es que se le siga plenitud de ciencia: ¿qué ignora quien sabe caridad, habiéndose dicho 'Dios es caridad'?" Cuánta y cuán grande y cuán fervorosa fue la que tuvo nuestro santo, la ciencia de los libros que escribió lo dice: el del* Amor de Dios, *que parece lo escribió de sí el amor mismo; el de los* Entretenimientos espirituales, *cuya meditación parece que adelanta los de la patria; este de la* Introducción a la vida devota; *en que el más malo y el más ignorante hallará enmienda, razón y luz. Los frutos de su caridad fueron más de treinta mil almas que convirtió con su predicación, asistida de su ejemplo; y otra innumerable infinidad que con sus obras reduce cada día, y reducirá, siendo para las tinieblas espirituales sol sin ausencia anochecida, cuyo día ni los antípodas nos le usurpan, ni nosotros a ellos, por estar amaneciéndoles siempre en entrambos polos la impresión, que en todas par-*

tes y a todas horas por este oficio piadoso adquiere nombre de oriente perpetuo. Léese en este libro la devoción santa y cortesana, la Sagrada Escritura en entrambos Testamentos, con declaraciones suaves, profundas y literales. Acompáñanse los preceptos, de erudición grande y opulenta, empero aplicada sin pompa y presunción; de comparaciones propias, doctas y sutiles, de tal manera asistidas de las palabras, que ni a la verdad la falta adorno, ni ellas con la demasía embarazan a la verdad; tan decentes, tan ajustadas, que se oye en ellas la verdad vestida, y se ve desnuda. Da el santo a su doctrina adorno que es honesto, no elocuencia profana; sigue en todo a los santos. Ellos lo enseñan: San Jerónimo, A Pamaquio: *"La interpretación eclesiástica, aunque tenga hermosura elocuente, debe disimularla, y huir de hablar solamente para las ociosas escuelas de los filósofos, sino para todos los hombres." Y San Ambrosio,* Sobre las Epístolas de San Pablo: *"La predicación cristiana no necesita de la pompa y cultura de las palabras, porque no parezca ser de la astucia de la humana sabiduría, y no de la verdad: allí se busca la composición de las palabras, donde testificándolo la virtud, no se muestra la verdad." En este libro la virtud testifica, y la verdad se muestra tan opulenta de luz, que en solo este libro se leen las doctrinas de los filósofos mejoradas y con enmienda; las proposiciones estoicas, cristianas y limpias; y tan católicamente corregidas, que si Sócrates, Zenón, Epicteto y Séneca vieran esta* Introducción, *leyeran lo que no acabaron de saber, y supieran lo que no pudieron alcanzar: sabiduría, que sólo halla en las Sagradas Escrituras y en los Santos Padres quien, lleno de caridad santa, tiene el amor de Dios nuestro Señor Jesucristo por librería, y su temor por intérprete.*

DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS.

Advertencia del autor al lector de la segunda edición

Amado lector: En esta segunda edición hallarás corregido este librito, y aumentado con muchos capítulos y cosas notables. No he querido adornarlo con citas, como lo apetecían algunos, porque los doctos no las han menester, y poco se curan de ellas los legos. No es siempre mi propósito el explicar las palabras de la Escritura cuando las reproduzco, sino antes bien el explicarme por su medio como quiera que son más agradables a las almas piadosas y más dignas de su veneración. Os digo lo demás en el prefacio. Nuestro Señor sea contigo.

Advertencia del autor al lector de la tercera edición

Salió de mis manos en el año de 1608 este librito, que en su segunda edición fue aumentado de muchos capítulos, olvidándose por descuido, sin embargo, tres de los que se veían en la primera.[1] Posteriormente ha sido impreso a menudo sin mi conocimiento, y con las impresiones, han crecido los yerros. Helo aquí corregido una vez más; pero siempre sin citas, porque no las necesitan los doctos, y a los legos poco importan. No me sirvo de las palabras de la Escritura para explicarlas en cada caso, sino para que como más suaves y dignas de respeto, me sirvan de explicación. Plegue a Dios que te aprovechen y que seas colmado de bendiciones.

[1] Los capítulos olvidados en la segunda edición son el XXIII, el XXXVIII y el XXXIX de la segunda parte de la edición príncipe: "De la decencia de los vestidos"; "De los deseos"; "Que se ha de tener el espíritu justo y racional".

Oración dedicatoria

Oh dulce Jesús, mi Señor, mi Salvador y mi Dios, heme aquí postrado ante vuestra Majestad, ofreciendo y consagrando este escrito a vuestra gloria; vivificad las palabras que en él hay con vuestra bendición, para que las almas, por quienes lo escribo, puedan recibir las inspiraciones sagradas que les deseo, y particularmente la de implorar sobre mí vuestra inagotable misericordia, para que enseñando a otros el camino de la devoción en este mundo, no sea yo reprobado y confundido eternamente en el otro, sino que cante para siempre con ellos, como cántico triunfal, el mote que de todo mi corazón pronuncio, en testimonio de fidelidad entre los azares de esta vida mortal: VIVA JESÚS, VIVA JESÚS. Sí, SEÑOR JESÚS, vivid y reinad en nuestros corazones por los siglos de los siglos. Así sea.

Prefacio

Amigo lector, ruégote leas este prefacio por tu satisfacción y la mía

La jardinera Glicera sabía tan propiamente diferenciar la disposición y la mezcla de flores que acomodaba en los ramilletes, que sin aplicar otras diversas en color, se variaban en labor desconocida los unos de los otros; de suerte que el pintor Parrasio quedó vencido intentando contrahacer al vivo esta diversidad elegante de labores, porque nunca supo mudar la pintura en tantas diferencias como Glicera sus ramilletes.[1] De la misma manera el Espíritu Santo ordena y dispone con tanta

[1] Plinio, *Hist. nat.*, I, [illegible].

variedad los preceptos de la devoción que reparte a las lenguas y plumas de sus siervos, que siendo la doctrina siempre una misma, no por eso los discursos dejan de ser muy diferentes, según los diversos modos de que están compuestos. Cuanto a mí, no quiero ni debo escribir en esta *Introducción* sino aquellas cosas que han sido antes publicadas por mis predecesores acerca deste sujeto. Las mismas flores te presento, lector mío; mas el ramillete que te hago será diferente, a causa de la diversidad y aseo con que va compuesto. Los que han tratado de la devoción, casi todos han mirado a la instrucción de personas muy retiradas del comercio del mundo, o por lo menos han enseñado una suerte de devoción que conduce las almas a este entero retiramiento. Mi intención es instruir los que viven en las villas, en las familias y en las cortes, y que por su condición están obligados a pasar una vida común cuanto a lo exterior. Los cuales de ordinario, con pretexto de una pretendida imposibilidad, no quieren ni aun imaginar en la empresa de la vida devota; pareciéndoles que, como ningún animal osa gustar el grano de la yerba llamada *Palma Christi*, así ningún hombre debe pretender la palma de la piedad cristiana mientras vive en medio de las ocasiones y negocios temporales. Y yo les mostraré que, como la madreperla vive en medio del mar, sin que por eso tome algún gusto de agua marina, y como hacia las islas Celidonias hay fuentes de agua dulcísima en medio de las saladas ondas,[2] y así como los piraustes[3] vuelan por medio de las más reforzadas llamas, sin que por eso sus alas padezcan algún detrimento, así puede una alma vigorosa y constante vivir en el mundo sin

[2] Plinio, *Hist. nat.*, II, 106.

[3] Aristóteles, *De Hist. anim.*, V, 19; Plinio, *Hist. nat.*, XI, 42. Según afirmaban los antiguos, estos insectos vivían en el fuego; leyenda que bien puede figurar al lado de las de Plinio sobre las perlas.

recibir ningún humor mundano; hallar los manantiales de una dulce piedad en las ondas amargas deste siglo; y volar en medio de las llamas de tantos apetitos como el mundo enciende de todas partes, sin quemarse las alas de los sagrados deseos y santas aficiones de la vida devota. Verdad es que esto es dificultoso; y así, querría que a este fin empleasen muchos su cuidado con más ardor y solicitud que hasta aquí han hecho. Pero conociendo yo mi flaqueza y débiles fuerzas, ¿cómo me atrevo por medio de este escrito a dar socorro a los que con un corazón generoso intentan esta divina empresa?

Podrá servirme de disculpa el no haber sido por mi elección o inclinación el salir esta *Introducción* a la luz del mundo. Un alma en extremo enamorada de la virtud, habiendo (tiempo ha) alcanzado de Dios la gracia de querer aspirar a la vida devota, deseó a este fin mi particular asistencia; y yo, que la tenía diversas obligaciones, y que había mucho tiempo antes notado en ella gran disposición para este desinio, procuré con todo cuidado instruirla; y habiéndola conducido por todos los ejercicios importantes a su deseo y condición, la dejé por escrito algunas memorias, para que en ellas hallase ayuda que pudiese mejor facilitar su intento. Comunicólas después al docto y religioso Juan Fourrier, teólogo de la Compañía de Jesús, entonces rector del Colegio de Chambéry,[4] que pareciéndole podrían muchos aprovecharse dellas, me exhortó las publicase; cosa que me persuadió fácilmente por tener su amistad para con mi voluntad el lugar debido a su merecimiento, y su juicio una grande autoridad para con el mío. Para que esta

[4] De 1596 a 1598 dirigió este esclarecido jesuita la Universidad de Pont-à-Mousson; en 1603 pasó a ejercer el cargo de rector del Colegio de Chambéry; allí hubo de tratarle con más frecuencia el santo y elegirle por director espiritual.

obra fuese más agradable, la he vuelto a ver, ingeriéndola y juntándola muchos avisos y doctrina propia a mi intención. Y puédeseme creer haber hecho todo esto casi sin ninguna manera de lugar; causa por que no verás aquí nada con la postrer mano, sino una junta de advertimientos de buena fe, los cuales explico por palabras claras e inteligibles (o por lo menos lo he deseado); y en cuanto pertenece al ornato del lenguaje, no he querido ni aun imaginarlo, como quien tiene otras muchas ocupaciones.

Encamino mis palabras a Filotea, porque queriendo reducir a la utilidad común de muchas almas lo que primero había escrito para una sola, la doy el nombre común a todas aquellas que quieren ser devotas, porque Filotea quiere decir "amante, enamorada de Dios".[5]

Mirando, pues, en todo esto a una alma que por el deseo de la devoción aspira al amor de Dios, he dividido esta *Introducción* en cinco partes. En la primera de las cuales procuro, por algunas exhortaciones y ejercicios, convertir el simple deseo de Filotea a una entera resolución; que a la fin toma, después de su confesión general, por una sólida protestación, nacida de la santísima comunión, en la cual, dándose a su Salvador, y recibiéndole, se entra dichosamente en su santo amor. Hecho esto, para adelantarla más, la muestro dos grandes medios para unirse a su Divina Majestad; muéstrola también el uso de los sacramentos, por los cuales este buen Dios viene a nosotros; y la santa oración por la cual nos tira a sí; y en esto empleo la segunda parte. En la ter-

5 Algunos autores han asegurado haberse escrito la *Introducción a la vida devota* a petición de Enrique IV; la crítica moderna ha demostrado que San Francisco de Sales compuso dicha obra para instrucción de Louise du Chastel, quien contrajo matrimonio el año de 1600 con el señor de Charmoisy, gentilhombre del duque de Nemours y pariente del santo.

cera la muestro cómo se ha de ejercitar en diferentes virtudes, propias a su adelantamiento, no deteniéndome sino en ciertos avisos particulares, de que entonces de sí misma no se hubiera podido aprovechar. En la cuarta la descubro algunas emboscadas de sus enemigos, mostrándola cómo se ha de librar dellas, y pasar adelante en su empresa dichosa. Finalmente, en la quinta parte, hago se retire un poco en sí misma, reparando y rehaciendo las cansadas fuerzas, para que después pueda más dichosamente ganar tierra y adelantarse en la vida devota.

Miserable es esta era; y así, me persuado que muchos dirán no pertenece sino a los religiosos y gentes de devoción el dar tan particulares instrucciones a la piedad; que éstas requieren más lugar que el que puede tener un obispo cargado de peso tan grande como el mío, y que esto distrae el entendimiento, el cual debe emplearse en cosas más importantes. Pero yo, amado lector, te digo, con el gran San Dionisio,[6] que principalmente a los obispos pertenece el perficionar las almas, por cuanto su orden es suprema entre los hombres, como la de los serafines entre los ángeles; de manera que el tiempo no muy ocupado no puede emplearse mejor que en este ejercicio.

Los antiguos obispos y padres de la Iglesia tenían por lo menos tanta afición a sus cargos como nosotros, y no dejaban por eso el cuidado de conducir las almas que querían valerse de su asistencia, como se ve en sus epístolas; imitando en esto a los apóstoles, que en medio de la siega general del universo, recogían ciertas espigas con una especial y particular afición. ¿Quién no sabe que Timoteo, Tito, Onésimo, Santa Tecla y Apia eran los amados hijos del gran San Pablo, como San Marcos y Santa Petronila de San Pedro (Santa Petroni-

[6] *De Eccles. Hier.*, V, 6-7.

la, digo, la cual, como muestran doctamente Baronio[7] y Galonio,[8] no fue hija carnal, sino espiritual, de San Pedro)? Y San Juan escribe una de las epístolas canónicas a la devota Electa.[9] Pena es grande, yo lo confieso, el conducir las almas en particular, pero pena que antes alivia, igual a la de los segadores y vendimiadores, que jamás se ven tan contentos como cuando están cargados de obra y trabajo. Es un trabajo que descansa y conforta el corazón, por la suavidad que resulta a los que le padecen.

Dicen que la tigre,[10] habiendo hallado alguno de sus hijuelos (el cual la deja el cazador en el camino para engañarla y entretenerla mientras se lleva los demás pequeñuelos), se le carga por cansada que esté, sin que por eso se halle más pesada, sino que antes más ligera corre a su guarida, para salvar el ligero peso que lleva. ¡Con cuánta más gana un corazón paternal tomará a su cargo un alma cuando la halla con deseo de la santa perfección, llevándola en su seno como una madre hace a su hijo, sin que por eso sienta la amada carga! Pero sin duda es necesario que sea éste un corazón paternal, razón por que los apóstoles y hombres apostólicos llaman a los discípulos, no sólo sus hijos, sino aun más tiernamente, sus pequeños hijos.

Cuanto a lo demás, amado lector, verdad es que escribo de la vida devota sin ser devoto, mas no cierto sin deseo de serlo, y aun es esta afición la que me da ánimo a instruirte; porque, como decía un gran letrado, la buena manera de aprender es el estudiar, la mejor es

[7] *Ad annum 69.*

[8] *Historia delle sante Vergini Romane.* Este autor, italiano, sacerdote de la Congregación del Oratorio, nació en 1557 y murió en 1591.

[9] *II Jn.*, I, 1.

[10] Plinio, *Hist. nat.*, VIII, 25.

el escuchar, y la bonísima es el enseñar. Muchas veces sucede, dice San Agustín escribiendo a su devota Florentina, "que el oficio de distribuir sirve de merecimiento para el recibir, y el oficio de enseñar de fundamento para aprender".[11]

Alejandro hizo pintar la hermosa Campaspe, a quien con todo extremo amaba, de mano del único Apeles. Apeles habiendo forzosamente de considerar largo espacio el hermoso rostro de Campaspe, por cuanto le iba imitando en la pintura que hacía, imprimió de suerte en su corazón una pasión tan amorosa, que conociéndolo Alejandro y apiadándose de él, se la dio por mujer propia, privándose por amor de Apeles de la prenda que más en el mundo amaba: en lo cual, dice Plinio,[12] mostró la grandeza de su corazón, como pudiera por una muy gran victoria. Paréceme, pues, amigo lector, que siendo obispo quiere Dios que pinte en los corazones de las personas, no sólo las virtudes comunes, sino la muy cara y muy amada devoción; y yo lo emprendo de buena gana, tanto por obedecer y hacer lo que debo, como por la esperanza que tengo de que grabándola en los espíritus de los otros, el mío, por ventura, podrá santamente enamorarse. Si su Divina Majestad me ve vivamente tocado de afición, ella me la dará en casamiento eterno. La hermosa y casta Rebeca, abrevando los camellos de Isaac, fue elegida por su esposa, recibiendo de su parte zarcillos y brazaletes de oro;[13] así yo me prometo de la inmensa bondad de Dios, que guiando sus caras ovejas a las saludables aguas de la devoción, hará a mi alma esposa suya, poniéndome en las orejas los zarcillos de las palabras doradas de su

[11] *Epist.* CCLXVI, 1.

[12] *Hist. nat.*, XXXV, 36.

[13] *Génesis*, XXIV, 20-22.

santo amor, y en mis brazos la fuerza del bien ejercellas, que es en lo que consiste la esencia de la verdadera devoción. La cual suplico a su Divina Majestad me otorgue, y a todos los hijos de su Iglesia, a la cual sujeto mis escritos, mis acciones, mis palabras, mi voluntad y mis pensamientos.

En Annecy, día de Santa María Madalena, 1608.[14]

[14] El prefacio de la edición príncipe lleva la fecha de *8 Aoust 1608*. En las ediciones posteriores se reprodujo dicho prefacio; pero a partir de 1616, se puso erróneamente como fecha *día de Santa Madalena 1608* en vez de *1609*, que es la fecha exacta de la segunda edición.

Primera parte: *Avisos y ejercicios necesarios para conducir el alma desde su primer deseo de vida devota hasta una entera resolución de abrazarla.*

Capítulo I: *Descríbese la verdadera devoción*

Querida Filotea, siendo cristiana, bien sé que aspiras a la devoción, por ser ésta una virtud en extremo agradable a la majestad divina; mas por cuanto las faltas pequeñas en que se cae al principio de cualquier obra se esfuerzan y crecen en el progreso de ella, y son a la fin casi irreparables, es necesario, ante todas cosas, sepas lo que es esta virtud de devoción; porque como no hay sino una verdadera, y gran cantidad de falsas y vanas, si no conoces la cierta y segura, podrías fácilmente engañarte y seguir alguna devoción impertinente y supersticiosa.

Aurelio[1] pintaba todas las caras de las imágenes que hacía, a semejanza con el aire de las mujeres que amaba, y cada uno pinta la devoción según su pasión y fantasía. El que se da al ayuno se tendrá por muy devoto sólo porque ayuna, aunque por otra parte tenga el corazón lleno de rencor y malicia; y sin osar tocar su lengua a vino ni agua por templanza, no se le dará nada de meterla y cebarla en la sangre del prójimo a fuerza de murmuración y calumnia. Otro se tendrá por muy devoto porque cada día dice una multitud de oraciones, aunque después de esto deshaga su lengua en palabras enojosas, arrogantes e injuriosas, así con sus domésticos como con sus vecinos. Otro sacará de buena gana limosna de la bolsa para dar a los pobres, y no podrá sacar del corazón dulzura y piedad para perdonar sus enemigos. Otro perdonará sus enemigos y no querrá componerse con sus deudores, sino a fuerza de justicia. Todos éstos son tenidos vulgarmente por devotos. nombre que de ninguna manera merecen. Buscando la gente de Saúl a David en su casa, puso Micol en una cama una estatua cubierta y adornada de los vestidos del mismo que buscaban, con que hizo creer a la gente de Saúl que el que al parecer dormía era David, que estaba enfermo.[2] Así muchas personas se cubren de ciertas acciones exteriores, aparentes a la santa devoción, con que el mundo las tiene por verdaderamente devotas y espirituales, no siendo en suma sino estatuas y fantasmas de devoción.

La verdadera y viva devoción, ¡oh, Filotea!, presupone amor de Dios, y antes no es otra cosa sino un verdadero amor divino; y no amor como quiera, porque en cuanto el amor divino hermosea nuestra alma, se llama gracia, haciéndonos agradables a su Divina Ma-

1 Plinio, *Hist. nat.*, XXXV, 17.
2 *I Reyes, XIX,* 11-16.

jestad; en cuanto nos da fuerza de bien hacer, se llama caridad; mas cuando llega el grado de perfección, en el cual no solamente nos hace bien hacer, sino obrar cuidadosa, frecuente y prontamente, entonces se llama devoción. Los avestruces no vuelan jamás; las gallinas vuelan poco, aunque pesada y raramente; mas las águilas, palomas y golondrinas vuelan a menudo apriesa, y alto. Así los pecadores no vuelan en Dios; antes hacen todos sus cursos en la tierra y para la tierra. La buena gente, que aún no ha llegado a la devoción, vuela en Dios por medio de sus buenas acciones; pero rara y pesadamente. Las personas devotas vuelan en Dios frecuentemente, pronta y altamente. En fin, la devoción no es otra cosa sino una agilidad y vivacidad espiritual, por medio de la cual la caridad ejercita sus acciones en nosotros, y nosotros por ella obramos pronta y aficionadamente; y como pertenece a la caridad el hacernos guardar los mandamientos de Dios, general y universalmente pertenece también a la devoción el hacer que los guardemos pronta y diligentemente: causa porque el que no guarda todos los mandamientos de Dios, no puede ser tenido por bueno ni devoto; porque para ser bueno es necesaria la caridad; y para ser devoto es necesaria (además de la caridad) una grande vivacidad y prontitud en las acciones caritativas.

Y como la devoción consiste en cierto grado de excelente caridad, no solamente nos hace prontos, activos y diligentes en la observación de todos los mandamientos de Dios, sino que fuera de esto nos provoca a hacer pronto, aficionadamente, las más de las buenas obras que podemos, aunque las tales no sean de ninguna manera de precepto, sino solamente aconsejadas o inspiradas: porque de la misma manera que un hombre que acaba de sanar de alguna enfermedad, camina aquello que le es necesario, pero lenta y pesadamente, así el pecador, habiendo sanado de su iniquidad, camina aquello que Dios le manda; pero también lenta y pesa-

lamente, hasta que llega a alcanzar la devoción: porque entonces, como un hombre bien sano y dispuesto, no solamente camina, pero corre y salta en el camino de los mandamientos de Dios,[3] y de mejor en mejor va corriendo en la senda de los consejos e inspiraciones celestiales. En fin, la caridad y la devoción no son más diferentes la una de la otra que la llama lo es del fuego, por cuanto la caridad, siendo un fuego espiritual, cuando está muy inflamada se llama devoción: de manera que la devoción no junta nada al fuego de la caridad sino la llama, con la cual se hace la caridad pronta, activa y diligente, no solamente en la observación de los mandamientos de Dios, sino en el ejercicio de los consejos e inspiraciones celestes.

Capítulo II: *Propiedades y excelencias de la devoción*

Los que desanimaban a los israelitas el ir a la tierra de promisión, decían que era una tierra que tragaba los que la habitaban: como decir que el aire era tan maligno que no podían vivir mucho tiempo, y que los habitantes eran gigantes tan prodigiosos, que se comían los otros hombres como langostas.[4] Así el mundo, mi querida Filotea, infama cuanto puede la santa devo-

3 *Salmo* CXVIII, 32.
4 *Números*, XIII, 33, 34.

ción, pintando las personas devotas como enojadas, tristes y macilentas, y publicando que la devoción causa humores melancólicos e insoportables. Mas como Josué y Caleb aseguraban que no solamente era buena y hermosa la tierra prometida, sino que también la posesión sería dulce y agradable,[5] de la misma manera el Espíritu Santo por la boca de todos los santos, y nuestro Señor por la suya misma,[6] nos asegura que la vida devota es una vida dulce, dichosa, y amigable. Ve el mundo que los devotos ayunan, rezan y sufren las injurias: sirven a los enfermos, asisten a los pobres, velan, reprimen la cólera, detienen y enfrenan las pasiones, se privan de los placeres sensuales, y hacen tales y otras suertes de acciones, las cuales en ellas mismas y de su propia substancia y calidad, son ásperas y rigurosas; pero el mundo no ve la devoción interior y cordial, la cual vuelve todas estas acciones agradables, dulces y fáciles. Mira las abejas sobre el tomillo, que chupando sacan un zumo muy amargo, convirtiéndole después, por propiedad que tienen, en dulcísima miel. Las almas, pues, devotas, oh mundanas, es verdad que hallan mucha amargura en su ejercicio de mortificación; mas continuando en él, lo más amargo vuelven dulce y suave. Los fuegos, las llamas, las ruedas, y las agudas espadas parecían a los mártires flores hermosas y preciosos olores; y esto porque eran devotos. Pues si la devoción puede dar dulzura a los más crueles tormentos, y a la muerte misma, ¿cuánto más fácil la será el darla a las acciones de virtud? El azúcar hace dulces los mal maduros frutos, y corrige y templa la crudeza de los que están muy maduros. Así la devoción es la verdadera azúcar espiritual, que quita la amargura a las mortificaciones y el daño a las consolaciones: quita la cuita

5 *Idem*, XIV, 7, 8.
6 *Mateo*, XI, 28-30.

a los pobres, la soberbia a los ricos, al oprimido la ruina, la insolencia al favorecido, la tristeza al solitario y la disolución al que está en compañía; sirve de fuego en invierno, y de rocío en verano; sabe abundar y sufrir pobreza; hace igualmente útil el honor y el menosprecio; recibe el placer y el dolor con un corazón casi siempre semejante, y nos colma el espíritu de una maravillosa suavidad.

Contempla la escala de Jacob,[7] porque ésta es el verdadero retrato de la vida devota. Los dos lados, entre los cuales se sube, y a los cuales los escalones se tienen, representan la oración, la cual alcanza el amor de Dios, y los sacramentos que le confieren. Los escalones no son otra cosa sino los diversos grados de caridad, por los cuales se va de virtud en virtud, o bajando (por la acción) al socorro y favor del prójimo, o subiendo (por la contemplación) en la unión amorosa de Dios. Mira ahora, te ruego, los que están sobre la escalera, y verás que son hombres angélicos, o ángeles que tienen cuerpos humanos. No son mozos, pero parecen serlo, por cuanto están llenos de vigor y agilidad espiritual. Tienen alas para volar y arrojarse a Dios por medio de la santa oración; y también tienen pies para caminar con los hombres por medio de una santa y amigable conversación. Sus caras son hermosas y alegres, porque reciben todas las cosas con dulzura y suavidad. Tienen las piernas, brazos y cabezas desnudas, porque sus pensamientos, intentos y acciones no llevan otro designio, ni motivo, sino agradar a Dios. Lo demás del cuerpo tienen cubierto, pero de una vestidura ligera y hermosa; y esto porque usan del mundo y cosas mundanas con corazón puro y sincero, no tomando de todo sino aquello que no excusan,[8] según su condición y manera. Ta-

[7] *Génesis*, XXVIII, 12.

[8] Es decir, "lo indispensable".

les son las personas devotas. Créeme, querida Filotea, que la devoción es la dulzura de las dulzuras y la reina de las virtudes, por cuanto es la perfección de la caridad; si la caridad es una leche, la devoción es la nata; si es una planta, la devoción es la flor; si es una piedra preciosa, la devoción es su lustre y claridad; si es un bálsamo precioso, la devoción es el suave olor que conforta los hombres y alegra los ángeles.

Capítulo III: *Que la devoción es necesaria a toda suerte de estados y profesiones*

Mandó Dios en la creación[9] llevasen las plantas sus frutos, cada una según su género: así manda también a los cristianos, que son las vivas plantas de su Iglesia, produzcan frutos de devoción, cada uno según su calidad y estado. Diferentemente han de ejercer la devoción el hidalgo y el labrador; el vasallo y el soberano; la viuda y la doncella; la soltera y la casada; y no sólo esto, pero es necesario acomodar la práctica de la devoción a las fuerzas, a los negocios y a las obligaciones de cada uno. ¿Sería a propósito, dime, Filotea, que el obispo quisiese seguir la soledad del cartujo; que los casados no procurasen adquirir, ni juntar más que los capuchinos; que el labrador se estuviese todo el día en la iglesia como los religiosos, y que el religioso estuviese

[9] *Génesis*, I, 11.

como el obispo, siempre expuesto a cualquiera suerte de encuentro, por el servicio del prójimo? ¿Esta devoción no sería ridícula, desreglada e insoportable? Con todo esto vemos caer en esta falta muy de ordinario, y el mundo, que no discierne, ni quiere discernir entre la devoción e indiscreción de aquellos que piensan ser devotos, murmura, y vitupera la devoción, la cual no por eso es causa de semejantes desórdenes.

No, Filotea, la devoción (cuando es verdadera) no corrompe nada; antes lo perfecciona todo; pero cuando es contraria al legítimo estado de cada particular, entonces sin duda es falsa. La abeja, dice Aristóteles, saca su miel de las flores, sin dejarlas ajadas ni marchitas, sino enteras y frescas como antes.[10] La verdadera devoción aun hace más, porque no solamente no daña ninguna suerte de estados ni negocios, sino antes los adorna y hermosea. Toda suerte de pedrería echada en la miel, sale más reluciente y hermosa, cada una según su color; y cualquiera se hace más agradable en su estado juntándole a la devoción. El cuidado de la familia se hace apacible; el amor del marido y mujer más sincero; el servicio del príncipe más fiel; y toda suerte de ocupaciones, más suaves y amigables.

No sólo es error, pero herejía, el querer desterrar la vida devota de la compañía de los soldados, de la tienda de los oficiales, de las cortes de los príncipes, y de la familia de los casados. Es verdad, Filotea, que puramente la devoción contemplativa, monástica y religiosa, no puede ejercerse en estos estados; mas también (fuera de estas tres suertes de devoción) hay otras muchas propias para perfeccionar los que viven en estado seglar. Abraham, Isaac, Jacob, David, Job, Tobías, Sara, Rebeca y Judith, dan fe en el Viejo Testamento de esta verdad; y cuanto al Nuevo, San José, Lidia y San

10 *De hist. anim.*, V, 32.

Crispín fueron perfectamente devotos en sus tiendas; Santa Ana, Santa Marta, Santa Mónica y Santa Priscila, en sus familias; Cornelio, San Sebastián y San Mauricio, en los ejércitos; Constantino, Helena, San Luis y San Eduardo, en sus tronos reales.

También se ha visto que muchos han perdido la perfección en la soledad, siendo ésta tan deseada para llegar a una vida perfecta, y la conservaron antes en medio de la multitud, pareciendo ésta tan poco favorable a la perfección. "Lot", dice S. Gregorio,[11] "que fue tan casto en la villa, no lo supo ser en la soledad". Donde quiera que estamos, podemos aspirar a la vida perfecta.

Capítulo IV: *De la necesidad de un conductor para entrar y hacer progreso en la devoción*

Habiéndole mandado a Tobías el menor que fuese a Rages, dijo: "De ninguna manera sé el camino". "Anda", replicó el padre, "y busca algún hombre que te encamine".[12] De la misma manera te digo yo, Filotea mía. ¿Quieres con más seguridad caminar a la devoción? Busca, pues, algún hombre virtuoso que te adiestre y guíe.

Aquí consiste el advertimiento de los advertimientos.

11 *Homil. in Ezech.*, lib. I, hom. IX, 22.

12 *Tobías*, V, 2, 4.

Aunque más busques, dice el devoto Ávila,[13] jamás hallarás tan seguramente la voluntad de Dios, como por el camino de esta humilde obediencia, practicada y estimada en tanto de todos los antiguos devotos. La bienaventurada madre Teresa, viendo que doña Catalina de Córdoba[14] hacía grandísima penitencia, deseó imitarla en esto, contra el parecer de su confesor, que se lo defendía,[15] al cual estuvo tentada de desobedecer en este particular; y Dios la dijo: "Hija mía, tú llevas un seguro y buen camino; y aunque miras a la penitencia que esotra hace, estimo en más tu obediencia".[16] Tanto amaba esta virtud, que, fuera de la obediencia que debía a sus superiores, hizo particular voto de obedecer a un hombre excelente y virtuoso, obligándose a seguir su dirección y consejo; de manera que con esto quedó la bienaventurada consolada en extremo: y así, antes y después de ella, muchas damas devotas, para mejor sujetarse a Dios, han humillado sus voluntades a las de sus mismas criadas y domésticos; lo cual Santa Catalina de Sena alaba infinitamente en sus *Diálogos*.[17] La devota princesa Santa Isabel, con extrema humildad se puso debajo de la obediencia del doctor M. Conrado. Y aún me acuerdo de uno de los consejos que el gran S. Luis dio a su hijo antes de su muerte. Díjole así: "Confiésate a menudo, y elige un confesor idóneo, que

13 El beato Juan de Ávila, conocido con el nombre de "apóstol de Andalucía" (1500-1569) en la *Exposición del verso: Audi, filia, et vide,* etc., 1556.

14 Quevedo sigue aquí el texto de las ediciones francesas anteriores a la publicada en Annecy en 1893, que traen *Catherine de Cordoue*; pero es indudable que se trata de Doña Catalina de Cardona, de quien habla también santa Teresa en el *Libro de las Fundaciones*, cap. XXVIII.

15 Es decir, "que se lo prohibía".

16 Santa Teresa, *Relaciones espirituales*, XXII.

17 *Tract.*, IV.

sea hombre prudente y te pueda enseñar a hacer las cosas que te son necesarias".[18]

"El amigo fiel", dice la Santa Escritura,[19] "es una fuerte protección; el que le ha hallado, ha hallado un tesoro. El amigo fiel es un medicamento de vida e inmortalidad; los que temen a Dios, le hallan". Estas divinas palabras miran principalmente a la inmortalidad, como ves, para la cual es necesario ante todas cosas tener este fiel amigo que guíe nuestras acciones con sus avisos y consejos, librándonos por este medio de las emboscadas y engaños de nuestro enemigo; serános como un tesoro de sapiencia en nuestras aflicciones, tristezas y trabajos; servirános de medicina para aliviar y consolar nuestros corazones en las indisposiciones espirituales; guardarános del mal, y harános el bien mejor; y cuando nos venga alguna enfermedad, estorbará que nos sea de muerte.

Mas ¿quién hallará este amigo? El Sabio responde: "Aquel que teme a Dios"; quiere decir, los humildes, que con veras desean la medra espiritual. Pues que te importa tanto (¡oh, Filotea!) el caminar con una buena guía en este santo camino de la devoción, ruega a Dios con una grande instancia te dé una, que sea según su corazón; y no dudes, porque cuando debiera enviarte un ángel, como hizo al joven Tobías, te enviará una fiel y buena.

Siempre ha de ser ésta para ti un ángel; quiero decir, que cuando la hayas hallado, no la has de considerar como un hombre simple; y esto sin confiarte en ella, ni en su humano saber, sino sólo en Dios, el cual te favorecerá y hablará por medio de este hombre, poniéndole en la boca y corazón aquello que fuere ne-

18 Joinville, *Histoire de Saint Loys.*
19 *Eclesiástico,* VI, 14, 16.

cesario para tu salud; y así le debes escuchar como a un ángel que baja del cielo para guiarte a él: has de tratar con él con abierto corazón, con toda sinceridad y fidelidad, manifestándole claramente tu bien y tu mal, sin fantasía ni disimulación, y por este medio tu bien será examinado y más seguro, y tu mal será corregido y remediado: hallaráste aliviada y mortificada en tus aflicciones; moderada y regalada en tus consolaciones.

Pondrás en él una grande confianza, mezclada de una grande reverencia, de suerte que la reverencia no disminuya la confianza, y que la confianza no estorbe la reverencia: confía en él con el respeto de una doncella para con sus padres: respétale con la confianza de un hijo para con su madre. En fin, esta amistad ha de ser firme, dulce, santa, sagrada, divina y espiritual. A este propósito dice Ávila: "Escoged uno entre mil";[20] y yo digo entre diez mil; porque se hallan muchos menos que pensamos que sean capaces de este oficio. Ha de ser lleno de caridad, de ciencia y de prudencia; y faltándole una de estas tres partes, será faltarle mucho. Pero también digo otra vez que le pidas a Dios; y habiéndole hallado, perseveres con él, dando gracias a su Divina Majestad, y no buscando otras novedades, sino irse siempre por el camino que tu guía te muestra, simple, humilde y confidentemente; y con esto harás un dichoso viaje.

[20] Cf. los *Avisos para vivir cristianamente*.

Capítulo V: *Que es necesario comenzar por la purificación del alma*

"Las flores," dice el Esposo, "se muestran ya en nuestra tierra; y el tiempo de limpiar y cortar ha llegado".[21] Las flores de nuestros corazones, ¡oh, Filotea!, son los buenos deseos; y tan presto como éstas se muestran, debemos echar la mano a la hoz para cortar de nuestra conciencia todas las obras muertas y superfluas. La doncella extranjera, para poderse desposar con el israelita, había de quitarse la ropa de cautividad, y cortarse las uñas y cabello.[22] El alma que aspira a tanta honra, como es ser esposa del Hijo de Dios, también se ha de quitar las vestiduras viejas del pecado y vestirse las de virtud;[23] después ha de cortar toda suerte de embarazos, que puedan estorbar el amor de Dios; porque el principio de nuestra salud es el purgarnos de nuestros humores pecantes. San Pablo en un momento quedó limpio con perfecta limpieza, como también Santa Catalina de Génova, Santa Magdalena, Santa Pelagia y otras; pero esta suerte de purificación es milagrosa y extraordinaria en la gracia, como la resurrección de los muertos en la naturaleza: cosa que no debemos pretender. La limpieza y salud ordinaria, sea de los cuerpos o ya de los espíritus, no se hace sino poco a poco, por progreso de mejoría, y esto no sin trabajo y tiempo.

Aunque los ángeles de la escala de Jacob tienen alas, no por eso vuelan; antes suben y bajan por orden, de escalón en escalón. El alma que se levanta del pecado a la devoción, es comparada al alba, la cual al

21 *Cant.*, II, 12.
22 *Deuteronomio*, XXI, 12, 13.
23 *Efesios*, IV, 22-24.

levantarse no despide en un mismo instante las tinieblas, sino poco a poco.[24]

La cura (dice el aforismo) que se hace con espacio de tiempo, es siempre la más segura. Las enfermedades del corazón, como las del cuerpo, vienen a caballo y por la posta, y vanse a pie y a paso muy lento. Menester es, pues, ser animosa y sufrida, ¡oh, Filotea!, en esta empresa. ¡Cuánta lástima dan algunas almas, que viéndose sujetas a diferentes imperfecciones, después de haber ejercido algún tiempo en la devoción, comienzan a inquietarse y desanimarse, dejándose llevar de la tentación tanto, que olvidándose de la virtud vuelven a sus primeras costumbres! También por otras partes tienen gran peligro las almas, las cuales por una tentación contraria se persuaden que están purgadas de sus imperfecciones, cuando apenas se han puesto a ello, teniéndose por perfectas, sin serlo, y arrojándose a volar sin alas. En gran peligro están estas almas, ¡oh, Filotea!, de tornar a recaer, por haberse desmandado de presto y apartado de las manos del Médico. "No te levantes", dice el Profeta, "antes que haya llegado la luz: levántate después que hayas estado sentado".[25] Y él mismo practicando esta lección, y habiéndose ya lavado y limpiado, quiere lavarse de nuevo.[26]

El ejercicio de la purificación del alma no se puede ni se debe acabar sino con nuestra vida. No nos turben, pues, nuestras imperfecciones; porque nuestra perfección consiste en el combatirlas, y no las podremos combatir sin verlas, ni vencerlas sin encontrarlas. Nuestra victoria no consiste en no sentirlas, sino en no consentirlas.

24 *Proverbios*, IV, 18.
25 *Salmo* CXXVI, 2.
26 *Salmo* L, 4.

No es, pues, consentirlas el recibir sus incomodidades; y así es necesario que para el ejercicio de nuestra humildad quedemos algunas veces heridos en esta batalla espiritual; pero nunca nos tenemos por vencidos sino cuando hemos perdido o la vida o el ánimo. Las imperfecciones, pues, y pecados veniales, no nos pueden privar de la vida espiritual, porque ésta no se pierde sino por el pecado mortal. Sólo se ha de procurar que no perdamos el ánimo. "Líbrame, Señor", decía David, "de la cobardía y desfallecimiento".[27] Es, pues, una dichosa propiedad nuestra en esta guerra espiritual, el hallarnos siempre vencedores: conque no huyamos nunca el combate.

Capítulo VI: *De la primera purificación, que es la de los pecados mortales*

La primera purificación que se debe hacer es la del pecado. El medio para hacerla es el santo sacramento de la penitencia. Buscarás, pues, el más digno confesor que pudieres; sírvete de algún libro hecho a este propósito, que ayude a la conciencia a bien confesarse, como Granada,[28] Bruno,[29] Arias,[30] Auger,[31] y léelos bien,

[27] *Salmo* LIV, 9.

[28] Fray Luis de Granada (1505-1588), *Memorial de la vida cristiana*, Tratado II.

[29] Vicente Bruno, jesuita italiano (1532-1594), *Trattato del Sacramento della Penitenza*, Venecia, 1585.

[30] Francisco Arias, jesuita español (1533-1605), *El uso de la Confesión.*

[31] Edmundo Auger, jesuita francés (1530-1591), *La manière de ouyr la messe*, Lyon, 1571.

y nota de punto en punto en lo que hubieres ofendido a tu Dios desde que tienes uso de razón, hasta la hora presente, y si no te fiares de la memoria, pon por escrito lo que hubieres notado. Y habiendo por este medio preparado y juntado los humores pecantes de tu conciencia, los detestarás y abominarás mediante una contrición y desplacer tan grande, cuanto tu corazón pueda sufrir, considerando estas cuatro cosas: que por el pecado perdiste la gracia de Dios, y con ella el paraíso; que recibiste las penas eternas del infierno, y renunciaste la visión, y el amor eterno.

Bien ves, Filotea, que hablo de una confesión general de toda la vida, la cual también te confieso no ser siempre absolutamente necesaria; pero también considero que te será en extremo provechosa en este principio; y así, te la aconsejo con todas veras. Sucede muchas veces que las confesiones ordinarias de los que viven en vida común y vulgar, están llenas de grandes faltas, porque de ordinario, o no se preparan, o muy poco, o no tienen la contrición necesaria; y así sucede muchas veces irse a confesar con una tácita voluntad de volver al pecado, por cuanto no quieren evitar la ocasión de volver a él, ni tomar los expedientes necesarios a la enmienda de la vida, y en todos estos casos es la confesión general muy necesaria para asegurar el alma. Fuera de todo esto, la confesión general nos llama a conocimiento de nosotros mismos; nos convoca a una saludable confesión para nuestra vida pasada; hácenos admirar de la misericordia de Dios, que nos ha esperado tan largo tiempo; apacigua nuestros corazones, alegra nuestros espíritus, incítanos a buenos propósitos, da sujeto a nuestro confesor a que nos dé los avisos más convenientes a nuestra condición, y ábrenos el corazón para que con más confianza nos declaremos en las confesiones siguientes.

Hablando, pues, de un renuevo general de nuestro corazón, y de una conversión universal de nuestra alma

a Dios, por medio de la empresa de la vida devota, paréceme que no dejaré de tener razón, Filotea, en aconsejarte esta confesión general.

Capítulo VII: *De la segunda purificación, que es la de las aficiones del pecado*

Todos los israelitas salieron, en efecto, de la tierra de Egipto; mas no todos de buena gana; [32] causa por que en el desierto muchos de entre ellos echaban menos el carecer de las cebollas y carnes de Egipto. Así también hay penitentes, que en efecto, salen del pecado, sin que por eso pierdan la afición que le tienen; esto es, que proponen de nunca más pecar; pero con cierto sentimiento que tienen de privarse y abstenerse de los desventurados deleites del pecado. El corazón de éstos renuncia el pecado, procurando apartarse de él; mas no por eso deja de volverse de su bando, como hizo la mujer de Lot hacia el lado de Sodoma.[33] Abstiénense del pecado, como los enfermos de los melones, los cuales no comen porque los médicos los amenazan de muerte si los prueban; mas no por eso dejan de sentir esta abstinencia: hablan de ellos, preguntan si sería posible el comerlos, quieren por lo menos olerlos, y tienen por

[32] *Números*, XI, 4, 5.
[33] *Génesis*, XIX, 26.

dichosos a los que pueden gustarlos. Así también estos flacos y débiles penitentes se abstienen por algún tiempo del pecado, mas contra su propia voluntad; querrían bien poder pecar sin ser condenados; hablan con sentimiento y gusto del pecado, y tienen por satisfechos a los que le cometen. Un hombre resuelto a vengarse, mudará de voluntad en la confesión; pero poco después le hallarán entre sus amigos deleitándose en hablar de la pendencia pasada, diciendo que si no hubiera sido por Dios, hubiera hecho tal y tal cosa, y que la ley divina en este artículo es difícil de observar, y que pluguiese a Dios fuese permitida la venganza. ¿Quién, pues, no echa de ver, que aunque este pobre hombre está fuera de pecado, no por eso deja la afición que le tiene; y que hallándose en efecto fuera de Egipto, apetece aún los ajos y cebollas que solía comer; como la otra mujer, que habiendo dejado sus lascivos amores, no deja por eso de recrearse con los requiebros y agasajos que le hacen? Averiguadamente semejantes gentes están en no pequeño peligro.

Así, Filotea mía, pues tú quieres emprender la vida devota, no sólo has de dejar el pecado, sino limpiar también tu corazón de toda afición que él te pueda causar; porque fuera del peligro que habría en la recaída, podrían estas miserables acciones desmayar perpetuamente tu espíritu, y agravarle, de manera que no podría ejercer las buenas obras, pronta, diligente y frecuentemente, que es en lo que consiste la verdadera esencia de la devoción. Las almas que habiendo salido de las ataduras del pecado tienen aún estas aficiones y deseos, semejan, a mi parecer, a las doncellas opiladas, las cuales no están enfermas, pero todos sus achaques son de enfermo: comen sin gusto, duermen sin reposo, ríen sin alegría, y antes querrían las arrastrasen que caminar cuatro pasos. De la misma manera estas almas

que he dicho, obran el bien con tanto cansancio espiritual, que hace perder la gracia a sus buenos ejercicios, pocos en número y pequeños en efectos.

Capítulo VIII: *Del medio para hacer esta segunda purificación*

El medio, pues, y fundamento de esta segunda purificación, es la viva y frecuente aprensión del grave mal que el pecado nos ha causado, por cuyo medio nos disponemos a una profunda y vehemente contrición; porque de la misma manera que la contrición (con tal que sea verdadera), por pequeña que sea, y principalmente juntándose a la virtud de los sacramentos, nos purga bastantemente del pecado; así también, cuando es grande y vehemente, nos purga de todas las aficiones que penden del pecado. Un rencor o un aborrecimiento flaco y débil, es causa de que veamos de mala gana a aquel que aborrecemos, y nos hace huir su compañía; pero si es un rencor mortal y violento, no sólo aborrecemos a aquel a quien le tenemos, sino antes aborrecemos y huimos la conversación de su parentela y amigos, cuanto y más su retrato ni cosa que le parezca. Así, cuando el penitente no aborrece el pecado sino por una ligera, aunque verdadera, contrición, es verdad que se resuelve de no pecar más; pero cuando le aborrece con una contrición grave y rigurosa, no sólo abomina el pecado, sino antes toda la afición y dependencia que de él procede. Esnos, pues, necesario, Filotea, procurar que nuestra contrición y arrepentimiento sea la mayor que pudiéremos, para que así se extienda

hasta la mayor parte del pecado. De tal suerte perdió la Magdalena en su conversión el gusto del pecado y los vanos placeres que en él hallaba, que jamás volvió a pensar en ellos; y David protestaba, no sólo aborrecer el pecado, sino también todas sus sendas y caminos.[34] En este punto, pues, consiste el renuevo del alma, que este mismo profeta compara al renuevo del águila.[35]

Para venir, pues, a esta aprensión y contrición, es necesario que te ejercites con cuidado en las meditaciones siguientes; las cuales, siendo bien practicadas, desarraigarán de tu corazón (mediante la gracia divina) el pecado y las principales aficiones del pecado, para cuyo uso las he hecho yo expresamente. Haráslas la una después de la otra, como yo las he señalado, sin tomar más de una para cada día, la cual, siendo posible, harás por la mañana, que es el tiempo más propio para todas las acciones del espíritu, y las volverás a meditar y a rumiar lo restante del día; y si no estuvieres hecha a la meditación, mira lo que se tratará de ella en la segunda parte.

Capítulo IX: *Meditación I. De la creación*

Preparación

1. Ponte en la presencia de Dios.
2. Ruégale que te inspire.

[34] *Salmo* CXVIII, 104, 128.
[35] *Salmo* CII, 5.

Consideraciones.

1. Considera que no ha más de tantos años que tú no estabas en el mundo, y que tu ser era un verdadero nada. ¿Adónde estábamos nosotros, ¡oh alma mía!, en aquel tiempo? Había ya tanto que el mundo duraba, y de nosotros no había memoria alguna.

2. Dios te ha hecho salir de este nada para hacerte lo que eres, sin que tuviese necesidad de ti, sino por sola su bondad.

3. Considera el ser que Dios te ha dado, porque es el primer ser del mundo visible, capaz de la vida eterna, y de unirse perfectamente con su Divina Majestad.

Aficiones y resoluciones.

1. Humíllate muy de veras delante de Dios, diciendo de corazón con el Salmista: "¡Oh, Señor!, yo soy, delante de tu divino acatamiento, un verdadero nada; y ¡cómo tú tuviste memoria de mí para criarme!" [36] ¡Ay de mí!, mi alma, tú estabas anegada en ese antiguo nada, y aun al presente lo estuvieras, si Dios no te hubiera sacado de él; ¿y qué harías tú en ese nada?

2. Da gracias a Dios. ¡Oh, mi soberano buen Criador, cuán grande es la obligación que te tengo, pues has ido a buscarme dentro de mi nada para hacerme por tu misericordia lo que soy! ¿Qué cosa podré jamás hacer para bendecir tu santo Nombre y agradecerte tu inmensa bondad?

3. Confúndete. Mas, ¡ay de mí, mi Criador!, en lugar de unirme contigo por amor y servicio, toda con-

36 *Salmo* XXXVIII, 6.

tra ti me he vuelto y revuelto por mis desregladas aficiones, apartándome y alejándome de ti, para juntarme con el pecado y la iniquidad, sin tener más cuenta con honrar tu bondad que si hubieras sido mi Criador.

4. Abájate delante de Dios. ¡Oh, mi alma! Sabe que el Señor es tu Dios; Él es el que te ha hecho, que tú no te has hecho a ti misma. ¡Oh, Dios!, yo soy la obra de tus manos.[37]

Ya de aquí adelante no quiero tomar más complacencia en mí misma;[38] que de mi parte no soy nada. ¿De qué te glorificas tú, oh polvo y ceniza? Pero antes, ¡oh verdadera nada!, ¿de qué te ensalzas tú? Y para humillarme quiero hacer tal y tal cosa, sufrir tales y tales menosprecios; quiero mudar de vida y seguir de aquí adelante a mi Criador, y honrarme con la condición del ser que me ha dado: empleándolo todo enteramente en la obediencia de su voluntad, por los medios que me fueren enseñados, a los cuales no haré falta para con mi padre espiritual.

Conclusión

1. Agradece a Dios. Bendice, ¡oh, alma mía!, a tu Dios, y todas mis entrañas loen su santo nombre, porque su bondad me ha sacado de nada y su misericordia me ha criado.[39]

2. Ofrécele. ¡Oh, mi Dios!, yo te ofrezco el ser que me has dado, de todo mi corazón. Yo te lo dedico y consagro.

3. Ruégale. ¡Oh, Dios!, fortifícame en estas aficiones y resoluciones. ¡Oh, Santa Virgen!, encomiéndalas a

37 *Salmos*, XCIX, 3; CXXXVII, 8.
38 *Eclesiástico*, X, 9.
39 *Salmo* CII, 1.

la misericordia de tu Hijo, con todos aquellos por quienes estoy obligada de rogar, etc. *Pater noster, Ave Maria.*

Al salir de la oración, paseándote un poco, junta un ramillete de devoción de las consideraciones que hubieres hecho, cuyo olor te recree el sentido todo lo que resta del día.

Capítulo X: *Meditación II. Del fin para el cual somos criados*

Preparación.

1. Ponte delante de Dios.
2. Ruégale que te inspire.

Consideraciones.

1. Dios no te ha puesto en este mundo por alguna necesidad que tuviese de ti, que le eres del todo inútil; mas solamente para ejercer en ti su bondad, dándote su gracia y su gloria: y por esto te ha dado el conocimiento para que le conozcas, la voluntad para que le ames, la imaginación para representarte sus beneficios, los ojos para que veas las maravillas de sus obras, la lengua para que le alabes; y así de las demás facultades.

2. Siendo criada y puesta en este mundo con esta intención, todas las acciones contrarias a ella se han de

evitar; y las que para este fin no son de algún servicio, deben ser menospreciadas como vanas y superfluas.

3. Considera la desdicha del mundo, que no piensa en ello; antes vive como si creyese no haber sido criado sino para levantar casas, plantar árboles, juntar riquezas, decir donaires y truhanear.

Aficiones y resoluciones.

1. Confúndete reprendiendo a tu alma su miseria, que por lo pasado ha sido tan grande, que no ha pensado en todo ello ni poco ni mucho. ¡Ay de mí! (dirás tú), ¿en qué ocupaba yo mi pensamiento, ¡oh Dios mío!, cuando no pensaba en ti? ¿De qué me acordaba yo cuando a ti te ponía en olvido? ¿Dónde se encaminaba mi amor cuando no amaba a ti? ¡Ay de mí!, yo debía apacentarme de la verdad, y me henchía de la vanidad y servía al mundo, que sólo se hizo para servirme a mí.

2. Abomina la vida pasada. Yo os renuncio, pensamientos vanos e imaginaciones inútiles. Yo os abjuro, ¡oh, remembranzas detestables y frívolas! Yo os renuncio, amistades infieles y desleales, servicios perdidos y miserables, gratificaciones ingratas, complacencias enfadosas.

3. Conviértete a Dios. Y tú, mi Dios y mi Señor, tú serás de aquí adelante el solo objeto de mis pensamientos; jamás aplicaré mi espíritu a imaginaciones que no te agraden. Mi memoria se llenará todos los días de mi vida de la grandeza de tu mansedumbre, usada con tanta dulzura para conmigo. Tú serás el regocijo y los deleites de mi corazón, y la suavidad de mis aficiones.

Tales, pues, y tales quimeras y entretenimientos a que yo me aplicaba; tales y tales vanos ejercicios en que empleaba mis días; tales aficiones que empeñaban mi

corazón, tendré de aquí adelante en aborrecimiento; y con esta intención, me aprovecharé de tales y tales remedios.

Conclusión

1. Agradece a Dios que te ha hecho para un fin tan excelente. Tú me has hecho, ¡oh, Señor!, para ti, para que goce eternamente la inmensidad de tu gloria. ¿Cuándo seré digna de ella y cuándo te bendeciré como debo?

2. Ofrece. Yo te ofrezco, ¡oh, mi amado Criador!, todas estas mismas aficiones y resoluciones con toda mi alma y todo mi corazón.

3. Ruega. Yo te suplico, ¡oh, Dios!, tengas por bien de aceptar mis deseos y votos, y dar tu santa bendición a mi alma para que los pueda cumplir, por el mérito de la sangre de tu Hijo, derramada en la cruz, etc.

Haz el ramillete de la devoción.

Capítulo XI: *Meditación III. De los beneficios de Dios*

Preparación

1. Ponte en la presencia de Dios.
2. Ruégale que te inspire.

Consideraciones.

1. Considera las gracias corporales que Dios te ha dado, qué cuerpo, qué comodidades para mantenerle, qué salud, qué consolaciones, qué asistencias; pero considéralo con una comparación de tantas otras personas que valen más que tú, las cuales carecen de estos beneficios. Los unos gastados de cuerpo, de salud y miembros; los otros puestos a la merced de los oprobios, del menosprecio y de la deshonra; los otros rematados de pobreza; y Dios no ha querido que tú fueses tan miserable.

2. Considera los dones del espíritu: cuántos hombres hay en el mundo torpes, rabiosos, insensatos, y ¿por qué no eres tú del número de ellos? Hate favorecido Dios. ¡Cuántos hay que han sido criados rústicamente y en una extrema ignorancia, y la divina Providencia te ha dado una honrada y civil crianza!

3. Considera las gracias espirituales, ¡oh, Filotea! Tú eres de los hijos de la Iglesia; Dios te ha enseñado su conocimiento desde tu juventud. ¡Cuántas veces te ha dado sus sacramentos! ¡Cuántas veces inspiraciones, luces interiores y reprensiones para tu enmienda! ¡Cuántas veces te ha perdonado tus faltas! ¡Cuántas veces librádote de las ocasiones a que en tu ruina y perdición estabas expuesta! ¿Y los años pasados no han sido ellos un espacio y comodidad para adelantarte en el bien de tu alma? Mira un poco por lo menudo cuán dulce y propicio te ha sido Dios.

Aficiones y resoluciones.

1. Maravíllate de la bondad de Dios. ¡Oh, que mi Dios es bueno para conmigo! ¡Oh, que es bueno! ¡Oh, que tu corazón, Señor, es rico de misericordia y liberal

con mansedumbre! [40] ¡Oh, mi alma!, contemos para siempre cuántas gracias nos ha hecho.

2. Maravíllate de tu ingratitud. ¿Pero qué cosa soy yo, Señor, que tú hayas tenido memoria de mí? [41] ¡Oh, que mi indignidad es grande! ¡Ay de mí, que yo he atropellado tus beneficios y he deshonrado tus gracias convirtiéndolas en abuso y menosprecio de tu soberana bondad! Yo he opuesto el abismo de mi ingratitud al abismo de tu gracia y favor.

3. Despiértate en el reconocimiento. Ea, pues, ¡oh, mi corazón!, no quieras ser más infiel, ingrato y desleal a este gran bienhechor. ¡Y cómo, alma mía, no serás tú desde hoy sujeta a Dios,[42] que ha hecho tantas maravillas y gracias en mí y por mí!

Retira, pues, Filotea, tu cuerpo de tales y tales voluntades: sujétale al servicio de Dios, que ha hecho tanto por él; aplica tu alma para conocerle y reconocerle con tales y tales ejercicios, que para ello se requieren. Emplea, con mucho cuidado, los medios que la Iglesia tiene para salvarte. Yo amaré a Dios, sí; yo frecuentaré la oración y los sacramentos; yo oiré la santa palabra; yo practicaré las inspiraciones y los consejos.

Conclusión

1. Agradece a Dios el conocimiento que ahora te ha dado de tu deber, y de todos los beneficios que ya has recibido.

2. Ofrécele tu alma con todas tus resoluciones.

40 *Salmo* LXXXV, 5.
41 *Salmo* VIII, 5.
42 *Salmo* LXI, 1.

3. Ruégale que te fortalezca para practicarlas fielmente por el mérito de la muerte de su Hijo; implora la intercesión de la Virgen y de los santos. *Pater noster, Ave Maria.*

Haz el ramillete espiritual.

Capítulo XII: *Meditación IV. De los pecados*

Preparación.

1. Ponte en la presencia de Dios.
2. Ruégale que te inspire.

Consideraciones.

1. Piensa cuánto ha que comenzaste a pecar, y mira cuánto se han multiplicado los pecados en tu corazón desde ese primer principio, y cómo todos los días los has ido acrecentando contra Dios, contra ti misma, contra tu prójimo, por obra, por palabra, por deseo y pensamiento.

2. Considera tus malas inclinaciones y cómo las has seguido; y por esos dos puntos verás que las culpas son en mayor número que los cabellos de tu cabeza y aun el arena de la mar.[43]

[43] *Salmo* XXXIX, 13.

3. Considera aparte el pecado de la ingratitud para con Dios, que es un pecado general, que se extiende y dilata por todos los otros, y los hace mucho más enormes. Mira, pues, cuántos beneficios te ha hecho Dios, y que de todos ellos has abusado contra Él, que te los dio; particularmente cuántas inspiraciones menospreciadas, cuántos buenos movimientos hechos inútiles, y sobre todo, cuántas veces has recibido los sacramentos, y dónde están los frutos de ello. ¿Qué se han hecho esas preciosas joyas con que tu querido Esposo te había hermoseado? Todo lo han cubierto tus iniquidades. ¿Con qué preparación las has tú recibido? Revuelve esta ingratitud en tu pensamiento, que habiendo Dios corrido tanto tras ti para salvarte, siempre le has huido el cuerpo para perderte.

Aficiones y resoluciones.

1. Confúndete en tu miseria, ¡Oh, mi Dios! ¿Cómo me atrevo a parecer delante de tus ojos? ¡Ay de mí! Yo no soy otra cosa que una postema del mundo y un remate de ingratitud e iniquidad. ¿Es posible que yo haya sido tan desleal que ni siquiera uno de mis sentidos, ni una de las potencias de mi alma, no he dejado que no haya gastado, violado y ensuciado, y que no se ha pasado un solo día que no haya producido tan depravados efectos? ¿Es éste el cambio con que yo debía pagar los beneficios de mi Criador y la sangre de mi Redentor?

2. Pide perdón; y arrójate a los pies del Señor como un hijo pródigo, como una Magdalena, como una mujer que con toda suerte de adulterios ha manchado el lecho de su matrimonio. ¡Oh, Señor!, misericordia sobre esta pecadora. ¡Ay de mí! ¡Oh vivo manantial de compasión!, ten piedad de esta miserable.

3. Propón de mejorar tu vida. ¡Oh, Señor!, nunca más, mediante tu gracia; no, no, nunca me arrojaré más

al pecado. ¡Ay de mí, que no he hecho otra cosa sino amarle demasiado! Yo le abomino y te abrazo, ¡oh, Padre de misericordia! Yo quiero vivir y morir en ti.

4. Para borrar los pecados pasados, me acusaré animosamente de ellos, sin que quede alguno que no despida y lance de mí.

5. Yo pondré lo último de mis fuerzas para desarraigar enteramente de mi corazón las plantas de ellos, particularmente de tales y tales que más me enfadan.

6. Y para hacerlo, abrazaré con mucha constancia los medios que me fueren aconsejados, pareciéndome que jamás podré cumplir para reparar tan grandes faltas.

Conclusión

1. Agradece a Dios que te ha esperado hasta la hora presente y te ha dado estas buenas aficiones.
2. Hazle ofrenda de tu corazón para efectuarlas.
3. Ruégale que te mortifique, etcétera.

Capítulo XIII: *Meditación V. De la muerte*

Preparación.

1. Ponte en la presencia de Dios.
2. Pídele su gracia.
3. Imagina que estás en la cama enferma: y sin esperanza ninguna de escapar de la muerte.

Consideraciones.

1. Considera la incertidumbre del día de tu muerte. ¡Oh alma mía!, un día has de salir de este cuerpo, ¿cuándo será? ¿Será en invierno o en verano? ¿En la villa o en la aldea? ¿De día o de noche? ¿Será de repente o con aviso? ¿Será de enfermedad o de accidente? ¿Tendrás tiempo para confesarte o no? ¿Asistiráte tu confesor y padre espiritual? ¡Ay de mí, alma mía, que de todo esto no sabemos nada! Sólo es seguro que moriremos, y que siempre es más presto de lo que pensamos.

2. Considera que entonces el mundo se acabará para contigo, que no tendrá más para ti, que volverá lo de arriba abajo delante de tus ojos; porque entonces los placeres, las vanidades, los gustos mundanos, las aficiones vanas, se nos representarán como nubes y fantasmas. ¡Ah, pobre de mí, y por qué juguetes y quimeras he ofendido a mi Dios, pues le he dejado por nada! Al contrario, la devoción y las buenas obras te parecerán entonces tan dulces y dignas de desearse. ¡Ay de mí! ¿Por qué no he seguido este hermoso y agradable camino? Entonces los pecados que parecían pequeños te parecerán grandes como montañas, y pequeña tu devoción.

3. Considera las grandes y ansiosas despedidas que hará tu alma de este mundo: despediráse de las riquezas y vanidades, de las vanas compañías, de los placeres y pasatiempos, de los amigos y vecinos, de los parientes e hijos, del marido y de la mujer, y de toda criatura, y al fin, de su cuerpo, el cual dejará amarillo, espantoso, deshonesto, feo y hediondo.

4. Considera los embarazos que habrá para levantar este cuerpo y esconderle en tierra, y que hecho esto, el mundo no pensará más en ti ni quedará más memoria que la poca que tú también de los otros hiciste. Dirán cuando mucho: Dios le perdone. ¡Oh, muerte, y cuán impetuosa y digna de consideración eres!

5. Considera que al salir del cuerpo el alma, toma su camino, o a la derecha o a la izquierda. ¡Ay de mí!, ¿dónde irá la mía?, ¿qué camino tendrá? No otro, sino aquel que hubiere merecido en este mundo.

Aficiones y resoluciones.

1. Ruégale a Dios, y échate entre sus brazos. ¡Ay de mí, Señor!, recíbeme en tu protección en aquel día espantoso. Alcance yo aquella hora dichosa y favorable, aunque todas las otras de mi vida me sean afligidas y tristes.

2. Menosprecia el mundo. Pues no sé la hora en la cual tengo de dejarte, ¡oh, mundo!, no quiero abrazarme contigo; y vosotros, caros amigos y amados parientes, permitidme que no os tenga más afición sino la de una santa amistad, la cual pueda durar eternamente; porque, ¿de qué servirá unirme con vosotros de suerte que sea necesario deshacer y romper la atadura?

3. Quiero prepararme desde ahora y tomar el cuidado importante para hacer este camino dichosamente: quiero asegurar el estado de mi conciencia con todas veras y poner orden en tales y tales faltas.

Conclusión

Da gracias a Dios por esta resolución que te ha dado: ofrécela a su Divina Majestad y ruégale de nuevo te dé una dichosa muerte por el merecimiento de la de su precioso Hijo. Implora la ayuda de la Virgen y de los santos. *Pater noster, Ave Maria.*

Capítulo XIV: *Meditación VI. Del juicio*

Preparación.

1. Ponte delante de Dios.
2. Suplícale que te inspire.

Consideraciones.

1. En fin, después del tiempo que Dios ha señalado al curso de este mundo, y después de una cantidad de señales y presagios horribles, por los cuales los hombres temblarán de miedo y espanto,[44] y viniendo el fuego como un diluvio, quemará y reducirá en ceniza toda la superficie de la tierra, sin reservar ninguna de las cosas que sobre ella había.

2. Después de este diluvio de llamas y rayos, todos los hombres resucitarán de la tierra (fuera de aquellos que han ya resucitado), y a la voz del arcángel se juntarán en el valle de Josafat. ¡Mas ay, y con cuánta diferencia!; porque los unos estarán en cuerpos gloriosos y resplandecientes, y los otros en cuerpos hediondos y horribles.

3. Considera la majestad con que se mostrará el soberano Juez rodeado de todos los ángeles y santos, delante de sí la Cruz más resplandeciente que el mismo sol, cierta señal de gracia para los buenos y de rigor para los malos.

4. Este soberano Juez (por su justo mandamiento, el cual será luego ejecutado) separará los buenos de los malos, poniendo los unos a su diestra y los otros a su

44 *Lucas*, XXI, 26.

siniestra: separación eterna, después de la cual nunca más estas dos compañías tornarán a juntarse.

5. Hecha esta separación, y abiertos los libros de las conciencias, se verá claramente la malicia de los malos y el menosprecio de que han usado para con Dios. Asimismo se verá la penitencia de los buenos y los efectos de la gracia de Dios, que han recibido, y ninguna cosa será escondida. ¡Oh, Dios!, ¡qué confusión será para los unos y qué consuelo para los otros!

6. Considera la última sentencia de los malos: "Andad, malditos, al fuego eterno, aparejado para el demonio y sus compañeros".[45] Piensa estas tan pesadas palabras: "Andad", dice, que es un mote de perpetuo desamparo, del cual usa Dios con tales desventurados, desterrándolos para siempre de su cara. Llámalos "malditos". ¡Oh, alma mía, qué maldición es ésta! Maldición general, que comprende todos los males; maldición irrevocable, que comprende todos los tiempos y la eternidad, juntando con todo esto el fuego eterno. Considera, pues, ¡oh, corazón mío!, esta eternidad inmensa. ¡Oh, perpetua eternidad, y cuán espantosa eres!

7. Considera la sentencia contraria de los buenos: "Venid, dice el Juez" (palabra agradable y de salud, por la cual Dios nos tira a sí y nos recibe en el seno de su bondad), "benditos de mi Padre" (¡oh, amada bendición, que comprende toda bendición!), "poseed el reino que os está aparejado desde la constitución del mundo".[46] ¡Oh, Dios, y qué gracia! Porque este reino no tendrá jamás fin.

Aficiones y resoluciones.

1. Tiembla, ¡oh, alma mía!, con esta memoria. Dios

[45] *Mateo*, XXV, 41.
[46] *Mateo*, XXV, 34.

mío, ¿quién me podrá asegurar para este día, en el cual las columnas del cielo temblarán de espanto?[47]

2. Detesta y abomina tus pecados, pues sólo ellos pueden hacer te pierdas en este espantoso día.

Quiero juzgarme a mí misma, porque no sea juzgada: quiero examinar mi conciencia, condenarme, acusarme y corregirme, porque el soberano Juez no me condene en aquel día terrible.[48] Confesaréme, pues, y recibiré los avisos necesarios, etc.

Conclusión

Da gracias a Dios que te dio medios para asegurarte en este día y tiempo para hacer penitencia; ofrécele tu corazón para mejor hacerla; ruégale que te dé la gracia para bien cumplirla. *Pater noster, Ave Maria.*

Capítulo XV: *Meditación VII. Del infierno*

Preparación.

1. Ponte en la presencia de Dios.
2. Humíllate y pídele su favor.
3. Imagina una villa tenebrosa, toda ardiendo en

[47] *Job*, XXVI, 11.
[48] *I Corintios*, XI, 81.

azufre y pez, hedionda, llena de ciudadanos, que no pueden salir de ella.

Consideraciones.

1. Los condenados están en el abismo infernal como en una desventurada villa, en la cual sufren tormentos indecibles en todos sus sentidos y en todos sus miembros, por cuanto así como han empleado todos sus sentidos y sus miembros en el pecado, así sufrirán en todos sus miembros y en todos sus sentidos las debidas penas al pecado. Los ojos, por su falsa y lasciva vista, sufrirán la horrible visión de los diablos y del infierno. Las orejas, por haberse deleitado con discursos viciosos, no oirán jamás sino llantos, lamentaciones y desesperaciones, y así los demás.

2. Fuera de todos estos tormentos, hay uno aún más grande, que es la privación y pérdida de la gloria de Dios, al cual están ciertos no verán jamás.

Si Absalón halló que la privación de la amigable cara de su padre David era más enojosa que su destierro,[49] ¡oh, Dios, y qué ansia será el verse para siempre privado de vuestra dulce y suave cara!

3. Considera sobre todo la eternidad de estas penas, la cual sola consideración hace el infierno insoportable. ¡Ay de mí!, si una sola pulga en nuestra oreja, si la calor de una pequeña calentura, nos hace una corta noche larga y enfadosa, ¡cuánto más espantosa será la noche de la eternidad con tantos tormentos! De esta eternidad nace la desesperación eterna, la rabia y blasfemias infinitas.

[49] *II Reyes*, XIV, 32.

Aficiones y resoluciones.

1. Amedrenta tu alma con las palabras de Isaías.[50] ¡Oh, alma mía!, "¿podrás tú vivir eternamente en estas llamas perdurables?", y en medio de este fuego eterno ¿quieres tú dejar a tu Dios para siempre?

2. Confiesa que le has merecido muchas veces. De aquí adelante quiero tomar el contrario camino. ¿Pára qué tengo yo de bajar a este espantoso abismo?

Yo haré, pues, tal y tal esfuerzo para evitar el pecado, el cual sólo me puede dar esta muerte eterna.

Da gracias, ofrece y ruega.

Capítulo XVI: *Meditación VIII. Del paraíso*

Preparación.

1. Ponte en la presencia de Dios.
2. Haz la invocación.

Consideraciones.

1. Considera una hermosa y serena noche, y cuán agradable es ver el cielo con tanta multitud y variedad de estrellas. Junta ahora esta hermosura con la de un

60 *Isaías*, XXXIII, 14.

hermoso día, de suerte que la claridad del sol no te impida la vista de las estrellas ni de la luna, y después di seguramente que toda esta hermosura junta es nada en comparación de la excelencia del gran paraíso; cuán amigable y digno de deseo es este lugar dichoso, y cuán preciosa esta hermosa ciudad.

2. Considera la nobleza, la hermosura y la multitud de ciudadanos y habitantes de esta dichosa ciudad; los millones de millones de ángeles, de querubines y serafines; la compañía de apóstoles, de mártires, confesores, de vírgenes y santas: la multitud es innumerable. ¡Cuán bienaventurada es esta dichosa compañía! El menor de todos es más hermoso a la vista que todo este mundo visible. ¡Qué gusto será el verlos todos! ¡Oh, Dios mío, y cuán dichosos son! Siempre cantan el dulce canto del amor eterno; siempre gozan de una constante alegría; los unos a los otros se causan mil contentos indecibles, y viven en el consuelo de una dichosa e indisoluble compañía.

3. Considera, en fin, el bien que tienen todos en gozar de Dios, el cual les gratifica para siempre con su amigable vista, por la cual derrama en sus corazones un abismo de regalos. ¡Qué bien tan grande es el estar para siempre unido a su principio! Están allí como dichosos pájaros que vuelan y cantan para siempre en el aire de la Divinidad, el cual los ciñe por todas partes con increíbles placeres. Allí, cada uno a porfía, y sin algún trabajo, canta las alabanzas del Criador: Bendito seas para siempre, ¡oh, Soberano y dulce Criador nuestro, que tan bueno eres para con nosotros, comunicándonos tan liberalmente tu gloria! Y recíprocamente bendice Dios con una bendición perpetua todos sus santos. Benditas seáis para siempre (dice el Señor), mis caras criaturas, que me habéis servido y que me alabaréis eternamente con eterno amor y con eterno contento.

Aficiones y resoluciones.

1. Engrandece y alaba esta patria celeste. ¡Oh, cuán hermosa eres, mi amada Jerusalén, y cuán bienaventurados los que te habitan!

2. Reprende a tu corazón el poco ánimo que ha tenido hasta ahora, como es el haberse apartado del camino de esta gloriosa morada. ¿Por qué me he apartado yo tanto de mi soberano bien? ¡Ah, miserable de mí, que por estos ligeros placeres sin placer he mil y mil veces dejado estos eternos e infinitos regalos! ¿Qué entendimiento era el mío cuando menospreciaba bienes tan dignos de desear, por deseos tan vanos, caducos y perecederos?

3. Aspira, después de esto, con un vehemente ardor, a este tan regalado día. Pues has sido servido, mi soberano y buen Señor, de enderezar mis pasos en tu santo camino, jamás volveré atrás. Vamos, pues, ¡oh, alma mía!, vamos a este eterno descanso: caminemos a esta bendita tierra que nos está prometida. ¿Qué es lo que hacemos en este miserable Egipto? Yo me desembarazaré, pues, de las cosas que me divierten o apartan de este camino.

Haré tales y tales cosas que puedan guiarme a él.
Da gracias, ofrece, ruega.

Capítulo XVII: *Meditación IX. A manera de elección del paraíso*

Preparación.

1. Ponte en la presencia de Dios.
2. Humíllate delante de Él, rogándole que te inspire.

Consideraciones.

Imagina que estás en una campaña sola con tu buen ángel, como estaba el joven Tobías yendo a Rages, y que te hace ver acá arriba el paraíso abierto, con los placeres representados en la meditación que has hecho del paraíso; y después, por la parte inferior, que te hace ver el infierno abierto, con todos los tormentos descritos en la meditación del infierno. Figurándote todo esto por imaginación, y puesta de rodillas delante de tu buen ángel:

1. Considera que es verdaderísimo que estás en medio del paraíso y del infierno, y que el uno y el otro están abiertos para recibirte según la elección que hicieres.

2. Considera que la elección que del uno o del otro se hace en este mundo, durará eternamente en el otro.

3. Y aunque el uno y el otro estén abiertos para recibirte, según tú eligieres, por eso está Dios aparejado a darte, o el uno por su justicia o el otro por su misericordia. Desea, pues, con un entrañable deseo, que aciertes a escoger el paraíso, y que tu buen ángel te ayude con todas sus fuerzas, ofreciéndote de la parte de Dios mil gracias y mil socorros para animarte a tal subida.

4. Desde lo más alto del cielo estará mirando Jesucristo con su acostumbrada mansedumbre, y amorosamente te está convidando. Ven, ¡oh, amada alma mía!, al reposo eterno entre los brazos de mi bondad, que te ha prevenido los inmortales regalos en la abundancia de su amor. Mira con los interiores ojos la santa Virgen, que maternalmente te está convidando. Aliéntate, hija mía, no quieras despreciar los deseos de mi Hijo ni tantos suspiros como yo doy por ti, inspirando juntamente con Él tu eterna salud. Mira los santos que te exhortan, y un millón de santas almas que amigablemente te convidan, no deseando sino ver un día tu corazón junto al suyo para alabar a Dios para siempre. También te aseguran que el camino del cielo no es tan trabajoso como el mundo le hace: antes te dicen, amiga muy amada: Quien considera bien el camino de la devoción, por el cual nosotros hemos subido a tanta dicha, verá que hemos venido a estos regalos por regalos sin comparación más suaves que los que el mundo vende por más preciosos.

Elección.

1. ¡Oh, infierno!, yo te abomino ahora y para siempre; abomino tus penas y tormentos; abomino tu infortunada y desventurada eternidad, y sobre todo aquellas eternas blasfemias y maldiciones que eternamente fulminas contra mi Dios. Y volviendo mi corazón y mi alma de tu lado, al paraíso hermoso, gloria eterna, felicidad perdurable, digo que ahora, para siempre, irrevocablemente escojo la morada y asiento de tus sagrados y hermosos palacios, y de tus santos y apetecibles tabernáculos. Yo bendigo, ¡oh Dios mío!, tu misericordia, y acepto las ofrendas que gustas de hacerme. ¡Oh, Jesús, Salvador mío!, yo acepto tu amor eterno y consiento en la adquisición que has hecho para mí de un lugar y casa en esta

dichosa Jerusalén, no tanto por ninguna otra cosa como por amarte y bendecirte para siempre.

2. Recibe los favores que la Virgen y los santos te presentan; promételes que te encaminarás a ellos; alarga la mano a tu buen ángel para que te guíe; anima a tu alma a esta elección.

Capítulo XVIII: *Meditación X. A manera de elección que el alma hace de la vida devota*

Preparación.

1. Ponte en la presencia de Dios.
2. Humíllate delante su cara y pídele su ayuda.

Consideraciones.

1. Imagina que estás otra vez en una campaña sola con tu buen ángel, y que a tu mano izquierda ves el diablo sentado en un grande y elevado trono, con muchos espíritus infernales cerca de sí, y alrededor de él una gran tropa de mundanos, todos los cuales le reconocen y hacen reverencia. Mira el ademán de todos los infortunados cortesanos de este abominable rey; mira unos furiosos de enojo, de envidia y de cólera; otros que se matan; otros tristes, pensativos y embarazados en adquirir riquezas; otros sólo atentos a la vanidad, sin ninguna suerte de placer que no sea inútil y vana; otros perdidos,

hediondos, podridos en sus brutales pasiones. ¿No ves cómo todos éstos están sin reposo, sin orden y sin concierto? Mira cómo se menosprecian los unos a los otros y cómo no se aman sino con falsos semblantes. En fin, verás una miserable república, tiranizada de este rey maldito, y tal, que te hará no poca compasión.

2. A tu lado derecho ves a Jesucristo crucificado, que con un amor cordial ruega por estos pobres endemoniados, para que salgan de esta tiranía llamándolos a sí. Mira una gran tropa de devotos que están alrededor de él con sus ángeles; contempla la hermosura de este reino de devoción; cuán agradable es la vista de esta tropa de vírgenes, hombres y mujeres, más blancos que la flor de lis; esta junta de viudas, llenas de una sagrada mortificación y humildad. Mira la compañía de muchas mujeres casadas, que con tanta suavidad viven juntas con un espíritu recíproco, y el cual no puede ser[61] sin una grande caridad. Mira cómo estas devotas almas mantienen el cuidado de su casa exterior, con cuidado de la interior, el amor del marido con aquel del Esposo celeste. Mira generalmente por todo, veráslos a todos en una santa continencia, dulce y amigable, y cómo están todos oyendo a nuestro Señor, deseándole imprimir en medio de su corazón.

Alégranse, pero con una alegría graciosa, caritativa y bien reglada: ámanse, pero con un amor sagrado y purísimo. Los que tienen sus deseos en este pueblo devoto, no se atormentan mucho ni pierden punto. En fin, mira los ojos del Salvador, que los consuela, y que todos juntos aspiran a él.

3. Si bien tú has dejado a Satanás con su triste y desventurada tropa, por medio de los buenos deseos que has concebido, con todo eso no has aún llegado al rey

[61] Es decir, "no puede existir".

Jesús ni juntádote a su dichosa y santa compañía de devotos; antes has siempre estado entre los unos y los otros.

4. La Santa Virgen con San José, San Luis, Santa Mónica y otros mil que están en el escuadrón de los que han vivido en el mundo, te convidan y animan.

5. El crucificado Rey te llama por tu nombre propio: "Ven, ¡oh, mi amada!, ven para que yo te corone".[52]

Elección.

1. ¡Oh, mundo abominable!, nunca más me verás seguir tu bandera. Ya he dejado para siempre tus vanidades y locuras, ¡oh rey de orgullo, rey de desventura, espíritu infernal! Yo te renuncio con todas tus vanas pompas, yo te detesto con todas tus obras.

2. Y convirtiéndome a ti, mi dulce Jesús, rey de bienaventuranza y de gloria eterna, yo te adoro de todo corazón y te escojo ahora y para siempre por mi rey y por mi único príncipe, ofreciéndote mi inviolable fidelidad y haciéndote un homenaje irrevocable. Sujétome, Señor, a la obediencia de tus santas leyes y preceptos.

3. ¡Oh santa Virgen, amada Señora mía!, yo te escojo por mi guía, me pongo debajo de tu estandarte, ofreciéndote un particular respeto y una especial reverencia.

¡Oh ángel santo!, guíame a esta junta, y no me desampares hasta que llegue a esta dichosa compañía, con la cual digo y diré para siempre en testimonio de mi elección: ¡Viva Jesús, viva Jesús!

52 Cant., IV, 8.

Capítulo XIX: *Cómo se ha de hacer la confesión general*

Ves ahí, mi querida Filotea, las meditaciones importantes a nuestra intención. Cuando las hubieres ejercitado, ve luego animosamente y con un espíritu humilde a hacer tu confesión general. Pero ruégote no te dejes inquietar de ninguna suerte de aprensión. El escorpión, cuando nos pica, es venenoso; pero su mismo aceite es una muy grande medicina contra su misma picadura.[53] El pecado no es vergonzoso sino cuando le cometemos; pero convirtiéndole en confesión y penitencia, es honroso y saludable. La contrición y confesión son tan hermosas y de buen olor, que quitan la fealdad y disipan la hediondez del pecado. Simón el leproso decía que la Magdalena era pecadora; pero nuesto Señor dice que no: sólo habla de los perfumes que derramó y de la grandeza de su caridad.[54] Si es que somos humildes, Filotea, nuestro pecado nos desagradará mucho, viendo que con él tenemos a Dios ofendido; pero la acusación de nuestro mismo pecado nos será dulce y agradable, por cuanto en ella nuestro Dios es honrado. No poco descanso es para el enfermo el informar bien al médico del mal que le atormenta. Cuando habrás llegado delante de tu padre espiritual, imagina que estás en el monte Calvario, debajo de los pies de Cristo crucificado, cuya sangre preciosa, que por todas partes derrama, es para lavar tus iniquidades; porque aunque no sea ésta la propia sangre del Salvador, es el merecimiento de esta sangre derramada la que rocía y se derrama alrededor de los penitentes en los confesonarios por medio de la confesión. Abre, pues, bien tu corazón para que mejor

[53] Cf. Mattioli, *In Dioscorid.*, lib. VI, cap. VIII.
[54] *Lucas*, VII, 39 y sig.

salgan tus pecados, porque a medida de como ellos salieren, los preciosos merecimientos de la pasión divina entrarán a henchirle de bendición. Di todo lo que te acusare, no con rodeos, sino simple y desnudamente, contentando y satisfaciendo a tu conciencia, que es a lo que te dispusiste. Hecho esto, escucha los advertimientos y todo aquello que te ordena el siervo de Dios, y di en tu corazón: "Hablad Señor, que vuestra sierva os escucha".[55] Sí, Dios es, Filotea, el que escuchas, pues dijo el Señor a sus vicarios: "Quien os oye, me oye".[56] Toma después entre manos la siguiente protestación, la cual sirve de conclusión a toda tu contrición. Medítala y considérala bien primero, leyéndola con el mayor sentimiento y atención que sea posible.

Capítulo XX: *Protestación auténtica para grabar en el alma la resolución de servir a Dios, y concluir los actos de penitencia*

Yo afirmo, constituyo y establezco en la presencia de Dios eterno, y de toda la corte celestial, habiendo considerado la inmensa misericordia de su divina bondad para conmigo, indigna y apocada criatura, y que me ha criado de nada, conservado, sustentado y librado de tantos peligros y colmado de tantos bienes recibidos; y

55 *I Reyes*, III, 9.
56 *Lucas*, X, 16.

sobre todo considero esta incomprensible dulzura y clemencia con la cual este buen Dios me ha sufrido en mis iniquidades, inspirándome tan a menudo y tan amigablemente, convidándome a la enmienda, esperándome con tanta paciencia a penitencia y arrepentimiento, hasta este presente año de mi edad, no obstante mi ingratitud, deslealtad e infidelidad, por las cuales, defiriendo mi conversión y menospreciando sus gracias, le he ofendido con tanta desenvoltura. Después de haber considerado que en el día de mi sagrado bautismo fuí tan dichosa y santamente votada, y dedicada para ser su hija, y que contra la profesión que entonces fue hecha en mi nombre, he tantas y tantas veces tan desdichada y detestablemente profanado y violado mi espíritu, empleándole y aplicándole contra la Majestad divina; en fin, volviendo ahora en mí, postrada de corazón y de espíritu ante el trono de la justicia divina, me conozco, tengo y confieso por legítimamente convencida y culpable de la muerte y pasión de Jesucristo, y esto por los pecados que he cometido, por los cuales murió y sufrió el tormento de la cruz; de manera que soy consecutivamente digna de perdición y condenación eterna.

Pero volviéndome hacia el trono de la infinita misericordia de este mismo Dios eterno, después de haber detestado con mi corazón y fuerzas las iniquidades de mi pasada vida, invoco y pido humildemente piedad, gracia y perdón, con entera absolución de mi crimen, en virtud de la muerte y pasión de este mismo Salvador de mi alma, en la cual apoyándome, como en el único fundamento de mi esperanza, rehago y renuevo la sacra profesión de la fidelidad, hecha de mi parte a mi Dios en mi bautismo, renunciando al diablo, mundo y carne, detestando sus desdichadas sugestiones, vanidades y concupiscencias por todo el tiempo de mi vida presente y de toda la eternidad; y convirtiéndome a mi buen Dios, deseo, propongo, delibero y me determino irrevocable-

mente servirle y amarle ahora y para siempre, dándole a este fin, dedicándole y consagrándole mi espíritu con todas sus facultades, mi alma con todas sus potencias, mi corazón con todas sus aficiones, mi cuerpo con todos sus sentidos, protestando de nunca más emplear parte ninguna de mi ser contra la voluntad divina y soberana Majestad, a la cual me sacrifico y ofrezco en espíritu, para serle para siempre leal, obediente y fiel criatura, sin que jamás quiera desdecirme ni arrepentirme. Y si por sugestión del demonio o por alguna enfermedad humana me sucediese contravenir en algo a esta mi resolución, desde ahora protesto y propongo, mediante la gracia del Espíritu Santo, levantarme y volver en mí, al punto que conozca mi falta, convirtiéndome de nuevo a la misericordia divina, sin tardanza ni dilación alguna. Ésta es mi voluntad, mi intención y mi resolución inviolable e irrevocable, la cual consiento y confirmo sin réplica ni excepción, en la presencia divina de mi Dios, a la vista de la Iglesia triunfante y a la cara de la Iglesia militante, mi madre, que entiende esta mi declaración en la persona de aquel que como artífice de ella me escucha en esta acción. Sírvete, pues, ¡oh, mi buen Dios eterno, todopoderoso y benigno, Padre, Hijo y Espíritu Santo!, confirmar en mí esta resolución y aceptar este mi sacrificio cordial e interior en olor de suavidad; y como has sido servido de darme la inspiración y voluntad de hacerle, dame también gracia y fuerzas necesarias para acabarle. ¡Oh, Dios mío!, tú eres mi Dios,[57] Dios de mi corazón,[58] Dios de mi alma, Dios de mi espíritu, y por tal te reconozco y adoro ahora y para siempre. ¡Viva Jesús!

[57] *Salmo* XV, 2.
[58] *Salmo* LXXII, 26.

Capítulo XXI: *Conclusión para esta primera purgación*

Hecha esta protestación, oye atenta, con todo tu corazón y espíritu, la palabra de tu absolución, la cual el Salvador mismo de tu alma, sentado en el trono de su misericordia, pronunciará desde el trono de su Majestad en el cielo, delante de todos los ángeles y santos, al mismo tiempo que en su nombre acá abajo te absuelve el sacerdote; y alegrándose toda esta compañía de bienaventurados con tu buena suerte, cantará el canto espiritual con una sin igual alegría, dando todos el beso de paz y amistad a tu corazón, puesto ya en gracia y santificado.

¡Oh, querida Filotea, y cuán admirable es este contrato, por cuyo medio haces un trato dichoso con su Divina Majestad, pues dándote a ella, vienes a ganarla y a ganarte, mediante la vida eterna! No falta, pues, otra cosa, sino que tomando la pluma en la mano, firmes con tu corazón el acto de tu protesta, y que después vayas al altar, donde Dios recíprocamente firmará y sellará tu absolución, y la promesa que te hará de su santo reino, poniéndose Él mismo por su sacramento, como una nema[59] y sello sagrado sobre tu renovado corazón.[60] De esta manera me parece, Filotea, que quedará tu alma purgada del pecado y todas las aficiones que de él dependen. Mas por cuanto estas aficiones renacen fácilmente en el alma por causa de nuestra fragilidad y concupiscencia, la cual, aunque mortificada, no puede morir durante esta mortal vida, te daré avisos, los cuales, bien practi-

[59] *Nema* es el cierre o el sello de una carta.

[60] *Cant.*, VIII, 6.

cados, te preservarán del pecado mortal para que nunca más tenga lugar en tu corazón. Y por cuanto los mismos avisos aun sirven para una purificación más perfecta, quiero, antes de dártelos, decirte alguna cosa acerca de esta pureza, a la cual deseo conducirte.

Capítulo XXII: *Que es menester purgarse de las aficiones que se tienen a los pecados veniales*

Cuanto mayor es la luz del día, tanto mejor y más claramente vemos en el espejo los defectos y manchas de nuestro rostro; de la misma manera, cuanto mayor es la luz interior del Santo Espíritu con que alumbra nuestras conciencias, tanto más clara y distintamente vemos los pecados, inclinaciones e imperfecciones que nos pueden estorbar el conseguir la verdadera devoción; y la misma luz que nos hace ver estas faltas, nos anima al deseo para purgarnos y limpiarnos de ellas.

Descubrirás, pues, amada Filotea, que fuera de los pecados mortales y sus aficiones, de que te has purgado por los ejercicios ya dichos, tienes aún en tu alma muchas inclinaciones y aficiones a los pecados veniales. No digo yo que descubras los pecados veniales, sino la inclinación y afición que les tienes. Lo uno es bien diferente de lo otro; porque realmente no podemos estar del todo limpios de pecados veniales, o a lo menos perseverar largo tiempo en esta pureza; mas podemos bien no tenerles ninguna afición. Una cosa es mentir una vez o dos por alegría de corazón en cosas de poca importan-

cia, y otra cosa es el deleitarse en mentir y tener afición a esta suerte de pecado.

Digo, pues, que es menester limpiar el alma de toda la afición que tienes a los pecados veniales, esto es, que no se ha de preciar la voluntad de continuar y perseverar en ninguna suerte de pecado venial; porque también sería una gran flojedad el querer adrede guardar en nuestra conciencia una cosa tan desagradable a Dios como es la voluntad de quererle desplacer. El pecado venial, por pequeño que sea, desagrada a Dios, aunque no tanto que por él quiera perdernos o condenarnos. Si el pecado venial le desplace, y la voluntad y afición que se tiene al pecado venial no es otra cosa sino una resolución de querer desagradar a su Divina Majestad, ¿será, pues, posible, que una alma noble quiera, no solamente desagradar a Dios, mas deleitarse en desagradarle?

Estas aficiones, Filotea, son directamente contrarias a la devoción, como las aficiones que se tienen al pecado mortal son también contrarias a la caridad; las primeras desmayan las fuerzas del espíritu, estorban las consolaciones divinas y abren la puerta a las tentaciones; y aunque es verdad que no matan el alma, con todo eso la enferman en extremo. "Las moscas", dice el Sabio, "que mueren en el suave ungüento, echan a perder y dañan su suavidad";[61] mas las que de paso comen de él, no dañan sino lo que toman, quedando lo demás libre de alguna ofensa. Así, los pecados veniales, cuando llegan a un alma devota y no se detienen mucho tiempo en ella, no la dañan mucho; mas si estos mismos pecados hacen asiento en el alma, por la afición que ella les tiene, harán perder sin duda y dañarán la suavidad del ungüento, esto es, la santa devoción.

Las arañas no matan las abejas; mas si se detienen en los panales, dañan y corrompen su miel, y enredan y

[61] *Eclesiástico*, X, 1.

rompen los hilos de la tela que hacen, quedando las abejas sin poder continuar en su obra. Así, el pecado venial no mata nuestra alma, pero pierde la devoción y ocupa tanto las potencias del alma con malas costumbres e inclinaciones, que la impide el ejercicio y prontitud de la caridad, en el cual consiste la devoción; pero esto se entiende cuando el pecado venial se junta en nuestra conciencia por la afición que le tenemos. No importa, Filotea, el decir alguna pequeña mentira, desreglarse un poco en las palabras, en acciones, en vestidos, en alegrías, en juegos, en danzas, como al mismo punto que estas arañas espirituales haya entrado en nuestra conciencia las rechacemos y despidamos de ella, como hacen las abejas con las arañas corporales. Mas si las permitimos se queden en nuestros corazones, y no sólo esto, sino que nos inclinamos a detenerlas y multiplicarlas, presto veremos nuestra miel perdida y la colmena de nuestra conciencia infecta y deshecha. Y así, digo otra vez: ¿en qué razón cabe que una alma noble se deleite en desplacer a su Dios, y aficione a serle desagradable y quiera intentar lo que sabe que le es enojoso?

Capítulo XXIII: *Que se ha de purgar de la afición que se tiene a las cosas inútiles y peligrosas*

Los juegos, los bailes, los festines, las pompas, las comedias, en su sustancia, no son de ninguna manera cosas malas, antes indiferentes, por cuanto su ejercicio puede

ser bueno y malo; con todo eso todas estas cosas son peligrosas, y el aficionarse a ellas aun más peligroso. Digo, pues, Filotea, que aunque se permita el jugar, danzar, adornarse, oír honestas comedias, banquetear, no por eso el tener afición a todo esto deja de ser contra la devoción y por extremo dañoso y peligroso; no es malo el hacerlo acaso, pero es malo el aficionarse a ello. Lástima es el sembrar en la tierra de nuestros corazones aficiones vanas y locas: esto ocupa el lugar de las buenas impresiones y estorba que nuestra alma no se emplee en buenas inclinaciones. Así, los antiguos nazarenos se abstenían, no sólo de todo aquello que podía causarles embriaguez, sino también de las uvas y pámpanos,[62] no porque la uva y el pámpano emborrachen, sino por el peligro que había, comiendo el pámpano, de despertar el deseo de comer la uva, y comiendo la uva, de provocar el apetito a beber el mosto y el vino.

Los ciervos, hallándose cargados y repletos del demasiado pasto, se retiran y esconden en sus guaridas, conociendo serles la gordura tan pesada, que no podrían usar de su veloz curso si acaso fuesen embestidos. Así, el corazón del hombre, cargándose de estas aficiones inútiles, superfluas y peligrosas, es cierto que no puede pronta, ligera y fácilmente correr a su Dios, que es el verdadero punto de la devoción. Los niños pequeños se aficionan y corren tras las mariposas, cosa que nadie tiene por mala viendo que son niños; pero es cosa ridícula y aun lamentable el ver a hombres ya hechos darse y aficionarse a cosas tan indignas de madurez como las cosas que he nombrado, las cuales, fuera de su vileza, nos ponen en peligro de desreglarnos y desordenarnos en su alcance. Por esta razón te digo, querida Filotea, que es necesario purgarte de

62 *Números*, VI, 3.

estas aficiones; que aunque los actos no son siempre contrarios a la devoción, con todo eso las aficiones le son siempre dañosas.

Capítulo XXIV: *Que se ha de purgar de las malas inclinaciones*

Aun tenemos, Filotea, ciertas inclinaciones naturales, las cuales, por no haber tomado su origen de nuestros pecados particulares, no son propiamente pecados ni mortales ni veniales; mas llámanse imperfecciones, y sus actos defectos y faltas. Por ejemplo, Santa Paulina, según recita San Jerónimo, tenía una grande inclinación a las tristezas y melancolías; y en la muerte de sus hijos y marido, fue tanta su tristeza y sentimiento, que hubo de [63] morir de pena.[64] Ésta era imperfección y no pecado, por cuanto obraba contra su voluntad. Hay algunos que de su natural son fáciles, otros tardíos, otros duros en recibir las opiniones ajenas, otros inclinados a la indignación, otros a la cólera, otros al amor, y en suma, se hallan muy pocas personas en las cuales no se pueda señalar alguna suerte de imperfecciones. Y aunque éstas sean como propias y naturales a cada una, si es que por el cuidado y afición contraria se pueden corregir y moderar, también se podrán desechar y despedir; y aun

63 Es decir, "que estuvo a punto de".
64 Epístola CVIII, *ad Eustochium, in Epitaph. Paulæ*, § 20.

es necesario, Filotea, que lo hagas. Si se ha hallado el medio de trocar los almendros amargos en almendros dulces, sólo con agujerearles el pie para que por allí salga el humor,[65] ¿por qué no podremos nosotros hacer salir nuestras inclinaciones perversas, para que así nos mejoremos? No hay natural tan bueno que no pueda malearse con costumbres viciosas, ni hay tampoco natural tan arisco y malo que por la gracia de Dios primeramente y después por la industria y diligencia, no pueda domarse y vencerse. Quiero comenzar, pues, a darte avisos y proponerte ejercicios, por cuyo medio purgarás tu alma de la afición que a los pecados veniales tienes, de todas aficiones peligrosas y de las imperfecciones; y así asegurarás de más en más tu conciencia de pecado mortal. Dete Dios la gracia para bien practicarlos.

65 Plinio, *Hist. nat.*, XVII, 43.

Segunda parte: *Diversos avisos para levantar el alma a Dios por la oración y sacramentos.*

Capítulo I: *De la necesidad de la oración*

1. La oración pone nuestro entendimiento en la claridad y luz divina, y expone nuestra voluntad al calor del amor celeste; no hay cosa que limpie tanto nuestro entendimiento de sus ignorancias y nuestra voluntad de sus depravadas aficiones. Es el agua de bendición que con su rocío hace reverdecer y florecer las plantas de nuestros buenos deseos, lava nuestra alma de sus imperfecciones y mata al corazón la sed de sus pasiones.

2. Mas sobre todo te aconsejo la mental y cordial, y particularmente la que se hace a la vida y muerte de nuestro Señor. Mirándole a menudo por medio de

la meditación, toda tu alma se llenará de Él; aprenderás de su doctrina y formarás tus acciones al modelo de las suyas; y pues es la luz del mundo, en Él, con Él y por Él hemos de recibir gracia y luz.[1] Es el árbol del deseo, a cuya sombra nos debemos alentar y refrescar.[2] Es la viva fuente de Jacob, donde hemos de lavar todas nuestras manchas.[3] En fin, los niños, a puro oír las madres y gorjear con ellas, aprenden a hablar su lengua; y así nosotros, morando con nuestro Salvador por la meditación y observando sus palabras, sus acciones y sus aficiones, aprenderemos, mediante su gracia, a hablar, querer y hacer como Él. Esto es bien consideres, Filotea, y créeme que no podremos ir a Dios Padre sino por esta puerta;[4] porque de la misma manera que la luna de un espejo no podría detener nuestra vista si no estuviese por detrás cubierta de estaño o plomo, así también la divinidad no podría ser bien contemplada de nosotros en este mundo inferior si no estuviera junto a la sagrada humanidad del Salvador, cuya vida y muerte son el objeto más proporcionado, saludable, regalado y provechoso de cuantos podemos escoger para nuestra meditación ordinaria. No en balde se llama el Salvador "Pan bajado del cielo";[5] porque así como el pan se ha de comer con todas suertes de viandas, así el Salvador debe ser meditado, considerado y requerido en todas nuestras oraciones y acciones. Su vida y muerte está dispuesta y distribuida en diversos puntos (para mejor servir a la meditación) por diversos autores. De los que te aconsejo que uses son San Buenaventura, Belintano,[6]

1 *Juan,* VIII, 12.
2 *Cant,* II, 2.
3 *Juan,* IV, 6.
4 *Juan,* XIV, 6.
5 *Juan,* VI, 1.
6 Bellintani Matthia, capuchino italiano (1534-1611), *Prattica dell'Oration mentale,* Venecia, 1592.

Bruno,[7] Capilla,[8] Granada y Puente.[9]

3. Emplea cada día una hora antes de comer, si pudieres, y esto luego que te levantes, porque entonces tendrás el espíritu menos embarazado y con más sosiego por seguir al reposo de la noche. No emplees tampoco más de una hora, si tu padre espiritual expresamente no te lo mandare.

4. Si puedes hacer este ejercicio en la iglesia, y hallas en ella bastante sosiego, te será una cosa fácil y cómoda; porque ni padre, ni madre, ni mujer, ni marido, ni otro alguno te podrá con justa razón estorbar el quedarte una hora en el templo de Dios; y estando a la sujeción de alguno, por ventura no podrás alcanzar en tu casa esta hora libre.

5. Comienza toda suerte de oraciones (sea mental, sea vocal) por la presencia de Dios; y ten esta regla por sin excepción, y verás en poco tiempo cuán provechosa vendrá a serte.

6. Si me crees, dirás el padrenuestro, el avemaría y el credo, en latín, pero entendiendo las palabras que contienen en tu vulgar; porque diciéndolas en la lengua común de la Iglesia, puedas también saborear y gustar del sentido admirable y regalado de estas santas oraciones, las cuales se han de decir fijando profundamente tu pensamiento y excitando tu afición al sentido de ellas; no dándote de ninguna manera prisa para decir muchas, sino procurando que las que dijeres sean de corazón; porque un solo paternóster dicho con sentimiento, vale más que muchos dichos a prisa y no sentidos.

7. El rosario es una muy útil manera de rezar, sabiéndole decir como conviene; y para esto tendrás

[7] Bruno (véase la nota 29 de la primera parte), *Méditations sur les Mystères de la Passion* [...] *traduites d'italien en françoys par Philibert Du Sault*, Douay, 1596.

[8] Capilla Andrés, cartujo español, obispo de Urgel, muerto en 1610.

[9] Luís de la Puente, jesuita español (1545-1624).

algún librillo de los que enseñan a rezarle. También es bueno el decir las letanías de nuestro Señor, de nuestra Señora y de los santos, y todas las otras oraciones vocales que están en el Manual y Horas aprobadas; y esto se entiende con condición que si gozas el don de la oración mental, la guardes siempre el principal lugar; y esto de suerte que, si después de ella, o por los muchos negocios, o por alguna otra razón, no puedes usar de la oración vocal, no por eso tomes cuidado, contentándote con decir simplemente, antes o después de la meditación, la oración dominical, la salutación angélica y el símbolo de los apóstoles.

8. Si haciendo la oración vocal sientes tu corazón arrebatado, o convidado a la oración interior o mental, no huyas el entrar en ella, sino antes procura que tu espíritu ejecute lo que en esta parte desea, y no se te dé nada de no haber acabado las oraciones vocales que habías propuesto; porque la mental, que en su lugar harás, es más agradable a Dios y más útil a tu alma; pero entiéndese haciendo excepción del oficio eclesiástico, cuando hay obligación de decirle, porque en este caso antes se ha de cumplir con lo preciso.

9. Si sucediere pasársete toda la mañana sin este ejercicio sagrado de la mental oración, o por los muchos negocios o por otra causa (procurando cuanto te sea posible no ocupar este tiempo en otra cosa), procurarás reparar esta falta después de comer en alguna hora la más apartada de la comida; porque haciendo esto después de ella, antes que la digestión esté muy adelantada, te sobrevendría alguna debilidad, la cual interesaría tu salud.

Y si en todo el día no pudieres hacer este ejercicio, repararás esta pérdida multiplicando las oraciones ordinarias y leyendo en algún libro de devoción, con alguna penitencia que supla esta falta; y con esto resuelve el enmendarte el día siguiente y continuar tu ejercicio devoto.

Capítulo II: *Breve método para la meditación, y en primer lugar de la presencia de Dios. Primer punto de la preparación*

Puede ser, querida Filotea, que no sepas cómo has de hacer la oración mental, porque es una cosa la cual, por nuestra desventura, pocas personas saben en esta era: causa por que te presento un simple y breve método a este fin, esperando que por la lectura de diferentes libros, compuestos a este sujeto, y sobre todo por el uso, puedas más seguramente quedar instruida. Primeramente te pongo la preparación, la cual consiste en dos puntos: el primero es el ponerse en la presencia de Dios, y el segundo invocar su asistencia. Para ponerte en la presencia de Dios, te propongo cuatro principales medios, de los cuales te podrás servir en este principio.

El *primero* consiste en un viva y atenta aprensión[10] de la verdadera presencia de Dios, esto es, que Dios está en todo y por todo, y que no hay lugar ni cosa en este mundo donde no esté con una verdadera presencia; y así como los pájaros, dondequiera que vuelan, hallan siempre el aire, así nosotros, dondequiera que vayamos o estemos, siempre hallamos a nuestro Dios presente. Cualquiera sabe esta verdad, mas no cualquiera la aprende con atención. Los ciegos, no viendo un príncipe que tengan presente, no dejan de tenerle respeto, siendo advertidos de su presencia; pero a decir verdad, como no le ven, fácilmente se olvidan que esté presente, y olvidados, con más facilidad le pierden el respeto y reverencia. ¡Ay de mí, Filotea!, nos-

10 O "aprehensión".

otros no vemos a Dios, aunque le tenemos presente; y aunque la fe nos advierte de su presencia, como no lo vemos con nuestros ojos, fácilmente nos olvidamos, y entonces hacemos como si Dios estuviese bien lejos de nosotros.

Porque aunque sabemos bien que está presente a todas las cosas, como no lo pensamos como deberíamos, es lo mismo que si no lo supiésemos. Por esto debemos siempre antes de la oración provocar nuestra alma a un atento pensamiento, y consideración de esta presencia de Dios. Ésta fue la aprensión de David cuando decía: "Si subo al cielo, allí, Dios mío, te hallo; si bajo a la tierra, allí también te hallo".[11] Debemos usar también de las palabras de Jacob, el cual, habiendo visto la escalera sagrada, dijo: "¡Oh, cuán temeroso es este lugar! Verdaderamente Dios está aquí, y yo no sabía nada".[12] Quiere decir que no pensaba en ello, porque cuanto a lo demás, no podía ignorar que Dios estaba en todo y por todo. Viniendo, pues, a la oración, ¡oh Filotea!, dirás de todo tu corazón y a tu corazón: ¡Oh corazón mío, oh mi corazón! Dios está verdaderamente aquí.

El *segundo* medio de ponerse en esta sagrada presencia, es el pensar que no solamente Dios está en el lugar donde tú estás, sino que particularmente está en tu corazón y en lo más íntimo de tu espíritu, al cual vivifica y anima con su divina presencia, estando allí como corazón de tu corazón y espíritu de tu espíritu; porque como el alma, estando extendida por todo el cuerpo, se halla presente en todas sus partes, y reside, no obstante esto, en el corazón con una especial residencia, así Dios, estando presente a todas las cosas, asiste especialmente a nuestro espíritu; y por esto lla-

11 *Salmo* CXXXVIII, 8.

12 *Génesis*, XXVIII, 17, 16.

maba David a Dios, Dios de su corazón;[13] y San Pablo decía que "nosotros vivimos, nosotros nos movemos, y somos en Dios".[14] En la consideración de esta verdad incitarás a una gran reverencia a tu corazón para con tu Dios, que íntimamente le está presente.

El *tercer* medio es considerar nuestro Salvador, el cual en su humanidad mira desde el cielo todas las personas del mundo, y particularmente los cristianos, que son sus hijos, y más especialmente a los que están en oración, de los cuales nota las acciones y consistencia. No es esto, Filotea, una simple imaginación, sino una verdadera verdad; porque aunque nosotros no le vemos, Él, desde lo más alto del cielo, nos considera. Así le vio San Esteban al tiempo de su martirio;[15] de manera que podemos bien decir con la Esposa: "Vele allí que está detrás de la pared, viendo por las ventanas o mirando por las rejas".[16]

La *cuarta* manera consiste en servirse de la simple imaginación, representándonos el Salvador en su sagrada humanidad como si estuviese junto a nosotros, así como nos representamos a nuestros amigos, y a veces decimos: Yo imagino ver un tal, que hace tal y tal cosa, y aun me parece que le veo; o cosa semejante. Mas si el santo sacramento del altar estuviese presente, entonces esta presencia sería real y no puramente imaginada; porque las especies y apariencia del pan, sería como una vidriera, detrás de la cual nuestro Señor, estando realmente presente, nos ve y considera, aunque nosotros no le vemos en su propia forma. Usarás, pues, Filotea, de uno de estos cuatro medios para poner el

13 *Salmo* LXXII, 26.
14 *Hechos*, XVII, 28.
15 *Hechos*, VII, 55.
16 *Cant.*, II, 9.

alma en presencia de Dios antes de la oración, no empleándolos todos juntos, sino uno cada vez, y esto breve y simplemente.

Capítulo III: *De la invocación. Segundo punto de la preparación*

La invocación se hace de esta manera: Sintiéndose tu alma en la presencia de Dios, se postrará con una extrema reverencia, conociéndose indignísima de hallarse delante de tan soberana Majestad; pero sabiendo que esta misma bondad lo quiere, le pedirás gracia para bien servirla y adorarla en esta meditación. Y si quieres, bien podrás usar de algunas palabras breves y fervorosas, como éstas de David: "No me desechéis, Señor, ¡oh Dios mío!, de la presencia de vuestra cara, y no me neguéis el favor de vuestro Santo Espíritu.[17] Aclarad vuestra cara sobre vuestra hija,[18] y considerará vuestras maravillas.[19] Dadme entendimiento y miraré vuestra ley y la guardaré con todo mi corazón.[20] Yo soy vuestra sierva, dadme el espíritu";[21] y tales palabras semejantes a éstas, serviránte también de juntar la invocación de tu buen ángel y de las sagradas personas que se hallaron

17 *Salmo* L, 13.
18 *Salmos* XXX, 17; CXVIII, 135.
19 *Salmo* CXVIII, 18.
20 *Salmo* CXVIII, 34.
21 *Salmo* CXVIII, 125.

al misterio de que tú meditas, como en el de la muerte de nuestro Señor, podrás invocar a nuestra Señora, San Juan, la Magdalena, el Buen Ladrón, para que los sentimientos y movimientos interiores que recibieron te sean comunicados: y en la meditación de tu muerte podrás invocar tu buen ángel, el cual se hallará presente para inspirarte las consideraciones convenientes; y así harás en los otros misterios.

Capítulo IV: *De la proposición del misterio. Tercer punto de la preparación*

Después de estos dos puntos ordinarios de la meditación, hay otro tercero, que no es común a toda suerte de meditaciones: éste es el que los unos llaman fábrica[22] de lugar y los otros lección interior; y no es otra cosa sino proponer a la imaginación el cuerpo del misterio que se quiere meditar, como si real y verdaderamente le tuviésemos en nuestra presencia. Por ejemplo: si quisieses meditar a nuestro Señor en la cruz, imaginarás estar en el monte Calvario, y que ves todo lo que se hizo y dijo el día de la pasión; o si quieres (porque todo es uno), imaginarás que en el mismo lugar donde estás crucificaron a nuestro Señor de la manera que los evangelistas lo escriben. Lo mismo te digo cuando meditares la muerte, así como ya he dicho en su meditación,

[22] O "composición".

como también en la del infierno y en todos los otros misterios semejantes, donde se trata de cosas visibles y sensibles; porque cuanto a los otros misterios de la grandeza de Dios, de la excelencia de las virtudes, del fin para que somos criados, las cuales todas son cosas invisibles, no es necesario servirse de esta suerte de imaginación. Verdad es que se puede emplear alguna similitud y comparación para ayudar a la consideración; mas aun esto es en alguna manera difícil, y no quiero tratar contigo sino muy simplemente y de suerte que tu espíritu no se trabaje demasiado con tantas imaginaciones. Por medio de esta imaginación encerramos nuestro espíritu en el misterio que queremos meditar, para que no ande corriendo a diversas partes, ni más ni menos como cuando encierran un pájaro en una jaula o como cuando atan el halcón a las pihuelas[23] por que haga asiento en el puño. Algunos te dirán (no obstante esto) que es mejor usar de simple pensamiento de la fe y de una simple aprensión mental y espiritual en la representación de estos misterios, o bien considerar que estas cosas se hacen en tu propio espíritu; mas todo esto es demasiado sutil para el principio, y hasta que Dios te levante más alta, yo te aconsejo, Filotea, te detengas en este primer escalón que te muestro.

23 Correas utilizadas para ese fin en cetrería.

Capítulo V: *De las consideraciones. Segunda parte de la meditación*

Después de la acción de la imaginación, se sigue la acción del entendimiento, la cual llamamos meditación, y no es otra cosa sino una o muchas consideraciones hechas para levantar el corazón a Dios y a las cosas divinas, en lo cual se diferencia la meditación del estudio, y de otros pensamientos y consideraciones, los cuales no se usan para adquirir la virtud o el amor de Dios, sino por otro algún fin e intención, como para hacerse docto para escribir o disputar. Habiendo, pues, encerrado tu espíritu, como he dicho, en lo encerrado del sujeto que quieres meditar, o por la imaginación, si el sujeto es sensible, o por la simple proposición, si es insensible, comenzarás a hacer sobre él consideraciones, para lo cual hallarás ejemplos formados en las meditaciones que ya te he dado. Y si tu espíritu halla bastante gusto, luz y fruto en alguna de las consideraciones, detendráste en ella, sin pasar adelante, haciendo como las abejas, que no dejan la flor hasta que hallan la sabrosa miel. Mas si no hallas el fruto que deseabas en la una de las consideraciones, después que hayas detenídote un poco en ella, pasarás a otra, yéndote poco a poco y simplemente en esta obra, sin afligirte ni congojarte.

Capítulo VI: *De las aficiones y resoluciones. Tercera parte de la meditación*

La meditación causa buenos sentimientos en la voluntad y parte afectiva de nuestra alma, como son el amor de Dios y del prójimo; el deseo del paraíso y de la gloria; el celo de la salud de las almas; la imitación de la vida de nuestro Señor; la compasión, la admiración, la alegría, el temor de la desgracia de Dios, del juicio y del infierno; la confianza en la bondad y misericordia de Dios; la confusión para con nuestra vida pasada; y en estos deseos y aficiones, nuestro espíritu se debe extender y derramar lo más que sea posible; y si quieres hallar ayuda para esto, lee el primer tomo de las *Meditaciones* de Don Andrés de Capilla y ve su prefacio, porque en él muestra el modo de dilatar estas aficiones y deseos, aunque más ampliamente lo hallarás en el Padre Arias, en el *Tratado de la Oración.*

No por esto, Filotea, has de detenerte tanto en estas aficiones generales, que no las conviertas en resoluciones especiales y particulares para tu corrección y enmienda. Por ejemplo: la primera palabra que nuestro Señor dijo en la cruz, causará sin duda una buena afición de imitación en tu alma; es, a saber, el deseo de perdonar tus enemigos y amarlos. Dígote, pues, que aun esto es muy poco, si no juntas una resolución especial en esta forma. Ahora propongo y digo que no me picaré más de tales cuestiones enojosas, que un vecino o vecina, mi doméstico o doméstica, dicen de mí, ni de tal menosprecio que me hacen algunas personas; antes diré y haré tal y tal cosa para apaciguarlos y atraerlos, y por el consiguiente[24] en los demás.

[24] Es decir, "y de la misma manera".

Por este medio, Filotea, corregirás tus faltas en poco tiempo, cosa que por la sola afición, sin resolución, no podrás, sino tarde y con dificultad.

Capítulo VII: *De la conclusión, y ramillete espiritual*

Hase de concluir la meditación por tres acciones, las cuales deben hacerse con la mayor humildad que sea posible: la primera es la acción de las gracias, dándoselas a Dios de las buenas aficiones y resoluciones que nos ha dado, de su bondad y misericordia, la cual hemos descubierto en el misterio de la meditación. La segunda es la acción y ofrenda, por la cual ofrecemos a Dios su misma bondad y misericordia, la muerte, la sangre, las virtudes de su Hijo, y juntamente con ellas nuestras aficiones y resoluciones.

La tercera acción es aquella de la suplicación, por la cual pedimos a Dios nos comunique las gracias y virtudes de su Hijo, y dé la bendición a nuestras aficiones y resoluciones, para que así las podamos ejecutar fielmente. Después de esto rogamos a Dios por la Iglesia, por nuestros prelados, parientes, amigos y otros, poniendo para esto la intercesión de nuestra Señora, de los ángeles y de los santos, diciendo a el fin el *Pater Noster* y el *Ave Maria*, que es la general y necesaria oración de todos los fieles.

Después de todo esto me ha parecido que será bien coger un ramillete de devoción; quiero decir, lo si-

guiente: Los que se han paseado en un hermoso jardín, no salen de él de buena gana sin coger cuatro o cinco flores, en cuyo olor hallan todo aquel día regalos. Así, nuestro espíritu, habiendo discurrido sobre algún misterio por la meditación, debe escoger uno, dos o tres puntos que hayan cuadrado más a nuestro entendimiento, para que éstos queden en nuestra memoria todo aquel día, gozando espiritualmente de su suave olor. Esto se hace en el mismo lugar donde hemos meditado, entreteniéndonos o paseándonos con soledad algún tiempo después.

Capítulo VIII: *Algunos avisos muy provechosos sobre el sujeto de la meditación*

Sobre todo es menester, Filotea, que al salir de la meditación tengas en la memoria las resoluciones y deliberaciones que habrás tomado, para practicarlas cuidadosamente en aquel día. Éste es el mayor fruto de la meditación, sin el cual es muchas veces, no sólo inútil, pero dañosa; porque las virtudes meditadas y no practicadas, hinchan y desvanecen a veces el espíritu y ánimo, pareciéndonos que somos ya los mismos que hemos resuelto y deliberado de ser: lo cual es sin duda verdadero, siendo las resoluciones vivas y sólidas; pero no son tales, sino antes vanas y peligrosas, no siendo practicadas. Menester es, pues, de todas maneras, procurar practicarlas; y para esto buscar las ocasiones grandes o pequeñas. Por ejemplo: si yo he pro-

puesto de atraer por amor el espíritu de los que me han ofendido, procuraré este día encontrarlos, o por lo menos decir bien de ellos y rogar por ellos a Dios.

Al salir de esta oración cordial, tendrás cuenta de no inquietar tu corazón, porque sería perder el bálsamo que has recibido por medio de la oración; esto es, que has de guardar, si te fuere posible, un poco de silencio, y rumiar poco a poco en tu corazón el pasado ejercicio, teniendo en la memoria, el más tiempo que puedas, el sentimiento y las aficiones que hubieres recibido. Un hombre que recibiese en un vaso de hermosa porcelana algún licor de gran precio para llevarle a su casa, este tal iría poco a poco, no echando la vista a ninguna parte, sino delante de sí, temiendo deslizar en alguna piedra o dar algún paso falso, mirando siempre lo que lleva, de miedo no se derrame. Lo mismo debes hacer tú al salir de la meditación. No te distraigas luego, sino mira simplemente tu camino; pero si encuentras alguno a quien estés obligado de oír o entretener, no hay remedio: entonces es menester te acomodes al caso, pero de suerte que mires tu corazón, porque del licor de la santa oración no se derrame sino lo menos que sea posible.

También es menester acostumbrarte a usar de la oración en toda suerte de acciones que tu vocación o profesión justa y legítimamente requieren, como el abogado abogando, el mercader en su trato, la mujer casada en la obligación de su matrimonio y casería de su casa; y esto con tanta suavidad y tranquilidad, que no por eso se turbe el espíritu; que pues lo uno y lo otro es según la voluntad de Dios, hase de hacer también paso de lo uno a lo otro en espíritu de humildad y devoción. Sabrás también que te sucederá algunas veces, luego que hayas hecho la preparación, moverse toda tu afición en Dios. Entonces, Filotea, menester es dejarla la brida, sin querer seguir el método que te

he dado. Porque aunque es verdad que ordinariamente la consideración deba preceder a la afición y resolución, como el Espíritu Santo te dé antes la afición que la consideración, no debes buscar la consideración viendo que ésta no se hace sino para mover la afición. En fin, siempre que las aficiones se te representaren, has de recibirlas y hacerlas lugar, sea que lleguen antes o después de las consideraciones. Y aunque yo haya puesto las aficiones después de todas las consideraciones, no lo he hecho sino para mejor distinguir las partes de la oración, porque en lo demás es una regla general que jamás se han de detener las aficiones; antes se les ha de dar lugar a que salgan cuando se nos presentan. Y esto que digo, no sólo se entiende por las otras aficiones, sino también por la acción de las gracias, el ofrecimiento y rogativa, que se pueden hacer por medio de las consideraciones, dándolas también lugar como a las otras aficiones. Bien es verdad que para la conclusión de la meditación es menester mencionarlas y repetirlas; mas cuanto a las resoluciones, es menester hacerlas después de las aficiones, y al fin de toda la meditación y antes de la conclusión; por cuanto habiéndonos éstas de representar objetos particulares y familiares, si las hiciésemos en medio de las aficiones, nos pondrían en peligro de distraernos y divertirnos.

En medio de las aficiones y resoluciones es bueno de usar de coloquio y hablar, ya con nuestro Señor, ya con los ángeles, y con las demás personas representadas en el tal misterio: con los santos, consigo mismo, con su corazón, con los pecadores y aun también con las criaturas insensibles, como se ve que David hace en sus salmos y los otros santos en sus meditaciones y oraciones.

Capítulo IX: *Para los desabrimientos que suceden en la meditación*

Si te sucede, Filotea, sentir desabrimiento y desconsuelo en la meditación, ruégote no te inquietes, sino que antes abras la puerta a las palabras vocales, lamentándote tú misma de ti misma a tu Dios. Confiesa tu indignidad, ruégale que te ayude, besa su imagen, si la tuvieres presente, y dile estas palabras de Jacob: "No te dejaré, Señor, hasta que me des tu bendición";[25] o aquellas de la Cananea: "Sí, Señor, yo soy una perra; mas los perros comen de las migajas de la mesa de su señor".[26]

Otras veces toma un libro y léele con atención hasta que despierte tu espíritu y vuelva en sí; hiere alguna vez tu corazón con algún movimiento de devoción exterior, humillándote en tierra, cruzando las manos sobre el pecho, abrazando un crucifijo (entiéndese esto si estás en algún lugar retirado). Y si después de todo lo dicho no hallares consuelo, por grande que sea el desabrimiento, no por eso te desasosiegues, sino antes continúa en tener una humildad devota delante de tu Dios. ¡Cuántos cortesanos hay que van cien veces a la cámara de su príncipe, sin esperanza de hablarle, sino solamente para mostrar que cumplen con sus obligaciones! Así debemos nosotros venir, mi querida Filotea, a la santa oración, pura y simplemente para cumplir con nuestra obligación y atestiguar nuestra fidelidad; que si es servida[27] la Divina Majestad de hablarnos y entretenerse con nosotros por sus santas

25 *Génesis*, XXXII, 26.
26 *Mateo*, XV, 27.
27 O: "si se digna".

inspiraciones y consuelos interiores, serános sin duda una gran honra y un placer muy regalado. Pero si no es servido de hacernos esta gracia, dejándonos allí sin hablarnos, como si no nos viera ni estuviésemos en su presencia, no por eso debemos salirnos, sino antes quedarnos delante de esta soberana bondad con un semblante devoto y apacible, y así infaliblemente le agradará nuestra paciencia y notará nuestra continuación y perseverancia, y otra vez, cuando volviéremos a su presencia, nos favorecerá y se entretendrá con nosotros por medio de sus consolaciones, haciéndonos ver la amenidad de la santa oración. Y cuando no hiciese esto, contentémonos, Filotea, con que nos es una honra en extremo grande el estar cerca de Él y a su vista.

Capítulo X: *Ejercicios para la mañana*

Fuera de esta oración mental entera y formada, y las otras oraciones vocales que estás obligado a hacer cada día, hay otras cinco suertes de oraciones que sirven como de adelantamiento y ayuda a la otra grande oración. Entre las cuales la primera es la que se hace a la mañana, como una preparación general para todas las horas del día. Haráse, pues, de esta manera:

1. Da gracias a Dios y adora a Dios profundamente por la merced que te ha hecho en conservarte la noche precedente; y si en ella hubieres cometido algún pecado, pídele perdón.

2. Mira que el día presente se te ha dado para que en él puedas ganar el venidero día de la eternidad, y harás un firme propósito de emplear a este fin bien el día.

3. Prevén qué negocios, qué tratos o qué ocasiones puedes encontrar en este día para servir a Dios, y qué tentaciones te podrán sobrevenir para ofenderle, o por cólera, o por vanidad o por otro desconcierto, y con una santa resolución prepárate para emplear bien los medios que se te ofrecieren para servir a Dios y adelantar tu devoción. Y al contrario, te dispondrás a evitar, combatir y vencer lo que se presentare contra tu salud y gloria de Dios. Y no basta el hacer esta resolución, sino que se han de preparar los medios para bien ejecutarla. Por ejemplo: si yo preveo que he de tratar de algún negocio con alguna persona apasionada y pronta a la cólera, no sólo resolveré no ofenderla, sino antes prepararé palabras blandas para prevenirla, o la asistencia de alguna persona que la pueda contener. Si preveo que he de visitar un enfermo, dispondré la hora, las consolaciones y socorro que tengo de darle; y así en lo demás.

4. Hecho esto, humíllate delante de Dios, reconociendo que de ti misma no podrías hacer nada de lo que has deliberado, sea para huir el mal o para ejecutar el bien, y como si tuvieses tu corazón en tus manos, ofrécele con todos tus buenos designios a la Divina Majestad, suplicándola le reciba en su protección y le fortifique para que mejor se aplique a su santo servicio, haciendo esto con tales o semejantes palabras interiores: ¡Oh, Señor!, ves aquí este pobre y miserable corazón que por tu bondad ha concebido muchos buenos deseos. ¡Ay de mí, que de suyo es muy flaco y débil para efectuar el bien que desea, si tú, Señor, no le repartes tu celeste bendición, la cual a este fin te pido, oh Padre de mansedumbre, por los

merecimientos de la pasión de tu precioso Hijo, a cuyo honor consagro este día y lo restante de mi vida! Invoca a nuestra Señora, tu ángel de la Guarda y los santos para que a este fin te ayuden.

Todas estas aficiones espirituales se han de hacer breve y vivamente, antes de salir del aposento, si fuese posible, para que por medio de este ejercicio todo lo que hicieres en el espacio del día sea participante de la bendición del Señor. Ruégote, Filotea, no faltes jamás en esto.

Capítulo XI: *Del ejercicio de la noche y el examen de la conciencia*

Como antes del comer temporal haces tu comida espiritual por medio de la meditación, así antes del cenar has de hacer una pequeña cena, o a lo menos una colación devota y espiritual. Procura, pues, algún lugar un poco antes de la hora del cenar, y postrada delante de Dios, recogiendo tu espíritu en Cristo crucificado (el cual te le representarás por una simple consideración y vista interior), vuelve a encender el fuego de tu meditación matutina en tu corazón con vivas aspiraciones humildes y muestras amorosas, que harás en honor de este divino Salvador de tu alma; o bien repitiendo los puntos en que habrás hallado más gusto en la meditación de la mañana, o bien excitándote a otro sujeto nuevo, según mejor te pareciere.

Cuanto al examen de la conciencia, que se debe hacer siempre antes de acostarse, cualquiera sabe cómo se ha de practicar.

1. Dase gracias a Dios por habernos guardado en el pasado día.

2. Examínase cómo se ha gobernado en todas las horas del día; y para hacer esto más fácilmente, se considera dónde, con quién y en qué ocupaciones se ha estado.

3. Si se halla haber hecho algún bien, danse a Dios las gracias; si al contrario, se ha hecho algún mal con pensamientos, palabras u obras, pídese perdón a su Divina Majestad, con resolución de confesarse en la primera ocasión y de enmendarse cuidadosamente.

4. Después de esto se encomienda a la Providencia Divina el cuerpo, el alma, la Iglesia, los parientes, los amigos. Rézase a nuestra Señora, al Ángel de la Guarda y a los santos para que nos amparen y sean nuestros intercesores; y con la bendición divina se va a gozar del reposo no excusado a esta parte mortal.[28]

Este ejercicio no debe jamás olvidarse, así como el de la mañana. Por el de la mañana abres las ventanas de tu alma al Sol de Justicia, y por el de la noche las cierras a las tinieblas del infierno.

28 Es decir, "indispensable para los mortales".

Capítulo XII: *Del retiro espiritual*[29]

Aquí es, querida Filotea, donde con aficionado deseo debes seguir mi consejo, porque en este artículo consiste uno de los más seguros medios de tu adelantamiento perpetuo.

Llama a tu espíritu las más veces que pudieres al día a la presencia de Dios por uno de los cuatro modos que ya te he dicho; y mira lo que hace Dios y lo que tú haces, verás sus ojos vueltos a tu lado y perpetuamente fijos en ti con un amor incomparable. Dirás, pues: ¡Oh, Dios mío!, ¿por qué no te miro yo siempre como tú siempre me miras? ¿Por qué piensas, Señor mío, en mí tan a menudo, y por qué pienso yo en ti tan pocas veces? ¿Dónde estamos, pues, oh alma mía? Nuestro verdadero lugar es Dios. ¿Dónde, pues, nos hallamos?

Como los pájaros hacen sus nidos sobre los árboles, donde cuando han menester hallan su retirada, y los ciervos tienen sus matas y sus fuertes, en los cuales, recelosos, se encaminan y cubren, gozando el fresco de la sombra en verano, así, Filotea, nuestros corazones deben tomar y escoger cada día algún puesto, o sobre el monte Calvario, o en las llagas de nuestro Señor o en otro lugar cerca de Él, para hacer nuestras retiradas en cualquier suerte de ocasiones y allí consolarnos y recrearnos entre los negocios exteriores, estando allí como en un fuerte, de donde se defenderá de las tentaciones. Dichosa será el alma que podrá decir con verdad a nuestro Señor: Tú, Señor, eres mi casa de refugio,[30] mi muralla segura, mi techo contra el agua y mi sombra contra el calor.[31]

29 Usa el traductor, en vez de *retiro*, la voz *retrete*, en su antigua acepción.
30 *Salmo* LXX, 3.
31 *Eclesiástico*, XXXIV, 19.

Acuérdate, pues, Filotea, de retirarte muchas veces a la soledad de tu corazón, mientras que corporalmente estás en medio de las conversaciones y negocios; que esta soledad mental de ninguna manera puede ser impedida por la muchedumbre de los que tienes presentes, porque éstos no están alrededor de tu corazón, sino sólo de tu cuerpo. Procurarás, pues, que tu corazón sólo esté en la presencia de Dios solo. Éste era el ejercicio que hacía el rey David en medio de tantas ocupaciones como tenía, como vemos en mil pasos de sus salmos: "¡Oh, Señor! siempre estoy contigo; [32] yo siempre veo a mi Dios delante de mí;[33] mis ojos he levantado a ti, ¡oh Dios mío!, que habitas en el cielo; [34] mis ojos están siempre en Dios." [35]

También las conversaciones no son de ordinario de tanta importancia que no se pueda, a tiempos, retirar tu corazón a esta divina soledad.

El padre y madre de Santa Catalina de Sena, habiéndola quitado todas las comodidades, como lugar y tiempo para rezar y meditar, nuestro Señor la inspiró hiciese un interior oratorio en su espíritu, dentro del cual, retirándose mentalmente, ejercitaba en medio de los negocios exteriores esta santa y cordial soledad. Y cuando el mundo, después, la perseguía o tentaba, no por eso recibía ninguna incomodidad; y esto se decía que era porque en tales ocasiones se encerraba en el camarín interior de su entendimiento, donde se consolaba con su celeste Esposo. Y así, desde entonces, aconsejaba a sus hijos espirituales hiciesen un aposento en su corazón, donde pudiesen vivir seguros.[36]

[32] *Salmo* LXXII, 23.
[33] *Salmo* XV, 8.
[34] *Salmo* CXXII, 1.
[35] *Salmo* XXIV, 15.
[36] S. Raimundo de Capua, *Vida de Santa Catalina de Siena,* I, 2.

El traductor pone siempre *Sena* en lugar de *Siena,* y así lo hemos dejado por ser fácilmente obviable para el lector.

Retira, pues, a veces tu espíritu a tu corazón, donde, separado de todos los hombres, puedas tratar cordialmente de tu alma con tu Dios, diciendo con David: "Yo he velado y sido semejante al pelícano de la soledad, y me he hecho como el búho en el domicilio y como el pájaro solitario en el tejado".[37] Las cuales palabras, fuera de su sentido literal (que atestiguan cómo este gran rey reservaba algunas horas a la soledad en la contemplación de las cosas espirituales), nos muestran en su sentido místico tres excelentísimas retiradas y como tres ermitas, en las cuales podemos ejercer nuestra soledad a la imitación de nuestro Salvador, el cual en el monte Calvario fue como pelícano de la soledad, que con su sangre da vida a sus polluelos muertos; en su natividad, en un pesebre desierto, fue como el búho en el domicilio, plañendo y llorando nuestras faltas y pecados; en el día de su ascensión, fue como el pájaro solitario, retirándose y volando al cielo, que es como techo del mundo; y en todos estos lugares podemos hacer nuestras retiradas en medio de la confusión de los negocios. El bienaventurado Elizario, conde de Arian, en Provenza, habiendo estado mucho tiempo ausente de su devota y casta Delfina, ella le envió un correo para que la trajese nuevas ciertas de la salud de su esposo; y él respondió: "Yo estoy bueno, mi amada compañía, y si me quisiereis ver, buscadme en la llaga del lado de nuestro dulce Jesús, porque allí es donde yo habito y donde vos me hallaréis; y en otra parte será buscarme en vano." Con razón se podía llamar a este caballero cristiano.

[37] *Salmo CI, 7-8.*

Capítulo XIII: *De las aspiraciones, oraciones jaculatorias y buenos pensamientos*

Retírase a Dios por cuanto se aspira a Él, y aspírase para retirarse; de manera que la aspiración en Dios y la retirada espiritual, se conservan la una a la otra, y ambas provienen y nacen de los buenos pensamientos.

Aspira, pues, a menudo en Dios, Filotea, por cortas pero ardientes salidas de tu corazón; admira su hermosura; invoca su ayuda; échate en espíritu al pie de la cruz; adora su bondad; pregúntale a menudo por tu salud; dale mil veces al día tu alma; fija tus ojos interiores en su dulzura; alárgale la mano como un niño a su padre para que Él te conduzca; ponle sobre tu pecho como un ramillete regalado; arbólale en tu alma como un estandarte; y haz mil suertes de diversos movimientos en tu corazón para darte a ti misma el amor de Dios y ejercitarte en una apasionada y tierna dilección de este divino Esposo.

Así se hacen las oraciones jaculatorias que el gran San Agustín aconseja cuidadosamente a la devota dama Proba.[38] Filotea, nuestro espíritu, si se da al trato, privanza, y familiaridad de su Dios, se perfumará todo de sus perfecciones; y, mirado bien, no es nada dificultoso este ejercicio, porque se puede entrelazar en todos nuestros negocios y ocupaciones sin que por eso se estorben, por cuanto sea en el retiro espiritual o sea en estos asaltos interiores, no se hacen sino pequeños y cortos divertimientos, los cuales no estorban de ninguna manera; antes sirven mucho al progreso de lo que hacemos. El peregrino que toma un poco de vino para alegrar el corazón y refrescar la boca, aunque se detiene

[38] *Ep.* CXXX, 20.

un poco, no por eso rompe el camino; antes recibe fuerzas para acabarle más presto y más fácilmente, no deteniéndose sino para poder mejor andar.

Muchos han juntado diversas aspiraciones vocales, que verdaderamente son muy útiles; pero a mi parecer, Filotea, no te atarás a ninguna suerte de palabras; antes pronunciarás, o de boca o de corazón, las que el amor te enseñare, porque él te dará las mejores. Verdad es que hay ciertas palabras que tienen particular fuerza para contentar el corazón en este particular, como son los fervorosos asaltos que tan a menudo hallarás en los *Salmos* de David; las invocaciones diversas del nombre de Jesús; los pasos de amor que están impresos en el *Cántico de los Cánticos*; y las canciones espirituales sirven también al mismo efecto, cantándose con atención.

En fin, como los que están enamorados de un amor humano y natural tienen casi todos los pensamientos en la cosa amada, lleno el corazón de afición para con ella, la boca llena de sus alabanzas, no perdiendo en ausencia ocasión de mostrar por cartas su afición, ni hallando árbol en cuya corteza no escriban el nombre de quien aman, así los que aman a Dios no pueden cesar de pensar en Él, respirar por Él, aspirar a Él y hablar de Él; y quisieran, si fuese posible, grabar en el pecho de todas las personas del mundo el santo y sagrado nombre de Jesús.

A lo cual todas las cosas los convidan, y no hay criatura que no les anuncie la alabanza de su bien amado; y como dice San Agustín,[39] después de San Antonio,[40] todo cuanto hay en el mundo los habla con una lengua muda, pero muy inteligible, en favor de su amor: todas las cosas los provocan a buenos pensamientos, de

39 *Enarrat. II, in Ps. XXVI*, § 12, etc.
40 Sócrates, *Hist.*, IV, 23.

los cuales nacen después muchas salidas y aspiraciones en Dios. Y ves aquí algunos ejemplos.

San Gregorio, obispo de Nacianzo[41] (según él mismo contaba a su pueblo), paseándose a las orillas del mar, consideraba cómo, adelantándose las olas sobre la tierra, dejaban almejas, conchuelas, caracolillos, tallos de yerbas, ostrecillas pequeñas, y semejantes menudencias que la mar desechaba, o por manera de decir, escupía a las orillas; y volviendo después con nuevas olas, tornaba a recoger parte de lo que había dejado, mientras que las rocas de alrededor quedaban firmes e inmobles, por más que las combatía con la resaca furiosa continuada. Sobre esto fabricó este espiritual pensamiento: que los flacos, como las almejas, conchuelas y caracolillos, se dejan llevar, ya a la afición, y ya a la consolación, puestos a la voluntad de las ondas y olas de la fortuna; pero que los grandes ánimos, quedan firmes e inmobles a cualquier suerte de borrasca; y de este pensamiento hizo nacer estos fervorosos afectos de David: "¡Oh Señor!, sálvame, porque las aguas han penetrado hasta mi alma. ¡Oh Señor!, líbrame del profundo de las aguas, que me han llevado al profundo de la mar, y la tempestad me ha sumergido",[42] porque entonces se hallaba en grande aflicción, viendo que Máximo intentaba usurpar su obispado. San Fulgencio, obispo de Ruspa, hallándose en una junta general de la nobleza romana, la cual hacía Teodorico, rey godo, y viendo el resplandor de tantos señores que estaban en hilera, cada uno según su calidad, dijo: "¡Oh, Dios mío, y cuán hermosa debe de ser la Jerusalén celeste, pues aquí abajo se ve tan pomposa Roma la terrestre! Y si en este mundo alcanzan tanto resplandor los amadores de la vanidad, ¿qué gloria será la que en el otro mundo

41 *Orat.* XXVI, §§ 8, 9.
42 *Salmo* LXVIII, 1, 15, 3.

se reserva para los amadores de la verdad?"[43] Dícese que San Anselmo, arzobispo de Cantorbery (cuyo nacimiento ha con extremo honrado nuestras montañas),[44] era admirable en esta práctica de buenos pensamientos. Una liebre, perseguida de los perros, fue a guarecerse debajo del caballo de este santo prelado (que por entonces hacía una jornada),[45] como a un refugio que la salvaría del inminente peligro de la muerte; y los perros, ladrando alrededor, no osaban acometer ni violar la inmunidad a la cual la presa había encaminado su curso; espectáculo cierto, extraordinario, y que hacía reír todos los asistentes mientras el gran Anselmo lloraba y gemía. "Vosotros os reís", decía; "mas la pobre bestia no se ríe: los enemigos del alma perseguida y mal guiada por diversos rodeos en mil suertes de pecados, espéranla al estrecho de la muerte para arrebatarla y tragársela; y ella, espantosa y medrosa, busca por todo socorro y refugio, y si no le halla, sus enemigos se burlan y ríen." Dicho esto prosiguió su camino gimiendo y suspirando.[46] Constantino el Magno escribió con mucha reverencia a San Antonio, de lo que los religiosos que estaban alrededor de él se espantaron mucho; y él les dijo: "¿Cómo os espantáis vosotros de que un rey escriba a un hombre? Espantaos antes de que Dios eterno ha escrito su ley a los mortales, hablándoles boca a boca en la persona de su Hijo."[47] San Francisco, viendo una sola oveja en medio de una tropa de cabras, dijo a su compañero: "Mira, y ¡cuán mansa va la pobre oveja en medio de tantas cabras! Así iba nuestro Señor, manso y humilde, entre

[43] *Vita S. Fulgentii*, XIII.

[44] Alude a la cuna de S. Anselmo, o sea Aosta, situada en los confines del Piamonte y la Saboya.

[45] Es decir, "un viaje".

[46] Eadmero, *De S. Anselmi similitudinibus*, CLXXXIX.

[47] San Atanasio, *Vida de San Antonio*, 81.

los fariseos."[48] Viendo otra vez un pequeñuelo corderillo, que le comía un puerco, dijo: "¡Oh, pobre corderillo, y cuán al vivo representas la muerte de mi Salvador!"[49]

Aquel gran personaje de nuestra edad, Francisco de Borja, por entonces aún duque de Gandía, yendo a caza, hacía mil devotas consideraciones. "Con razón debo admirarme", decía, "de ver que los halcones vuelven a la mano, se dejan cubrir los ojos y atar a la percha, y que los hombres se muestren tan ariscos a la voz de Dios".[50] El gran San Basilio dice que la rosa entre las espinas da a entender a los hombres lo siguiente: "Lo que es más agradable en este mundo, ¡oh mortales!, está mezclado de tristeza: no hay cosa pura; el pesar sigue siempre a la alegría, la viudez al casamiento, el cuidado[51] a la fertilidad, la ignominia a la gloria, el gusto a la honra, el disgusto a los regalos y la enfermedad a la salud. Es una hermosa flor", dice el Santo, "la rosa; pero cáusame una gran tristeza, advirtiéndome de mi pecado, por el cual la tierra ha sido condenada a traer espinas".[52] Mirando una alma devota un arroyo, y viendo en él representado el cielo con sus estrellas en una noche serena, dijo: "¡Oh, Dios mío!, estas mismas estrellas estarán debajo de mis pies cuando tú, Señor, me alojes en tus santos tabernáculos; y como las estrellas del cielo son representadas en la tierra, así los hombres de la tierra son representados en el cielo en la viva fuente de la caridad divina." Viendo otro un río ondear y levantar olas, dijo así: "Mi alma no tendrá jamás reposo hasta que se vea anegada en el mar de la divinidad, que es su origen." Y Santa Fran-

48 Tomás de Celano, *Legenda antiqua S. Francisci*, I, 9.
49 San Buenaventura, *Vita Sancti Francisci*, VIII.
50 Ribadeneyra, *Vita Sancti Francisci Borgiæ*, I, 5.
51 Es decir, "la preocupación, la necesidad".
52 *Oratio de Paradiso*, § 4 (en el Apéndice).

cisca, considerando un agradable arroyo, a cuya orilla estaba arrodillada para hacer oración, fue arrebatada en éxtasis, repitiendo muchas veces estas palabras en baja voz: "La gracia de mi Dios camina y se extiende con tanta dulzura como este pequeño arroyuelo."[53] Otro, viendo los árboles floridos, suspiraba, diciendo: "¿Por qué yo solo estoy sin flor en el jardín de la Iglesia?" Otro, viendo unos pequeños polluelos abrigados de las alas de la madre: "¡Oh Señor!", dijo, "conservadnos debajo de la sombra de vuestras alas".[54] Otro, viendo el tornasol, dijo: "¡Cuándo será el tiempo, Dios mío, que seguirá mi alma las atracciones de tu bondad!" Y viendo otro en un jardín la flor que llaman pensamiento, hermosa a la vista, pero sin olor ninguno, repetía diciendo: "¡Ay de mí!, tales son mis pensamientos: hermosos para dichos, mas sin efecto y producción."

Ves aquí, Filotea, cómo se sacan los buenos pensamientos y santas aspiraciones de aquello que se presenta en la variedad de esta vida mortal. Desventurados son aquellos que desvían las criaturas de su Criador para allegarlas al pecado; y dichosos aquellos que las atraen a la gloria de su Criador y emplean su vanidad en honra de la verdad. "Cierto", dice San Gregorio Nacianceno: "yo he acostumbrado traer todas las cosas a mi provecho espiritual".[55] Lee el devoto epitafio que San Jerónimo hizo a Santa Paula,[56] porque es un gran consuelo ver cuán sembrado está de aspiraciones y contemplaciones sagradas, de las cuales usaba ella en cualquier suerte de ocasiones.

En este ejercicio del retiro espiritual y de las oraciones jaculatorias, se funda la grande obra de la de-

[53] And. Valladierus, *Panegyricus Sanctae Franciscae Romanae,* VIII.

[54] *Salmo* XVI, 8.

[55] *Oratio* XXVI, §§ 8, 9.

[56] *Ep.* CVIII, *ad Eustachium, in Epitaph Paulæ,* § 20.

voción; y puede suplir la falta de todas las otras oraciones; pero la suya casi no puede ser reparada por ningún otro medio. Sin este ejercicio no se puede usar bien de la vida contemplativa, y aun no podría, sino mal, ejercerse la vida activa. Sin él el reposo no es sino ociosidad y el trabajo congojoso aprieto. Por esto, pues, procuro persuadirte le abraces con todo tu corazón, sin que jamás te apartes de él.

Capítulo XIV: *De la santísima misa y cómo se ha de oír*

1. Aún no te he hablado, mi Filotea, hasta ahora del sol de los ejercicios espirituales, que es el santísimo, sagrado y soberano sacrificio y sacramento de la misa, centro de la religión cristiana, corazón de la devoción, alma de la piedad, misterio inefable, que comprende el abismo de la caridad divina y por el cual Dios, aplicándose realmente a nosotros, nos comunica magníficamente sus gracias y favores.

2. La oración que se hace en la unión de este divino sacrificio, tiene una fuerza indecible; de suerte, Filotea, que por él abunda el alma de celestes favores, como apoyada en su verdadero bien, el cual la hinche de manera, de olor y suavidad espiritual, que parece una columna de humo de madera aromática, de mirra, de incienso y de todos los polvos odoríferos, como se dice en los *Cánticos*.[57]

[57] *Cant.*, III, 6.

3. Procura, pues, con todas veras hallarte todos los días en la santa misa para ofrecer, juntamente con el sacerdote, tu Redentor a su santo Padre, por ti y por toda la Iglesia, hallándose siempre los ángeles presentes en gran número (como dice San Juan Crisóstomo)[58] para honrar este santo misterio; y hallándonos nosotros con ellos, y con una misma intención, no podemos dejar de recibir muchas influencias propicias por medio de tal compañía. Los corazones de la Iglesia triunfante y de la Iglesia militante se vienen a atar y juntar a nuestro Señor en esta divina acción, para que con Él, en Él y por Él arrebatemos el corazón de Dios Padre, haciendo su misericordia muy de nuestra parte. ¡Qué dicha tiene una alma en contribuir devotamente sus aficiones y deseos por un bien tan precioso y digno de desear!

4. Si por alguna forzosa ocupación no pudieras hallarte presente a la celebración de este soberano sacrificio, a lo menos será necesario asista tu corazón con una espiritual presencia. A cualquier hora, pues, de la mañana, irás en espíritu, si no pudieres de otra manera, a la iglesia: unirás tu intención a la de todos los cristianos, y harás las mismas acciones interiores, en el lugar donde estuvieres, que hicieras si estuvieras realmente presente al oficio de la santa misa en alguna iglesia.

5. Para oír o real o mentalmente la santa misa como conviene:

1. Desde el principio hasta que el sacerdote se haya llegado al altar, harás con él la preparación, la cual consiste en ponerse en la presencia de Dios, conocer tu indignidad y pedir perdón de tus faltas.

2. Desde que el sacerdote esté en el altar hasta el evangelio, considera la venida y vida de nuestro Señor

[58] *De Sacerd.*, VI, 4.

en este mundo con una simple y general consideración.

3. Después del evangelio hasta después del credo, considera la predicación de nuestro Salvador; protesta de querer vivir y morir en la fe y obediencia de la santa palabra y en la unión de la santa Iglesia católica.

4. Después del credo, hasta el paternóster, aplica tu corazón a los misterios de la muerte y pasión de nuestro Redentor, que son actual y esencialmente representados en este santo sacrificio, el cual, con el sacerdote y demás pueblo, ofrecerás a Dios Padre, a honor suyo y por tu salud.

5. Después del paternóster, hasta la comunión, procura levantar en tu corazón mil deseos, pidiendo en ellos el estar para siempre junta y unida a tu Salvador por amor eterno.

6. Después de la comunión, hasta el fin, da gracias a su Divina Majestad por su encarnación, por su vida, por su muerte, por su pasión y por el amor que nos asegura en este santo sacrificio, pidiéndole por él te sea siempre propicio, a tus parientes, a tus amigos y a toda la Iglesia; y humillándote de todo tu corazón, recibirás devotamente la bendición divina, que nuestro Señor te da por mano de su sacerdote.

Pero si quieres durante la misa hacer tu meditación sobre los misterios que vas continuando de día en día, no será menester que te diviertas[59] en estas particulares acciones; antes bastará que al principio endereces tu intención a adorar y ofrecer este santo sacrificio por medio del ejercicio de tu meditación y oración, pues en toda meditación se hallan las acciones arriba dichas, o expresa o tácitamente, o en virtud.

[59] O sea, "que te entretengas".

Capítulo XV: *De los otros ejercicios públicos y comunes*

Fuera de esto, Filotea, es menester hallarse las fiestas y domingos al oficio de horas y vísperas, mientras te dieren lugar tus obligaciones, porque estos días son dedicados a Dios y conviene en ellos mostrar más acciones de virtud a honra y gloria suya. Sentirás mil dulzuras de devoción por este medio, como decía San Agustín, el cual nos muestra en sus *Confesiones*[60] que oyendo los oficios divinos al principio de su conversión, su corazón se deshacía en suavidad y sus ojos en lágrimas de piedad. Y es cierto (y esto quede dicho para adelante) que encierran siempre mayor bien y consuelo los oficios públicos de la Iglesia que no las acciones particulares, por cuanto ha Dios ordenado que la unión prefiera a toda suerte de particularidad.

Entra de buena gana en las cofradías del lugar donde resides, y particularmente en aquellas cuyos ejercicios traen más fruto y edificación, porque en esto mostrarás una especie de obediencia muy agradable a Dios, que aunque las cofradías no son expresamente mandadas, son con todo eso encomendadas por la Iglesia; la cual, para mostrar que desea que muchos entren en ellas, da indulgencias y otros privilegios a los cofrades. Fuera de esto, es siempre una obra de mucha caridad el concurrir con muchos y cooperar con ellos por sus buenos designios. Y aunque puede acaecer usar de tan buenos ejercicios retiradamente, como se usan en las cofradías en común, y que podría ser te gustase más de usarlos en particular, con todo eso Dios es más glorificado en la unión y contribución que le hacemos

[60] Lib. IX, cap. VI, VII.

de nuestras buenas obras con nuestros hermanos y prójimos.

Lo mismo digo de todas suertes de oraciones y devociones públicas, a las cuales debemos, cuanto nos sea posible, mostrar buen ejemplo para la edificación del prójimo y particular nuestro, encaminándolo todo a la gloria de Dios e intención común.

Capítulo XVI: *Que se han de honrar e invocar los santos*

Pues nos envía Dios tan a menudo las inspiraciones por sus ángeles, también debemos nosotros, y por el mismo medio, enviar al cielo nuestras aspiraciones. Las santas almas de los difuntos, que están en el paraíso con los ángeles, y como dice nuestro Señor, iguales y parejos a los ángeles, hacen también el mismo oficio de inspirar en nosotros y aspirar por nosotros mediante sus santas oraciones.

Filotea mía, juntemos, pues, nuestros corazones a estos celestes espíritus y dichosas almas, porque así como los pequeños ruiseñores aprenden a cantar con los grandes, así, por el santo comercio que haremos con los santos, sabremos mejor rezar y cantar alabanzas divinas. "Yo diré el salmo", decía David, "a la vista de los ángeles".[61]

[61] *Salmo* CXXXVII, 1.

Honra, reverencia y respeta con un especial amor la sagrada y gloriosa virgen María, que pues es madre de nuestro soberano Padre, por consiguiente será nuestra abuela. Valgámonos, pues, de ella, y como hijos suyos, arrojémonos en su regazo con una confianza perfecta; a cualquier hora y en cualquier ocurrencia, invoquemos esta dulce y piadosa madre; invoquemos su amor maternal y procuremos imitar sus virtudes; sea para con ella siempre nuestro corazón como el de un hijo para con su madre. Hazte muy familiar con los ángeles; míralos a menudo invisiblemente presentes a tu vista; y sobre todo, ama y reverencia el de tu obispado, al cual estás encomendada; también los de las personas con quien vives, y especialmente el tuyo; suplícalos a menudo, alábalos de ordinario, y pídeles su ayuda y socorro en todos tus negocios espirituales o temporales para que cooperen en tus santas intenciones. El gran Pedro Fabro, primer sacerdote, primer predicador, primer lector de teología de la Compañía del nombre de Jesús, y primer compañero del bienaventurado Ignacio, fundador de ella, viniendo un día de Alemania, donde había hecho grandes servicios a honra y gloria de nuestro Señor, pasando a este obispado, lugar de su nacimiento, contaba que, habiendo pasado por muchos lugares de herejes, había recibido mil consuelos, saludando (luego que llegaba a cada parroquia), a los ángeles protectores de ellas, en los cuales había conocido sensiblemente haberle sido propicios, así para librarle de las emboscadas de los herejes como para darle muchas almas blandas y dóciles a recibir la saludable doctrina; y decía esto con tanto espíritu, que una mujer de calidad,[62] entonces moza, habiéndolo oído de su misma boca, lo contaba no ha sino cuatro años (esto se entiende más de sesenta años después) con un

[62] Guillelmine d'Arenthon d'Alex (*Vie du B. Pierre Lefèvre*, por el P. A. Maurel S. J., II, 7).

extremo sentimiento. "El año pasado", dice, "recibí no pequeño consuelo consagrando un altar en el mismo lugar y puesto donde fue Dios servido naciese este grande varón, que fue en Villaret, aldea pequeña entre nuestras más ásperas montañas".

Escoge algunos santos particulares, cuya vida puedas mejor gustar e imitar, teniendo en su intercesión una particular confianza. El de tu nombre ya se te señaló desde el bautismo.

Capítulo XVII: *Cómo se ha de oír y leer la palabra de Dios*

Sé devota de la palabra de Dios, ya escuchándola en discursos familiares con tus amigos espirituales, o bien oyéndola en el sermón. Óyela siempre con atención y reverencia; aprovéchate bien de ella y no permitas que se te caiga en tierra; antes la recibes como un precioso bálsamo dentro de tu corazón, a imitación de la santísima Virgen, que conservaba en él cuidadosamente todas las palabras que decían a su precioso Hijo;[63] acuérdate que nuestro Señor recoge las palabras que le decimos en nuestras oraciones, a medida de como recogemos las que Él nos dice en la predicación.

Ten siempre a mano algún buen libro de devoción, como son los de San Buenaventura, de Gerson,[64] de

[63] *Lucas*, II, 19.
[64] Canciller de la Universidad de París (1362-1429). Re-

Dionisio Cartujano,[65] de Luis Blosio,[66] de Fray Luis de Granada, de Stela,[67] de Arias, de Pineli,[68] de Ávila, el *Combate Espiritual*, las *Confesiones* de San Agustín, las *Epístolas* de San Jerónimo, y otros semejantes; y lee cada día un poco con grande devoción, como si leyeras cartas misivas que los santos te hubieran enviado del cielo para mostrarte su camino y darte ánimo de ir allá. Lee también las historias de las vidas de los santos, en las cuales, como en un espejo, verás el retrato de la vida cristiana, y acomoda sus acciones a tu provecho, según tu manera de vivir; porque aunque es verdad que muchas acciones de santos no son absolutamente imitables para los que viven en medio del mundo, con todo eso pueden todas ser seguidas o de cerca o de lejos. La soledad de San Pablo, primer ermitaño, es imitada en tus retiradas espirituales y reales, de las cuales hablaremos,[69] y hemos hablado;[70] la extrema pobreza de San Francisco por la práctica de la pobreza, de que adelante trataremos,[71] y así en lo demás. Es verdad que hay ciertas historias que nos dan más luz que otras para conducir nuestra vida, como la de la bienaventurada madre Teresa, la cual es admirable a este fin; las vidas de los primeros jesuitas, la del bienaventurado carde-

---

comienda aquí el santo de un modo general las obras de aquel docto escritor, de quien habla en términos laudatorios en varias partes, principalmente en el *Tratado del amor de Dios* (prefacio y libro VII, capítulo IX); pero es indudable que tuvo en mente de un modo especial el libro de la *Imitación de Cristo*, que por aquel tiempo se designaba con el nombre del autor a quien generalmente solía atribuirse.

65 Dionisio Cartujano (Denis de Rickel), alemán (1402 1471).

66 Louis de Blois, benedictino, oriundo de Flandes (1506-1566).

67 Fray Diego de Stella, franciscano portugués (1524-1598).

68 Luca Pinelli, jesuita italiano, muerto en 1607.

69 En la quinta parte.

70 En el capítulo XII.

71 En la tercera parte, cap. XV.

nal Borromeo,[72] de San Luis, de San Bernardo, las crónicas de San Francisco, y otras semejantes. Hay otras donde hay más sujeto de admiración que de imitación, como la de Santa María Egipcíaca, de San Simón Estilita, de las dos Santas Catalina de Sena y de Génova, de Santa Ángela, y otras tales, las cuales no dejan por eso de darnos un grande y general gusto del santo amor de Dios.

Capítulo XVIII: *Cómo se han de recibir las inspiraciones*

Llamamos inspiraciones todos los atraimientos, movimientos, contradicciones, remordimientos interiores, luz y conocimiento que Dios obra en nosotros, previniendo nuestro corazón en su bendición[73] por su santo y paternal amor, para despertarnos, excitarnos, impelernos y acercarnos a las santas virtudes, al amor celeste, a las buenas resoluciones, y en suma a todo aquello que nos encamina a nuestro bien eterno. Esto es lo que el Esposo llama tocar a la puerta[74] y hablar al corazón de su Esposa,[75] despertarla cuando duerme,[76] gritarla cuando está ausente,[77] convidarla a su dulzura, a coger manzanas

[72] Fue canonizado el 1º de Noviembre de 1610.
[73] *Salmo* XX, 3.
[74] *Cant.*, V, 2.
[75] *Isaías*, XL, 2; *Oseas*, II, 14.
[76] *Cant.*, V, 2.
[77] *Cant.*, II, 10, 13.

y flores en su jardín,[78] y a cantar y hacer resonar su dulce voz en sus orejas.[79]

Usaré de una similitud para mejor hacerme entender. Para la entera resolución de un casamiento, deben intervenir tres acciones cuanto a la mujer que quieren casar: porque lo primero la proponen la parte; lo segundo agradece la proposición; y lo tercero consiente. Así, Dios, queriendo hacer en nosotros, por nosotros o con nosotros, alguna acción de gran caridad, lo primero nos la propone por su inspiración; lo segundo la agradecemos; y en fin, en tercer lugar, consentimos. Porque así como para bajar al pecado hay tres gradas, la tentación, la delectación, el consentimiento, así hay también tres para subir a la virtud: la inspiración, que es contraria a la tentación; la delectación en la aspiración, que es contraria a la delectación en la tentación, y el consentimiento a la inspiración, que es contrario al consentimiento en la tentación.

Cuando la inspiración durase todo el tiempo de nuestra vida, no por eso seríamos de ninguna manera agradables a Dios, no tomando gusto en ella; antes su Divina Majestad estaría ofendida, como lo estuvo de los israelitas cuando estuvo con ellos cuarenta años (como Él mismo lo dice) solicitándolos a convertirse, sin que jamás quisiesen entenderle; causa por que, movida su ira contra ellos, juró que jamás entrarían en reposo.[80] También el galán que hubiese largo tiempo servido a una dama, se hallaría muy desobligado, si después de tantos servicios, no quisiese ella de ninguna manera oír tratar de casamiento.

El gusto que se recibe en las inspiraciones, es una gran guía a la gloria de Dios, comenzando ya con él a

[78] *Cant.*, V, 1; VI, 1.
[79] *Cant.*, II, 14.
[80] *Salmo* XCIV, 10-11.

agradar a su Divina Majestad; porque aunque ese deleite no es aún un entero consentimiento, es una cierta disposición que camina a él; y si es una buena señal y cosa muy útil el oír con gusto la palabra de Dios, que es como una inspiración exterior, también es bonísimo y agradable a Dios el recibir gusto en la inspiración interior. Este gusto y placer es el del cual, hablando la esposa sagrada, dice así: "Mi alma se ha deshecho de placer cuando mi bienamado habló."[81]

También el galán está contento con la dama que sirve, y se siente favorecido, viendo que la son sus finezas agradables y bien recibidas. Mas en fin, el consentimiento es el que acaba el acto virtuoso; porque si siendo inspirados y habiéndonos agradado la inspiración, no obstante esto, rehusamos el consentimiento a Dios, somos por extremo desconocidos y ofendemos grandemente a su Divina Majestad, porque parece que en esto mostramos un grande menosprecio. Esto fue lo que sucedió a la Esposa; porque aunque la dulce voz de su Bienamado la tocó en el corazón con una santa alegría, no por eso ella le abría la puerta, sino antes se excusó con una excusa muy frívola, de lo cual el Esposo, justamente indignado, pasó adelante y la dejó.[82] También el galán que, después de haber mucho tiempo requerido la dama, y haberle mostrado estima y agradecimiento a sus servicios y que al fin se viese despedido y menospreciado, con más justa razón tendría sujeto de quejarse que si sus servicios no hubieran sido agradables ni favorecidos. Resuélvete, pues, Filotea, de aceptar de corazón todas las inspiraciones que será Dios servido de hacerte, y cuando llegaren recíbelas como a embajadores del Rey celestial, que desea tratar contigo casamiento. Oye con apacibilidad sus proposiciones, considera el amor con el cual eres inspirada, y estima y acaricia la santa inspiración.

81 *Cant.*, V, 6.
82 *Cant.*, V, 6.

Consiente, pero con un consentimiento cumplido, amoroso y constante, la santa inspiración; porque de esta manera, Dios, a quien no puedes obligar, se tendrá por muy obligado a tu afición; pero antes de consentir en las inspiraciones de las cosas importantes o extraordinarias, para no ser engañada, aconséjate siempre con tu guía y padre espiritual para que examine si la inspiración es verdadera o falsa, por cuanto el enemigo, viendo un alma pronta a consentir en las inspiraciones, la propone muchas veces las que son falsas para engañarla; lo cual no pueda jamás hacer mientras que con una perfecta humildad obedeciere a su conductor.

Habiendo dado el consentimiento, es menester, con gran cuidado, procurar los efectos y venir a la ejecución de la inspiración, que es el colmo de la verdadera virtud; porque tener el consentimiento dentro del corazón sin venir a su efecto, sería como plantar una viña sin querer que llevase fruto.

A todo esto sirve maravillosamente el bien practicar el ejercicio de la mañana y las retiradas espirituales de que ya se ha tratado;[83] porque por este medio nos preparamos a hacer el bien con una preparación, no sólo general, sino también particular.

Capítulo XIX: *De la santa confesión*

Nuestro Salvador ha dejado a su Iglesia el sacramento de la penitencia y confesión para que en él nos lavemos de todas nuestras iniquidades todas y cuantas veces nos

[83] Capítulos X y XII.

hallaremos sucios. No permitas, pues, Filotea, que tu corazón quede mucho tiempo infectado del pecado, pues tienes un remedio tan fácil. La leona que se dejó cubrir del leopardo, va corriendo a lavarse y limpiarse del hedor que después del acto siente; y esto, porque viniendo después el león, no se irrite.[84] El alma que ha consentido el pecado debe tenerse asco de sí misma y limpiarse lo más presto que pueda, por el respeto que debe tener a los ojos de su Divina Majestad, que la está mirando. ¿Por qué moriremos, pues, nosotros de muerte espiritual, teniendo un remedio tan soberano?

Confiésate humilde y devotamente cada ocho días, y siempre, si pudieres, cuando comulgares, aunque no sientas en tu conciencia ningún rastro de pecado mortal; porque por la confesión, no sólo recibirás absolución de los pecados veniales que confesarás, sino también una gran fuerza para evitar los de adelante, una gran luz para bien discernirlos y una gracia abundante para borrar toda la pérdida y daño que te habían traído. Practicarás así la virtud de humildad, de obediencia, de simplicidad y de caridad; y en sola esta acción de confesión, ejercitarás más virtud que en ninguna otra.

Ten siempre un verdadero disgusto de los pecados que confesares, por pequeños que sean, con una firme resolución de corregirte adelante. Muchos, confesándose, por costumbre, de los pecados veniales, o como por manera de curiosidad, sin pensar de ninguna manera en corregirse, se quedan toda su vida cargados, y por este camino pierden muchos bienes y provechos espirituales. Si te confesares, pues, de haber mentido, aunque sin causar daño, o de haber dicho alguna palabra desreglada, o de haber juzgado, arrepiéntete y ten firme propósito de enmendarte; porque es manifiesto engaño el

84 Plinio, *Hist. nat.*, VIII, 17.

confesarse de cualquier suerte de pecado, sea mortal o sea venial, sin querer purgarse de él, pues la confesión no se instituyó sino a este fin.

No te contentes con decir tus pecados veniales cuanto a la obra, sino acúsate del motivo que te ha inducido a cometerlos. Por ejemplo: no te contentes con decir que has mentido sin ofender persona, sino también si ha sido por vanagloria, alabándote o excusándote, o por vana alegría, o por obstinación. Si hubieres pecado en el juego, acúsate si ha sido por la codicia de la ganancia o por el placer de la conversación, y así en los otros. Di también si te has detenido mucho en tu mal, por cuanto con el largo espacio del tiempo crece mucho ordinariamente el pecado; porque hay mucha diferencia de una vanidad pasajera, que habrá ocupado nuestro espíritu un cuarto de hora, a otra, en la cual se haya detenido nuestro corazón un día, dos o tres, etc. Menester es, pues, decir la obra, el motivo y el espacio de tiempo de nuestros pecados; porque aunque comúnmente no haya obligación de tanta puntualidad en la declaración de los pecados veniales, y que de la misma manera no sea preciso el confesarlos, con todo eso los que quieren bien apurar y limpiar sus almas, para mejor alcanzar la santa devoción, deberían con mucho cuidado mostrar al médico espiritual el mal, por pequeño que sea, del cual quieren ser sanos.

No dejes de decir lo que se requiera para dar bien a entender la calidad de tu ofensa, como el sujeto que has tenido de encolerizarte o de sufrir a alguno en su vicio. Por ejemplo: un hombre, el cual me desagrada, me dirá alguna palabra ligera y de risa; yo lo tomaré a mala parte, y me irritaré a cólera. Y si otro, que me es agradable, me dice cosa mucho más digna de enojo, no por eso lo siento, sino antes me causa risa. Entonces diré a mi confesor: Yo me he arrojado a decir palabras enojosas a una persona, habiendo tomado a mala parte cierta cosa que me dijo; y esto no por la calidad

de las palabras, sino por serme la tal persona enfadosa y desagradable; y si fuese menester particularizar las palabras, para mejor declararte, pienso que sería bueno decirlas; porque acusándose de esta manera, simple y llanamente, no sólo se descubren los pecados hechos, pero también las malas inclinaciones, costumbres, hábitos y otras raíces del pecado; con lo cual el confesor recibe un más entero conocimiento del corazón que trata y de los remedios que le serán propios. Es menester después de esto no declarar nunca el tercero que habrá cooperado en tu pecado, y esto cuanto te sea posible.

Repara en una cantidad de pecados que viven y reinan muy a menudo en la conciencia, para que te puedas limpiar de ellos, y a este efecto lee con atención el capítulo VI, XXVII, XXVIII, XXIX, XXXV y XXXVI de la tercera parte, y el VIII de la cuarta. No mudes fácilmente de confesor, sino en escogiendo uno, continúes en darle cuenta de tu conciencia en los días señalados para esto, diciéndole desnudamente los pecados que hubieres cometido, y de tiempo en tiempo, como digamos de mes a mes, o de dos en dos meses. Dile también el estado de tus inclinaciones, aunque por ellas no hayas pecado, como si te hallas atormentada de tristeza, de congoja, si te dejas llevar de la demasiada alegría y deseo de adquirir hacienda, y semejantes inclinaciones.

Capítulo XX: *De la frecuente comunión*

Dicen que Mitrídates, rey del Ponto, habiendo inventado el mitridático,[85] reforzó con él de manera su cuerpo, que procurando después con muchas veras emponzoñarse (por no sujetarse al romano yugo), jamás le fue posible.[86]

El Salvador ha instituido el sacramento de la Eucaristía, que contiene realmente su carne y su sangre, para que quien le come viva eternamente.[87] Por esto cualquiera que le usa a menudo y con devoción, fortalece de manera la salud y la vida de su alma, que es casi imposible sea emponzoñado de ninguna suerte de mala afición o depravado intento. No podemos ser sustentados de esta carne de vida y vivir de aficiones y deseos de muerte. Así como los hombres, viviendo en el paraíso terrestre, no podían morir, según el cuerpo, por la fuerza de aquel fruto vital que Dios había puesto en él, así pueden también no morir espiritualmente, por la virtud de este sacramento de vida; que si las frutas más tiernas y sujetas a corrupción, como son las cerezas, los albaricoques y las fresas, se conservan fácilmente todo el año, estando en conserva de azúcar o miel, no es de maravillar si nuestros corazones, aunque frágiles y débiles, se preservan de la corrupción del pecado estando en el dulce azúcar y miel de la incorruptible carne y sangre del Hijo de Dios. ¡Oh, Filotea, los cristianos que se condenarán y se hallarán sin réplica cuando el justo Juez les mostrará cuán sin razón murieron espiritualmente, siéndoles tan fácil el man-

85 O *mitridato*: antídoto que se utilizaba contra las mordeduras de animales venenosos.

86 Aulo Gelio, *Noctes Atticae*, lib. XVII, 16.

87 *Juan*, VI, 50-59.

tenerse en vida y salud por el alimento de su cuerpo, el cual les dejó a este fin! Miserables (dirá) ¿por qué os habéis muerto, teniendo a vuestro mandado el fruto y la vianda de vida?

"El recibir la comunión de la Eucaristía todos los días, ni yo lo alabo ni tampoco lo vitupero; mas el comulgar todos los domingos yo lo exhorto y aconsejo a cualquiera: y esto se entiende llegando a tener el espíritu sin ninguna gana y afición de pecar." Éstas son las propias palabras de San Agustín,[88] con el cual ni vitupero ni alabo absolutamente el comulgar cada día, sino antes dejo esto a la discreción del padre espiritual, del que se querrá resolver sobre este punto; porque la disposición necesaria para una tan frecuente comunión, antes de ser muy exquisita, no es bien ni se puede aconsejar generalmente. Y por cuanto esta disposición, aunque exquisita, se puede hallar en muchas buenas almas, tampoco se puede divertir ni disuadir en general; antes esto se debe tratar por la consideración del estado interior de cada uno en particular. Imprudencia sería el aconsejar indistintamente a todos este tan frecuente uso; pero también sería imprudencia el injuriar, por usarle, a alguno, y más cuando sigue el aviso o parecer de su confesor. La respuesta de Santa Catalina de Sena fue graciosa cuando, diciéndola (por verla comulgar tan a menudo) que San Agustín no alababa ni vituperaba el comulgar todos los días, respondió: "Pues San Agustín no lo vitupera, ruégoos no lo vituperéis vosotros tampoco, y con eso estaré contenta."[89]

Hallarás con todo esto otros muchos legítimos embarazos, no de tu parte, sino de aquellos con quien

[88] *De Eccl. Dogm.*, XXIII. Este libro, atribuido a San Agustín en tiempos del autor, es obra de Genadio de Marsella, muerto en 497.

[89] S. Raimundo de Capua, *Vida de Santa Catalina de Siena*, II, 17.

tratas y vives, que darán ocasión a tu confesor para que te diga no comulgues tan a menudo. Por ejemplo: si tú te hallas debajo de alguna sujeción, y aquellos a quienes debes la obediencia y reverencia son tan mal instruidos y sospechosos que se inquietan y alborotan en verte comulgar tan a menudo, por ventura, considerado bien, será lo mejor condescender con su gusto y no comulgar sino de quince en quince días, entendiendo esto en caso que no se pueda de ninguna manera vencer la dificultad. No se puede quitar esto en general; sólo se ha de hacer lo que el confesor aconsejare. Bien es verdad que puedo asegurar que la mayor distancia de las comuniones es la de mes a mes entre los que quieren servir a Dios devotamente. Si fueres prudente, no hay ni padre ni madre que puedan estorbarte el comulgar a menudo; y esto porque el día de tu comunión no por eso te olvidas del cuidado ordinario de tus obligaciones según tu estado, mostrándote antes más apacible y afable con tus padres, superiores o amos, no rehusándoles ninguna suerte de justa petición que te hagan; con lo cual no hay apariencia de que quieran apartarte de ejercicio tan virtuoso, viendo que no les trae ninguna incomodidad, si no es que fuesen de un natural por extremo áspero y poco llegado a razón; y en este caso (como ya te he dicho), aconsejaráste siempre con tu padre espiritual, tomando tu resolución de la que él te diere.

Habré de decir una palabra a los casados. Hallaba Dios malo en la ley vieja que los acreedores pidiesen lo que se les debía en los días de fiesta;[90] pero no hallaba malo que los deudores pagasen y volviesen lo que debían a sus acreedores. Cosa es indecente (aunque no gran pecado) el solicitar la paga de la deuda nupcial el día que se comulga, pero no es cosa mal sonante, antes meritoria, el cumplirla; y así por esto ninguno

[90] *Deut.*, XV, 1-3.

debe dejar de comulgar porque rinda la paga de la tal deuda, si la devoción le provoca a este justo deseo. En la primera Iglesia los cristianos comulgaban todos los días, aunque fuesen casados y benditos de la generación de los hijos. Por esto, pues, he dicho que la frecuente comunión no traerá ninguna suerte de incomodidad ni a los padres, ni a las mujeres, ni a los maridos, con que el alma que comulga sea prudente y discreta. Cuanto a las enfermedades corporales, no hay ninguna que pueda estorbar legítimamente esta santa participación, si no es la que muy de ordinario provoca el vómito.

Para comulgar cada ocho días conviene no tener ni pecado mortal ni ninguna afición al pecado venial, y tener un gran deseo de la comunión; mas para la continuación de cada día es menester, además de esto, haber rendido la mayor parte de las malas inclinaciones, y que esto sea (como tengo dicho) por el aviso del padre espiritual.

Capítulo XXI: *Cómo se ha de comulgar*

Comienza la noche precedente a prepararte a la santa comunión por diversas aspiraciones y salidas de amor, retirándote un poco más temprano para que así te puedas levantar más de mañana; y si despertares en la noche, hinche luego tu corazón y tu boca con algunas palabras de adoración, por cuyo medio tu alma quede perfumada para recibir al Esposo, el cual, velando mientras tú duermes, se prepara a traerte mil gracias y fa-

vores, si es que de tu parte estás dispuesta a recibirlos. Levántate a la mañana con grande alegría por la buena suerte que esperas; y habiéndote confesado, ve con grande confianza y una grande humildad a recibir esta vianda celeste, la cual te alimenta a la inmortalidad. Y después que habrás dicho las palabras sagradas: "Señor, no soy digna",[91] no muevas más tu cabeza ni tus labios, sea para rezar o sea para suspirar; sino abriendo mansa y medianamente tu boca y levantando tu cabeza lo necesario para que el sacerdote vea lo que hace, recibe llena de fe, esperanza y caridad Aquel, el cual, al cual, por el cual y para el cual tú crees, esperas y amas. ¡Oh Filotea!, como la abeja, habiendo recogido sobre las flores el rocío del cielo y el zumo más exquisito de la tierra, y habiéndolo reducido a miel, lo lleva a su colmena, así el sacerdote, habiendo recogido sobre el altar al Salvador del mundo, verdadero Hijo de Dios, que como un rocío descendió del cielo, y verdadero hijo de la Virgen, que como flor salió de la tierra de nuestra humanidad, lo vuelve en vianda de suavidad dentro de tu boca y dentro de tu cuerpo. Habiéndole, pues, recibido, excitarás a tu corazón a que rinda las debidas gracias a este Rey de salud, tratando con Él de tus negocios interiores. Harásle, en fin, todo el mejor acogimiento que te será posible, portándote de suerte que se conozca en todas tus acciones que Dios está contigo.

Cuando no pudieres gozar este bien de comulgar realmente en la santa misa, comulga a lo menos de corazón y de espíritu, uniéndote por un ardiente deseo a esta carne vivificante del Salvador.

Tu principal intención en la comunión debe ser el adelantarte, fortificarte y consolarte en el amor de Dios, porque debes recibir por amor lo que el solo amor te hace dar. No puede el Salvador ser considerado en una

91 *Mateo*, VIII, 8.

acción más amorosa ni más tierna que ésta, en la cual se aniquila (por manera de decir) y se reduce a vianda para penetrar nuestras almas y unirse íntimamente al corazón y cuerpo de sus fieles.

Si los mundanos te preguntan por qué comulgas tan a menudo, respóndeles que es por aprender a amar a Dios, por purificarte de tus imperfecciones, por librarte de tus miserias, por consolarte en tus aflicciones y por fortificarte en tus flaquezas. Diles que dos suertes de gentes deben comulgar a menudo: los perfectos, porque hallándose bien dispuestos, harían muy mal de no llegarse al manantial y fuente de perfección; los imperfectos, para poder justamente pretender la perfección; los fuertes, para que no se debiliten; los débiles, para que se fortifiquen; los enfermos, para que sanen, y los sanos para que no enfermen; y que cuanto a ti, como imperfecta, débil y enferma, has menester comunicar a menudo con quien es tu perfección, tu fuerza y tu médico. Diles que los que no tienen muchos negocios mundanos deben comulgar a menudo, por cuanto tienen comodidad, y los que tienen muchos negocios del mundo, porque tienen necesidad; y que aquel que trabaja mucho y está cargado de penas, debe también comer viandas sólidas y a menudo. Diles que recibes el Santísimo Sacramento para aprender a bien recibirle; porque es casi imposible el hacer bien una acción no habiéndola ejercitado muchas veces.

Comulga a menudo, Filotea, y lo más a menudo que pudieres, con el aviso y parecer de tu padre espiritual; y créeme que las liebres en invierno, y en medio de nuestras montañas, se vuelven blancas; y esto porque no beben ni comen sino sola nieve.[92] Y a fuerza de adorar y comer la hermosura, la bondad y la pureza misma en este divino Sacramento, tú también te volverás perfectamente hermosa, perfectamente buena y perfectamente pura.

[92] Plinio, *Historia natural*, VIII, 81.

Tercera parte: *Muchos avisos necesarios al ejercicio de las virtudes.*

Capítulo I: *De la elección que se debe hacer cuanto al ejercicio de las virtudes*

El rey de las abejas no se sienta en los campos si no está rodeado de todo su pequeño pueblo. Así, la caridad no entra jamás en un corazón que no aloje consigo todo el acompañamiento de las otras virtudes, excitándolas y poniéndolas en obra, como hace un capitán a sus soldados; pero no las ejercita todas de una vez, ni igualmente, ni en todos tiempos ni en todos lugares. El justo es como el árbol que está plantado sobre la corriente de las aguas, el cual da su fruto a su tiempo,[1]

[1] *Salmo* I, 3.

por cuanto la caridad, regando un alma, produce en ella las obras virtuosas, cada una en su sazón. La música (aunque en sí tan agradable) es importuna y enfadosa en un luto o entierro, dice el proverbio.[2] Es una gran falta en muchos que, aplicándose al ejercicio de alguna virtud particular, porfían en cualquier tiempo y ocasión que las acciones no salgan nada de aquello que desean, como aquellos antiguos filósofos que siempre lloraban o siempre reían; y aun hacen peor cuando menosprecian y censuran a los que como ellos no ejercitan siempre estas mismas virtudes. "Es menester alegrarse con los alegres y llorar con los que lloran", dice el Apóstol, y "la caridad es paciente, benigna, liberal, prudente y condescendiente".[3]

De la misma manera, hay virtudes cuyo uso ha de ser casi universal, y que no solamente deben ejercerse sus acciones aparte, sino antes tomar sus calidades y acciones de todas las otras virtudes. No siempre se ofrece ocasión de practicar la fuerza, la magnanimidad, la magnificencia; pero la apacibilidad, la templanza, la honestidad y la humildad son ciertas virtudes con las cuales todas las acciones de nuestra vida deben ir mezcladas. Virtudes hay más excelentes; mas no por eso su uso será tan necesario. El azúcar es más excelente que la sal; mas la sal tiene más frecuente y general uso. Por eso se debe siempre tener buena y pronta provisión de estas virtudes generales, pues se ha de servir de ellas casi de ordinario.

Entre el ejercicio de las virtudes debemos preferir aquel que es más conforme a nuestra obligación, y no a nuestro gusto. Era el gusto de Santa Paula el ejercitarse en la aspereza de las mortificaciones corporales, para gozar más fácilmente de los regalos espirituales; mas no por eso dejaba de tener más obligación a la

[2] *Eclesiástico*, XXII, 6.
[3] *Rom.*, XII, 15 y *I Cor.*, XIII, 4.

obediencia de sus superiores. Por esto San Jerónimo [4] la tenía por digna de reprensión viendo que contra el parecer de su obispo se ejercitaba en inmoderadas abstinencias. Al contrario, los apóstoles, que tenían cargo de predicar el Evangelio y distribuir a las almas el pan celeste, juzgaban que era indecente el embarazarse para este ejercicio, por practicar la virtud del cuidado de los pobres, aunque de sí es tan excelente.[5] Cada estado ha menester practicar alguna especial virtud. Unas son las virtudes de un prelado, otras las de un príncipe, otras las de un soldado, otras las de una mujer casada y otras las de una viuda; y aunque todos éstos deben tener todas las virtudes, no por eso deben todos practicarlas igualmente, sino que cada uno debe particularmente darse a las que se requieren al género de vida que pasa.

Entre las virtudes que no miran a nuestra obligación particular debemos preferir las más excelentes y no las más aparentes. Los cometas parecen ordinariamente más grandes que las estrellas, y ocupan mucho más lugar en nuestra vista; mas no por eso deben compararse ni en grandeza ni en calidad a las estrellas. Ellos parecen grandes sólo por cuanto están cerca de nosotros, y en un sujeto [6] más grosero en comparación de las estrellas. De la misma manera hay ciertas virtudes, las cuales, por estar cerca de nosotros, sensibles, o por mejor decir, materiales, son en extremo estimadas y preferidas siempre del vulgo. Así, prefieren algunos comúnmente la limosna corporal a la espiritual, el cilicio, el ayuno, la desnudez, la disciplina, y las mortificaciones del cuerpo a la dulzura, benignidad, modestia y otras mortificaciones del corazón. Escoge, pues, Filotea, las mejores virtudes, y no las más

[4] *Ep.* CVIII, *ad Eustoch., in Epitaph. Paulæ.*

[5] *Hechos,* VI, 2.

[6] O sea "materia".

estimadas; las más excelentes, y no las más aparentes; las mejores, y no las más bizarras.

A cualquiera es muy provechoso el escoger un ejercicio particular de alguna virtud, y esto no para dejar las otras, sino para mejor tener el espíritu ejercitado y ocupado. Una joven y hermosa doncella, más reluciente que el sol, vestida y adornada realmente y coronada con una corona de oliva, se apareció a San Juan, obispo de Alejandría, y le dijo: "Yo soy la hija mayor del Rey; si tú me puedes alcanzar por tu amiga, yo te llevaré delante su cara."[7] Conoció que era la misericordia para con los pobres, la cual Dios le encomendaba; causa por que después se dio de manera al ejercicio de esta virtud, que era llamado de todos San Juan el Limosnero.[8] Eulogio Alejandrino, deseando hacer algún servicio particular a Dios, y no hallándose con bastante fuerza ni para abrazar la vida solitaria ni para ponerse debajo de la obediencia de otro, recogió consigo un pobre hombre, en extremo leproso y llagado, para ejercitar con él la caridad y mortificación; y para que pudiese conseguir esto mejor, hizo voto de honrarle, tratarle y servirle como un criado haría a su amo o señor. Consintieron después, así Eulogio como el leproso, en una tentación, que era apartarse el uno del otro, sobre lo cual, aconsejándose con el gran San Antonio, les dijo: "Guardaos bien, hijos míos, de apartaros el uno del otro; porque hallándoos los dos cerca de vuestro fin, si el ángel no os halla juntos, corréis gran peligro de perder vuestras coronas."[9]

El rey San Luis visitaba los hospitales y servía los enfermos con sus propias manos. San Francisco amaba sobre todo la pobreza, a la cual llamaba *su señora*;

7 *Por tu amiga* = "con tu amistad"; *delante su cara* = "a su presencia".
8 *Vitae Patrum*, lib. I, *Vita S. Joann. Eleemos.*, VII.
9 *Vitae Patrum*, VII, 19; VIII, 26.

Santo Domingo, la predicación, de la cual su orden ha tomado el nombre. San Gregorio el Magno se deleitaba en agasajar[10] a los peregrinos, a ejemplo del gran Abraham, y como él también, en forma de peregrino recibió al mismo Rey de gloria. Tobías se ejercitaba en la caridad de amortajar los difuntos. Santa Isabel, con ser tan grande princesa, amaba sobre todo el menosprecio de sí misma. Santa Catalina de Génova, luego que enviudó, se dedicó al servicio de un hospital. Casiano cuenta que una devota doncella, deseosa de ejercitarse en la virtud de la paciencia, acudió a San Atanasio, el cual, a petición suya, la dio por compañera una pobre viuda, enojosa, colérica, enfadosa e insufrible; de cuya mala condición perseguida la devota doncella, tenía no pequeña ocasión para practicar la apacibilidad y mansedumbre.[11] Así, entre los siervos de Dios, los unos se dan a servir los enfermos, los otros a procurar el adelantamiento de la doctrina cristiana, enseñándosela a los de tierna edad, los otros a encaminar e instruir las almas perdidas y descarriadas, los otros a adornar los templos u honrar los santos, y los otros a procurar la paz y concordia entre los hombres, en lo cual imitan a los bordadores, que, sobre diversos fondos, ponen con hermosa variedad las sedas, el oro y la plata, para hacer todas suertes de flores; porque de la misma manera las almas piadosas que se emplean en algún particular ejercicio de devoción, se sirven del tal como de un fondo para su bordado espiritual, sobre el cual practican la variedad de todas las otras virtudes, teniendo de esta suerte sus acciones y aficiones mejor unidas y pareadas, y esto por la conveniencia que tienen con su principal ejercicio; con que pueden decir que a su espíritu

10 El traductor pone aquí, con el sentido del verbo que figura en nuestro texto, *acariciar*.

11 *Collationes Patrum*, XVIII, 14.

en su vestido, de oro recamado,
la aguja varias flores ha sembrado.[12]

Cuando nos sentimos combatidos de algún vicio, nos conviene, cuanto nos sea posible, abrazar la práctica de la virtud contraria, encaminando a ésta las demás; porque por este medio venceremos nuestro enemigo y no dejaremos de adelantarnos en todas las virtudes. Si yo me siento combatido de soberbia o de cólera, conviene que en toda cosa me incline y vuelva al lado de la humildad y afabilidad, encaminando a este fin los otros ejercicios, como la oración, los sacramentos, la prudencia, la constancia y la templanza; porque como los jabalíes para aguzar los colmillos los aprietan y estriegan con los otros dientes, los cuales recíprocamente quedan afilados y agudos, así el hombre virtuoso, habiendo emprendido el perfeccionarse en la virtud, de quien tiene más necesidad para su defensa, la debe afilar y limar con el ejercicio de las otras virtudes; las cuales, afilando las otras, quedan todas más excelentes y mejor pulidas, como sucedió a Job, que ejercitándose particularmente en la paciencia contra tantas tentaciones como tuvo, se hizo perfectamente santo y virtuoso en toda suerte de virtudes; y como dice San Gregorio Nacianceno,[13] que por una sola acción de alguna virtud, bien y perfectamente ejercitada, viene una persona a la costumbre de las demás virtudes, alegando a este propósito a Rahab; la cual, habiendo con puntualidad ejercitado el oficio de la hospitalidad, llegó a una gloria suprema.[14] Entiéndese esto cuando la tal acción se ejercita con excelencia y fervor de caridad.

[12] *Salmo* XLIV, 10.
[13] *Orat.*, XIV, 2.
[14] *Josué*, VI; *Heb.*, XI, 31; *Santiago*, II, 25.

Capítulo II: *Progreso del mismo discurso de la elección de las virtudes*

San Agustín dice excelentemente[15] que los que comienzan en la devoción, cometen ciertas faltas, las cuales son dignas de reprensión según el rigor de las leyes de perfección; y fuera de esto, son dignas de alabanza por el buen presagio que dan de una futura excelencia de piedad, a la cual asimismo sirven de disposición. El miedo, que es el que engendra los excesivos escrúpulos en las almas de los que nuevamente salen de las ligaduras del pecado, es una virtud importantísima en este principio, y presagio cierto de una futura pureza de conciencia; pero este mismo miedo sería digno de vituperio en los que están muy adelantados en la virtud, en cuyo corazón debe reinar el amor, el cual poco a poco desecha esta suerte de servil miedo.

San Bernardo[16] en sus principios era muy riguroso y áspero con los que buscaban su doctrina, a los cuales la primera cosa que decía era que, para venir a él, dejasen el cuerpo y viniesen en sólo espíritu; y oyendo las confesiones, abominaba con una extraordinaria severidad cualquier suerte de faltas, por pequeñas que fuesen; y procuraba de manera instruir en la devoción a estos pobres aprendices, que de puro apretarlos a este fin, antes los desviaba de su propósito, porque congojados, desmayaban, viéndose apretar y aguijar en una tan derecha y áspera subida. ¿No ves, Filotea, que era un celo ardentísimo de una perfecta pureza el que provocaba a este gran santo a esta suerte de método, y que este celo era una grande virtud, pero virtud con todo eso que no dejaba de ser reprensible? También

[15] *Sermo XX in Ps. CXVIII*, 1.

[16] *Vita I. S. Bernardi*, lib. I, cap. IV, VI (Patrología lat., tomo CLXXXV).

el mismo Dios, por una sagrada aparición, le corrigió, derramando en su alma un espíritu dulce, suave, amigable y tierno, por cuyo medio, habiéndose vuelto otro, se acusaba después de haber sido tan exacto y severo; y se hizo de manera tratable y apacible con cualquiera, que se hizo a todo con todos para ganarles a todos.[17] San Jerónimo, habiendo contado que Santa Paula, su amada hija, se mostraba, no sólo excesiva, pero contumaz en el ejercicio de las mortificaciones corporales, hasta llegar a no admitir el aviso contrario que San Epifanio, su obispo, la había dado a este fin, y que fuera de esto se dejaba de manera llevar del sentimiento de la muerte de los suyos, que casi siempre estaba en peligro de morir, concluye de esta suerte: "Dirán sin duda que en lugar de escribir alabanzas de esta santa, escribo acusaciones y vituperios. Hago testigo a Dios, al cual ella ha servido y yo deseo servir, que no miento ni de una parte ni de otra; antes digo llana y lisamente lo que ella es, como cristiano, de una cristiana; esto es, que escribo la verdadera historia, y que sus vicios son las virtudes de otros."[18] Quiere decir que las faltas de Santa Paula hubieran tenido lugar de virtudes en un alma menos perfecta; como verdaderamente vemos que hay acciones que son tenidas por imperfecciones en los que son perfectos, las cuales antes serían tenidas por grandes perfecciones en los que son imperfectos. Es buena señal en un enfermo cuando al salir de su enfermedad se le hinchan las piernas, porque lo tal arguye que la naturaleza, ya reforzada, despide los humores superfluos; pero esta misma señal sería mala en uno que no está enfermo, porque denotaría no hallarse su naturaleza con bastantes fuerzas para disipar y resolver los humores. Filotea mía, mucho nos conviene el tener buena opinión de aquellos a quie-

17 *I Cor.*, IX, 22.
18 *Ep.* CVIII, *ad Eustoch.*, *in Epitaph. Paulae*, 20.

nes vemos practicar las virtudes, aunque sea con imperfección, pues que los santos mismos las han muchas veces practicado de esta suerte. Pero cuánto a nosotros nos conviene el tener cuenta de ejercitarnos, no sólo fiel, pero prudentemente, y a este fin observar el aviso del Sabio de no aprobarnos en nuestra propia prudencia,[19] sino en la de aquellos que Dios nos ha dado por conductores y padres espirituales.

Hay ciertas cosas que muchos tienen por virtudes y que de ninguna manera lo son, de las cuales es necesario diga algo. Éstos son los éxtasis o raptos, las insensibilidades, las impasibilidades, uniones deíficas, elevaciones, transformaciones y otras tales perfecciones, de las cuales tratan ciertos libros, los cuales prometen levantar el alma hasta la contemplación pura, intelectual, a la aplicación esencial del espíritu y vida supereminente. ¿No ves tú, Filotea, que estas perfecciones no son virtudes, sino recompensas que Dios da por las virtudes, o (por mejor decir) vislumbres de las felicidades de la vida futura, las cuales a veces se le figuran al hombre para hacerle desear los eternos bienes del paraíso? Mas con todo esto no se han de pretender las tales gracias, pues no son de ninguna manera necesarias para el bien servir y amar a Dios, lo cual debe ser nuestra única pretensión, y muchas veces también no son gracias que no puedan adquirirse por el trabajo e industria, viendo que son antes pasiones que acciones, las cuales podemos recibir, mas no hacer en nosotros. Añado a esto que nosotros no hemos intentado hacernos sino gente de bien, gente de devoción, hombres piadosos y mujeres piadosas; causa por que nos conviene emplearnos bien en esto, que si Dios es servido de levantarnos hasta estas perfecciones angélicas, también seremos buenos ángeles; pero mientras las esperamos, ejercitémonos simple, humilde y devotamente en las peque-

[19] *Proverbios*, III, 5.

nas virtudes, cuya conquista nuestro Señor ha puesto en nuestro cuidado y trabajo, como la paciencia, la mansedumbre, la mortificación de corazón, la humildad, la obediencia, la pobreza, la castidad, la blandura para con el prójimo, el llevar con paciencia sus imperfecciones, la diligencia y santo fervor. Dejemos voluntariamente las sobreeminencias a las almas reelevadas, que nosotros no merecemos puesto tan alto en el servicio de Dios. No poco dichosos seremos en servirle en su cocina, en su panetería, en ser lacayos y ganapanes, criados humildes; que después le tocará (si le pareciere justo) el hacernos de su cámara y consejo privado. Esto es así, Filotea, porque ese Rey de gloria no recompensa sus criados según la dignidad de los oficios que ejercen, sino según el amor y humildad con que los ejercitan. Saúl, buscando los jumentos de su padre, halló el reino de Israel;[20] Rebeca, abrevando los camellos de Abraham, se hizo esposa de su hijo;[21] Rut, espigando con los segadores de Booz, y echándose a sus pies, mereció ser su esposa.[22] Y es cierto que las pretensiones tan levantadas de las cosas extraordinarias están por extremo sujetas a ilusiones, engaños y falsedades; y sucede a veces que los que piensan ser ángeles, no son ni aun buenos hombres; y que en sus hechos, hay más grandeza en las palabras y términos de que usan que en el sentimiento y obra. Mas no por eso se ha de menospreciar ni censurar temerariamente nada, sino que dando gracias a Dios de la eminencia de los otros, nos quedemos humildes en nuestro camino, más bajo, pero más seguro; menos excelente, pero más cómodo a nuestra insuficiencia y pequeñez; en la cual, si nos conservamos humilde y fielmente, Dios nos levantará a grandezas bien grandes.

20 *I Reyes*, IX-X.
21 *Génesis*, XXIV, 44.
22 *Rut*, II-IV.

Capítulo III: *De la paciencia*

"Necesaria os es la paciencia para que, haciendo la voluntad de Dios, gocéis la promesa", dice el Apóstol;[23] porque como pronunció el Salvador: "En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas".[24] Suma felicidad del hombre, Filotea, es el poseer su alma, y cuanto mayor es la perfección de nuestra paciencia, tanto más perfectamente poseemos nuestras almas. Menester hemos, pues, perfeccionarnos en esta virtud. Acuérdate muy a menudo cómo nuestro Señor nos ha salvado padeciendo y sufriendo; y que de la misma manera debemos procurar nuestra salud con sufrimientos y aflicciones, llevando las injurias, contradicciones y desplaceres con la mayor mansedumbre que nos sea posible.

No limites tu paciencia a tal o tal suerte de injurias y aflicciones, sino extiéndela universalmente a todas las que Dios te enviare y permitiere. Hay unos que no quieren sufrir sino las tribulaciones honrosas; pongo por ejemplo el ser heridos en la guerra, ser presos en la batalla, ser maltratados por la religión o empobrecer por alguna pendencia o desafío en el cual hayan quedado vencedores; y éstos no aman la tribulación, sino la honra que ésta a su parecer les trae. El verdadero paciente y siervo de Dios lleva igualmente las tribulaciones, así las que se juntan con la ignominia como las honrosas. El ser menospreciado, reprendido y acusado de los malos, fácil le es de sufrir a un hombre animoso; pero el ser reprendido, acusado y maltratado de la gente de bien, de los amigos, de los parientes, aquí es donde se conoce el verdadero siervo de Dios. Es más de estimar la mansedumbre con que el bien-

23 *Hebreos*, X, 36.
24 *Lucas*, XXI, 19.

aventurado cardenal Borromeo sufrió mucho tiempo las reprensiones públicas que un gran predicador contra él pronunciaba, que otras muchas molestias que de otros recibía; porque de la misma manera que las picaduras de las abejas dan más pesadumbre que las de las moscas, de la misma manera el mal que se recibe de los buenos y sus contradicciones son mucho más insoportables que las otras; y con todo esto sucede muchas veces que dos buenas intenciones, sobre[25] la diversidad de sus opiniones, una a otra se persiguen y contradicen.

Sé sufrida, no sólo en lo principal de las aflicciones que te sobrevinieren, pero también en lo accesorio y accidental que de ellas dependiere. Muchos querrían tener trabajos, con condición que los tales no trajesen incomodidad. No siento (dice uno) el haber empobrecido, si esto no me estorbara el servir y regalar mis amigos, engrandecer mis hijos y vivir honradamente, como yo deseara. Otro dirá: Nada se me daría, si no fuese por ver que el mundo pensará haberme sucedido esto por mi falta. Otro sufrirá con mucha paciencia la detracción del maldiciente, con condición que nadie dé crédito al que de él murmura. Otros hay que querrían tener alguna incomodidad de trabajos según su parecer, pero no por entero. No pierden la paciencia (dicen los tales) por verse enfermos, sino por verse sin dinero para poder regalarse, o por ver la importunidad de los que les sirven o acompañan. Dígote, pues, Filotea, que conviene tener paciencia, no sólo del estar enfermos, pero del ser de la enfermedad que Dios quiere, y con las incomodidades que quiere, y de la misma manera en las otras tribulaciones. Cuando te viniere algún trabajo, opónle los remedios posibles, lícitos y justos, porque hacer otra cosa sería tentar a su Divina Majestad; pero hecho esto, esperarás con una entera resignación

[25] *Sobre* = "a causa de".

el efecto que más a Dios agradare. Si fuere servido que los remedios venzan el trabajo, daráslе gracias con humildad; mas si fuere servido que el mal pueda más que los remedios, conviene bendecirle con paciencia.

Sigue el parecer de San Gregorio. Cuando justamente fueres acusado de alguna falta que hayas cometido, humíllate cuanto puedas, confesando mereces más que la acusación que te han hecho;[26] y si la acusación fuere falsa, excusaráste mansamente, negando el ser culpable, y esto por cuanto debes esta reverencia a la verdad y a la edificación del prójimo; pero también si después de esta verdadera y legítima excusa continúan en acusarte, de ninguna manera te alborotes ni te canses en procurar sea recibida tu excusa, porque después de haber dado a la verdad lo que debes, debes también dar lo mismo a la humildad, y de esta suerte no ofenderás al cuidado que debes tener de tu fama, ni a la afición que debes a la tranquilidad y mansedumbre de corazón, y humildad. Quéjate lo menos que pudieres de los agravios que hubieres recibido, pues es cosa cierta que ordinariamente quien se queja peca, por cuanto el amor propio nos hace parecer las injurias mayores de lo que en sí son; y sobre todo te aconsejo no des tus quejas a personas fáciles a la indignación y malos pensamientos, que si fuere importante el quejarte a alguno, o por remediar la ofensa o por quietar tu espíritu, será bien que esto sea a almas sosegadas y devotas, porque de otra suerte, en lugar de aliviar tu corazón, le provocarán a mayores inquietudes, y en lugar de quitarte la espina que te pica, te la fijarán más adentro del pie.

Muchos, hallándose enfermos, afligidos y ofendidos de alguno, no se ocupan sino en quejarse y mostrar mucho melindre; y porque esto a su parecer (y es ver-

[26] *Moralia in Job*, XXII, 30-34.

dad) denotaría una gran falta de fuerzas y generosidad, desean por extremo y procuran con muchos artificios que todos se duelan de ellos y les tengan mucha compasión y estimen por no sólo afligidos, pero pacientes y animosos. Esto verdaderamente es paciencia, pero paciencia falsa, y que en efecto no es otra cosa sino una tácita y fina ambición y vanidad. "Estos tales reciben gloria", dice el Apóstol, "mas no para con Dios".[27] El verdadero paciente no llora su mal ni desea que se le lloren; habla de él desnuda, verdadera y simplemente, sin lamentarse, sin quejarse y sin engrandecerle; y si se le lloran, sufre con paciencia que se le lloren, mas no que le lloren mal que no tiene; porque así declara modestamente que no tiene el tal mal, y queda de esta suerte sosegado entre la verdad y la paciencia, confesando su mal y no quejándose de él.

En las contradicciones que te sobrevinieren en el ejercicio de la devoción (porque éstas no te faltarán), acuérdate de las palabras de nuestro Señor: "La mujer, mientras está de parto, tiene grandes congojas; pero viendo su hijo ya nacido, las olvida, por cuanto le ha nacido en el mundo un hombre."[28]

Así tú has concebido en tu alma el más digno Hijo del mundo, el cual es Jesucristo; y cuando éste, después de bien formado, esté para salir a luz, no excusarás[29] el sentirte del trabajo; pero ten buen ánimo, porque de estos dolores pasados te quedará un eterno gozo, viendo has sacado a la luz del mundo tal hombre. Habrásle, pues, de todo, sacado a luz para ti cuando por entero le hayas formado en tu corazón y en tus obras por imitación de su vida.

Cuando estuvieres enferma, ofrece todos tus dolores, penas y trabajos al servicio de nuestro Señor, y

27 *Romanos,* IV, 2.
28 *Juan,* XVI, 21.
29 "No te librarás de".

suplícale los junte a los tormentos que recibió por ti. Obedece al médico: toma las medicinas, viandas y otros remedios por amor de Dios, acordándote de la hiel que Él tomó por amor de nosotros: desea sanar para servirle, no rehúses el padecer por obedecerle, y disponte a morir, si de esto fuere servido, para que así puedas alabarle y merezcas gozar de su presencia. Acuérdate que las abejas, en tiempo que hacen la miel, comen y se sustentan de un mantenimiento muy amargo, y que así nosotros no podemos hacer actos de mayor mansedumbre y paciencia, ni componer la miel de excelentes virtudes, sino mientras comemos el pan de amargura y vivimos en medio de las aflicciones; y como la miel que se hace de la flor del tomillo, yerba pequeña y amarga, es la mejor de todas, así la virtud que se ejercita en la amargura de las más viles, bajas y desechadas tribulaciones es la más excelente de todas.

Mira a menudo con los ojos interiores a Jesucristo crucificado, desnudo, blasfemado, calumniado, baldonado, y en fin, perseguido de toda suerte de enojos, de tristezas y trabajos, y considera que todos tus sufrimientos ni en cantidad ni en calidad son de ninguna manera de comparar con los suyos; y que jamás podrás sufrir nada por Él, comparado a lo que Él ha sufrido por ti.

Considera las penas que los mártires sufrieron y las que tantas personas sufren, más pesadas sin ninguna comparación que las en que tú estás, y di: ¡Ay de mí!, mis trabajos son consuelos y mis espinas rosas en comparación de los que sin socorro, sin asistencia y sin alivio viven en una continua muerte, perseguidos de aflicciones infinitamente mayores.

Capítulo IV: *De la humildad para lo interior*

"Pide prestados", dice Eliseo a una pobre viuda, "muchos vasos vacíos, y echa en ellos el olio".[30] Para recibir la gracia de Dios en nuestros corazones, menester es tenerlos vacíos de nuestra propia gloria. El cernícalo, gritando y mirando los pájaros de rapiña, los espanta por una propiedad y virtud secreta, causa por que las palomas le aman más que a todos los otros pájaros, viendo viven seguras en su compañía.[31] Así, la humildad rechaza a Satanás y conserva en nosotros las gracias y dones del Espíritu Santo; y por esto todos los santos, y particularmente el Rey de los Santos y su Madre santa, han siempre honrado y amado esta santa virtud más que otra alguna entre las morales.

Llamamos vana la gloria que nos atribuimos, o por cuanto no está en nosotros, o porque está en nosotros sin ser nuestra, o porque está en nosotros y es nuestra, sin que por ella debamos gloriarnos. La nobleza del linaje, el favor de los grandes, la honra popular, todas éstas son cosas que no están en nosotros, sino en nuestros predecesores, o en la estima de otros. Hay algunos que se muestran fieros y arrogantes porque se ven sobre un buen caballo, porque tienen un gran penacho en el sombrero y por verse vestidos suntuosamente; ¿pero quién no ve esta locura? Porque si en esto cabe alguna gloria, la tal será del caballo, del pájaro y del sastre. ¿Pues qué flaqueza de ánimo es el hacer estimación de la que da un caballo, una pluma o un vestido? Otros hacen caso, y aun se desvanecen, porque tienen el mostacho relevado, por la barba peinada, por los cabellos crespos, por las manos blancas,

31 Plinio, *Hist. nat.*, X, 52.
30 *IV Reyes*, IV, 3-4.

porque saben danzar, tocar y cantar; ¿pero no son estos tales bajos de pensamientos, pues quieren fundar su valor y apoyar su reputación en cosas tan frívolas y locas? Otros, por un poco de ciencia, quieren ser honrados y respetados del mundo, como si todos hubiesen de ir a su escuela y tenerlos por maestros. Otros se estiran y ensanchan en la consideración de su hermosura, creyendo con ella llevar tras sí los ojos del mundo. Todo es en extremo vano, loco e impertinente, y la gloria que se toma de tan flacos sujetos se llama vana, loca y frívola.

Conócese el verdadero bien como el verdadero bálsamo. Hácese la prueba del bálsamo destilándole dentro del agua; y si va al fondo y hace asiento en lo bajo, es tenido por muy fino y precioso. Así, para conocer si un hombre es verdaderamente sabio, entendido, generoso y noble, se ha de mirar si sus bienes miran a la humildad, modestia y sumisión, porque entonces serán verdaderos bienes; pero si quieren mostrarse y andar siempre por lo alto, serán bienes tanto menos verdaderos cuanto serán más aparentes. Las perlas que se congelan y crían al viento y ruido de los truenos, tienen lo exterior de perla y lo interior vacío.[32] Así, las virtudes y hermosas calidades de los hombres que se crían y viven en altivez, soberbia y vanidad, no tienen sino una simple apariencia de bien, sin jugo, sin médula y sin solidez.

Las honras, los puestos, las dignidades, son como el azafrán, que se mejora y crece con más abundancia cuando le pisan con los pies. No es honra el ser hermosos cuando desvanecidos nos miramos. La hermosura, para tener buena gracia, ha de ser menospreciada. La ciencia nos deshonra cuando nos hincha, desvanece y da en charlatanería.

[32] En esto, como en muchos otros ejemplos tomados de las ciencias naturales, el autor sigue a Plinio y otros autores antiguos, como era habitual en su época.

Si somos puntuosos por los puestos, por las cortesías o por los títulos, fuera de que exponemos nuestras calidades al examen, a la inquisición y a la contradicción, las volvemos viles y abatidas; porque la honra, cuando es recibida en don, es por extremo hermosa; pero hácese vil cuando es buscada y perdida. Cuando el pavón, para mirarse, hace su rueda levantando sus hermosas plumas, lleva con ellas todas las demás, hasta que muestra lo disforme y feo. Las flores que, plantadas en tierra, son hermosas, se marchitan cuando se manosean; y como los que huelen la mandrágora de lejos, y de paso, reciben mucha suavidad, y al contrario, los que la huelen de cerca y de asiento[33] se adormecen y desmayan, así las honras traen un pequeño consuelo al que goza de su olor desde lejos y de paso, sin divertirse ni embebecerse; pero al que por extremo de ellas se aficiona y con extremo las procura, son por extremo reprensibles y vituperables.

El seguimiento y amor de la virtud, comienza a hacernos virtuosos; pero el seguimiento y amor de las honras comienza a hacernos dignos de menosprecio y vituperio. Los ánimos nobles no se embarazan en tan rateros pensamientos, como es reparar en los puestos, salutaciones y otros puntillos, porque piensan en cosas más sólidas y mayores; y así, esto sólo toca a los ánimos más apocados. Los que pueden alcanzar perlas, no se carguen de caracolillos ni conchuelas; y los que pretenden la virtud no se desvelen por las honras. Cualquiera puede ocupar su puesto y mostrarse en él sin violar la humildad, con tal que esto sea sin que cueste inquietud ni cuidado, porque como los que vienen del Perú, fuera del oro y plata que sacan, traen también simios y papagayos, tanto por el barato precio con que los compran como por lo poco que les carga los bajeles; así,

33 "Detenidamente".

los que pretenden la virtud no dejan de tomar los puestos y honras que les son debidas; pero no costándoles mucha atención y cuidado, ni admitiendo ningún desasosiego, inquietud, disputa ni contención. Y esto no se entiende con aquellos cuya dignidad mira el público, ni de ciertas ocasiones particulares que causarían una grande consecuencia; porque en tal caso, conviene que cada uno conserve lo que le toca, con tal prudencia y discreción, que vaya acompañada de caridad y cortesía.

Capítulo V: *De la humildad más interior*

Bien sé, Filotea, que desearás te conduzca más adelante en la humildad, porque lo que de ella hasta aquí he tratado, antes se puede llamar sabiduría que humildad. Ahora, pues, quiero pasar adelante. Muchos no quieren ni osan pensar ni considerar las gracias que Dios les ha hecho en particular, temerosos de desvanecerse y vanagloriarse, en lo cual se engañan; porque como dice el gran Doctor Angélico, el verdadero modo de alcanzar el amor de Dios es la consideración de sus bienes recibidos, porque cuanto más los conozcamos tanto más le amaremos;[34] y como los beneficios particulares mueven más que los comunes, así deben también ser considerados con más atención. Es cierto que nada puede humillarnos tanto delante de la misericordia de Dios como la muchedumbre de sus bienes re-

[34] Sto. Tomás de Aquino, S. *Theol.*, II-II, q. 27, art. 3.

cibidos; ni nada podrá humillarnos tanto delante de su justicia como la multitud de nuestras maldades. Consideremos, pues, lo que Él ha hecho por nosotros y lo que nosotros hemos hecho contra Él, y como consideraremos por menudo nuestros pecados, consideremos también por menudo sus gracias. Y no se ha de temer que el conocimiento de los bienes que ha puesto en nosotros ha de hincharnos, con condición que notemos esta verdad, y es: que lo que hay bueno en nosotros no es nuestro; si no, dime: ¿los mulos dejan de ser torpes y hediondas bestias porque estén cargados de olores y muebles preciosos del príncipe? "¿Qué tenemos nosotros bueno que no lo hayamos recibido? Y si lo hemos recibido, ¿por qué nos queremos ensoberbecer?" [35] Al contrario, la viva consideración de las gracias recibidas nos hace humildes, porque el conocimiento engendra el reconocimiento; pero si viendo las gracias que Dios nos ha hecho, nos llegase a inquietar alguna suerte de vanidad, el remedio infalible será acogernos a la consideración de nuestras ingratitudes, de nuestras imperfecciones y de nuestras miserias. Si consideramos lo que hemos hecho cuando Dios no ha estado con nosotros, conoceremos claro que lo que hacemos cuando está con nosotros no es de nuestra cosecha. Alegrarémonos, pues, y regocijarémonos en la consideración de los bienes recibidos; pero daremos a solo Dios las gracias por cuanto es el autor.

Así, la santa Virgen confiesa que Dios obró en ella cosas maravillosas; pero no fue sino por humillarse y engrandecer a Dios. "Alma mía", dice, "engrandece al Señor, por cuanto ha hecho en mí cosas grandes".[36]

Decimos muchas veces que no somos nada, que somos la misma miseria y la basura del mundo; perc no poco sentiríamos que nos tomasen la palabra y que nos

[35] *I Cor.*, IV, 7.
[36] *Lucas*, I, 46, 49.

publicasen tales cuales nos llamamos. Y al contrario, fingimos escondernos y huirnos para dar mejor lugar a que nos busquen y pregunten por nosotros. Damos a entender que gustamos de ser los postreros y sentarnos a los pies de la mesa, para que nos den la cabecera. La verdadera humildad no procura dar aparentes muestras de serlo ni gasta muchas palabras de humildad; porque ésta no sólo desea esconder las otras virtudes, pero también y principalmente procura esconderse a sí misma; y si le fuese permitido mentir, fingir o escandalizar el prójimo, produciría acciones de arrogancia y fiereza para debajo de ellas mejor encubrirse. Éste es mi parecer, Filotea: o no digamos palabras de humildad, o digámoslas con verdadero sentimiento interior, conforme a lo que exteriormente pronunciamos; no bajemos nunca los ojos sino humillando nuestros corazones; no demos a entender querer ser los postreros, si es que deseamos ser los primeros. Tengo, pues, esta regla por tan general, que no tiene alguna excepción; sólo diré que la buena crianza requiere a veces ofrezcamos los mejores lugares a los que manifiestamente sabemos no han de tomarlos; lo cual no por esto es doblez ni falsedad de humildad, porque en tal caso el solo ofrecimiento de ventaja es un principio de honra; y pues no se le puede dar por entero, no es mal hecho darle alguna parte. Lo mismo digo de algunas palabras de honra o de respeto, que en rigor no parecen verdaderas; pero sonlo con todo esto bastantemente, con que el corazón del que las pronuncia tenga una verdadera intención de honrar y respetar al que las dice; porque aunque las palabras significan con algún exceso aquello que decimos, no por eso hacemos mal en emplearlas cuando el uso común lo requiere. Verdad es que también querría se juntasen las palabras a nuestros corazones lo más que fuese posible, para seguir en todo y por todo la simplicidad y pureza cordial. El hombre verdaderamente humilde querría más que otro dijese de

él que es un miserable, que es un nada y que no vale nada, que no decirlo él mismo; por lo menos, si sabe que lo dicen no lo contradice, sino lo sufre de buena gana, porque creyendo firmemente lo tal, se huelga que sigan su opinión. Muchos dicen que dejan la oración mental para los perfectos, y que ellos no son dignos de hacerla. Otros protestan que no osan comulgar a menudo por no hallarse bastantemente limpios. Otros temen de ofender a la devoción si se meten con ella, por causa de su grande miseria y fragilidad; y otros rehúsan emplear su talento en el servicio de Dios y su prójimo, por cuanto dicen los tales que conocen su flaqueza y que tienen miedo de ensoberbecerse si son instrumento de algún bien, y que enseñando a los otros, ellos se pierden. Todo esto no es sino artificio y una suerte de humildad, no sólo falsa, pero maligna; por lo cual quieren tácita y sutilmente despreciar las cosas divinas y cubrir con un pretexto de humildad el amor propio de su opinión, de su humor y de su pereza.

"Pide a Dios una señal arriba en el cielo o abajo en el profundo del mar", dice el Profeta al desventurado Achaz; y respondió: "No, no la pediré, y no tentaré al Señor." [37] Malignidad grande hace semblante de una extremada reverencia para con Dios, y con cubierta de humildad se excusa de aspirar a la gracia a que su divina bondad le llama; pero este tal no ve que cuando Dios nos quiere gratificar, es arrogancia el no admitir. Que los dones de Dios nos obligan a recibirlos, y que es humildad el obedecer y seguir sus deseos con la puntualidad posible. El deseo de Dios es que seamos perfectos,[38] uniéndonos en Él, imitándole lo más que podamos. El soberbio tiene bien ocasión de no osar intentar nada; pero el humilde es tanto más animoso cuanto se conoce más incapaz; y cuanto más se tiene

[37] *Isaías*, VII, 11-12.
[38] *Mateo*, V, 48.

por malo, tanto más se hace atrevido, por cuanto tiene toda su confianza en Dios, el cual se sirve de engrandecer su poder en nuestra flaqueza y levantar su misericordia sobre nuestra miseria. Menester es, pues, humilde y santamente osar todo aquello que es juzgado propio a nuestro adelantamiento por aquellos que conducen nuestras almas.

Pensar saber lo que no se sabe, es una expresa locura; querer hacer del sabio[39] en aquello que se conoce no saberse, vanidad es insoportable. Cuanto a mí, no querría hacer del sabio aun en aquello que sabría, ni tampoco del ignorante. Cuando la caridad lo manda, menester es comunicar llana y apaciblemente con el prójimo, no sólo lo que le es necesario para su instrucción, pero también lo que le es provechoso para su consuelo; porque la humildad que esconde y cubre todas las virtudes para mejor conservarlas, las hace, no obstante, parecer[40] cuando la caridad lo manda, para aumentarlas, engrandecerlas y perfeccionarlas; en lo cual parece a aquel árbol de las islas de Tilos, el cual de noche encierra y tiene como con llave sus hermosas flores, sin que las abra sino al salir del sol; de suerte que los habitantes de aquella tierra dicen que estas flores duermen de noche.[41] Así, la humildad cubre y esconde todas nuestras virtudes y perfecciones humanas, y no las deja jamás mostrar sino por la caridad, la cual, siendo una virtud no humana, sino celeste, no moral, sino divina, es el verdadero sol de las virtudes, sobre las cuales debe siempre dominar; de suerte que las humildades que perjudican a la caridad, son indubitablemente falsas.

No querría yo ni hacer del loco ni hacer del sabio; porque si la humildad me estorba el hacer del sabio, la simplicidad y la llaneza me estorbarán también el hacer del loco; y así la vanidad es contraria a la humildad,

39 Hoy diríamos "hacer(se) el sabio".
40 "Aparecer, manifestarse".
41 Plinio, *Hist. nat.*, XII, 23.

el artificio, la afectación y el fingimiento es contrario a la llaneza; que si algunos grandes siervos de Dios han fingídose locos para que más así el mundo los despreciase, a esos tales debemos admirar, pero no imitar, por cuanto para esto tuvieron motivos tan particulares y extraordinarios, que no debe nadie para sí sacar de lo tal ninguna consecuencia. Y en cuanto a David, si danzó y saltó un poco más que la ordinaria decencia pedía delante del Arca,[42] no era porque quisiese hacer del loco, sino que simplemente y sin artificio hacía estos movimientos exteriores conforme a la extraordinaria y sin medida alegría que sentía en su corazón. Verdad es que cuando Michol, su mujer, la reprendió como de una locura, no por eso mostró sentimiento viéndose despreciado;[43] antes, perseverando en la natural y verdadera representación de su alegría, daba testimonio de su contento en recibir por su Dios un poco de menosprecio. En seguimiento de lo cual te diré que si por las acciones de una verdadera y natural devoción te tuvieren por vil, abatida y loca, la humildad hará te alegres con tan dichoso oprobio, la causa del cual no está en ti, sino en los que lo hacen.

Capítulo VI: *Que la humildad nos hace amar nuestro propio desprecio*

Pasando, pues, más adelante, te digo, Filotea, que en todo y por todo ames tu propio desprecio. Pero sin duda me preguntarás lo que quiere decir *amar su propio des-*

[42] *II Reyes*, VI, 14-16.
[43] *Ibídem*, 20-22.

precio. En latín *desprecio* quiere decir *humildad;* y *humildad* quiere decir *desprecio*. Así que cuando nuestra Señora, en su sagrado Cántico, dice que por cuanto nuestro Señor ha visto la humildad de su sierva, todas las generaciones la llamarán bienaventurada,[44] quiere decir que nuestro Señor ha mirado de buena gana su desprecio, vileza y bajeza, para colmarla de gracias y favores. Diferencia hay con todo esto entre la virtud de la humildad y el desprecio; porque el desprecio es la pequeñez y vileza que está en nosotros, sin que lo tal pensemos; pero cuanto a la virtud de la humildad, es el verdadero conocimiento y voluntario reconocimiento de nuestro desprecio. El principal punto, pues, de esta humildad, consiste en no sólo reconocer voluntariamente nuestro desprecio, sino en amarle, y esto no por falta de ánimo y generosidad, sino por exaltar tanto la Majestad divina y estimar mucho más al prójimo que a nosotros mismos. Esto, pues, Filotea, te exhorto; y para que mejor lo entiendas, sabe que entre los males que sufrimos, los unos son despreciados y los otros honrosos: muchos se acomodan a los honrosos; pero casi ninguno se acomoda a los despreciados. Mira un devoto ermitaño, roto y friolento, que todos honran su hábito pobre, con compasión de su sufrimiento; pero si un pobre oficial, un pobre hidalgo o una pobre señora padecen lo mismo, serán antes despreciados y escarnecidos. Ves aquí, pues, cómo su pobreza es despreciada. Un religioso recibe devotamente una áspera censura de su superior, o un hijo de su padre, a que llamarán todos mortificación, obediencia y sabiduría. Sufrirán también lo mismo de alguno un caballero y una dama; lo cual, si acaso sufren por amor de Dios, todos lo llamarán cobardía y pusilanimidad. Ves aquí, pues, otro mal despreciado. Una persona tiene un zaratán o cáncer en un brazo; otra le tiene en la cara. El primero no tiene sino el mal; pero el se-

44 *Lucas*, I, 48.

gundo tiene con el mal el menosprecio, el desdén y la abyección. Digo, pues, ahora, que no sólo se ha de amar el mal (lo cual se hace por la virtud de la paciencia), sino también la abyección o menosprecio, lo cual se hace por la virtud de la humildad.

Hay también virtudes desechadas y virtudes honrosas: la paciencia, la mansedumbre, la simplicidad y la humildad, son virtudes que los mundanos tienen por viles y despreciadas; y al contrario, estiman mucho la prudencia, la valentía y la liberalidad. También hay acciones de una misma virtud, y las unas son menospreciadas y las otras honradas. Dar limosna y perdonar las ofensas son dos acciones de caridad: la primera es honrada de cualquiera y la otra menospreciada a los ojos del mundo. Un mozo o una doncella que no se dejare llevar de la persuasión de los que desregladamente se dan a las conversaciones, juegos, danzas, banquetes y vestidos superfluos, será murmurada y censurada de los otros, y su modestia será llamada, o hipocresía o afectación. Amar esto, es amar su desprecio. Daréte otro ejemplo: pongamos caso que vamos a visitar los enfermos: si me envían al más miserable, me será un desprecio según el mundo, por el cual le amaré. Si me envían a los de más calidad, seráme también un desprecio según el espíritu, por cuanto no hay tanta virtud y merecimiento; y así, amaré también este desprecio. Cayendo en la calle, fuera del mal,[45] se cae en vergüenza; este desprecio también debe amarse. Hay también faltas en las cuales no hay ningún mal, sino la sola abyección o desprecio, y la humildad, no obstante, no permite que expresamente se hagan; pero mandándonos que no nos inquietemos cuando las hubiéremos cometido. Éstas son ciertas locuras, descortesías e inadvertencias; las cuales, así como se han de procurar evitar antes que se hagan por obedecer la cortesía y la prudencia, así debemos

[45] "Además del daño".

también llevar con paciencia y amar la abyección que, cometidas, de ellas resultare, para mejor seguir así la santa humildad. Diréte aún más: Si acaso me he desreglado por cólera o disolución en palabras licenciosas e indecentes, con las cuales he ofendido a Dios y al prójimo, arrepentiréme vivamente, sintiendo en extremo la ofensa, la cual procuraré reparar lo mejor que me sea posible; pero no por eso debo aborrecer la abyección y menosprecio que me resultare; y si se pudiese separar lo uno de lo otro, yo desviaría de mí el pecado y guardaría humilde la abyección.

Pero aunque amamos la abyección que se sigue del mal, no por eso se ha de dejar de remediar el mal que la ha causado, por medios propios y legítimos, y principalmente cuando el mal es de consecuencia. Si yo tengo en la cara alguna ocasión de desprecio, procuraré la cura; pero no el olvido del desprecio, el cual he recibido. Si hubiere hecho alguna locura que no ofenda a persona, no me excusaré de ella, por cuanto aunque esta tal es una falta, visto que no es permanente, no será el excusarme sino por evitar la abyección que de ella me queda: cosa que la humildad no puede permitir. Mas si por descuido o locura he ofendido o escandalizado a alguno, repararé la ofensa con alguna verdadera excusa; y esto por cuanto el mal es permanente, y que la caridad me obliga a quitarle. Sucede también algunas veces que la caridad requiere que remediemos la abyección por el bien del prójimo, al cual es necesaria nuestra reputación; pero en tal caso, luego que quitemos la abyección delante de los ojos del prójimo, conviene que la cerremos y escondamos dentro de nuestro corazón para que se edifique. Pero querrás, sin duda, Filotea, saber cuáles son las mejores abyecciones. A que te digo, que las más provechosas al alma y agradables a Dios, son las que nos vienen por accidentes o por el estado de nuestra vida; esto por cuanto no las hemos escogido, sino recibido tales cuales Dios nos las ha en-

viado, cuya elección es siempre mejor que la nuestra: que si fuese necesario escoger, las mayores son las mejores; y aquellas son llamadas mayores, que son más contrarias a nuestras inclinaciones, como sean conformes a nuestro estado; porque (acabando con esto) nuestra elección gasta y disminuye casi todas nuestras virtudes. ¿Quién nos dará la gracia para decir con el gran rey: "Yo he escogido el ser menospreciado en la casa de Dios, antes que el habitar en los tabernáculos de los pecadores"?[46] Nadie puede, querida Filotea, sino Aquel que para exaltarnos vivió y murió de suerte que fue el oprobio de los hombres y la abyección del pueblo[47]. Muchas cosas te he dicho que, considerándolas, te parecerán ásperas; pero créeme que practicándolas te serán más que el azúcar y miel dulces.

Capítulo VII: *Cómo se ha de conservar la buena fama practicando la humildad*

La alabanza, la honra y la gloria no se dan a los hombres por una simple virtud, sino por alguna virtud excelente; porque por la alabanza procuramos persuadir a los otros la estimación de la excelencia de algunos; por la honra protestamos estimarla nosotros mismos; y la gloria no es otra cosa (a mi parecer) sino un cierto hijo de la reputación, el cual nace del ayuntamiento de mu-

[46] *Salmo* LXXXIII, 11.
[47] *Salmo* XXI, 7.

chas alabanzas y honras; de manera que las honras y alabanzas son como piedras preciosas, de cuya junta se muestra y sale la gloria, como un esmalte. No pudiendo, pues, la humildad sufrir que tengamos alguna opinión de aventajar o ser preferidos a los otros, no puede tampoco permitir que busquemos ni procuremos la alabanza, la honra ni la gloria, las cuales cosas son debidas a la sola excelencia. Es verdad con todo eso que nos consiente lo que nos amonesta el Sabio, que es tener cuenta con nuestra fama,[48] por cuanto la buena fama es la estimación, no de alguna excelencia, sino solamente una simple y común integridad de vida; la cual la humildad no estorba que reconozcamos en nosotros mismos, ni por consecuente que deseemos la reputación. Es verdad que la humildad menospreciaría la fama, si la caridad no la hubiese menester; mas por cuanto es uno de los fundamentos de la comunicación humana, y que sin ella somos, no sólo inútiles, pero dañosos al público, por causa del escándalo que recibe, la caridad manda y la humildad tiene por bien que la deseemos y conservemos precisamente.

Fuera de esto, así como las hojas de los árboles, que de suyo no son de estima, sirven con todo esto de mucho, no sólo para hermosearlos, sino también para conservar los frutos, mientras están tiernos, así también la buena fama, que de sí misma no es cosa que con ahínco deba desearse, no deja por eso de ser muy útil, no sólo para el adorno de nuestra vida, pero también para la conservación de nuestras virtudes, y principalmente de las virtudes tiernas y débiles. La obligación de mantener nuestra reputación y de ser tales cuales nos estiman, despierta un ánimo generoso a una poderosa y dulce violencia. Conservemos nuestras virtudes, querida Filotea, por cuanto éstas son agradables a Dios, principal

[48] *Eclesiástico*, XLI, 15.

y soberano objeto de todas nuestras acciones. Mas como los que quieren guardar los frutos no se contentan con sólo confitarlos, sino que los ponen en vasos propios a su conservación, así también, aunque el amor divino sea el principal conservador de nuestras virtudes, podemos también emplear la buena fama como muy propia y útil a este fin.

No por esto debemos mostrarnos muy fogosos, exactos y puntuosos en esta conservación; porque los que son tan delicados y cosquillosos por su reputación, parecen a los que por cualquier suerte de achaque toman medicinas, los cuales, pensando conservar la salud, la estragan del todo. Así es que otros, queriendo mantener con tanta puntualidad su reputación, vienen enteramente a perderla; porque por esta delicadeza se hacen enojosos, aborrecibles e insoportables, y provocan la malicia de los maldicientes.

La disimulación y menosprecio de la injuria y calumnia, es de ordinario un remedio más saludable que el sentimiento, la porfía y la venganza. El menosprecio los hace desmayar; mas si se recibe enojo, parece proceder del sentimiento de injuria justa. Los cocodrilos no dañan sino a los que los temen; ni tampoco la murmuración, sino a los que por ella se penan y fatigan.

El miedo excesivo de perder la fama muestra una grande desconfianza del fundamento de ella, que es la verdad de una buena vida. Las villas que tienen puentes de madera, están expuestas a que cualquier suerte de avenidas las rompa y lleve tras sí; pero las que los tienen de piedra, viven seguras y sin miedo, si no es de algunas extraordinarias crecientes. Así, los que tienen un alma verdaderamente cristiana, desprecian de ordinario los rebatos y ofensas de las lenguas injuriosas; mas los que se sienten débiles y flacos, del menor chisme se inquietan y alborotan. Créeme, Filotea, que quien quiere tener reputación con todos, la pierde con todos; y merece perder la honra aquel que quiere to-

mar la de aquellos a quienes los vicios hacen verdaderamente infames y deshonrados.

La reputación no es sino como una señal, la cual muestra dónde aloja la virtud. La virtud, pues, debe en todo y por todo ser preferida. Dirá a veces el maldiciente que eres un hipócrita, porque ve que te das a la devoción; y si el tal te tuviere por hombre de poco ánimo porque perdonaste la injuria, búrlate de todo esto; porque fuera de que tales juicios son siempre de necias y locas gentes, cuando se debería perder la fama no se debería dejar la virtud ni apartarse de su camino, por cuanto siempre se ha de preferir el fruto a las hojas; esto es, el bien interior y el espiritual a todos los bienes exteriores. Bien es que seamos celosos, pero no idólatras de nuestra fama; y así como no se debe ofender el ojo de los buenos, así también no se ha de querer contentar el de los malos. La barba le sirve al hombre de adorno y el cabello a la mujer. Si se desarraiga y arranca del todo el pelo de la barba y el cabello de la cabeza, fácilmente podría no volver jamás; pero si solamente se corta, poco después saldrá con más abundancia, más fuerte y espeso. De la misma manera, aunque la fama se vea mordida y cercenada de la lengua de los maldicientes, que es, dice David, "como una navaja afilada",[49] no por esto debemos inquietarnos, porque bien presto tornará a crecer y a mostrarse, no sólo tan hermosa como de antes, pero más sólida y maciza; que si nuestros vicios, nuestra flojedad y nuestra mala vida nos quitan la reputación, será muy posible no volverla a cobrar jamás, por cuanto queda arrancada la raíz. La raíz, pues, de la fama, es la bondad, la cual, mientras estuviere en nosotros, puede siempre producir la honra que le es debida.

Hase, pues, de dejar la vana conversación, el uso inútil, la amistad frívola, el trato alocado, si es que

[49] *Salmo* LI, 2.

daña a la fama, porque la fama vale más que toda suerte de vanos contentos. Mas si por el ejercicio de piedad, por el adelantamiento de la devoción y buen pasaje al bien eterno, murmuran, fisgan o calumnian, dejemos ladrar los mastines; porque si pueden sembrar alguna mala opinión contra nuestra reputación, y por este medio cortar y arrastrar los cabellos de nuestra fama, importará poco, porque bien presto tornará a renacer, y la navaja de la murmuración servirá a nuestra honra como la podadera a la viña, que la hace abundar y multiplicar en fruto.

Tengamos siempre los ojos puestos en Jesucristo crucificado; caminemos en su servicio con confianza y simplicidad; pero sabia y discretamente. Él será el protector de nuestra fama; y si Él permite que la perdamos, será para volvernos otra mejor, o para hacernos aprovechar en la santa humildad, de la cual una sola onza vale más que mil libras de honras. Si nos injuriaren injustamente, opongamos apaciblemente la verdad a la calumnia; y si perseveraren, perseveraremos también nosotros en humillarnos; y poniendo de esta suerte nuestra reputación con nuestra alma en las manos de Dios, no podemos asegurarla mejor. Sirvamos a Dios por la buena o mala fama,[50] a ejemplo de San Pablo, porque podamos decir con David: "¡Oh, Dios mío!, por vos es que yo he sufrido el oprobio, y que la confusión ha cubierto mi rostro."[51]

Con todo esto no dejes de hacer excepción de ciertas maldades tan atroces e infames que ninguno debe sufrir la calumnia cuando justamente puede rechazarla, ni ciertas personas, de cuya buena reputación depende la edificación de muchos; porque en semejantes casos, se debe pretender la reputación contra el agravio recibido, siguiendo en esto el parecer de los teólogos.

50 *II Cor.*, VI, 8.
51 *Salmo* LXVIII, 8.

Capítulo VIII: *De la mansedumbre para con el prójimo y remedio contra la ira*

El santo crisma, del cual por tradición apostólica usan en la Iglesia de Dios para las confirmaciones y bendiciones, es compuesto de olio de oliva mezclado con bálsamo, que representan, entre otras cosas, las dos caras y muy amadas virtudes que resplandecen en la sagrada persona de nuestro Señor, las cuales nos ha singularmente encomendado, como si por ellas nuestro corazón debiera especialmente estar consagrado a su servicio y aplicado a su imitación. "Aprended de mí", dice, "que soy manso y humilde de corazón".[52] La humildad nos perfecciona para con Dios, y la mansedumbre para con el prójimo. El bálsamo, que (como he dicho arriba)[53] toma siempre el fondo entre todos los otros licores, representa la humildad; y el olio de oliva, que toma lo alto, representa la apacibilidad y mansedumbre, la cual excede todas las cosas y sale entre las otras virtudes, como quien es la flor de la caridad; la cual, según San Bernardo, está en su perfección cuando no sólo es paciente, sino cuando fuera de esto es mansa y apacible.[54] Pero advierte, Filotea, que este crisma místico, compuesto de mansedumbre y humildad, esté dentro de tu corazón, porque es uno de los mayores artificios del enemigo el hacer que muchos se embaracen en las palabras y apariencias exteriores de estas dos virtudes; y no examinando bien sus aficiones interiores, piensan ser humildes y mansos no siéndolo de ninguna manera, en efecto; lo cual se conoce por cuanto no obstante su ceremoniosa mansedumbre y humildad, a la menor pala-

52 *Mateo*, XI, 29.
53 Cap. IV.
54 *Tract. de Charitate*, V.

bra que ligeramente les dicen, a la menor injuria que reciben, se sacuden y saltan con una arrogancia insufrible. Dicen que los que han tomado el preservativo que comúnmente llaman el *betún de San Pablo*, no se hinchan estando mordidos y picados de la víbora, con tal que el betún sea del fino. De la misma manera, cuando la humildad y la mansedumbre son buenas y verdaderas, nos defienden de la hinchazón y ardor que las injurias suelen provocar en nuestros corazones. Y si hallándonos picados y mordidos de los maldicientes y enemigos, nos hinchamos, embravecemos y amostazamos, es señal clara que nuestra humildad y mansedumbre no son finas y verdaderas, sino artificiosas y aparentes.

Aquel santo e ilustre patriarca José, enviando sus hermanos de Egipto a la casa de su padre, les dio este solo aviso: "No os enojéis en el camino."[55] Lo mismo te digo yo, Filotea: esta miserable vida no es sino un camino para la otra bienaventurada; no nos enojemos, pues, en el camino, los unos con los otros; caminemos con la tropa de nuestros hermanos y compañeros, dulce, amigable y apaciblemente. Y más te digo: que de ninguna manera te enojes, si fuere posible, ni abras la puerta de tu corazón a ningún enojado pensamiento; porque dice Santiago: "La ira del hombre no obra la justicia de Dios."[56] Hase de resistir el mal y reprimir los vicios de los que tenemos a cargo constante y valientemente; pero suave y apaciblemente. Nada aplaca tanto al elefante airado como la vista de un corderillo; y nada rompe tan fácilmente la fuerza de la artillería como la lana. No se estima tanto la corrección que procede de pasión, aunque acompañada de razón, como la que no tiene otro origen sino la razón sola; porque el alma racional, estando naturalmente sujeta a la razón, no está sujeta a la pasión sino por tiranía, y así por ésto, cuando la razón

[55] *Génesis*, XLV, 24.
[56] *Sant.*, I, 20.

está acompañada de pasión, se hace odiosa, siendo su justa dominación apocada y abatida por la compañía de la tiranía. Los príncipes honran y consuelan infinito los pueblos cuando los visitan con séquito de paz; pero cuando traen estruendo de armas, aunque sea por el bien público, son siempre sus venidas desagradables y dañosas, por cuanto aunque hagan exactamente observar la disciplina militar entre los soldados, no por eso pueden tanto que no haya siempre algún desorden, el cual disminuye el buen nombre. De la misma manera, mientras la razón reina y apaciblemente ejercita los castigos, correcciones y reprensiones, aunque esto sea rigurosa y exactamente, todos la aman y la aprueban; pero cuando trae consigo la ira, la cólera y el enojo, que son (dice San Agustín) [57] sus soldados, se hace más espantosa que amable, y su propio corazón queda ofendido y maltratado. Mejor es, dice el mismo santo escribiendo a Profuturo,[58] el rehusar la entrada a la ira cabal y justa, que el recibirla, por pequeña que sea; porque recibiéndola, es trabajoso el despedirla, por cuanto se entra como un pequeño pimpollo y en un instante se hincha y engrosece; que si llega a ganar la noche y el sol se acuesta sobre nuestra ira (lo cual el Apóstol defiende),[59] convirtiéndose en odio y rencor, apenas hay remedio de desecharla, por cuanto se cría de mil falsas persuasiones; y un hombre enojado no piensa nunca que su enojo es injusto. Mejor es, pues, el procurar saber vivir sin cólera, que el querer usar de ella moderada y sabiamente; y cuando por imperfección o flaqueza nos hallamos arrebatados de ella, es mejor el rechazarla con presteza que detenerla un solo punto en nuestro corazón; porque por poco espacio que la den de asiento, se hace dueño del lugar y hace como la serpiente, que tira fá-

57 *De Civitate Dei*, XIV, 19.
58 *Ep*. XXXVIII, 2.
59 *Efesios*, IV, 26. *Defiende* = "prohíbo".

cilmente todo su cuerpo donde puede poner la cabeza. Pero, ¿cómo la rechazaré yo?, me dirás tú. Es menester, mi Filotea, que al primer toque suyo que sientas en ti, juntes prontamente tus fuerzas, no áspera ni impetuosamente, sino suavemente; porque como vemos en las audiencias de muchos senados y parlamentos, que los ujieres gritando "¡Silencio!", hacen más ruido que aquellos a quien pretenden hacer callar, también sucede muchas veces que queriendo con ímpetu reprimir nuestra cólera, levantamos más alboroto en nuestro corazón que ella pudiera haber hecho; y hallándose así el corazón alborotado, no puede más ser dueño de sí mismo.

Después de este suave esfuerzo, practicarás el aviso que San Agustín, ya viejo, daba al joven obispo Ausilio.[60] "Haz", le dice, "lo que un hombre debe hacer: que si te sucede lo que al hombre de Dios en el salmo, 'Mi ojo está turbado de gran cólera', acude a Dios, diciendo: 'Ten misericordia de mí, Señor'; [61] porque extienda su diestra y reprima tu enojo." Dígote, pues, que es menester invocar el socorro de Dios cuando nos vemos asaltados de cólera, a imitación de los apóstoles atormentados del viento y borrasca en medio de las aguas, porque Él mandará a nuestras pasiones que cesen, y la tranquilidad, extendiéndose, traerá bonanza.[62] Pero con todo esto te advierto que la oración que se hace contra la cólera presente, de quien te hallas oprimido, debe practicarse suave y mansamente, y no con violencia; lo cual se ha de observar en todos los remedios que se practican contra este mal.

Con esto, luego que percibas haber caído en algún acto de cólera, repara la falta con un acto de suavidad prontamente ejercitada con la persona con quien te encolerizaste; porque de la misma manera que es un soberano remedio contra la mentira el desdecirse luego

[60] *Ep.* CCL, 3.
[61] *Salmo* XXX, 10.
[62] *Mateo,* VIII, 24-26.

que se ha cometido, así también es un buen remedio contra la cólera el repararla luego con un acto contrario de suavidad; porque, como dicen, las llagas frescas son más fáciles de remedio.

Fuera de esto, cuando te hallares con tranquilidad y sin ningún sujeto de cólera, haz grande provisión de suavidad y mansedumbre, diciendo todas tus palabras y haciendo todas tus acciones, pequeñas o grandes, en el más apacible modo que te sea posible, acordándote que la Esposa, en el *Cántico de los Cánticos*, no sólo tiene la miel en sus labios y en la punta de su lengua, sino que también la tiene debajo de la lengua: quiero decir dentro del pecho;[63] y no sólo hay miel, sino también leche, porque también, no sólo se ha de tener la palabra dulce para con el prójimo, sino también todo el pecho; esto es, todo lo interior de nuestra alma; y asimismo, no sólo se debe tener la dulzura y suavidad de la miel, que es aromática y odorífera (esto es, la suavidad de la conversación civil con los extranjeros), sino también la dulzura de la leche entre los domésticos y vecinos cercanos, en lo cual muchos yerran grandemente, pues en la calle parecen ángeles y en la casa demonios.

Capítulo IX: *De la suavidad para con nosotros mismos*

Una de las buenas prácticas que podemos hacer de la suavidad, es aquella de la cual el sujeto está en nosotros, no amohinándonos jamás contra nosotros mismos

[63] *Cant.*, IV, 11.

ni contra nuestras imperfecciones; porque aunque la razón quiere que cuando caemos en faltas nos mostremos pesarosos y tristes, no por eso debemos admitir un pesar agrio, mohíno, enfadoso y colérico; en lo cual hacen una gran falta muchos que, hallándose coléricos, se enojan de haberse enojado, se amohínan de haberse amohinado, y tienen enfado de haberse enfadado, porque por este medio tienen su corazón embebido y empapado en la cólera; y asimismo parece que la segunda cólera arruina la primera, y no obstante sirve de abertura y paso para una nueva cólera en la primera ocasión que se presente. Fuera de que aquella cólera y mohína que toman consigo mismos procede de manifiesta soberbia y no tiene origen sino del amor propio, el cual se alborota e inquieta viéndonos imperfectos. Menester es, pues, tener de nuestras faltas un pesar modesto, sosegado y firme, porque de la misma manera que un juez castiga mucho mejor los malos dando sus sentencias por razón y espíritu sosegado que no cuando las da por ímpetu y pasión (por cuanto castigando por pasión, no castiga las faltas según ellas son, sino según es él mismo); así, nosotros castigamos mucho mejor nuestras faltas con arrepentimientos sosegados y constantes, que con arrepentimientos agrios, apretados y coléricos; porque estos arrepentimientos, hechos con ímpetu, no se hacen según la gravedad de nuestras faltas, sino según nuestras inclinaciones. Por ejemplo: aquel que ama la castidad, sentirá con grandísimo extremo la menor falta que contra ella cometa; y no hará sino reírse de la mayor murmuración en que caiga. Al contrario, aquel que aborrece la murmuración, se atormentará por haber caído en la menor detracción, y no hará caso de una gran falta contra la castidad; lo cual no sucede por otra causa sino porque los tales no hacen el juicio de su conciencia por razón, sino por pasión.

Créeme, Filotea, que de la misma manera que las amonestaciones de un padre, hechas suave y cordial-

mente, tienen más fuerza para corregir un hijo que la demasiada cólera y enojo, así cuando nuestro corazón habrá hecho alguna falta, si la reprendemos con amonestaciones suaves y sosegadas, teniendo más compasión de él que pasión contra él, animándole a la enmienda, el arrepentimiento que concebirá tomará más raíces y le penetrará mejor que lo haría por un arrepentimiento enojoso, arrebatado y tempestuoso.

Cuanto a mí, si yo tuviese (por ejemplo) gran deseo de no caer en el vicio de la vanidad, y que no obstante esto hubiese grandemente caído en él, no por eso querría reprender mi corazón de esta manera: ¿No eres tú, miserable y abominable, quien después de tantas resoluciones te has dejado llevar de esta vanidad? Muere de vergüenza; no levantes más los ojos al cielo, ciego, imprudente, traidor y desleal a tu Dios; sino antes querría corregirle por razón y vía de compasión, diciéndole: Ahora bien, pobre corazón mío, vesnos aquí caídos dentro del foso, del cual tantas veces habíamos resuelto el escaparnos. ¡Ah, pobres de nosotros! Levantémonos y huyámosle el cuerpo para siempre; reclamemos la misericordia de Dios, y esperemos en ella, que ella nos ayudará para de aquí adelante ser más fuertes, y volvámonos al camino de la humildad. Ánimo, pues, corazón mío; no seamos ya más tan fáciles: Dios será servido de ayudarnos, con que no haremos poco. Y querría aún más: fabricar sobre esta reprensión una firme y sólida resolución de nunca más caer en la falta, tomando los medios importantes a este fin, y de la misma manera el aviso de mi maestro.

Y si no obstante esto hallare alguno que su corazón no se mueve bastantemente para esta suave corrección, podrá el tal emplear la contradicción y una reprensión áspera y fuerte, para excitarle a una profunda confusión, con tal que después de haberle con dureza reprendido y enojado, dé fin con un consuelo, acabando toda su ansia y enojo en una suave y santa confianza

en Dios, a imitación de aquel gran penitente, el cual, viendo su alma afligida, la consolaba de esta suerte: "¿Por qué estás tú triste, oh alma mía, y por qué me alborotas? Espera en Dios, porque yo le bendeciré aún, como la salud de mi cara, y mi verdadero Dios." [64]

Levanta, pues, tu corazón, cuando cayere, con suavidad, humillándote grandemente delante de tu Dios por el conocimiento de tu miseria, sin que de ninguna manera te espantes de su caída, pues no es cosa de admiración ver que la enfermedad sea enferma, la flaqueza flaca y la miseria apocada. Abomina fuera de esto con todas tus fuerzas la ofensa que Dios ha recibido de ti, y con un grande ánimo y confianza en su misericordia, vuélvete al camino de la virtud que habías abandonado.

Capítulo X: *Que se ha de tratar de los negocios con cuenta pero sin congoja y cuidado*

La cuenta y diligencia que debemos tener en nuestros negocios son cosas bien diferentes de la solicitud, cuidado [65] y congoja. Los ángeles tienen cuenta de nuestra salvación y la procuran con diligencia; mas no por eso tienen solicitud, cuidado ni congoja; porque la cuen-

[64] *Salmo* XLII, 5.

[65] El traductor usa *cuidado* en el sentido de "preocupación, temor", no en el de "diligencia, esmero". Lo mismo vale de *solicitud.*

ta y diligencia pertenece a su caridad; pero la solicitud, cuidado y congoja sería contrario a su felicidad. Así que la cuenta y diligencia pueden estar acompañadas de la tranquilidad y paz de espíritu; pero no la solicitud y cuidado, y mucho menos la congoja.

Ten, pues, cuenta y diligencia en todos los negocios que tuvieres a cargo, Filotea mía, porque Dios, habiéndotelos confiado, quiere que tengas una gran cuenta con ellos; pero si fuere posible, no pongas solicitud ni cuidado; esto es, que no los empieces con inquietud, ansia ni ardor, ni te congojes en su alcance, porque toda suerte de congoja turba la razón y el juicio, y nos impide asimismo el acierto de la cosa que deseamos.

Cuando nuestro Señor reprende a Santa Marta, dice: "Marta, Marta, tú estás muy solícita y te alborotas por muchas cosas." [66] ¿Ves tú cómo si ella se hubiera mostrado simplemente cuidadosa no se hubiera alborotado? Mas por cuanto estaba demasiado cuidadosa e inquieta, se congojó y alborotó, que es de lo que nuestro Señor la reprende. Los ríos que mansamente corren por las llanuras, traen los grandes bajeles y ricas mercancías; y las aguas que caen poco a poco en la campaña, la fecundan de yerba y de grano; pero las corrientes y ríos que con gran furia corren sobre la tierra, arruinan las comarcas y son inútiles al comercio; y asimismo, las aguas vehementes y tempestuosas, asolan los campos y las praderías. Jamás obra hecha con ímpetu y congoja fue bien acabada. Las cosas se han de acabar poco a poco, como dice el antiguo proverbio; y aquel que se da prisa, dice Salomón, corre peligro de tropezar y resbalar de pies.[67] Harto presto se hace la cosa cuando se hace bien. Los zánganos hacen mucho más ruido y andan mucho más embarazados que las abe-

66 *Lucas*, X, 41.

67 *Proverbios*, XIX, 2.

jas; pero no hacen la miel, sino la cera. Así, los que se congojan con un cuidado extraordinario y una solicitud impertinente, no hacen jamás ni mucho ni bien.

Las moscas no nos inquietan por su fortaleza, sino por la muchedumbre; así, los grandes negocios no nos desasosiegan tanto como los pequeños, cuando son muchos. Recibe, pues, los negocios que te vinieren con sosiego, y procura despacharlos por orden uno después de otro; porque si los quieres hacer todos juntos y con desorden, será trabajo vano y cansarte has el espíritu, y será lo más cierto el rendirte en su alcance, sin conseguir ningún buen efecto.

En todos tus negocios arrímate siempre a la providencia de Dios, por la cual sola todos tus designios deben efectuarse. Procura asimismo de tu parte cooperar con ella, y después cree que si hubieres confiado bien en Dios, será siempre el suceso que te viniere el más provechoso para ti, ya te parezca malo o bueno, según tu juicio particular.

Haz como los niños, que de la una mano se tienen a sus padres y con la otra cogen la fresa u otras frutillas que se les ofrecen a los ojos. De la misma manera, juntando y manejando los bienes de este mundo con la una de tus manos, tendrás con la otra la del Padre celestial, tornándote a veces a Él y viendo si le es agradable tu vida y tus ocupaciones. Y guárdate sobre todas cosas de dejar su mano y su protección pensando juntar y recoger aún más; porque si te abandona, no darás paso sin dar de ojos en tierra. Dígote aun más, Filotea: que cuando te vieres en medio de los negocios u ocupaciones comunes que no requieren una tensión tan grande y cuidadosa, mires más a Dios que a los negocios. Y cuando los negocios fueren de tanta importancia que requieran toda tu atención para acabarlos bien, mires de cuando en cuando a Dios, como hacen los que navegan en el mar, los cuales, para ir a la tie-

rra que desean, miran más arriba y al cielo que no abajo donde navegan. Así Dios trabajará contigo, en ti y por ti, y tu trabajo será lleno de consuelo.

Capítulo XI: *De la obediencia*

Solamente la caridad nos pone en la perfección; pero la obediencia, la castidad y la pobreza, son los tres grandes medios para adquirirla. La obediencia consagra nuestro corazón; la castidad nuestro cuerpo; y la pobreza nuestros medios al amor y servicio de Dios. Éstas son las tres ramas de la cruz espiritual, todas tres fundadas sobre la cuarta, que es la humildad. No diré nada de estas tres virtudes en cuanto son solemnemente votadas, por no tocar esto sino a solos los religiosos; ni tampoco en cuanto son simplemente votadas, por cuanto, aunque el voto da siempre muchas gracias y merecimientos a todas las virtudes, para lo que yo pretendo no es necesario que sean o no votadas con tal que se observen; porque aunque siendo votadas (y principalmente solemnemente) ponen al hombre en estado de perfección, basta, no obstante esto, que sean observadas para perfeccionarle, habiendo, no obstante esto, no poca diferencia entre el estado de la perfección y la perfección, pues que todos los obispos y religiosos están en el estado de la perfección, y no por eso todos están en la perfección, como se ve más de lo que justo fuera. Procuremos, pues, Filotea, practicar bien estas tres virtudes, cada uno según su estado; porque aunque ellas no nos pongan en el estado de perfección, nos darán con todo esto la misma perfección; y también

estamos todos obligados a la práctica de estas tres virtudes, aunque no a practicarlas todos de una misma manera.

Hay dos suertes de obediencia: la una necesaria y la otra voluntaria. Por la necesaria debes con humildad obedecer a tus superiores eclesiásticos, como al papa, al obispo, al cura, y a aquellos que de su parte fueren puestos. Debes obedecer a tus superiores políticos; esto es, a tu príncipe, y a los magistrados que el tal hubiese establecido en tu tierra. Debes también obedecer a tus superiores domésticos, como a tu padre, madre, amo y ama. Llámase, pues, esta obediencia necesaria, por cuanto ninguno puede negarla a tales superiores, habiéndoles Dios dado la autoridad de mandar y gobernar cada uno en aquello que le toca mandarnos. Haz, pues, lo que los tales te mandaren, pues esto es de necesidad; y si quieres perfeccionarte, sigue aun sus consejos, y de la misma manera sus deseos e inclinaciones, con tal que la caridad y prudencia te lo permita. Obedece cuando te mandaren cosa agradable, como comer o usar de alguna recreación; porque aunque parece que no es grande virtud el obedecer en tal caso, sería también el desobedecer no pequeño vicio. Obedece en las cosas indiferentes, como traer tal o tal vestido, ir por un camino o por otro, cantar o reír, y ésta será una obediencia de no poco merecimiento. Obedece en cosas dificultosas, ásperas y rudas, y la tal será una obediencia perfecta. Obedece, en fin, suavemente sin réplica, prontamente sin tardanza, alegremente sin enfado, y sobre todo obedece amorosamente por amor de Aquel que por amor de nosotros se hizo obediente hasta la muerte de la cruz,[68] el cual, como dice San Bernardo, "quiso más perder la vida que la obediencia".[69]

68 *Filipenses*, II, 8.

69 *De moribus et officio episcoporum*, IX, 33.

Para aprender fácilmente a obedecer a tus superiores, condesciende también fácilmente con la voluntad de tus semejantes, cediendo a sus opiniones en lo que no fuere malo, sin ser contencioso ni porfiado. Acomódate de buena gana con los deseos de tus inferiores, cuanto la razón lo permitiere, sin usar con ellos de ninguna autoridad superior mientras fueren buenos.

Es manifiesto engaño el creer que si fuésemos religiosos o religiosas obedeceríamos fácilmente, hallando dificultad en obedecer a los que Dios nos dio por superiores.

Llamamos obediencia voluntaria aquella a la cual nos obligamos por nuestra propia elección, y la cual no nos es impuesta por ningún otro. No se escoge de ordinario el príncipe y el obispo, el padre y la madre, ni tampoco muchas veces el marido; pero escógese bien el confesor, el maestro. Pongamos, pues, caso, que escogiéndole se haga voto de obedecerle, como se ha dicho que la madre Teresa, fuera de la obediencia solemnemente votada al superior de su orden, se obligó por un voto simple a obedecer al padre Gracián; o que sin voto nos dediquemos a la obediencia de alguno; siempre esta obediencia se llama voluntaria por la razón de su fundamento, que depende de nuestra voluntad y elección.

Hase de obedecer a todos los superiores, a cada uno en aquello de que tiene cargo para con nosotros, como en lo que toca a la policía [70] y cosas públicas, se ha de obedecer a los príncipes; a los prelados en lo que toca a la policía [70] eclesiástica; en las cosas domésticas, al padre, al amo, al marido; y cuanto a la dirección particular del alma, al maestro y confesor particular.

Haz que te ordene las acciones de piedad que debes observar tu padre espiritual, porque así serán mejores y tendrán doblada gracia y bondad: lo uno por sí mismas, por ser piadosas; y lo otro por la obediencia

[70] *Policía* en el sentido antiguo de "buen orden y gobierno".

que las habrá ordenado, en cuya virtud serán hechas. Dichosos los obedientes, porque Dios no permitirá nunca que se descaminen ni pierdan.

Capítulo XII: *De la necesidad de la castidad*

La castidad es la flor de las virtudes: ésta hace a los hombres casi iguales a los ángeles; nada es hermoso no acompañado de la limpieza: y la limpieza de los hombres es la castidad. Llámase la castidad *honestidad*, y su profesión *honra*. Llámase también *integridad*, y su contrario *corrupción*. Tiene, fuera de esto, su gloria separada, por ser la hermosa y blanca virtud del alma y del cuerpo.

Jamás nos es permitido dar a nuestros cuerpos ningún impúdico placer, de ninguna manera que sea, sino en un legítimo matrimonio, del cual la santidad puede, por una justa compensación, reparar la falta que causa la delectación. También en el matrimonio se ha de observar la honestidad de la intención, porque si hay alguna malicia en el deleite, no haya sino honestidad en la voluntad.

El corazón casto es como la madreperla, que no puede recibir ni una gota de agua no viniendo del cielo; y así él no puede recibir ningún placer sino el del matrimonio, el cual es ordenado del cielo. Fuera desto, no le es permitido ningún pensamiento deshonesto, voluntario y entretenido.[71]

[71] Es decir, "prolongado".

Cuanto al primer grado de esta virtud, guárdate, Filotea, de admitir ninguna suerte de deleite que sea prohibido y defendido, como son aquellos que se reciben fuera del matrimonio; y de la misma manera los del matrimonio cuando se usan fuera de la regla del matrimonio.

Cuanto a lo segundo, te apartarás cuanto te sea posible de los deleites inútiles y superfluos, aunque lícitos y permitidos.

Cuanto a lo tercero, no pondrás toda tu afición en los placeres deleitosos que son mandados y ordenados; porque aunque se hayan de usar los deleites necesarios, esto es, los que miran al fin e institución del santo matrimonio, no por eso debemos atar a ellos el corazón y el espíritu.

En lo demás, todos tienen gran necesidad de esta virtud: los que están en viudez, deben tener una animosa castidad, y que no sólo menosprecien los objetos presentes y futuros, pero que resistan a las imaginaciones que los placeres lícitamente recibidos en el matrimonio pueden producir en su espíritu; los cuales por esto son más fáciles a los atraimientos deshonestos. A este propósito San Agustín encarece la pureza de su amado Alipio,[72] el cual había totalmente olvidado y menospreciado los deleites carnales, habiéndolos, no obstante esto, experimentado en su juventud; y es cierto que mientras los frutos están enteros, pueden conservarse, unos sobre paja, otros entre la arena y otros en su propio follaje; pero estando una vez decentados,[73] es casi imposible el guardarlos si no es en conserva de miel y azúcar. Así, la castidad que no está aún tocada ni violada, puede guardarse de muchas maneras; pero estando una vez sentida o decentada, nada la puede conservar sino

72 *Confesiones*, VI, 12.
73 "Consumidos en parte".

una excelente devoción, la cual, como ya he dicho muchas veces, es la verdadera miel y azúcar del espíritu.

Las vírgenes han menester una castidad extremamente simple para despedir de su corazón toda suerte de curiosos pensamientos y menospreciar con un absoluto menosprecio toda suerte de placeres inmundos, los cuales verdaderamente no merecen ser deseados de los hombres, pues más que los hombres son capaces de ellos los jumentos y brutos. Guárdense, pues, estas almas puras de dudar que la castidad no sea incomparablemente mejor que todo aquello que la es incompatible; porque, como dice el gran San Jerónimo, el enemigo aprieta violentamente las vírgenes, provocándolas al deseo de la prueba de los deleites, representándoselos infinitamente más gustosos y regalados de lo que ellos son, lo cual muchas veces las inquieta mucho, por cuanto, dice este santo Padre, "ellas tienen por más dulce y gustoso aquello que ignoran".[74] Porque como la pequeña mariposa, viendo la llama va curiosamente volando alrededor de ella, por probar si es tan dulce como hermosa, y apretada de esta fantasía, no cesa hasta que se pierde a la primera prueba; así la gente moza muy de ordinario se deja de tal manera asaltar de la falsa y loca estimación que hacen del placer de las llamas lascivas, que después de muchos curiosos pensamientos, se van, en fin, a arruinar y perder; más locos en esto que la mariposa, por cuanto ésta tiene alguna ocasión de pensar que el fuego sea regalado, pues es tan hermoso; y ellos, sabiendo que aquello que buscan es por extremo deshonesto, no dejan por tanto de preferir la loca y brutal delectación.

Pero cuanto a los casados, es cierto (no obstante que el vulgo no lo siente así) que les es muy necesaria la castidad, por cuanto ésta en ellos no consiste en abs-

[74] *Ep.* LXXXIX.

tenerse absolutamente de los placeres carnales, sino en el contenerse entre los placeres. Así como este mandamiento, "Enojáos y no pequéis",[75] es a mi parecer más difícil que éste, "No os enojéis",[76] y que es antes más fácil el evitar la cólera que el reglarla, así es también más fácil el guardarse de todo punto de los deleites carnales que el guardar en ellos la moderación. Verdad es que la santa licencia del matrimonio tiene una fuerza particular para apagar el fuego de la concupiscencia; mas la flaqueza de los que de él gozan pasa fácilmente de la permisión a la disolución, y del uso al abuso; y como se ve que muchos ricos hurtan, no por necesidad, sino por avaricia, así también se ve mucha gente casada desreglarse a los placeres ilícitos sólo por intemperancia y lubricidad, no obstante el legítimo objeto, con el cual se deberían y podrían contentar; siendo su concupiscencia como un fuego ligero que va quemando a una parte y a otra, sin asistir a ninguna parte. Es siempre peligroso el tomar medicamentos violentos, por cuanto si se toman más de lo necesario, o que no estén bien preparados, se recibe gran daño. El matrimonio ha sido ordenado en parte para el remedio de la concupiscencia, y es sin duda un bonísimo remedio, pero violento, y por el consiguiente peligroso si no se usa con discreción.

Añado a esto que la variedad de los negocios humanos, fuera de las grandes enfermedades de que suele ser causa, aparta muchas veces los maridos de con sus mujeres. Por esto tienen los maridos necesidad de dos suertes de castidad: la una por la abstinencia absoluta que deben tener cuando están separados en las ocasiones que he dicho, y la otra por la moderación que deben observar hallándose juntos. Es cierto que Santa Catalina de Sena vio entre los condenados muchas almas en extremo atormentadas por haber violado la santidad

[75] *Salmo* IV, 5.
[76] Cf. *Col.*, III, 8.

del matrimonio; lo cual sucedió (decía la misma santa) no por la grandeza del pecado, porque los homicidios y las blasfemias son más enormes, sino por cuanto los que le cometen no hacen caso de él, y por el consiguiente continúan en él largo espacio.

Bien ves tú, pues, que la castidad es necesaria a toda suerte de gentes. "Seguid la paz con todos", dice el Apóstol, "y la santidad, sin la cual ninguno verá a Dios".[77] Por la *santidad*, pues, se entiende la castidad, como San Jerónimo y San Crisóstomo lo han bien notado.[78] No, Filotea, ninguno verá a Dios sin la castidad: ninguno habitará en su santo tabernáculo[79] que no sea limpio de corazón;[80] y como dice el mismo Salvador, los sucios y deshonestos serán desterrados,[81] y "bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios".[82]

Capítulo XIII: *Aviso para conservar la castidad*

Estarás siempre, Filotea, pronta y aparejada a apartarte de todos los caminos, halagos y cebos de la lubricidad; porque este mal crece insensiblemente, y por pequeños principios hace progresos a grandes accidentes. Mucho más fácil es el huirle que el sanarle.

77 *Hebreos*, XII, 14.
78 *Homilia XV in Matt.*, 4.
79 *Salmo* XIV, 1.
80 *Salmo* XXIII, 4.
81 *Apoc.*, XXII, 15.
82 *Mateo*, V, 8.

Los cuerpos humanos parecen a los vidrios, que no pueden traerse tocándose los unos con los otros sin peligro de romperse; y a los frutos, los cuales, aunque enteros y en su sazón, no dejan de recibir gran daño tocándose los unos con los otros. El agua también, por fresca que esté en un vaso, siendo tocada de algún animal terrestre, no puede conservar largo espacio su frescura. No permitas, pues, Filotea, que ninguno te toque livianamente, ni por manera de burla ni juego; porque aunque puede ser conservarse la castidad por estas acciones, antes livianas que maliciosas, no por eso deja de recibir mengua y detrimento la frescura y flor de la castidad; y cuanto al dejarse tocar deshonestamente, es siempre la total ruina de la castidad.

La castidad depende del corazón como de su origen; pero mira al cuerpo como su materia. Por esto, pues, se pierde por todos los sentidos exteriores del cuerpo, y por los pensamientos y deseos del corazón. Impudicidad es el mirar, oír, hablar, oler y tocar cosas deshonestas cuando el corazón se detiene y recibe en ello gusto; y San Pablo dice que no sólo no se ha de pensar en la fornicación, pero ni aun mentarla.[83] Las abejas no sólo no quieren tocar los cuerpos muertos, sino que huyen y aborrecen con extremo toda suerte de hediondez y mal olor. La sagrada Esposa, en el *Cántico de los Cánticos*,[84] tiene sus manos que destilan mirra, licor preservativo de la corrupción; sus labios son de rubí purpúreo, señal de la vergüenza de palabras; sus ojos de paloma, por causa de su limpieza; sus orejas tienen zarcillos de oro, muestra de pureza; su nariz, semejante a los cedros de Líbano, madera incorruptible. Tal debe ser el alma devota: casta, limpia y honesta, de manos, de labios, de orejas, de ojos y de todo su cuerpo.

83 *Efesios*, V, 3.
84 *Cant.*, V, 5; IV, 3, 1; I, 10; VII, 4.

A este propósito quiero traerte lo que el anciano padre Juan Casiano dice,[85] como pronunciado de la boca del gran San Basilio; el cual, hablando de sí mismo, dijo un día: "Yo no sé lo que son mujeres, y con todo eso no soy virgen." Verdaderamente la castidad se puede perder de tantas maneras como hay deshonestidades y lascivias; las cuales, según son grandes o pequeñas, las unas la debilitan, las otras la hieren y las otras de todo punto la matan. Hay otras pasiones, no sólo indiscretas, pero viciosas; no sólo locas, pero deshonestas; no sólo sensuales, pero carnales; y por éstas la castidad queda por lo menos muy ofendida e interesada.[86] Dije por lo menos, por cuanto muere y perece de todo punto cuando las lascivias dan a la carne el último efecto de placer deleitoso; porque entonces padece la castidad más indigna y desventuradamente que cuando se pierde por la fornicación; y no sólo por la fornicación, pero por el adulterio e incesto; porque estas últimas especies de torpeza no son sino pecados; pero las otras, como dice Tertuliano en el libro *De la Honestidad*,[87] son monstruos de iniquidad y pecado. Casiano no cree, ni yo tampoco, que San Basilio tropezase en este desconcierto cuando se acusa de no ser virgen; y así pienso que no decía esto sino por los malos y viciosos pensamientos, los cuales, aunque no hubiesen manchado su cuerpo, habían no obstante contaminado su corazón, cuya castidad celan en extremo las almas generosas.

No converses de ninguna manera con las personas deshonestas, principalmente si son también escandalosas (como lo son casi siempre), porque como los cabrones cuando tocan con la lengua los almendros dulces, los vuelven amargos,[88] así estas almas hediondas y

85 *Instit.*, VI, 19.
86 *Interesada* = "afectada".
87 *De pudicitia*, IV.
88 Plinio, *Hist. nat.*, XVII, 37.

corazones infectados, no hablan a nadie, ni del uno ni del otro sexo, que no le hagan apartarse algo de la honestidad. Tienen los tales el veneno en los ojos y en el aliento como los basiliscos.

Tratarás, pues, las gentes castas y virtuosas; pensarás y leerás a menudo en las cosas sagradas, porque la palabra de Dios es casta y hace a los que se deleitan en ella castos; [89] y así la compara David al topacio,[90] piedra preciosa, la cual, por su propiedad, mitiga el ardor de la concupiscencia.[91]

Considérate siempre cerca de Jesucristo crucificado, espiritualmente por la meditación, y realmente por la santa comunión; porque de la misma manera que los que descansan sobre la yerba llamada agnocasto se hacen castos y honestos,[92] de la misma manera, reposando tu corazón en nuestro Señor, que es el verdadero Cordero casto y sin mácula, verás cuán presto tu alma y tu corazón se hallarán purificados de toda lubricidad y torpeza.

Capítulo XIV: *De la pobreza de espíritu observada entre las riquezas*

"Bienaventurados los pobres de espíritu, porque poseerán el Reino de los cielos." [93] Desventurados, pues, los ricos de espíritu, porque poseerán la miseria del infierno.

[89] *Salmo* XI, 7.
[90] *Salmo* CXVIII, 127.
[91] Vicente de Beauvais, *Speculum naturæ*, VIII, 106.
[92] Plinio, *Hist. nat.*, XXIV, 38.
[93] *Mateo*, V, 3.

Rico es de espíritu aquel que tiene sus riquezas en su espíritu, o su espíritu en sus riquezas. Pobre es de espíritu aquel que no tiene ningunas riquezas en su espíritu, ni su espíritu en las riquezas. Los alciones hacen sus nidos cubiertos por todas partes, no dejando sino una pequeña abertura por arriba; hácenlos a la orilla de la mar, pero tan firmes e impenetrables, que aunque les cojan las ondas, nunca puede entrarles el agua; antes, nadando siempre sobre ella, quedan en medio de la mar, sobre la mar y dueños de la mar.[94] Tu corazón, amada Filotea, debe ser de la misma manera, abierto sólo al cielo e impenetrable a las riquezas y cosas caducas. Si de éstas tuvieres abundancia, ten tu corazón exento de la afición de ellas, de suerte que tenga siempre la parte superior, y que en medio de sus riquezas esté sin riquezas, y se haga dueño y no esclavo de ellas. No pongas tu espíritu celeste en los bienes terrestres, sino sobre ellos y no en ellos.

Diferencia hay entre tener ponzoña o estar emponzoñado. Los boticarios tienen casi todos venenos para servirse en ciertas ocurrencias; mas no por eso están venenosos, porque no tienen el veneno en el cuerpo, sino en las boticas. Así puedes tú también tener riquezas, sin estar emponzoñada de ellas: esto será si las tuvieres en tu casa o en tu bolsa, no en tu corazón. Ser rico en efecto y pobre en afición, es la gran dicha del cristiano, por cuanto por este medio tiene las comodidades de la riqueza para este mundo, y el merecimiento de la pobreza para el otro.

Vemos, Filotea, que jamás ninguno quiere confesar ser avaro; todos aborrecen esta bajeza y vileza de corazón; excúsanse con que les obliga el cargo de los hijos, y con que la sabiduría manda que se establezcan en medios y fuerzas. Jamás tienen demasiado: hállanse siempre necesitados de tener aún más; y asimismo los

94 Plinio, *Hist. nat.*, X, 47.

avaros, no sólo no confiesan serlo, mas ni aun piensan en sus conciencias que lo son; porque la avaricia es una fiebre prodigiosa, la cual se hace tanto menos sensible cuanto es más ardiente y violenta. Moisés vio el fuego sagrado que quemaba una zarza, sin que de ninguna manera la consumiese.[95] Pero al contrario, el fuego profano de la avaricia consume y acaba los avarientos, sin que de ninguna manera les queme; o por lo menos, en medio de su ardor y calor más excesivo, les parece que su alteración insaciable es una sed natural y suave.

Si deseares largo espacio con ansia e inquietud los bienes que no tuvieres, aunque te parezca que así no los deseas injustamente, no por eso dejarás de ser avaro. Aquel que desea con ansia mucho tiempo y con inquietud el beber, aunque el tal no quiera beber sino agua, no deja por eso de dar muestras de tener accidente.[96]

No sé, Filotea, si es un deseo justo el desear tener justamente lo que otro posee justamente; porque parece que por este deseo nos queremos acomodar por la incomodidad ajena. ¿Aquel que posee un bien justamente, no tiene más razón de guardarle justamente que nosotros de desearle justamente? ¿Por qué, pues, alargamos nuestro deseo a su comodidad para privarle de ella? Por lo menos, si este deseo es justo, no será caritativo; porque nosotros no querríamos de ninguna manera que ninguno desease (aunque justamente) lo que nosotros queremos guardar justamente. Éste fue el pecado de Achab, que quiso tener justamente la viña de Naboth, el cual la quería aún más justamente guardar; deseóla con ansia mucho tiempo y con inquietud, y por eso ofendió a Dios.[97]

Procura, Filotea, desear los bienes del prójimo cuando comenzare a desear dejarlos, porque entonces su de-

95 *Éxodo,* III, 2.
96 Es decir, "de estar enfermo".
97 *III Reyes,* XXI.

seo hará el tuyo, no sólo justo, pero caritativo; que bien quiero procures acrecentar tus medios y facultades, con tal que esto sea mansa y caritativamente.

Si amas con extremo los bienes que tienes, y para esto andas siempre muy embarazada, poniendo en ellos tu corazón, y asida a tus pensamientos, temiendo con un vivo miedo el perderlos, créeme que tienes alguna suerte de accidente; porque los que le tienen beben el agua que les dan con una cierta ansia, con una suerte de atención y gusto, lo cual falta en los que están sanos. Es imposible agradarse mucho de una cosa sin tenerla mucha afición.

Si te sucediere perder la hacienda, y conocieres que tu corazón se atormenta y aflige mucho, créeme Filotea, que la tenías mucha afición, porque nada atestigua tanto la afición para con la cosa perdida como la aflicción de la pérdida.

No desees, pues, con un deseo entero y formado los bienes que no tienes. No arraigues tu corazón demasiado en los que tienes. No te aflijas por las pérdidas que te sobrevinieren, y así darás algún indicio de creer que, siendo rica en efecto, no lo eres de afición, sino que eres pobre de espíritu, y por consiguiente bienaventurada, pues como a tal te pertenece el reino de los cielos.

Capítulo XV: *Cómo se ha practicar la pobreza real, quedando con todo eso realmente ricos*

El pintor Parrasio pintaba el pueblo ateniense por una invención muy ingeniosa, representándole de un natural diverso y variable, colérico, injusto, inconstante, cor-

tés, clemente, misericordioso, altivo, glorioso, humilde, arrogante y fiero, y todo esto junto.[98] Pero yo, amada Filotea, querría hacer aún más, porque querría poner en tu corazón la riqueza y la pobreza juntas, un grande cuidado y un grande menosprecio de las cosas temporales.

Ten mucho más cuidado que los mundanos tienen en que tus riquezas sean más útiles y provechosas. Dime: los jardineros de los grandes príncipes, ¿no se muestran más cuidadosos y diligentes en el cultivar y hermosear los jardines que tienen a cargo que si fueran suyos propios? ¿Y por qué hacen esto? Por cuanto sin duda consideran estos jardines como jardines de reyes y príncipes, a los cuales desean agradar por tales servicios. Amada Filotea, las posesiones que tenemos no son nuestras; Dios nos las ha dado para que las cultivemos, y quiere que las hagamos fructuosas y útiles, y por esta razón le agradamos en tener cuenta de ellas.

Mas es necesario que éste sea un cuidado mayor y más sólido que el que los mundanos tienen de sus bienes, porque los tales no se embarazan sino por amor de ellos mismos, y nosotros debemos trabajar por amor de Dios. Como el amor, pues, de sí mismo, es violento, inquieto y alborotado, así el cuidado que de él resulta está lleno de desasosiego, inquietud y desabrimiento. Y como el amor de Dios es dulce, suave y apacible, así el cuidado que procede de él, aunque éste sea por los bienes del mundo, es amigable, dulce y apacible. Tengamos, pues, este cuidado apacible de la conservación; esto es, del aumento de nuestros bienes temporales, cuando se presentare una justa ocasión y cuando nuestro estado lo requiera; porque Dios quiere que hagamos esto por Él.

Pero tendrás cuenta que el amor propio no te engañe, porque a veces éste contrahace tan bien el amor

[98] Plinio, *Hist. nat.*, XXXV, 36.

de Dios, que dirían que es el mismo. Por estorbar, pues, que no te engañe, y que este cuidado de los bienes temporales no se convierta en avaricia, fuera de lo que he dicho en el capítulo precedente, es necesario practicar muy a menudo la pobreza real y efectual en medio de todas las facultades y riquezas que Dios nos ha dado.

Deja, pues, siempre alguna parte de tu hacienda, dándola de buena gana a los pobres y necesitados; porque dar lo que se tiene es empobrecerse de otro tanto; y cuanto más darás, tanto más empobrecerás. Verdad es que Dios te lo volverá, no sólo en el otro mundo, pero en éste con grande abundancia; porque no hay cosa que tanto haga prosperar temporalmente como la limosna; y esperando que Dios nuestro Señor te lo vuelva, te habrás ya empobrecido de otro tanto como hubieres dado. ¡Oh, cuán santa y rica pobreza es la que viene de la limosna!

Ama los pobres y la pobreza, porque por este amor te harás verdaderamente pobre; pues como dice la Escritura: "Nosotros somos hechos como las cosas que amamos."[99]

El amor iguala los amantes. "¿Quién está enfermo, con el cual no esté yo enfermo?", dice San Pablo.[100] Podría decir: ¿Quién está pobre, con el cual no esté yo pobre? Y esto por cuanto el amor le hacía semejante a los que amaba. Si amares, pues, los pobres, tú serás verdaderamente participante de su pobreza y pobre como ellos.

Si amas, pues, los pobres, trátalos a menudo; toma gusto en que te visiten y en visitarlos; convérsalos de buena gana; huélgate de que se lleguen a ti en las iglesias, en las calles, en cualquier parte. Sé pobre de lengua con ellos, hablándoles como compañero; pero sé

99 *Oseas*, IX, 10.
100 *II Corintios*, XI, 29.

rica de manos, repartiéndoles de tu hacienda, como más abundante de ella.

¿Quieres hacer aún más, querida Filotea? No te contentes con ser pobre como los pobres, sino que seas más pobre que ellos. ¿Cómo, pues, podrá ser esto? El criado es menos que su amo: hazte, pues, criada de los pobres; velos a servir en sus camas cuando están enfermos; y esto se entiende con tus propias manos; sé su cocinera a tu propia costa. ¡Oh, Filotea mía!, este servicio es digno de más triunfo que el gozar de un espacioso reino. No puedo acabar de maravillarme del fervor con que practicó este aviso uno de los mayores reyes que ha descubierto el sol; digo gran rey en toda suerte de grandeza.[101] Servía muy a menudo a la mesa de los pobres que él sustentaba, y hacía venir a la suya tres casi todos los días, y muchas veces comía lo que les sobraba, con un amor increíble. Cuando visitaba los hospitales (lo cual hacía muy a menudo), se ponía a servir a los que tenían males más horribles, como leprosos y acancerados, y otros semejantes. Servíales descubierto y de rodillas, respetando en su persona al Salvador del mundo y acariciándolos con un amor tan tierno, como pudiera una madre a su hijo. Santa Isabel, hija del rey de Hungría, conversaba ordinariamente con los pobres; y para recrearse se vestía algunas veces de pobre mujer, acompañada de sus damas, diciéndolas: Si yo fuera pobre, yo me vistiera así. ¡Oh, buen Dios, querida Filotea, y cómo este príncipe y esta princesa eran pobres en sus riquezas y ricos en su pobreza!

Dichosos son los que así son pobres, porque les pertenece el reino de los cielos. "Yo he tenido hambre, tú me la has satisfecho; yo he tenido frío, tú me has vestido; poseed el Reino que os está preparado desde la

101 San Luis, rey de Francia.

constitución del mundo",[102] dirá el Rey de los pobres y de los reyes el día del juicio.

No hay ninguno que en ocasiones no tenga alguna necesidad y falta de comodidades. Sucede algunas veces venirnos un huésped, a quien querríamos y deberíamos regalar y agasajar; esnos por entonces imposible: tenemos nuestros vestidos y galas en una parte, y habríamoslas menester en otra, donde deseábamos lucirnos. Sucede que todos los vinos de la cava se malean y enturbian, sin que queden sino los peores. Hallámonos en el campo en una bicoca, donde todo falta: no tenemos cama, ni aposento, mesa ni ropa blanca. En fin, es cosa fácil el tener muchas veces necesidad de alguna cosa por ricos que seamos. Esto es, pues, ser pobres en efecto de aquello que nos falta. No te pese, Filotea, de estos acaecimientos: recíbelos de buena gana y súfrelos con alegría.

Cuando te sobreviniere algún infortunio que te empobrezca, poco o mucho, como suelen hacer las tempestades, los fuegos, las grandes avenidas, las esterilidades, los latrocinios o los pleitos, entonces es el verdadero tiempo de practicar la pobreza, sufriendo con mansedumbre estos trabajos, y acomodándose paciente y constantemente a estas pérdidas. Esaú se presentó a su padre con las manos cubiertas de pelo, y Jacob hizo lo mismo;[103] mas porque el pelo que cubría las manos de Jacob no estaba asido al pellejo, sino a sus guantes, fácilmente podían quitársele sin ofenderle; y al contrario, por cuanto el pelo de las manos de Esaú estaba asido al pellejo, el cual de su natural tenía todo cubierto de vello, quien se le hubiese querido arrancar le hubiera causado no poco dolor; y aseguro que hubiera bien gritado y puéstose a la defensa.

102 *Mateo*, V, 3; XXV, 34, 36.
103 *Gén.*, XXVII.

Cuando nuestras haciendas ocupan nuestros corazones, si la tempestad, si el ladrón, si el tramposo nos arrebata alguna parte de ellas, ¡qué llantos, qué aflicciones, qué impaciencia tenemos! Mas cuando nuestras riquezas no están asidas sino al solo cuidado que Dios manda que tengamos, y no a nuestros corazones, si nos las roban y menguan, no por eso perderemos el juicio ni la tranquilidad.

Ésta es la diferencia de las bestias y de los hombres cuanto a sus vestidos; porque los vestidos de las bestias están asidos a la carne y los de los hombres sólo aplicados al cuerpo, de suerte que se los pueden poner y quitar cuando quieran.

Capítulo XVI: *Para practicar la pobreza de espíritu*[104] *en medio de la pobreza real*

Si fueres realmente pobre, querida Filotea, selo también de espíritu. Haz de necesidad virtud, y aprovéchate de esta piedra preciosa de la pobreza, pues tiene no pequeño valor. Su lustre no es descubierto en este mundo; mas no por eso deja de ser en extremo hermoso y rico.

Ten paciencia, pues gozas de buena compañía. Nuestro Señor, nuestra Señora, los apóstoles, tantos santos y santas, han sido pobres; y pudiendo ser ricos

104 *La riqueza de espíritu*, dice el original francés.

han menospreciado el serlo. ¡Cuántos mundanos hay que con no pocas contradicciones, ni menos cuidado, han salido a buscar la santa pobreza, así en los monasterios como en los hospitales, trabajando con todas veras para hallarla! Dígalo San Alejo, Santa Paula, San Paulino, Santa Ángela y otros muchos; y lo que más (considerado) deberías estimar, es que la pobreza, tan buscada de tantos santos, ella misma te viene a buscar y a salir al camino, hallándola sin pena o trabajo alguno. Ámala, pues, como amiga amada de Jesucristo, el cual nació, vivió y murió con ella, siendo su nodriza[105] todo el tiempo que vivió.

Tu pobreza, Filotea, tiene dos grandes privilegios, por cuyo medio puede traerte no poco merecimiento. El primero es el no tenerla por tu elección, sino por la sola voluntad de Dios, que te ha hecho pobre, sin que haya habido ninguna ocurrencia de tu propia voluntad. Lo que recibimos, pues, puramente de la voluntad de Dios, le es siempre muy agradable, con tal que lo recibamos de buena gana y por amor de su santa voluntad. Donde hay menos nuestro, allí hay más de Dios. La simple y pura aceptación de la voluntad de Dios hace al sufrimiento en extremo puro.

El segundo privilegio de esta pobreza es el ser una pobreza verdaderamente pobre. Una pobreza alabada, acariciada, estimada, socorrida y asistida, esta tal no deja de tener en sí alguna riqueza, o por lo menos no es del todo pobre; pero una pobreza desechada, aborrecida y baldonada, esta tal es verdaderamente pobreza. Tal es, pues, de ordinario la pobreza de los seglares; porque como los tales no son pobres por su elección, sino por necesidad, no hacen mucho caso de ellos; y por cuanto son desestimados, su pobreza es

105 El traductor pone aquí, en vez de *nodriza* (que es lo que trae el texto francés), *querida.*

más pobre que la de los religiosos. Bien es verdad que ésta tiene una muy grande excelencia, mucho más digna de estimación, y esto por causa del voto y de la intención, por la cual ha sido escogida.

No te quejes, pues, amada Filotea, de tu pobreza, porque nunca nos quejamos sino de aquello que nos desagrada; y si te desagrada la pobreza, no serás pobre de espíritu, sino rica de afición.

No te aflijas si no fueres tan bien socorrida como habías menester, porque en esto consiste la excelencia de la pobreza. Querer ser pobre y no recibir ninguna incomodidad, antes es una muy grande ambición; porque entonces es querer tener la honra de la pobreza y la comodidad de las riquezas.

No tengas vergüenza de ser pobre ni de pedir la limosna por caridad; recibe la que te dieren con humildad, y acepta el rehusártela con mansedumbre. Acuérdate a menudo del camino que nuestra Señora hizo a Egipto, llevando a su amado Hijo, y cuánto menosprecio, pobreza y miseria la convino sufrir. Si tú vivieres así, tú serás rica en tu pobreza.

Capítulo XVII: *De la amistad, y primeramente de la mala y frívola*

El amor tiene el primer lugar entre las pasiones del alma: éste es el rey de todos los movimientos del corazón, el cual convierte todo lo demás en sí y nos hace tales cual es la cosa amada. Ten cuenta, pues,

Filotea, de no tener ningún mal amòr, porque a la misma hora serás tú también de todo punto mala. La amistad, pues, es el más peligroso amor de todos, porque los otros amores pueden ser sin comunicación; pero como la amistad está totalmente fundada sobre ella, es casi imposible tenerla con una persona sin participar de sus calidades.

1. Todo amor no es amistad, porque podemos amar sin ser amados, y entonces hay amor, pero no amistad; esto por cuanto la amistad es un amor recíproco; y no siendo recíproco, ya no es amistad.

2. Y aun no basta que sea recíproco, sin que las partes que se aman sepan su recíproca afición; porque si éstas la ignoran, tendrán amor, mas no amistad.

3. Es menester con esto que haya entre ellas alguna suerte de comunicación, que sea el fundamento de la amistad.

Según la diversidad de las comunicaciones, la amistad también es diversa; y las comunicaciones son diferentes, según la diferencia de los bienes que se comunican. Si éstos son bienes falsos y vanos, la amistad es falsa y vana; si son verdaderos, la amistad será verdadera; y cuanto más excelentes fueren los bienes, tanto más excelente será la amistad; porque así como la miel es más excelente cuando se coge de las flores más exquisitas, así el amor fundado sobre una más exquisita comunicación, es el más excelente; y como hay miel en Heraclea del Ponto que es venenosa y vuelve locos a los que de ella comen, por cuanto se coge sobre el acónito, de que es abundante esta región,[106] así la amistad fundada sobre la amistad de falsos y viciosos bienes, es de todo punto falsa y mala.

La comunicación de los vicios carnales es una recíproca propensión y cebo bruto, la cual no puede ni debe tener nombre de amistad entre los hombres, más

[106] Plinio, *Hist. nat.*, XXI, 45.

que las de los jumentos y caballos en semejantes efectos, y si no hubiera ninguna otra comunicación entre los casados, tampoco habría ninguna amistad; mas por cuanto fuera de ésta tienen la comunicación de la vida, de la industria, de los bienes, de la afición y de una indisoluble fidelidad, es la del matrimonio una amistad verdadera y santa.

La amistad fundada en la comunicación de los placeres sensuales es de todo punto grosera, e indigna del nombre de amistad, como también la que se funda en virtudes frívolas y vanas, por cuanto estas virtudes dependen también de los sentidos. Llamo placeres sensuales los que están asidos inmediata y principalmente a los sentidos exteriores, como el placer de ver una hermosura, de oír una dulce voz o la de varios instrumentos, y otros semejantes.

Virtudes frívolas llamo ciertas habilidades y calidades vanas, a quien los juicios apocados llaman virtudes y perfecciones. Si oyes hablar la mayor parte de las mujeres y de la gente moza, verás que dirán siempre: "Fulano es muy virtuoso: tiene muchas perfecciones: danza bien, juega bien a todas suertes de juegos, vístese bien, canta bien, tiene buen talle"; y de esta manera tienen las más veces a los charlatanes por los más virtuosos, siendo éstos unos bufones y hombres juglares. Como todo esto, pues, mira a los sentidos, así también todas las amistades que de aquí resultan se llaman sensuales, vanas y frívolas, y merecen antes el nombre de locuras que de amistades. Éstas son de ordinario las amistades de la gente moza, fundadas sólo en el mostacho relevado, en el cabello crespo, en las miraduras lascivas, en los vestidos de gala y en la charlatanería y discursos vanos: amistades dignas de los amantes,[107] que no tienen ninguna virtud sino en

[107] Es decir, "de quienes las tienen".

apariencia, ni ningún juicio sino en agraz. Tales amistades no son sino de paso, y así se acaban y deshacen como la nieve al sol.

Capítulo XVIII: *De los amores vanos*

Cuando estas amistades locas se practican entre gente de diverso sexo, y sin pretensión de matrimonio, se llaman amores vanos; porque no siendo sino ciertos abortos o fantasmas de amistad, no pueden tener el nombre de amistad ni de amor verdadero por su incomparable vanidad e imperfección. Por éstas, pues, los corazones de los hombres y de las mujeres quedan presos, empeñados y entretejidos los unos con los otros, con una vana y loca afición, fundada sobre frívola comunicación y errados entretenimientos, de los cuales he hablado arriba. Y aunque estos amores locos paran de ordinario y se abisman en carnalidades y lascivias deshonestas, no por eso es éste el primer designio de los que los ejercen, porque entonces ya no serían vanos amores, sino deshonestidad y fornicación manifiesta. Asimismo se pasarán a veces muchos años sin que suceda entre los que son tocados de esta locura ninguna cosa que sea directamente contraria a la castidad del cuerpo, no alargándose los tales a más que comunicarse los corazones con deseos, suspiros, ternezas y otras semejantes boberías y vanidades, haciéndolo por diversas pretensiones. Los unos no tienen otro designio sino el satisfacer y hartar sus corazones, enamorando así los

ajenos como los propios, siguiendo en esto su amorosa inclinación. Éstos no miran otra cosa en la elección de sus amores sino a su gusto e instinto; pues luego que se les ofrece algún sujeto agradable, sin examinar su interior ni calidad, comienza esta comunicación de amor, metiéndose voluntariamente en su miserable red, de la cual para salir después habrán de padecer no pequeño trabajo. Otros se dejan llevar de esta locura por vanidad, pareciéndoles que no es pequeña gloria el prender y ligar los corazones con amor; y éstos, como hacen su elección por vanagloria, echan sus anzuelos y tienden sus redes en lugares espaciosos, raros, relevados e ilustres. Otros se dejan llevar tanto por su inclinación amorosa, como por su vanidad, y juntan estas dos cosas; y así, aunque éstos tengan el corazón inclinado al amor, no por eso quieren emprenderle sin alguna ventaja de gloria. Estas amistades son todas malas, locas y vanas. Malas por cuanto a la fin se terminan y acaban en el pecado de la carne, y que las tales roban el amor, y por consiguiente el corazón a Dios, a la mujer y al marido, en quienes debía estar. Locas, por cuanto no tienen fundamento ni razón. Vanas, porque no traen ningún provecho, honra ni contento; antes por el contrario, pierden el tiempo y embarazan la honra, sin dar ningún gusto, sino el de una ansia de pretender y esperar sin saber lo que se quieren ni lo que se pretenden; porque les parece siempre a estos apocados y flacos ánimos, que hay un no sé qué digno de desear en las muestras que les dan de recíproco amor, sin que sepan decir qué sea la razón de que su deseo no se termine jamás, sino que antes, aumentándose siempre, los aprieta el corazón con perpetua desconfianza, inquietud y celos.

San Gregorio Nacianceno, escribiendo contra las mujeres vanas, habla maravillosamente sobre este sujeto. Ésta es una pequeña parte, y buena para entrambos sexos: "Tu natural hermosura basta para tu ma-

rido, que si ésta es para muchos hombres, como una red tendida para una tropa de pájaros, tal verás que te agrade, a quien también agrade tu hermosura, y entonces pagarás una ojeada con otra, y un semblante con otro, siguiendo luego las risas y dichos amorosos, arrojados al principio a hurto; pero domesticándose, bien presto se pasará a manifestar desenvolturas. Guárdate bien, ¡oh lengua mía parlera!, de decir lo que después sucederá; con todo eso no dejaré de decir esta verdad. Ninguna cosa de cuantas la gente moza dice y hace en estas juntas y locos discursos, está libre de agudos anzuelos, que tiran y llaman a mil viciosos enredos: todas las patrañas de estos que se llaman enamorados, están eslabonadas la una con la otra, y siguen ni más ni menos que un hierro tocado de la piedra imán, que tira a sí consecutivamente otros muchos".[108]

¡Oh, qué bien dice este gran obispo! ¿Qué es lo que piensas hacer? ¿Dar amor? No. Mas nadie da de buena gana, que no tiene lo necesario. Quien gana, es ganado en juego. La yerba aproxis recibe y concibe el fuego luego que le ve;[109] nuestros corazones son de la misma manera; porque luego que ven un alma inflamada de amor por ellos, al mismo punto se abrasan por ella. Diráme alguno que bien querrá tomar o recibir amor, pero no mucho. ¡Ah, pobre de ti, y cómo te engañas!, que este fuego de amar es más activo y penetrante de lo que te parece. Entenderás no recibir sino una centella; pero espántate no poco de ver que en un momento se habrá apoderado de todo tu corazón, reducido en ceniza todas tus resoluciones, y en humo tu reputación. El Sabio se lamenta: "¿Quién tendrá compasión de un encantador picado de la serpiente?"[110] Y yo me lamento después de él: ¡Oh locos y

108 *Carm.*, lib. I, sección II, § 29, 89-98.
109 Plinio, *Hist. nat.*, XXIV, 101.
110 *Eclesiástico*, XII, 13.

desatinados! ¿Pensáis encantar al amor para poderle manejar a vuestro apetito? ¿Queréis burlar con él? Él os morderá y picará hasta lo vivo. ¿Sabes tú, pues, lo que dirán después? Todos se burlarán de ti y se reirán de que hayas querido encantar al amor, y de que debajo de una falsa seguridad hayas alojado en tu seno una culebra tan peligrosa, la cual te ha echado a perder y destruido alma y honra.

¡Oh, Dios, y qué ceguera es ésta! ¡Querer jugar al fiado, sobre prendas tan frívolas, la principal pieza de nuestra alma! Sí, Filotea: esto es así porque Dios no quiere al hombre sino por el alma; ni al alma, sino por la voluntad, ni a la voluntad, sino por el amor. Fuera de esto no tenemos, ni con mucho, harto amor, según el que habíamos menester. Quiero decir, que nos falta amor en infinito para el que debíamos tener para amar a Dios, y no obstante esto le desperdiciamos y derramamos en cosas locas, vanas y frívolas, como si tuviéramos demasiado. Nuestro Dios, como quien se reservó para sí el solo amor de nuestras almas, en reconocimiento de su creación, conservación y redención, nos pedirá cuenta bien estrecha de estos nuestros locos placeres; que si sabemos que ha de hacer un exacto examen aun de las palabras ociosas,[111] ¿qué hará de las amistades ociosas, impertinentes, locas y perniciosas?

El nogal daña grandemente las viñas y campos donde está plantado, que como es tan grande, tira a sí toda la virtud de la tierra, la cual no puede después bastar al nutrimiento de las demás plantas. Su hoja es tan espesa, que hace una sombra grande y cerrada, tirando a sí los pasajeros, los cuales, por coger de su fruto, dañan y pisan su contorno. Estos amores vanos hacen los mismos daños al alma, porque la ocupan de

111 *Mateo*, XII, 36.

manera y tiran con tanta fuerza sus movimientos, que queda después imposibilitada de ninguna buena obra. Sus hojas, esto es, sus entretenimientos, divertimientos y atraimientos, son tan frecuentes, que disipan y pierden todo el tiempo; y en fin, tiran a sí tantas tentaciones, distraimientos, sospechas y otras consecuencias, que tienen todo el corazón destruido y dañado. Y últimamente digo que estos amores vanos destierran, no sólo al amor divino, mas también el temor de Dios, debilitan el espíritu, menguan la reputación y son, en una palabra, el juguete de los corazones; más: son la peste de ellos.

Capítulo XIX: *De las verdaderas amistades*

Amarás a todos, Filotea mía, con un amor grande y caritativo; pero no tendrás amistad sino con aquellos que puedan comunicar contigo cosas virtuosas; y cuanto más exquisitas sean las virtudes que comunicares, tanto más será tu amistad perfecta. Si comunicas las ciencias, tu amistad será sin duda digna de alabanza, y más si comunicas las virtudes, como la prudencia, discreción, fortaleza y justicia. Pero si tu recíproca comunicación fuere de la caridad, de la devoción y de la perfección cristiana, ¡oh, buen Dios, y cuán preciosa será tu amistad! Será excelente, porque viene de Dios; excelente, porque mira a Dios; excelente, porque su atadura es Dios; y excelente, porque durará eternamente en Dios. ¡Oh, cuán bueno es amar en la tierra

como se ama en el cielo, y aprender a querernos en este mundo como haremos eternamente en el otro! Y no trato del amor simple de caridad, porque éste debemos tener a todos los hombres; sólo hablo de la amistad espiritual, por la cual dos o tres o más almas se comunican su devoción, sus deseos espirituales, y se hacen entre ellas de un solo espíritu. Con justa razón podrán cantar estas dichosas almas: "¡Oh, cuán bueno y cuán agradable es el habitar los hermanos juntos!"[112] Sí, porque es el bálsamo regalado de la devoción, destilado de uno en otro corazón por una continua participación, se puede decir que Dios derrama sobre esta amistad su bendición y la vida hasta los siglos de los siglos.[113]

Paréceme que todas las otras amistades no son sino sombras comparadas con ésta; ni sus ligaduras sino cadenas de vidrio o frágil barro para con las ligaduras de la santa devoción, que son todas de oro.

No hagas, pues, amistades de otra manera; quiero decir, de las amistades que tú hicieres; porque no se deben por esto dejar ni menospreciar las amistades que la naturaleza y las precedentes obligaciones te obligan a entretener, como de los parientes, de los aliados, de los bienhechores, de los vecinos y otros; sólo hablo de las que tú por elección escoges.

Muchos te dirán (podrá ser) que no se ha de tener ninguna suerte de particular afición ni amistad, por cuanto éstas ocupan el corazón, distraen el espíritu y engendran las pesadumbres; mas engáñanse en su consejo, que como han visto en los escritos de muchos santos y devotos autores, que las amistades particulares y aficiones extraordinarias dañan infinito a los religiosos, piensan que se entiende lo mismo con todos

112 *Salmo* CXXXII, 1.
113 *Ibid.*, 4.

los demás del mundo; pero la diferencia es grande: porque debajo de que en un monasterio bien reglado el designio común de todos mira a la devoción, no es necesario el hacer particulares comunicaciones, de miedo que, buscando en particular lo que es común, no se pase de las particularidades a las parcialidades; pero cuanto a los que están entre los mundanos y que abrazan la verdadera virtud, les es necesario el alentarse los unos a los otros con una santa y sacra amistad, porque por este medio se animan, se ayudan y se encaminan al bien. Y como los que caminan por lo llano no han menester darse la mano, sino los que se hallan en caminos ásperos y escabrosos, porque entonces se asen y ayudan los unos a los otros para caminar con más seguridad, así los que están en las religiones no tienen necesidad de particulares amistades, sino los que están en el mundo para ayudarse y socorrerse los unos a los otros en el pasaje de tantos peligrosos pasos. En el mundo no todos conspiran a un mismo fin, ni todos tienen un mismo juicio. Menester es, sin duda, ponerse aparte y hacer amistades según nuestra pretensión, y esta particularidad hace una parcialidad, pero parcialidad santa, la cual no hace ninguna división, sino la del bien y el mal, la de las ovejas y las cabras, y de las abejas y los zánganos, que es separación necesaria.

No se puede negar que nuestro Señor no amase con una más dulce y especial amistad a San Juan, Lázaro, Marta y Magdalena, porque la Escritura nos lo muestra.[114] También se sabe que San Pedro amaba tiernamente a San Marcos y Santa Petronila, como San Pablo también a su Timoteo y Santa Tecla. San Gregorio Nacianceno se preciaba cien veces de la sin igual amistad que tuvo con San Basilio el Magno, y le escribe de esta suerte: "No parece sino que en nosotros dos no hay

[114] *Juan*, XIII, 23; XI, 5.

sino una sola alma en dos cuerpos; que si no se ha de creer a los que dicen que todas cosas están en todas cosas, no por eso hemos de dejar de dar crédito a que entrambos a dos estamos en el uno de los dos y el uno en el otro. Una sola pretensión tenemos entrambos, que es de cultivar la virtud y acomodar los designios de nuestra vida a las esperanzas futuras, saliendo así fuera de la tierra mortal antes del morir".[115] San Agustín nos muestra cómo San Ambrosio amaba únicamente[116] a Santa Mónica por las raras virtudes que había en ella, y que ella recíprocamente le amaba como a un ángel de Dios.[117]

Mas no tengo razón de detenerme y embebecerte en cosa tan clara. San Jerónimo, San Agustín, San Gregorio, San Bernardo y todos los mayores siervos de Dios, han tenido particulares amistades, sin daño de su perfección. San Pablo, reprendiendo el abuso de los gentiles, los acusa de haber sido gentes sin afición;[118] esto es, que no tenían ninguna amistad. Y Santo Tomás, como todos los buenos filósofos, confiesa que la amistad es virtud;[119] habla de la amistad particular, pues dice: "La perfecta amistad no puede extenderse a muchas personas".[120] La perfección, pues, no consiste en no tener amistad, sino en tenerla buena, santa y sagrada.

115 *Oratio XLIII*, 20.

116 Es decir, "especialísimamente".

117 *Confesiones*, VI, 1-2.

118 *Romanos*, I, 31.

119 *S. Th.*, II-II, q. 23, art. 3, ad 1.

120 *In X lib. Ethic. Aristot.*, lib. IX, lect. XII; *De malo*, q. 7, art. 2, ad 12.

Capítulo XX: *De la diferencia que hay entre las verdaderas y vanas amistades*

Aquí tienes, pues, Filotea mía, el más principal aviso de cuantos puedo darte acerca de este sujeto. La miel de Heraclea, que es venenosa, parece a la otra que es saludable. Gran peligro, pues, se corre, de tomar la una por la otra y de tomarlas mezcladas; porque la bondad de la una no impediría la malignidad de la otra. Menester es, pues, tener cuenta para que no te engañes en estas amistades, principalmente cuando éstas son entre personas de diverso sexo, debajo de cualquier pretexto que sea; porque en un momento Satanás hace volver la casaca a los que aman. Comienzan por el amor virtuoso; pero si no hay mucha prudencia, bien presto se mezclará el amor frívolo, después el amor sensual, y después el amor carnal; y aun de la misma manera hay peligro en el amor espiritual, si no se tiene buena cuenta, aunque en éste sea más difícil la mudanza, por cuanto su pureza y blandura dan mejor a conocer las manchas con que Satanás procura amancillar las almas. Por esto, pues, cuando lo intenta, es con tanta fineza, que procura hacer deslizar a las deshonestidades casi insensiblemente.

Conocerás la amistad mundana entre la santa y virtuosa, como se conoce la miel de Heraclea entre la otra. La miel de Heraclea es más dulce a la boca que la ordinaria, por causa del acónito, que la da aún mayor dulzura; y la amistad mundana produce ordinariamente gran cantidad de palabras azucaradas, con una junta de ciertos motes apasionados y alabanzas fundadas en la hermosura, en la gracia y en las calidades sensuales. Pero la amistad santa tiene un lenguaje simple y noble, y no puede alabar sino la virtud y la gracia de Dios, único fundamento sobre el cual se funda. La miel de Heraclea, luego que se ha comido, causa un desvanecimiento de

cabeza; y la falsa amistad provoca a un desvanecimiento de espíritu, que hace titubear a la persona en la castidad y devoción, trayéndola a señas afectadas, tiernas e inmoderadas; a caricias sensuales, a suspiros desordenados, a ciertas quejas de no ser amado, a pequeñas, pero buscadas y halagüeñas ceremonias y galanterías. Camina por aquí para llegar a la licencia de los actos, familiaridades y favores deshonestos: presagios ciertos e indubitables de una cercana ruina de la honestidad. Mas la amistad santa no tiene sino ojos simples y vergonzosos; ni caricias, sino puras y nobles; ni suspiros, sino para el cielo; ni familiaridades, sino para con el espíritu; ni quejas, sino cuando Dios no es amado: señales infalibles de la honestidad. La miel de Heraclea turba la vista, y esta amistad mundana turba el juicio: de suerte que los que son tocados de ella, piensan bien en haciendo mal, y entienden que sus excusas, pretextos y palabras sean verdaderas razones: temen la luz y aman las tinieblas. Pero la amistad santa tiene los ojos claros y no se esconde, sino antes parece de buena gana delante de la gente virtuosa. En fin, la miel de Heraclea da una grande amargura en la boca; así las falsas amistades se convierten y acaban en palabras y demandas carnales y hediondas; o en caso que éstas no se admitan, en injurias, calumnias, embustes, tristezas, confusiones y celos, lo cual todo para bien presto en brutalidades y desatinos; pero la casta amistad es siempre igualmente honesta, comedida y amigable, y jamás se convierte sino en una más perfecta y pura unión de espíritu: imagen viva de la amistad y bien dichoso que en el mismo cielo se ejerce.

San Gregorio Nacianceno dice que cuando grita el pavón, luego que hace la rueda de sus plumas, excita en extremo a las hembras que le oyen a la lubricidad. Así, cuando vemos a un hombre galantear, componerse y llegarse con halagos, ternezas y embustes, a las orejas de una mujer, sin pretensión de un justo matrimonio, sin duda que lo hace para provocarla a alguna deshonesti-

dad. Entonces la mujer, si es honrada, cerrará las orejas por no oír el grito del pavón y la voz del encantador, que la quiere encantar con finezas;[121] que si le oye, ¡oh, Dios!, y qué mal agüero: porque lo será, sin duda, de la futura pérdida de su corazón.

La gente moza, que hacen señas, finezas y caricias, o dicen palabras en las cuales no querrían ser oídos de sus padres, madres, maridos, mujeres o confesores, muestran que tratan de cosa ajena al honor y la conciencia. Nuestra Señora se turbó viendo un ángel en forma humana, porque estaba sola, y que la decía extremas, aunque celestes, alabanzas. ¡Oh Salvador del mundo! ¿La pureza teme un ángel en forma humana? ¿Por qué, pues, la inmundicia no temerá un hombre, aunque estuviese en figura de ángel, cuando la alaba con alabanzas sensuales y humanas?

Capítulo XXI: *Aviso y remedio contra las malas amistades*

¿Qué remedio, pues, contra este género y forma de locos amores, locuras y deshonestidades? Al punto que vieres en ti las menores señales, vuélvete luego del otro lado, y con una detestación absoluta de esta vanidad, corre a la cruz del Salvador y toma su corona de espinas para rodear tu corazón, porque estas raposillas no se te lle-

[121] *Salmo* LVII, 6.

guen;[122] guárdate de venir a ninguna suerte de trato con este enemigo; no digas: Oiréle, mas no haré nada de lo que me dirá; ni: Prestaréle la oreja, mas rehusaré el corazón. ¡Oh, no, Filotea! Por amor de Dios te ruego seas rigurosa en tales ocasiones. El corazón y las orejas se entretienen el uno al otro; y como es imposible el detener una corriente que ha tomado su curso por la caída de una montaña, así es dificultoso el estorbar que el amor que ha caído en las orejas no haga al mismo punto caída en el corazón.[123] Verdad es que Aristóteles lo niega: [124] no sé en qué lo funda; pero bien sé que nuestro corazón alienta por la oreja, y que como aspira y exhala sus pensamientos por la lengua, respira también por la oreja, por la cual recibe los pensamientos ajenos. Guardemos, pues, con cuidado nuestras orejas del aire de locas palabras; porque de otra suerte nuestro corazón será al punto apestado. No oigas ninguna suerte de proposiciones sobre ningún pretexto que sea: en este solo caso no importa mostrarse descortés y rústica.

Acuérdate que has votado tu corazón a Dios, y que tu amor le está ya sacrificado. Sacrilegio, pues, sería el quitarle un solo bien; sacrifícale antes de nuevo con mil resoluciones y protestaciones, y asegurándote entre ellas como un ciervo en su guarida, reclama a Dios y te socorrerá, y su amor tomará el tuyo en su protección para que viva únicamente por Él; y si estás ya cogida entre las redes de estos locos amores, ¡oh, Dios, y cuánta dificultad habrá en el sacarte de ellas! Ponte delante de su Divina Majestad; conoce en su presencia la grandeza de tu miseria, tu flaqueza y vanidad; después, con el mayor esfuerzo de corazón que te sea

122 *Cant.*, II, 15.

123 El texto original francés trae aquí una frase omitida por el traductor: *Las cabras, según Alcmeón, respiran por las orejas y no por las narices.*

124 *Hist. anim.*, I, 11.

posible, abomina estos comenzados amores, detesta la vana profesión que has hecho de ellos, renuncia todas las promesas recibidas, y con una grande y absoluta voluntad, resuelve en tu corazón de nunca más entrar en estos juegos y entretenimientos de amor.

Si pudieres alejarte del objeto, aprobarélo infinito; porque como los que han sido mordidos de las serpientes no pueden con facilidad sanar en presencia de los que otra vez han sido heridos de la misma mordedura,[125] así la persona que está picada de amor sanará con dificultad de esta pasión mientras estuviere cerca de la otra que ha sido tocada de la misma picadura. La mudanza de lugar sirve en extremo para apaciguar los ardores e inquietudes, sean de dolor o amor. El mozo de quien habla San Ambrosio en el libro segundo *De la penitencia*,[126] habiendo hecho un largo camino, volvió de todo punto libre de unos locos amores que había tenido, y de tal manera trocado, que encontrándole su loca enamorada y diciéndole: "¿No me conoces por ventura? Mira que yo soy, yo misma". "Sí serás", respondió el mozo; "mas, yo no soy yo mismo". La ausencia le fue causa de esta dichosa mudanza. Y San Agustín dice que para aliviar el dolor que recibió en la muerte de su amigo, se salió de Tagaste, lugar donde murió, y se fue a Cartago.[127]

Pero quien no puede alejarse, ¿qué es lo que hará? Habrá menester dejar absolutamente toda conversación particular, todo entretenimiento secreto, toda dulzura de ojos, todo semblante risueño, y generalmente toda suerte de comunicación y cebo que puede alimentar este fuego hediondo y humoso. Y si el tal no excusare[128]

[125] Plinio, *Hist. nat.*, XXVIII, 6.
[126] Cap. X.
[127] *Confesiones*, IV, 7.
[128] "No pudiere evitar".

hablar al cómplice, que sea para declarar entonces por una atrevida, corta y severa protestación el divorcio eterno que ha propuesto y jurado. Torno, pues, a decir en alta voz a cualquiera que hubiere caído en el lazo de estos vanos amores, que le corte, despedace y rompa. No es bien detenerse en descoser estas locas amistades; rasgarlas es menester. No se han de desanudar las ligaduras; mejor es cortarlas y romperlas: así como así sus cuerdas y ataduras no valen nada. No es bien regatear el desasirnos de un amor que es tan contrario al amor de Dios. Pero después que habré de esta suerte roto las cadenas de esta infame esclavitud, aún me quedará algún resentimiento; y las señales y forma de los hierros se mostrarán aún impresas en mis pies; esto es, mi afición; mas no quedarán, Filotea, como hayas abominado tu mal tanto como merece; porque si esto hicieres, no verás en ti otro movimiento sino un horror del vano amor pasado y de todo aquello que de él depende, y quedarás para con el objeto ya dejado, libre de toda afición y sólo con aquella de una purísima caridad para con Dios. Mas si por la imperfección de tu arrepentimiento te queda aún alguna mala inclinación, procura poner tu alma en una soledad mental, según te he mostrado atrás,[129] y retírate cuanto puedas; y con mil retiradas y asaltos de espíritu, reconoce todas tus inclinaciones, abomínalas con todas tus fuerzas, lee los libros devotos más que lo ordinario; confiésate y comúlgate más a menudo que sueles; confiere con humildad y rectitud todas las sugestiones y tentaciones que acerca de esto sintieres, con tu maestro, si pudieres, o a lo menos con alguna alma fiel y prudente, y no dudes, sino que Dios te librará de todas pasiones como tú continúes fielmente en estos ejercicios.

129 Parte II, cap. XII.

Dirásme sin duda: ¿Pues cómo? ¿No será una grande ingratitud el romper una amistad con tanta vehemencia? ¡Oh, qué dichosa es la ingratitud que nos hace agradables a Dios! No, Filotea, no será ingratitud; antes será un gran beneficio que harás al amante, porque rompiendo tú tus ataduras, romperás también las suyas, pues éstas os eran comunes; y aunque por entonces no perciba su buena dicha, él la conocerá poco después sin duda, y cantará contigo por acción de gracias. "¡Oh, Señor! Tú has roto mis ataduras: yo sacrificaré la hostia de alabanza e invocaré tu santo nombre." [130]

Capítulo XXII: *Algunos otros avisos sobre este sujeto de amistad*

Aún tengo un advertimiento de importancia cerca de este sujeto: la amistad requiere una gran comunicación entre los amantes, y sin ésta ni podría nacer ni subsistir. Por esto sucede muchas veces que con la comunicación de la amistad nos deslizamos a otras muchas comunicaciones, indignas a veces de una verdadera amistad. Sucede esto principalmente cuando estimamos en extremo a aquel a quien amamos; porque entonces abrimos de tal suerte el corazón a su amistad, que con ella se nos entran por entero y con facilidad

130 *Salmo* CXV, 16-17.

sus inclinaciones e impresiones, ya sean malas o buenas. Vemos que las abejas que hacen la miel de Heraclea no buscan sino la miel; pero con ella chupan insensiblemente las calidades venenosas del acónito, sobre el cual hacen su cosecha. ¡Oh, Dios, Filotea! Menester es practicar bien en este sujeto la palabra que el Salvador de nuestras almas solía decir, y conforme nuestros pasados [131] nos han enseñado: "Sed buenos cambios y monederos";[132] quiere decir: No recibáis la falsa moneda con la buena, ni el oro bajo con el fino: "apartad lo bueno de lo malo".[133] Sí, porque no hay casi ninguno que no tenga alguna imperfección. ¿Qué razón hay, pues, para recibir las faltas e imperfecciones del amigo con su amistad? Justo es por cierto amarle, no obstante su imperfección; mas no por eso se ha de amar ni recibir su imperfección: porque la amistad requiere la comunicación del bien, pero no del mal. Así como los que, codiciosos, buscan entre las ricas corrientes del Tajo sus doradas arenas, que separando el oro de ellas para llevársele, dejan lo arenisco y cenagoso a las orillas, así los que gozan de la comunicación de alguna buena amistad deben separar la arena de las imperfecciones, sin dejarla entrar en sus almas. San Gregorio Nacianceno dice [134] que amando y admirando las virtudes de San Basilio, muchos le procuraban imitar hasta en sus imperfecciones exteriores, en su hablar lentamente y con un espíritu abstracto y pensativo, en la forma de su barba y en ciertas retiradas que hacía cuando andaba. Y aun vemos hombres, mujeres, niños y amigos que, haciendo grande estima de sus amigos, pa-

[131] Es decir, "nuestros mayores".

[132] No se encuentran estas palabras en las Escrituras; pero las citan Orígenes, S. Ambrosio, S. Jerónimo y otros Padres.

[133] *Jeremías*, XV, 19.

[134] *Orat.* XLIII, 77.

dres, maridos y mujeres, se les pegan mil malas, aunque pequeñas impropiedades, en el comercio de la amistad que practican. Esto, pues, no se debe de ninguna manera hacer, porque no hay a quien no le basten sus malas inclinaciones sin cargarse de las de los otros; y no sólo no quiere esto la buena amistad, sino antes obliga a ayudarnos uno a otro, para que así recíprocamente nos podamos librar y dejemos toda suerte de imperfección. Menester es, sin duda, el sobrellevar al amigo mansamente en sus imperfecciones; pero no el llevarle a ellas y mucho menos el traerlas a nosotros.

Hablo sólo de las imperfecciones; porque cuanto a los pecados, ni se han de llevar ni sobrellevar en el amigo. Amistad es, o débil o mala, el ver perecer al amigo y no socorrerle; verle morir de una postema y no osar llegarle la navaja de la corrección para salvarle. La verdadera y viva amistad no puede durar entre los pecados. Dicen que la salamandra mata el fuego sobre que se echa;[135] y el pecado arruina la amistad donde se aloja. Si es un pecado pasajero, la amistad le pondrá en huida por la corrección; pero si permanece y se domestica, al mismo punto la amistad perece porque ésta no puede durar y subsistir sino sobre la verdadera virtud. ¡Cuánto menos, pues, se debe pecar donde hay amistad! El amigo es enemigo cuando nos quiere conducir al pecado, y merece perder la amistad cuando quiere perder y condenar al amigo. Así, es una de las más seguras señales de falsa amistad el tenerla con persona viciosa, comunicando con ella cualquier suerte de pecado que sea. Si aquel a quien amamos es vicioso, sin duda que nuestra amistad es viciosa; que pues ésta no puede mirar la verdadera virtud, es fuerza que considere alguna virtud loca y alguna calidad sensual,

[135] Plinio, *Hist. nat.*, X, 86.

La compañía que se hace entre los mercaderes por el provecho temporal, no tiene sino la imagen de la verdadera amistad; porque ésta se hace, no por el amor de las personas, sino por el amor de la ganancia.

En fin, estas dos divinas palabras son dos grandes columnas para asegurar la vida cristiana. La una es del Sabio: "Quien teme a Dios, tendrá por consiguiente una buena amistad".[136] La otra es de Santiago: "La amistad de este mundo es enemiga de Dios".[137]

Capítulo XXIII: *De los ejercicios de la mortificación exterior*

Los que tratan de las cosas rústicas, aseguran que si se escribe alguna palabra sobre una almendra entera, tornándola a meter otra vez en su cáscara, doblándola y cerrándola con curiosidad[138] y plantándola de esta suerte, en toda la fruta del árbol que saldrá después se hallará escrito y grabado lo mismo que antes se había escrito.[139] Cuanto a mí, Filotea, nunca he podido aprobar el método de los que para reformar al hombre comienzan por lo exterior, por las demostraciones, por los vestidos y por los cabellos. Paréceme lo contrario y que se debe comenzar por lo interior,

136 *Eclesiástico*, VI, 17.
137 *Sant.*, IV, 4.
138 "Con cuidado".
139 Palladius, *De Re rustica*, l. II, tit. XV.

"Convertíos a mí", dice el Señor, "de todo vuestro corazón". "Hijo mío, dame tu corazón".[140] Porque siendo el corazón el manantial y origen de las acciones, ellas son tales cual él es. El Esposo divino, convidando al alma, "Ponme", dice, "como un sello sobre tu corazón: como un sello sobre tu brazo".[141] Sí, Filotea, porque quien tiene a Jesucristo en su corazón, bien presto le tendrá en todas sus acciones exteriores. Por esto, pues, he querido ante todas cosas grabar y escribir sobre tu corazón: *¡Viva Jesús!*, seguro de que después de esto tu vida, la cual procede de tu corazón, como un almendro de su pepita, producirá todas sus acciones, que son frutos, escritas y grabadas del mismo nombre de salud; y que como este dulce nombre de Jesús vivirá dentro de tu corazón, vivirá también en todas tus obras y se mostrará en tus ojos, en tu boca, en tus manos y aun hasta en tus cabellos, y podrás santamente decir a imitación de San Pablo: "Yo vivo, pero no más yo; antes Jesucristo vive en mí".[142] En fin, quien ha ganado el corazón del hombre, ha ganado todo el hombre: pero este mismo corazón, por el cual queremos comenzar, pide que le instruyan y enseñen cómo ha de portarse en sus costumbres y acciones exteriores.

Si puedes llevar el ayuno, harás bien de ayunar algunas veces, sin que la Iglesia nos lo mande; porque fuera del efecto ordinario del ayuno, como levantar el espíritu, reprimir la carne, practicar la virtud y adquirir mayor recompensa en el cielo, es un gran bien el ver que por su medio se destruye la misma gula y se tiene el apetito sensual y el cuerpo sujeto a la ley del espíritu. Y cuando no se ayune mucho, el enemigo con todo eso nos teme más cuando sabe que sabemos

140 *Joel*, II, 12; *Proverbios*, XXIII, 26.
141 *Cant.*, VIII, 6.
142 *Gálatas*, II, 20.

ayunar. Los miércoles, viernes y sábados son los días en que los antiguos cristianos se ejercitaban más en la abstinencia. Escoge, pues, de estos días los que tu devoción, y la discreción de tu confesor te aconsejaren.

De buena gana diría yo como San Jerónimo decía a la virtuosa Leta: "Los largos e inmoderados ayunos me desagradan mucho, principalmente en los que están en muy tierna edad".[143]

He aprendido por experiencia, que el pequeño jumentillo, hallándose cansado en el camino, procura despedir de sí la pesada carga; esto es, que la gente moza, cayendo en las enfermedades por el exceso de los ayunos, se dan fácilmente a la delicadeza y regalo. Los ciervos corren mal en dos tiempos: cuando están muy cargados de gordura, y cuando muy flacos. Así, nosotros estamos muy expuestos a las tentaciones cuando nuestro cuerpo está muy repleto o muy flaco; porque lo uno le hace insolente en su placer, y lo otro desesperado en su pesar. Y como no le podemos llevar cuando está muy gordo, así no nos puede llevar cuando está muy flaco. La falta de esta moderación en los ayunos, disciplinas, cilicios y asperezas, hacen inútiles al servicio de la caridad los más floridos años de muchos, como hizo también a San Bernardo, que se arrepintió de haber usado de demasiada austeridad; y cuanto ésta al principio le maltrató, le lisonjeó a la fin. ¿No hubiera sido mejor hacerle un tratamiento igual y proporcionado a los oficios y trabajos a que su condición le obligaba?

El ayuno y trabajo amortiguan y abaten la carne; si el trabajo que hicieres fuere necesario o muy provechoso al servicio de Dios, más quiero que sufras la pena del trabajo que la del ayuno. Así lo siente la Iglesia, la cual, por los trabajos útiles al servicio de Dios y

143 *Ep.* CVII. 10.

del prójimo, descarga a los que los ejercen de los ayunos, aunque sean de precepto. Uno tiene trabajo en ayunar, otro en servir los enfermos, visitar los presos, confesar, predicar, consolar los afligidos, rezar y otros semejantes ejercicios. Esta pena vale más que estotra, porque fuera de que causa igualmente mérito, tiene en sí frutos y provechos mucho más dignos de desear. Y hablando generalmente, mejor es conservar más fuerzas de las que hemos menester, que arruinar las que hemos menester; porque bien se pueden abatir cuando se quiere, mas no se pueden reparar siempre que se quiere.

Paréceme que debemos tener en grande reverencia la palabra que nuestro Señor dice a sus discípulos: "Comed lo que fuere puesto delante de vosotros".[144] Mejor virtud es, según yo entiendo, el comer sin elección lo que presentan, y en la misma orden que te lo presentan, sea o no a tu gusto, que el escoger siempre lo peor; porque aunque esta última manera de vivir parece más áspera, la otra tiene más de resignación, porque por ella, no sólo se renuncia su gusto, pero también su elección; y también no es poca aspereza el hacer el gusto de cualquier otro y tenerle sujeto a cualquier semejante ocasión o encuentro. Fuera de que esta suerte de mortificación no se echa de ver ni desacomoda la persona y es únicamente propia para la vida civil. Retirar una vianda para tomar otra, tocar y pellizcar todos los platos, no hallar nunca nada bien aderezado ni limpio, hacer misterios a cada bocado; todo esto es señal de un corazón delicado y atento a los platos y escudillas. En más estimo que San Bernardo bebiese aceite por agua o vino, que si bebiera agua de ajenjos con atención; porque esto era señal que no pensaba en lo que bebía. En este descuido, pues, en lo que se come o bebe, consiste la perfección

144 *Lucas*, X, 8.

de la práctica de esta palabra sagrada: "Comed lo que fuere puesto delante de vosotros". No dejo por esto de hacer excepción de las viandas contrarias a la salud o que desacomodan el espíritu, como hacen a muchos las viandas calientes, especias humosas y ventosas, y ciertas ocasiones en las cuales la naturaleza tiene necesidad de alguna recreación y ayuda para poder continuar algún trabajo a la gloria de Dios. Una continua y moderada templanza es mejor que las abstinencias violentas hechas a diversos tiempos y entreveradas de grandes excesos.

La disciplina tiene una maravillosa virtud para despertar la devoción, usándola con moderación. El cilicio amortigua en extremo el cuerpo; pero su uso no es de ordinario propio ni a la gente casada, ni a las delicadas complexiones, ni a los que tienen obligación de pasar por otras grandes penas o trabajos. Verdad es que en los días más señalados de la penitencia se puede traer, y esto con el parecer del confesor.

Ha de tomar de la noche para dormir cada uno, según su complexión, tanto cuanto le es necesario para velar con utilidad el día. Porque la Escritura Santa en muchos lugares, el ejemplo de los santos y las razones naturales, nos encomiendan grandemente las mañanas como las mejores y más fructuosas horas de nuestros días; y que nuestro Señor mismo es llamado *sol de oriente*,[145] y nuestra Señora *alba del día*,[146] pienso que es un cuidado virtuoso tenerle en recogerse temprano luego que anochece, para poder despertar y levantarse de mañana. Es ciertamente este tiempo el más gracioso, el más dulce y el menos embarazado; en él, hasta los mismos pájaros nos provocan a que recordemos y

145 *Zacarías*, III, 8; VI, 12.
146 *Cant.*, VI, 9.

demos gracias a nuestro Dios; de suerte que el levantarse de mañana sirve a la salud y a la santidad.

Balaán sobre su asna iba a buscar a Balac; mas por cuanto no tenía recta intención, el ángel le esperó en el camino con una espada en la mano para matarle. La asna, que veía al ángel, se paró por tres diversas veces; Balaán la apaleaba con crueldad, procurando hacerla pasar adelante, hasta que a la tercera vez, dejándose caer de largo a largo debajo de Balaán, le habló milagrosamente y dijo: "¿Qué te he hecho yo? ¿Por qué me has apaleado ya por tres veces?" Poco después los ojos de Balaán fueron abiertos, y vio al ángel, que le dijo: "¿Por qué has apaleado tu asna? Si ella no se hubiera apartado de delante de mí, yo te hubiera muerto y la hubiera reservado". Entonces Balaán dijo al ángel: "Señor, yo he pecado porque yo no sabía que tú te oponías contra mí en el camino".[147] Ves, Filotea, Balaán es la causa del mal, y tras eso maltrata y apalea la pobre asna, que no tiene culpa. Esto nos acaece muchas veces en nuestros negocios. Porque la otra mujer ve a su marido o hijo enfermos, luego corre al ayuno, al cilicio o a la disciplina, como hizo David por un semejante sujeto.[148] ¡Oh, amiga mía! Tú maltratas la pobre asna: tú afliges tu cuerpo, sin que tenga ninguna culpa de tu mal, ni de que Dios haya desenvainado su espada contra ti. Corrige tu corazón, que es idólatra de este marido, y que permitió mil vicios al hijo y le destinó al orgullo, a la vanidad y a la ambición. El otro hombre ve que cae muy a menudo y torpemente en el pecado de la lujuria, y que el remordimiento interior le acusa la conciencia, mostrándole una espada desnuda para herirle con santo miedo; y luego el corazón, volviendo en sí: ¡Ah, indómita carne! (dice al

[147] *Núm.*, XXII, 21-34.
[148] *II Reyes*, XII, 16.

cuerpo desleal) tú me has hecho traición y vendido; y ejecuta luego grandes castigos sobre esta carne, grandes e inmoderados ayunos, pesadas disciplinas y cilicios insoportables. ¡Oh, pobre alma! Si tu carne pudiera hablar como la asna de Balaán, ella te diría: ¿Por qué me maltratas, miserable? Contra ti, ¡oh alma mía!, Dios arma su venganza: tú eres la delincuente. ¿Por qué me llevas tú a las conversaciones? ¿Por qué aplicas mis ojos, mis manos y mis labios a las lascivias? ¿Por qué me inquietas y alborotas con malas imaginaciones? Ten buenos pensamientos, y yo no tendré malos movimientos. Conversa con la gente honesta, y yo no seré combatida de mi concupiscencia. ¡Pobre de mí! ¿Eres tú quien me arroja en medio del fuego y no quieres que me queme? ¿Tú me pones el vino[149] a los ojos, y no quieres que se inflamen? Dios, sin duda, os dice en tales casos: Maltratad, romped, herid y despedazad vuestros corazones,[150] principalmente porque contra ellos se ha mi enojo armado. Para sanar la comezón no es tan necesario el lavarse y bañarse como el purificar la sangre y refrescar el hígado; así, para curarnos de nuestros vicios bueno es el mortificar la carne; pero sobre todo es necesario el purificar nuestras aficiones y refrescar nuestros corazones. En fin, en todo y por todo no se deben emprender las asperezas corporales sino con el parecer de nuestro maestro espiritual.

149 *El humo,* según el original francés.
150 *Joel*, II, 13.

Capítulo XXIV: *De las conversaciones y de la soledad*

El buscar las conversaciones y el huirlas son dos extremos dignos de vituperar en la devoción civil, que es aquella de que te hablo. El huirlas tiénese a desdén y menosprecio del prójimo, y el buscarlas huele a ociosidad inútil. Hase de amar al prójimo como a sí mismo. Para mostrar que le amamos no se ha de huir el estar con él; y para verificar que nos amamos a nosotros mismos, nos hemos de agradar cuando estamos con nosotros mismos. Estamos, pues, con nosotros mismos cuando estamos solos. "Piensa en ti mismo", dice San Bernardo, "y después en los otros".[161] Si ninguna cosa te obliga ir a la conversación o recibirla, quédate contigo misma y entreténte con tu corazón; mas si la conversación se te ofrece o algún justo motivo te convida a ella, ve con Dios, Filotea, y mira a tu prójimo con buen corazón y buen ojo.

Llámanse malas conversaciones las que se hacen por alguna mala intención, o cuando los que intervienen en ella son viciosos, indiscretos y disolutos; y cuanto a éstas, se les debe huir el cuerpo como las abejas huyen de los zánganos y moscones; porque como los que han sido mordidos de perros rabiosos tienen el sudor, el aliento y la saliva peligrosos, y principalmente para los niños y gente de delicada complexión, así estos viciosos y desordenados no pueden ser frecuentados sino con grande peligro, principalmente de los que son de devoción aún tierna y delicada.

Hay conversaciones inútiles a toda otra cosa sino a la sola recreación, las cuales se hacen por un simple

[161] *De Consid.*, I, 8.

divertimiento después de las ocupaciones importantes; y cuanto a éstas, como no debe totalmente darse a ellas, se les puede dar también lugar en el destinado a la recreación.

Las otras conversaciones tienen por su fin la honestidad, como son las visitas recíprocas y ciertas juntas que se hacen para honrar al prójimo. Y cuanto a éstas, como no se debe ser supersticioso en el practicarlas, también no se ha de ser del todo descortés en el menospreciarlas, sino satisfacer con modestia a la obligación que se tiene, a fin de evitar igualmente la rusticidad y la liviandad.

Restan las conversaciones útiles, como son aquellas de las personas devotas y virtuosas. ¡Oh, Filotea!, éstas y su encuentro te causarán siempre un notable bien. La viña plantada entre los olivos trae la uva jugosa y tiene un gusto que tira a la aceituna. Un alma que se halla a menudo entre la gente virtuosa, no puede dejar de participar de sus calidades. Los zánganos solos no pueden hacer miel; pero con las abejas se ayudan a hacerla. Es una gran ventaja para ejercitarnos bien en la devoción el conversar con las almas devotas.

En todas conversaciones la sinceridad, simplicidad, mansedumbre y modestia, son siempre preferidas. Hay algunas personas que no hacen ninguna suerte de acción ni movimiento sino con tanto artificio y afectación, que no hay a quien no enfaden. Y como aquel que no querría nunca pasearse sino contando sus pasos, ni hablar sino cantando, sería cansado a todos los demás hombres, así los que tienen un ademán artificioso y que no hacen nada sin afectación importunan y cansan en extremo la conversación, y en esta suerte de gente hay siempre alguna especie de presunción. Bueno es que de ordinario mostremos en nuestras conversaciones una alegría moderada. San Romualdo y San Antonio son en extremo alabados de que, no obstante

todas sus asperezas, tenían siempre la cara y las palabras llenas de alegría, regocijo y afabilidad. "Reíd con los que ríen y alegraos con los alegres".[152] Dígote aún otra vez con el Apóstol: "Está siempre alegre, pero en nuestro Señor, y que tu modestia parezca a todos los hombres".[153]

Para alegrarte en nuestro Señor es menester que el sujeto de tu alegría sea, no sólo lícito, pero honesto. Digo esto porque hay cosas lícitas que no por eso son honestas; y para que tu modestia se conozca, guardáste de insolencias, las cuales sin duda son siempre reprensibles. Hacer caer al uno, tiznar al otro, picar al tercero, hacer mal a un loco, las tales son risas y alegrías locas e insolentes.

Fuera de la soledad mental, a la cual te puedes retirar en medio de las conversaciones, según se ha dicho atrás, debes amar la soledad local y real; no se entiende para ir a los desiertos con Santa María Egipciaca, San Pablo, San Antonio, Arsenio y los otros Padres solitarios, sino para estar algún rato en tu aposento o en tu jardín o donde más a tu gusto puedas retirar tu espíritu a tu corazón y recrear tu alma con buenas meditaciones y santos pensamientos, o con alguna buena lectura, a ejemplo de aquel gran obispo Nacianceno, que hablando de sí mismo dice: "Yo me paseaba, yo mismo conmigo mismo, sobre el sol del oriente, y pasaba el tiempo sobre la costa del mar; porque yo he acostumbrado usar de esta recreación para rehacerme y sacudirme un poco de las pesadumbres ordinarias". Y luego discurre del buen pensamiento que de aquí le nació, como he referido;[154] y a ejemplo también de San Ambrosio, del cual, hablando San Agustín, dice

152 *Romanos*, XII, 15.
153 *Filipenses*, IV, 4-5.
154 Parte II, cap. XIII.

que muchas veces, habiendo entrado en su aposento (por cuanto no rehusaba la entrada a ninguno) le miraba leer; y después de haber esperado algún tiempo, temiendo desacomodarle, se tornaba sin hablar palabra, pareciéndole que aquel poco tiempo que sobraba a aquel gran pastor para rehacer y recrear su espíritu después de la tarea de tantos negocios, no se le debía quitar.[155] También después de haber un día los apóstoles contado a nuestro Señor como habían predicado y trabajado mucho, "Venid", les dijo, "a la soledad, y reposad un poco".[156]

Capítulo XXV: *De la decencia de los vestidos*

San Pablo quiere que las mujeres devotas (lo mismo se ha de entender de los hombres) se vistan con decencia, adornándose con vergüenza y templanza.[157] La decencia, pues, de los vestidos y otros adornos, depende de la materia, de la forma y de la limpieza. Cuanto a la limpieza, debe casi siempre ser igual en nuestros vestidos, sobre los cuales, cuanto nos sea posible, nos hemos de guardar de que haya ninguna mancha o suciedad. La limpieza exterior representa en alguna manera la interior honestidad. Dios mismo encarga la honestidad corporal en los que andan cerca de sus altares,

155 *Confesiones*, VI, 3.
156 *S. Marcos*, VI, 31.
157 *I Timoteo*, II, 9-10.

y que tienen el principal cargo de la devoción.[158] Cuanto a la materia y la forma de los vestidos, la decencia se considera por muchas circunstancias: del tiempo, de la edad, de las calidades, de las compañías y de las ocasiones. Parece de ordinario mucho mejor el adorno en los días de fiesta, según la grandeza del día que se celebra. En tiempo de penitencia, como en cuaresma, no hay quien dude la honestidad y simpleza que se debe observar en el traje. En las bodas se traen los vestidos nupciales y los de luto en las juntas fúnebres. Los que andan cerca de los príncipes estiran las fuerzas, y con ellas las demás acciones, las cuales deben moderar entre sus domésticos. La mujer casada se puede y debe adornar según el gusto de su marido y cuando él lo desea; y si en su ausencia hace lo mismo, preguntará sin duda que a qué ojos quiere agradar o favorecer con adorno tan particular. A las doncellas se les permiten más dijes y galas, por cuanto pueden lícitamente desear agradar a muchos, aunque esto no sea sino con fin de ganar a sólo uno para un santo matrimonio. No se tiene ya por malo que las viudas[159] se adornen en alguna manera, con tal que no den nota de liviandad y locura; que como han sido ya madres de familia y pasado por el sentimiento de la viudez, tienen el espíritu puro, maduro y templado. Pero cuanto a las verdaderas viudas, que lo son, no sólo del cuerpo, sino del corazón, ningún adorno les es conveniente, sino la humildad, la modestia y la devoción; porque si es que quieren enamorar a los hombres, ya no son verdaderas viudas; y si no es ésta su pretensión, ¿para qué traen los instrumentos de ella? Quien no quiere recibir huéspedes, menester es que quite la insignia de su casa. No hay quien no se ría de la gente

158 *Isaías*, LII, 11.
159 *Que pueden casarse*, agrega el original.

vieja cuando quiere pulirse y estirarse demasiado, porque ésta es una locura sólo a los mozos sufrible.

Andarás aseada, Filotea, de suerte que no haya nada sobre ti que arrastre ni esté mal aliñado. Menosprecio es de aquellos con quien conversamos el ir con ellos en hábito desagradable; pero guárdate de los adornos impertinentes, vanidades, curiosidades y locuras. Mantendráste siempre, mientras te sea posible, en la simplicidad y modestia, que es sin duda el mayor adorno de la hermosura y la mejor excusa para la fealdad. San Pedro advierte, principalmente a las mujeres mozas, el no traer los cabellos crespos, rizos y ensortijados.[160] Los hombres que son tan apocados que se dan a estas acciones mujeriles, son estimados en todas partes como hermafroditas; y las mujeres vanas son tenidas por de poca castidad, o por lo menos, si la tienen, no es visible entre tantas bujerías y bagatelas. Dicen ellas que no piensan mal; pero yo replico, como he hecho otras veces, que si ellas no, el diablo sí, y siempre. Cuanto a mí, yo querría que mi devoto y devota estuvieran siempre los mejor vestidos de la junta, pero los menos pomposos y afectados; y como se dice en los *Proverbios*, que se adornasen de gracia, decencia y dignidad.[161] San Luis dice en una palabra que nos debemos vestir según nuestro estado, de suerte que los sabios y buenos no puedan decir: Tú haces demasiado; ni la gente moza: Tú haces muy poco; pero en caso que los mozos no se quieran contentar con la decencia, nos debemos arrimar al parecer de los sabios.

160 *I Pedro*, III, 3. Cf. *I Tim.* II, 9.
161 *Prov.*, XXXI, 25.

Capítulo XXVI: *Del hablar, y primeramente cómo hemos de hablar de Dios*

Los médicos toman gran conocimiento de la salud o enfermedad de un hombre por la inspección de su lengua. Así nuestras palabras son verdaderos indicios de las cualidades de nuestras almas. "Por tus palabras", dice el Salvador, "tú serás justificado; y por tus palabras, tú serás condenado".[162] Vese que aplicamos luego la mano al dolor que tenemos, y la lengua a aquello a que nos aficionamos.

Si fueres, pues, verdaderamente enamorada de Dios, Filotea, tú hablarás siempre de Dios en los discursos familiares que hicieres con tus domésticos, amigos y vecinos; sí, porque "la boca del justo meditará la sabiduría, y su lengua hablará el juicio".[163] Y como las abejas no hacen otra cosa sino la miel con su pequeña boquilla, así tu lengua estará siempre ocupada en la dulzura de Dios, y no tendrá mayor suavidad que el sentir deslizarse por entre tus labios alabanzas y bendiciones de su santo nombre; como dicen de San Francisco, que pronunciando el santo nombre del Señor, chupaba y mamaba sus labios, como para sacar la mayor dulzura del mundo.[164]

Hablarás, pues, siempre de Dios como de Dios; esto es, con reverencia y devoción, no haciéndote docta ni predicadora, sino con un espíritu de dulzura, caridad y humildad, destilando cuanto pudieres (como se ha dicho de la Esposa en el *Cántico de los Cánticos*)[165] la miel suave de la devoción y de las cosas di-

162 *Mateo*, XII, 37.
163 *Salmo* XXXVI, 30.
164 San Buenaventura, *Vita S. Francisci*, X.
165 *Cant.*, IV, 2.

vinas gota a gota, ya en las orejas del uno y ya en las del otro; rogando a Dios en lo secreto de tu alma sea servido de hacer pasar y penetrar este santo rocío hasta lo íntimo del corazón de los que te oyen.

Sobre todo se ha de hacer este oficio angélico blanda y suavemente, no por manera de corrección, sino por manera de inspiración; porque es de maravillar, cuanto a la suavidad y amigable proposición de alguna buena cosa, cuán poderoso cebo es para atraer los corazones.

No hables, pues, nunca de las cosas de Dios por manera de entretenimiento, sino siempre con atención y devoción. Digo esto por librarte de una notable vanidad que se halla en muchos que hacen profesión de devoción; los cuales a cualquier propósito dicen palabras santas y fervorosas por cierta manera de mesurada costumbre, sin que por eso sientan lo que dicen; y después les parece son tales cuales sus palabras muestran, lo cual es a veces muy al contrario.

Capítulo XXVII: *De la honestidad de las palabras y del respeto que se debe a las personas*

"Si alguno no peca de palabra," dice Santiago, "el tal es hombre perfecto".[166] Procura cuidadosa no se te escape ninguna palabra deshonesta; porque aunque tú

[166] *Sant.*, III, 2.

no la digas con mala intención, los que la oyen pueden darla otro sentido. La palabra deshonesta, cayendo en un corazón flaco, se extiende y dilata como una gota de aceite sobre el paño, y a veces se apodera de suerte del corazón, que le hinche de mil pensamientos y tentaciones resbaladizas; porque como el veneno del cuerpo entra por la boca, también el del corazón entra por la oreja, y la lengua que le produce es matadora; porque aunque el veneno que haya arrojado no haga su efecto, por haber hallado los corazones de los oyentes apercibidos de algún contraveneno, no por eso ha quedado por tu malicia el no haberlos muerto. Tampoco me diga nadie que no lo pensaba; porque nuestro Señor, que conoce los pensamientos, ha dicho que "la boca habla de la abundancia del corazón".[167] Y si nosotros no pensamos mal, el demonio sí, y se sirve siempre de estas malas palabras para penetrar el corazón de alguno. Dicen que los que han comido la yerba que llaman angélica, tienen siempre el aliento dulce y agradable; y los que tienen en el corazón la honestidad y la castidad, que es la virtud angélica, tienen siempre sus palabras limpias, comedidas y vergonzosas. Cuanto a las cosas indecentes y locas, el Apóstol no quiere ni aun solo que las nombren,[168] asegurándonos que nada corrompe tanto las buenas costumbres como las malas conversaciones.[169]

Si estas palabras se dicen disimulada y encubiertamente, con cierta arte y sutilezas, entonces son sin comparación más venenosas; porque como un dardo cuanto es más agudo de punta, tanto más fácilmente entra en nuestros cuerpos, así un dicho, cuanto es más agudo, tanto más penetra nuestros corazones. Y los que

167 *Mateo*, XII, 34.
168 *Efesios*, V, 3.
169 *I Corintios*, XV, 33.

piensan ser muy bizarros y discretos usando de tales dichos con los que conversan, no saben para qué se hicieron las conversaciones, porque éstas deben ser como enjambre de abejas, juntas para hacer la miel de algún dulce y virtuoso entretenimiento, y no como junta de moscones, amontonados sólo para lamer y chupar alguna hediondez. Si algún loco te dice palabras indecentes, muéstrale que tus orejas se hallan ofendidas, o volviéndole luego el rostro o de otra manera, según tú prudencia te enseñare.

Una de las peores condiciones que uno puede tener es el ser fisgón. Dios aborrece en extremo este vicio, y ha hecho por él en tiempos pasados extraños castigos. No hay cosa que sea tan contraria a la caridad, y mucho más a la devoción, como el menosprecio del prójimo. El escarnio, pues, y la burla no se hace jamás sin este menosprecio: causa porque es muy grande pecado; y así los doctores tienen razón de decir que el escarnio es la peor suerte de ofensa que se puede hacer al prójimo,[170] por cuanto las otras ofensas se hacen con alguna estima del que es ofendido, y ésta se hace sólo con menosprecio.

Cuanto a los juegos de palabras que se hacen los unos con los otros con modestia, regocijo y alegría, éstos pertenecen a la virtud llamada de los griegos *eutrapelia,* que nosotros podemos llamar *buena conversación.* Por éstos, pues, se goza de una honesta y amigable recreación en las ocasiones frívolas que las imperfecciones humanas nos traen. Hémonos de guardar de deslizarnos de esta honesta alegría a las burlas. Las burlas, pues, provocan a reír, y esto por el menosprecio del prójimo; pero el regocijo y alegría provocan a reír por una simple libertad, confianza y familiaridad, juntamente con la gentileza de alguna palabra bien dicha.

170 Sto. Tomás de Aquino, S. *Th.*, II-II, q. 75, art. 20.

San Luis, cuando los religiosos le querían hablar de cosas relevadas después del comer, "no es tiempo de llorar", decía, "sino de alegrarse por medio de algún honesto entretenimiento: cada uno diga lo que quisiere, como sea con honestidad";[171] lo cual decía por favorecer la nobleza que tenía alrededor de sí, y no extrañarse con ella. Pero pasemos de manera el tiempo por la recreación, Filotea, que conservemos la santa eternidad por devoción.

Capítulo XXVIII: *De los juicios temerarios*

"No juzguéis, y no seréis juzgados", dice el Salvador de nuestras almas; "no condenéis, y no seréis condenados".[172] "No", dice el santo Apóstol, "juzguéis antes de tiempo, hasta que el Señor venga, que revelará el secreto de las tinieblas y manifestará el consejo de los corazones".[173] ¡Oh, y cuán desagradables son los juicios temerarios a Dios! Los juicios de los hombres son temerarios, porque no son jueces los unos de los otros; juzgando ellos, usurpan el oficio de nuestro Señor. Son temerarios por cuanto la principal malicia del pecado depende de la intención y consejo del corazón, que es para nosotros el secreto de las tinieblas.

171 Joinville, *Hist. de S. Loys.*

172 *Lucas*, VI, 37.

173 *I Corintios*, IV, 5.

Son temerarios porque cada uno tiene harto que hacer en juzgarse a sí mismo sin querer juzgar a su prójimo. Es cosa igualmente necesaria para no ser juzgados el no juzgar a los otros y juzgarse a sí mismo; porque como nuestro Señor nos enseña lo uno, el Apóstol nos ordena lo otro, diciendo: "Si nosotros nos juzgamos a nosotros mismos, nosotros no seremos juzgados."[174] Pero vemos por nuestros pecados cuán al contrario hacemos, pues lo que nos es defendido[175] hacemos, juzgando en cualquier ocasión a nuestro prójimo; y lo que nos es mandado, que es el juzgarnos a nosotros mismos, no lo hacemos jamás; por lo cual, según las causas de los juicios temerarios, se les debe aplicar el remedio. Hay corazones agrios, amargos y ásperos de su naturaleza, que vuelven asimismo agrio y amargo todo lo que reciben; y convierten, como dice el Apóstol,[176] "el juicio en absintio, no juzgando jamás del prójimo sino con todo rigor y aspereza".[177] Estos tales tienen gran necesidad de caer entre las manos de un buen médico espiritual; porque siéndoles natural esta amargura de corazón, es dificultosa de vencer; y aunque en sí no sea pecado, sino una imperfección, es con todo eso peligrosa, por cuanto introduce y hace reinar en el alma el juicio temerario y la detracción. Algunos juzgan temerariamente, no por acedia de corazón, sino por soberbia, pareciéndoles que cuanto más abaten la honra ajena, tanto más elevan la propia; jueces arrogantes y locos que se maravillan de sí mismos y se levantan tan altos en su propia estimación, que miran todo lo demás como cosa pequeña y baja. "Yo no soy como los otros hombres", decía el loco Fariseo.[178] Algunos no tienen otro orgullo manifiesto, sino sólo un cierto y pequeño gusto en la consideración del mal ajeno, para saborear y hacer saborear más dul-

174 *I Cor.*, XI, 31.
175 "Prohibido, vedado".
176 *El profeta*, según el texto francés.
177 *Amós*, VI, 13.
178 *Lucas*, XVIII, 11.

cemente el bien contrario, de que se juzgan dotados; y este grado o complacencia es tan secreto e imperceptible, que si no se tiene buena vista, no se podrá de ninguna manera descubrir; y en sí mismos, los que son tocados de él, no le conocen si no se le muestran. Otros, por lisonjearse y excusarse a sí mismos, y por templar los remordimientos de su conciencia, juzgan fácilmente y de buena gana que los otros son viciosos, y en el vicio a que ellos son dados, o en algún otro por lo menos tan grande, pareciéndoles que la muchedumbre de reos hace su pecado menos reprensible. Muchos se dan al juicio temerario por el solo gusto que reciben en filosofar y adivinar las costumbres y condiciones de las personas, por manera de ejercicio de espíritu; y si por suerte aciertan alguna vez con la verdad en sus juicios, el atrevimiento y deseo de continuar crece en ellos de manera que no hay quien los aparte de este vicio. Otros juzgan por pasión y piensan siempre bien de aquello que aman, y siempre mal de aquello que aborrecen, si no es en un caso admirable, y no obstante verdadero, en el cual el exceso del amor provoca a hacer mal juicio de lo que se ama: efecto monstruoso, como en fin nacido de un amor impuro, imperfecto, alborotado y enfermo, que son los celos; los cuales, como todos saben, por una sola y simple vista, o por la menor risa o correspondencia, condenan las personas de maldad y adulterio. En fin, el miedo, la ambición, y otras semejantes flaquezas de espíritu, son causa de ordinario de semejantes sospechas y juicios temerarios. ¿Pero qué remedio para esto? Los que beben el zumo de la yerba llamada *ofiusa*, de Etiopía, por dondequiera que extienden la vista les parece que ven serpientes y cosas espantosas; [179] y los que han alojado a la soberbia, a la envidia, a la ambición y al rencor, no ven cosa que no hallen mala y digna de

179 Plinio, *Hist. nat.*, XXIV, 102.

menosprecio. Aquellos, para verse sanos, debían tomar vino de palma, y lo mismo digo para estos otros: bebed lo más que podáis el vino sagrado de la caridad, que él os evacuará de estos malos humores que os llevaban a hacer juicios errados. La caridad, no sólo no busca el mal, pero teme de encontrarle; cuando le encuentra vuelve la cabeza y disimula, y aun cierra los ojos antes de verle al primer ruido que percibe; y después cree por una santa simplicidad, que no era mal, sino sólo la sombra o alguna fantasma suya; y si por fuerza reconoce ser el mismo mal, al punto procura despedir este pensamiento y olvidar su figura. La caridad es el gran remedio para todos los males, y principalmente para éste. Todas las cosas parecen amarillas a los ojos de los atericiados.[180] Dicen que para sanarlos se les ha de poner debajo de la planta de los pies la esclarianota.[181] Así, este pecado de juicio temerario es una tericia espiritual, que hace parecer todas las cosas malas a los ojos de los que están tocados de ella; mas quien quiera sanar, es menester que ponga los remedios, no en los ojos, no en el entendimiento, sino en las aficiones, que son los pies del alma. Si tus aficiones son benignas, tu juicio será benigno; si son caritativas, tu juicio será de la misma suerte. Daréte tres ejemplos admirables. Isaac había dicho que Rebeca era su hermana.[182] Abimelec vio que jugaba con ella; esto es, que la acariciaba tiernamente, y juzgó luego que era su mujer. Un ojo maligno hubiera antes juzgado que era su amiga, o si era su hermana, que era un incesto. Mas Abimelec sigue la más caritativa opinión que en tal caso podía tener. Menester es, pues, hacer siempre lo mismo, Filotea, juzgando en favor del prójimo cuanto nos sea posible; que si una acción pudiera tener cien caras, debe-

180 Es decir, "de los enfermos de ictericia".
181 Planta de la familia de las escrofulariáceas.
182 *Génesis*, XXVI, 7-9.

ríamos mirarla en la que fuese más hermosa. Nuestra Señora estaba preñada; San José lo veía claramente; mas como por otra parte la consideraba enteramente santa y enteramente angélica, no pudo aun creer estuviese preñada contra su deber; y dejándola, resolvió dejar el juicio a Dios; y aunque el argumento fue violento para hacerle concebir mala opinión de la Virgen, no quiso con todo eso jamás juzgarle. ¿Mas por qué? Porque, dice el Espíritu de Dios, "era justo".[183] El hombre justo, cuando no puede excusar ni el hecho ni la intención de aquel a quien ha conocido hombre de bien, aun no quiere juzgarle, sino antes procura desechar el tal pensamiento, dejando el juicio a solo Dios. Crucificado nuestro Salvador, no pudiendo excusar por entero el pecado de los que le crucificaban, por lo menos disminuía la malicia, alegando su ignorancia.[184] Cuando no podemos excusar el pecado, hagámosle por lo menos digno de compasión, atribuyéndole a la causa más soportable que podamos.

Luego ¿no podemos nunca juzgar al prójimo? No por cierto, jamás; el mismo Dios, Filotea, es el que juzga a los reos en la justicia. Verdad es que se sirve de la voz de los magistrados para hacerse inteligible a nuestras orejas. Éstos son sus ministros e intérpretes; y no pueden pronunciar cosa fuera de lo que han aprendido de Él, como en fin oráculos suyos. Y si hacen otras cosas, siguiendo sus propias pasiones, entonces serán sin duda ellos los que juzguen y los que por consiguiente serán juzgados; porque es prohibido a los hombres, en calidad de hombres, el juzgar a los otros.

El ver o conocer una cosa no es juzgarla; porque el juicio (según la frase de la Escritura) presupone alguna pequeña o grande, verdadera o aparente dificultad,

[183] *Mateo*, I, 19.
[184] *Lucas*, XXIII, 34.

la cual sea necesario resolver. Por esto dice que los que no creen son ya juzgados, por cuanto no hay duda en su condenación.[185] ¿No será, pues, mal hecho el dudar del prójimo? No, porque no es defendido el dudar, sino el juzgar; pero tampoco es permitido ni el dudar ni el sospechar, sino sólo aquello que las razones y argumentos nos fuercen a dudar; de otra suerte las dudas y sospechas serían temerarias. Si algún ojo maligno hubiera visto a Jacob cuando besaba a Raquel junto al pozo,[186] o a Rebeca cuando aceptó los brazaletes y zarcillos de Eliezer,[187] hombre desconocido en aquella tierra, sin duda que el tal hubiera pensado mal de estos dos ejemplos de castidad, pero sin razón; porque cuando una acción es de sí misma indiferente, es una sospecha temeraria el sacar de ella una mala consecuencia, si no es que otras muchas circunstancias den fuerza al argumento. Es también juicio temerario el sacar consecuencia de un acto para injuriar la persona. Diré luego esto más claramente.

En fin, los que tienen buena cuenta con sus conciencias, pocas veces se hallan sujetos al juicio temerario; porque como las abejas, viendo revuelto el aire en el tiempo nubloso, se retiran a sus colmenas a mirar por su miel; así, los pensamientos de las buenas almas no salen ni se muestran sobre los objetos revueltos ni entre las acciones lóbregas y nublosas de los prójimos; antes para excusar el encontrarlas, se encierran en sus propios corazones para imaginar las buenas resoluciones de su propia enmienda.

Es muy de una alma inútil el embarazarse con el examen de las vidas ajenas. Hago excepción de los que tienen cargo de otros, así en la familia como en la re-

185 *Juan*, III, 18.

186 *Génesis*, XXIX, 11.

187 *Ibíd.*, XXIV, 22.

pública; porque una buena parte de la conciencia de éstos consiste en el velar y mirar por la de los otros. Hagan, pues, los tales su deber con amor, y después de esto retírense en sí mismos para mirar por sí mismos.

Capítulo XXIX: *De la murmuración*

El juicio temerario produce la inquietud, el menosprecio del prójimo, la soberbia y la satisfacción y agrado de sí mismo, y otros muchos efectos perniciosísimos, entre los cuales la murmuración tiene uno de los primeros lugares, como la verdadera peste de las conversaciones. ¡Oh, quién tuviera una de las brasas del santo altar para tocar los labios de los hombres, y que así quedasen limpios de inquietud y pecado, a imitación del serafín que purificó la boca de Isaías![188] Quien quitase la murmuración del mundo, quitaría una gran parte de los pecados e iniquidades. Cualquiera que quita injustamente la buena fama a su prójimo, fuera del pecado que comete, está obligado a hacer la reparación, aunque diversamente, según la diversidad de las murmuraciones, porque ninguno puede entrar en el cielo con el bien de otro; y entre todos los bienes exteriores, la buena fama es el mejor. La murmuración es una especie de homicidio; porque así como nosotros tenemos tres vidas, es a saber, la espiritual, que consiste en la gracia de Dios, la corporal en el alma, y la civil en la

188 *Isaías*, VI, 6-7.

buena fama; el pecado nos quita la primera, la muerte la segunda y la murmuración la tercera. El maldiciente, por un solo golpe de su lengua, hace ordinariamente tres homicidios: mata su alma y la del que le escucha con un homicidio espiritual, y quita la vida civil a aquel de quien murmura o maldice; porque, como dice San Bernardo, "aquel que detracta y aquel que oye tal maldiciente, todos dos tienen el diablo sobre sí; sino que el uno le tiene en la lengua y el otro en la oreja".[189] David, hablando de los maldicientes, dice: "Afilado han sus lenguas como una serpiente."[190] La serpiente, pues, tiene la lengua hendida, y con dos puntas, como dice Aristóteles,[191] y tal es la lengua del maldiciente, la cual, con un solo golpe, pica y emponzoña la oreja del oyente y la reputación de aquel de quien habla. Ruégote, pues, amada Filotea, no murmures jamás de persona, directa ni indirectamente; guárdate de imponer falsas culpas y pecados al prójimo, de descubrir los que son secretos, de engrandecer los que son manifiestos, de interpretar en mala la buena obra, de negar el bien que sabes cabe en alguno, de disimularle maliciosamente y disminuirle con palabras; porque de todas estas maneras ofenderás a Dios en extremo, y sobre todo acusando falsamente y negando la verdad en perjuicio del prójimo, porque es doblado pecado el mentir y ofender juntamente al prójimo.

Los que para murmurar o maldecir hacen ciertos prefacios de honor y entreveran ciertas pequeñas gentilezas y habilidades de los que murmuran, son los más finos y venenosos maldicientes. "Yo aseguro", dicen los tales, "que le amo, y que en lo demás es una buena persona; mas no obstante esto, si es que se ha de decir verdad, no tuvo razón en hacer tal o tal bellaque-

189 *In Cantica Sermo XXIV*, 3.
190 *Salmo* CXXXIX, 4.
191 *De hist. anim.*, I, 11.

ría". "Es una doncella muy virtuosa pero dejóse engañar"; y a este tono según su mala intención les dicta. ¿No ves tú, Filotea, este artificio? El que quiere tirar el arco, tira cuanto puede la flecha a sí; mas esto no es sino para arrojarla con más fuerza. Parece que aquellos retiran la murmuración a sí; mas no es sino para lanzarla con más firmeza, para que así penetre más adentro en el corazón de los oyentes. La murmuración, dicha en forma de regodeo, es aun la más cruel de todas. La cicuta de su natural no es un veneno muy fuerte, sino antes flojo y lento, y que fácilmente puede remediarse; pero tomada en vino, es irremediable.[192] Así, la murmuración, que de sí fácilmente se entraría por una oreja y se saldría por la otra (como dicen vulgarmente), queda más firme en la memoria de los oyentes cuando se da dentro de algún concepto o dicho sutil y alegre. "Tienen los tales", dice David, "el veneno del áspid debajo de sus labios".[193] El áspid hace su picadura, que casi no se percibe, y luego su veneno causa una comezón gustosa, por cuyo medio el corazón y las entrañas se dilatan y reciben el veneno, contra el cual después no hay ningún remedio.

No digas nunca: "Fulano es un borracho", aunque le hayas visto borracho; ni "es adúltero", por haberle visto en este pecado; ni "es incestuoso", por haberle hallado en esta desventura; porque un solo acto no da el nombre a la cosa. El sol se paró una vez en favor de la victoria de Josué,[194] y se obscureció otra en favor de la del Salvador del mundo;[195] mas no por eso dirá ninguno que sea inmóvil u obscuro. Noé se emborrachó una vez y Lot otra: y aun más hizo éste, que cometió un gran incesto;[196] mas no por esto fueron borrachos

[192] Plinio, *Hist. nat.*, XXV, 95.
[193] *Salmo* XIII, 3.
[194] *Josué*, X, 13.
[195] *Lucas*, XXIII, 45.
[196] *Gén.*, IX, 21; XIX, 33.

ni el uno ni el otro, ni Lot incestuoso, ni San Pedro sanguinolento porque derramó una vez sangre, ni blasfemo porque blasfemó una vez.[197] Para tomar el nombre de algún vicio y de alguna virtud, menester es que hayan hecho algún progreso y hábito. Engaño es, pues, el decir que un hombre es colérico o ladrón por haberle visto enojado o hurtar una vez.

Aunque un hombre haya sido vicioso mucho tiempo, aun hay peligro de mentir cuando le llaman vicioso. Simón el leproso llamaba a la Magdalena pecadora porque poco antes lo había sido; [198] pero mentía con todo eso porque ya no lo era, sino una santa penitente; y también nuestro Señor tomó en su protección su causa.

El otro loco fariseo tenía al publicano por gran pecador, y aun podría ser por injusto adúltero y gran ladrón; pero engañábase en extremo, porque al mismo instante quedó justificado.[199] ¡Ay de mí! Pues la bondad de Dios es tan grande que un solo momento basta para alcanzar y recibir su gracia, ¿qué seguridad podemos nosotros tener de que un hombre que fue ayer pecador lo sea hoy? El día precedente no debe juzgar el presente, ni el presente debe tampoco juzgar el precedente; sólo el último es el que los juzga todos.

Jamás, pues, podemos decir que un hombre es malo sin peligro de mentir. Lo que podemos decir en caso que nos sea necesario el hablar, es que hizo un tal acto malo, que vivió mal en tal tiempo, o que hace mal al presente; pero no se puede sacar ninguna consecuencia de ayer a hoy ni de hoy al día de ayer, ni menos al día de mañana.

Aunque nos es necesario ser muy mirados en no decir mal del prójimo, debemos asimismo guardarnos de un extremo, en que algunos caen, los cuales, por evitar

197 *Jn.*, XVIII, 10; *Mat.*, XXVI, 74.
198 *Lucas*, VII, 39.
199 *Lucas*, XVIII, 11, 14.

la murmuración, loan y dicen bien del vicio. Si se halla una persona conocidamente maldiciente, no digas por excusarla que es libre y franca; una persona manifiestamente vana, no digas que es generosa y particular; y las familiaridades peligrosas no las llames simplicidades o bondades. No afeites[200] la desobediencia con el nombre de celo, ni la arrogancia con nombre de libertad, ni la lascivia con nombre de amistad. No, querida Filotea: no es bien, pensando huir del vicio de la murmuración, favorecer, lisonjear y mantener los peligros; antes se ha de decir clara y libremente mal del mal y afear las cosas feas; y haciendo esto, glorificamos a Dios, con que esto sea con las condiciones siguientes.

Para afear los vicios de otro con justa causa, es menester que la utilidad de aquel de quien se habla y de aquellos a quien se habla lo requiera. Veo que cuentan delante de algunas doncellas las familiaridades secretas de tales y tales, y que son manifiestamente peligrosas; o la disolución de un tal o una tal, en palabras o acciones que son manifiestamente lúbricas. Si yo no afeo libremente este mal, sino antes le pretendo excusar, tomarán ocasión las que oyen y podrá fácilmente imprimirse en sus tiernas edades el deseo de seguir alguna de estas cosas; y así, su utilidad requiere que libremente afee tales acciones, y al mismo instante, si no es que pueda reservar el hacer este buen oficio más a propósito y con menos daño de aquellos de quien se habla, en otra ocasión.

Fuera de esto me tocará hablar de este sujeto cuando sea de los primeros de la conversación; porque si entonces no hablo, parecerá que apruebo el vicio; que si soy de los menores, no debo intentar hacer esta censura, sino mostrarme cabal en mis palabras, de manera que no diga una sola demasiada. Como por ejemplo: Si

200 "No embellezcas".

yo vitupero la altivez[201] de aquel mozo y de aquella doncella, por cuanto es muy indiscreta, menester es, Filotea, que tenga la balanza bien justa para no engrandecer la cosa ni un pelo. Si no hay sino una flaca apariencia, no pasaré de aquí. Si no hay sino una simple imprudencia, tampoco diré más de esto. Si no hay ni imprudencia ni verdadera apariencia del mal, sino sólo un no sé qué, que en algún espíritu malicioso puede tomar achaque de murmuración, no diré ninguna cosa ni saldré de la verdad. Mi lengua, mientras juzgo al prójimo, está en mi boca, como una navaja en la mano del cirujano que quiere cortar entre los nervios y ternillas; es menester que el golpe que diere sea tan justo, que no diga ni más ni menos de lo que fuere conveniente. En fin, es menester observar, sobre todo cuando se reprende el vicio, el perdonar cuanto sea posible la persona en quien está.

Verdad es que de los pecadores infames, públicos y manifiestos, se puede hablar libremente, con tal que esto sea con espíritu de caridad y compasión, y no con arrogancia ni presunción, ni por holgarse del mal ajeno, porque esto último es muy de corazón vil y abatido. Hago excepción entre todos de los enemigos declarados de Dios y de su Iglesia, porque a estos tales se les ha de infamar cuanto se pueda, como son las sectas de los herejes y cismáticos, y las cabezas de ellas. Caridad es gritar al lobo cuando está entre las ovejas, o en otra cualquier parte.

No hay quien no se tome la licencia de juzgar y censurar los príncipes y de murmurar de las naciones en general, según la diversidad de aficiones que tienen en su particular. No caigas, Filotea, te ruego, en esta falta, porque fuera de la ofensa que se hace a Dios, podría causarte mil suertes de pendencias.

201 La *familiaridad*, en el original.

Cuando oyeres murmurar, haz dudosa la acusación si es que lo puedes hacer justamente; y si no pudieres, excusarás la intención del acusado; y si aun esto no pudiere ser, mostrarás tenerle compasión, procurando mudar de propósito,[202] acordándote y haciendo acordar a los demás que los que no caen en falta deben dar toda la gracia a Dios. Procura reportar al maldiciente por algún apacible modo, y di algunos bienes (si los supieres) de la persona ofendida.

Capítulo XXX: *Algunos otros avisos tocantes al hablar*

Debe ser nuestro lenguaje dulce, agradable, sincero, natural y verdadero. Guárdate, pues, de los dobleces, artificios y fingimientos; porque aunque no sea bueno el decir siempre toda suerte de verdades, tampoco es permitido el ir contra la verdad. Acostúmbrate a nunca mentir adrede, ni por excusa, ni de otra manera, acordándote que Dios es el Dios de la verdad.[203] Si ves que mentiste por descuido y puedes enmendar la falta al punto con alguna explicación o reparación, enmiéndala. Una excusa verdadera tiene más gracia y fuerza para excusar que la mentira.

Bien es verdad que alguna vez se puede, con discreción y prudencia, arrebozar y cubrir la verdad por

[202] Es decir, "procurando cambiar de conversación".
[203] *Salmo* XXX, 6.

algún artificio de palabra; mas no por eso se ha de practicar esto sino en cosa de importancia, cuando la gloria y servicio de Dios manifiestamente lo requieren. Fuera de esto, los artificios son peligrosos, porque como dice la Sagrada Palabra: "El Santo Espíritu no habita en un espíritu fingido y doblado."[204]

No hay ninguna fineza tan buena y digna de desear como la simplicidad. Las prudencias mundanas y artificios carnales pertenecen a los hijos del siglo; mas los hijos de Dios caminan sin rodeo y tienen el corazón sin dobleces. "Quien camina simplemente", dice el Sabio, "camina con seguridad"[205]; la mentira, el doblez y el fingimiento, son siempre de un espíritu flaco y agudo.

San Agustín había dicho en el cuarto libro de sus *Confesiones*, que su alma y la de su amigo no eran sino una sola, y que esta vida le era aborrecible después de la muerte de su amigo, por cuanto no quería vivir a medias; y que asimismo, y por este respecto, temía también el morir, porque muriendo él, no muriese su amigo de todo punto.[206] Estas palabras le parecieron después muy artificiosas y afectadas, y así, las revoca en el libro de sus *Retractaciones*, y las llama una ineptia, que es lo mismo que una necedad.[207] ¿Ves tú, amada Filotea, esta alma santa y hermosa cuán tierna se muestra en el sentimiento de la afectación de las palabras? Cierto es un gran ornato de la vida cristiana la fidelidad, llaneza y sinceridad del lenguaje. "Ya he dicho que tendré cuenta con mis caminos para no pecar en mi lengua." "¡Oh, Señor!, ponme guardas en mi bo-

204 *Sabiduría*, I, 5.
205 *Proverbios*, X, 9.
206 *Confesiones*, IV, 6.
207 *Retract.*, II, 6.

ca y una puerta que cierre mis labios", decía David.[208]

Aviso es del rey San Luis el no desmentir a nadie no habiendo pecado o gran daño en lo contrario, y esto por evitar todas contiendas y disputas. Cuando importa, pues, el contradecir a alguno y oponer su opinión a la de otro, menester es usar de grande mansedumbre y destreza, sin querer violentar el espíritu del otro; porque, así como así, no se gana nunca nada tomando las cosas con aspereza.

El hablar poco, tan encomendado por los sabios antiguos, no se entiende porque sea menester decir pocas palabras, sino no decir muchas inútiles; porque en materia de hablar, no se mira la cantidad, sino la calidad, y me parece que se deben huir dos extremos: porque hacer del demasiado entendido y severo, rehusando el contribuir en los discursos familiares que se hacen en las conversaciones, parece que es, o falta de confianza o alguna suerte de desdén. El hablar también siempre, sin dar ni lugar ni tiempo a los otros para que hablen a su gusto, también es señal de desvanecimiento y liviandad.

San Luis no hallaba bueno que estando en compañía se hablase en secreto y en consejo, y particularmente a la mesa, por quitar la sospecha que se podría engendrar en tales secretos de que se hablaba mal de los otros. "Aquel", decía el buen rey, "que está a la mesa en buena compañía, y que tiene que decir alguna cosa alegre y de gusto, debe decirla que todo el mundo la entienda; si es cosa de importancia, se debe callar sin decirla".

208 *Salmos* XXXVIII, 2 y CXL, 3.

Capítulo XXXI: *De los pasatiempos y recreaciones, y primeramente de los lícitos y loables*

Fuerza es el dar algunas veces a nuestro espíritu y a nuestro cuerpo alguna suerte de recreación. San Juan Evangelista (como dice el bien afortunado Casiano) fue un día hallado en el campo por un cazador con una perdiz sobre el puño, a la cual acariciaba por manera de recreación. Preguntóle el cazador que por qué, siendo hombre de tal calidad, pasaba el tiempo en cosa tan baja y vil. Y San Juan le dijo: "¿Por qué tú no traes siempre tu arco tendido?" "De miedo", respondió el cazador, "que teniéndole siempre curvo, no pierda la fuerza por el demasiado estirarse, y le falte cuando me haya menester servir de él". "No te espantes, pues", replicó el apóstol, "si yo me aparto algunos ratos del rigor y atención de mi espíritu para tomar un poco de recreación, pues no es sino para poder después emplearme mejor y más vivamente a la contemplación".[209] Vicio es sin duda el ser tan rigurosos, agrestes y salvajes, que no quieran tomar para sí ni permitir a los otros ninguna suerte de recreación.

Tomar el aire, pasearse, entretenerse con discursos alegres y amigables, tocar el laúd y otros instrumentos, cantar música, ir a caza, todas éstas son recreaciones tan honestas, que para usar bien de ellas no hay necesidad sino de la común prudencia, que es la que da a todas las cosas orden, tiempo, lugar y medida.

Los juegos en que la ganancia sirve de precio y recompensa a la habilidad e industria del cuerpo o espíritu, como los juegos de pelota, balón, mallo, el correr la sortija, el ajedrez, las tablas, todas ellas son recreaciones de sí buenas y lícitas; sólo se ha de guardar del exceso, sea en el tiempo que se emplea o en el pre-

[209] *Collationes Patrum*, XXIV, 21.

cio que se pone; porque si se emplea mucho tiempo, ya no es recreación, sino ocupación; y así no se alivia ni el espíritu ni el cuerpo; antes al contrario, desvanece y oprime. Habiendo jugado cinco o seis horas al ajedrez, al levantarse se halla el espíritu flojo y cansado. Jugar mucho tiempo a la pelota, ya no es recrear el cuerpo, sino molerle. Si el precio (esto es, lo que se juega) es muy grande, las aficiones de los jugadores se desreglan; y fuera de esto, no es justo el poner tan grandes precios a habilidades e industrias de tan poca importancia y tan inútiles como son las habilidades de los juegos. Mas sobre todo tendrás cuenta, Filotea, de no poner tu afición en todo esto; porque por honesta que sea tu recreación, es vicio el poner en ella su corazón y su afición. No digo yo que no se haya de tomar gusto en el juego mientras se juega, porque de otra suerte no recrearía; pero digo que no se ha de poner en él la afición para desearle, para embebecerse y para embarazarse con él.

Capítulo XXXII: *De los juegos prohibidos* [210]

Los juegos de los dados, de los naipes y otros semejantes, cuya ganancia depende principalmente de la suerte, no solamente son recreaciones peligrosas, como las dan-

[210] No figura este capítulo en la traducción de Quevedo, como no figura tampoco en las dos ediciones que siguieron a la edición príncipe, indicio de que acaso se sirvió de una de éstas para su versión. El capítulo sobre los juegos no volvió a aparecer sino a partir de 1616, y es de advertirse que fueron numerosas las reimpresiones subrepticias que se hicieron entre esas dos fechas. La edición publicada en París en 1619 puede considerarse como definitiva y completa.

zas, pero son simple y naturalmente malas y vituperables. Por esto están prohibidas por las leyes civiles y eclesiásticas. Pero, ¿qué tan grande es el mal que en esto hay?, me dirás. La ganancia en estos juegos no viene según la razón, sino conforme la suerte, la cual de ordinario cae a aquel que ni por su industria ni habilidad merece cosa alguna; y en esto es ofendida la razón. Pero me dirás: Así nos hemos convenido. Eso es bueno para mostrar que el que gana no hace agravio a los otros. Pero de ahí no se sigue que la convención no sea contra toda razón, y el juego también; porque la ganancia que debe ser precio de la industria lo viene a ser de la suerte, que no merece precio alguno porque no depende de nosotros.

Demás de esto, estos juegos tienen nombre de recreación y se inventaron para eso; pero de ninguna manera lo son, sino violentas ocupaciones; porque, ¿cómo puede dejar de ser ocupación tener el espíritu atado y oprimido con perpetuas inquietudes, aprensiones y congojas? ¿Hay atención más triste, más melancólica que la de los jugadores? Por esto no se ha de hablar cuando se juega, ni reír ni toser, porque será darles una pesadumbre.

En fin, no hay gusto en el juego si no se gana. Y esta alegría ¿puede dejar de ser injusta, pues no se puede tener sino es con la pérdida del placer del compañero? Verdaderamente este regocijo es infame. Por estas tres razones son prohibidos los juegos.

Sabiendo el gran rey San Luis que su hermano el conde de Anjou y el señor Gautier de Nemours jugaban, se levantó, aunque estaba enfermo, y entró en su aposento titubeando; y cogiendo las tablas y los dados, con parte del dinero, lo arrojó por una ventana al mar, enojándose mucho con ellos.[211] La santa y casta doncella

211 Joinville, *Hist. de S. Loys*, segunda parte.

Sara, hablando con Dios de su inocencia, le decía: "Vos sabéis, Señor, que no he conversado jamás con los jugadores."[212]

Capítulo XXXIII: *De los bailes y pasatiempos lícitos, pero peligrosos*

Las danzas y bailes son cosas indiferentes de su naturaleza; pero según el ordinario modo con que este ejercicio se hace, es muy inclinado y pendiente a la parte del mal, y por consiguiente lleno de riesgo y peligro.[213] Hácese de noche, y en medio de las tinieblas y obscuridad, y así es fácil el deslizarse a muchos accidentes tenebrosos y vicios en un sujeto que de sí mismo es muy susceptible del mal. Trasnóchase demasiado, y después se pierde la mañana del día siguiente, y por consiguiente el medio de servir a Dios en ella. Y en una palabra digo, que es locura el trocar el día con la noche, la luz con las tinieblas, las buenas obras con las locuras. Llevan todos a los bailes vanidad a porfía, y la vanidad es tan grande y cierta disposición para las malas aficiones y amores peligrosos y reprensibles, que fácilmente se engendra todo esto en las danzas.

Dígote, pues, de las danzas lo que los médicos dicen de las setas y hongos. Dicen, pues, que los mejores

212 *Tobías*, III, 16-17.

213 Las danzas y bailes se entienden por los festines que se usan en Francia y Flandes, los cuales son siempre de noche. (N. del T.)

no valen nada, y así también te digo que los mejores bailes no son muy buenos; pero con todo eso, si hubieres de comer setas, procura que estén bien aderezadas. Si por alguna ocasión, de la cual buenamente no pudieres excusarte, hubieres de ir al festín o baile, procura que tu danza esté bien aparejada. ¿Cómo, pues, ha de estar aparejada? De modestia, de dignidad y de buena intención. Comed poco y pocas veces (dicen los médicos hablando de los hongos), porque por bien aparejados que estén, la cantidad les sirve de veneno. Danza poco y pocas veces, Filotea, porque si lo haces de otra suerte, correrás peligro de aficionarte a esta vanidad y a tropezar en las que de ella dependen.

Los hongos, según Plinio[214] como son esponjosos y porosos, tiran fácilmente toda la infección y corrupción que tienen alrededor de sí; y así, estando cerca de las serpientes, reciben su veneno. Los bailes, las danzas y semejantes juntas tenebrosas tiran de ordinario los vicios y pecados que reinan en el lugar, las pendencias, las envidias, las burlas y los amores locos; y como estos ejercicios abren los poros del cuerpo a los que los usan, así también abren los poros del corazón; después de lo cual, si alguna serpiente viene a soplar a las orejas alguna palabra lasciva, alguna terneza engañosa, algún requiebro vano, o algún basilisco arroja miraduras deshonestas y ojeos amorosos, ¿quién duda que entonces el corazón está muy aparejado a dejarse asaltar, rendir y emponzoñar?

¡Oh, Filotea! Estas impertinentes recreaciones son de ordinario peligrosas: disipan y pierden el espíritu de devoción, debilitan las fuerzas, resfrían la caridad, y despiertan en el alma mil suertes de malas aficiones. Por esto, pues, se deben usar con una gran prudencia.

214 *Hist. nat.*, XXII, 46.

Pero sobre todo se dice que después de los hongos se debe beber vino precioso; y yo digo que después de las danzas se ha de usar de algunas santas y buenas consideraciones que estorben las peligrosas impresiones que el vano placer que se ha recibido podría causar en nuestros espíritus. ¿Pero qué consideraciones?

1. Al mismo tiempo que tú estabas en los bailes, muchas almas ardían en el fuego del infierno por los pecados cometidos en la danza o por causa de la danza.

2. Muchos religiosos y gente de devoción estaban a la misma hora delante de Dios: cantaban sus alabanzas y contemplaban su bondad. ¡Oh, y cómo su tiempo ha sido mucho más dichosamente empleado que el tuyo!

3. Mientras tú danzaste, muchas almas se despidieron de esta vida entre mil ansias y congojas; mil millares de hombres y mujeres han sufrido grandes trabajos en sus camas, en los hospitales y en las calles: la gota, la piedra, las fuertes calenturas. ¡Pobres de ellos, que no han tenido ningún reposo! ¿No tienes tú, pues, compasión de ellos? ¿Piensas tú que un día no gemirás como ellos mientras otros dancen, como tú has hecho?

4. Nuestro Señor, nuestra Señora, los ángeles y los santos te han visto en el baile: sin duda que te han tenido lástima, viendo tu corazón embebecido en tal desatino y atento a semejante necedad.

5. ¡Pobre de mí, que mientras tú estabas allí, el tiempo se pasó y la muerte se acercó! ¿No ves cómo ésta se burla de ti, y que te llama a su danza, en la cual los gemidos de tu corazón servirán de violones, y donde no harás sino una sola mudanza de la vida a la muerte? Esta danza es el verdadero pasatiempo de los mortales, pues pasan en un momento del tiempo a la eternidad de gloria o de pena. Hete puesto estas pequeñas consideraciones; pero Dios (si es que vive en ti su temor) te traerá otras al mismo sujeto.

Capítulo XXXIV: *Cuándo se puede jugar y danzar*

Para jugar y danzar lícitamente es menester que sea por recreación y no por afición, por poco tiempo y no hasta cansarse y desvanecerse, y que esto sea raramente; porque siendo esto de ordinario, ya es hacer de la recreación ocupación. ¿En qué ocasiones, pues, se puede jugar y danzar? Las justas ocasiones de la danza y del juego indiferente, son más frecuentes; las de los juegos prohibidos son más raras, como también tales juegos son mucho más reprensibles y peligrosos. Mas en una palabra te digo: danza y juega según las condiciones que te he apuntado, cuando por condescender y agradar a la honesta conversación en que estuvieres, la prudencia y discreción te lo aconsejaren; porque la condescendencia, como pimpollo de la caridad, hace las cosas indiferentes buenas, y las peligrosas permitidas, y asimismo quita la malicia a las que son en alguna manera malas. Por esto, pues, los juegos de azar, que de otra suerte serían reprensibles, no lo son, si alguna vez la justa condescendencia nos lleva a ellos. Hame consolado el haber leído en la vida del bienaventurado Carlos Borromeo, que condescendía con los esguízaros [215] en ciertas cosas, en las cuales por otra parte era muy severo; y que el bienaventurado Ignacio de Loyola, estando convidado a jugar, lo aceptó. Cuanto a Santa Isabel, reina de Hungría, también a veces jugaba y se hallaba en las juntas de pasatiempo, sin perjuicio de la devoción, la cual tenía tan bien arraigada en su alma, que como las rocas que están alrededor del lago de Rieta crecen siendo combatidas de las ondas,[216] así la devo-

215 *Esguízaros*, es decir, *suizos* (del término alemán *Schweizer*), se llamaba antiguamente a los soldados de infantería.
216 Plinio, *Hist. nat.*, II, 106.

ción crecía en medio de las pompas y vanidades a que su grandeza la exponía. Éstos son los grandes fuegos que se inflaman y crecen al viento; mas los pequeños se apagan, no llevándolos cubiertos.

Capítulo XXXV: *Que es necesaria la fidelidad en las grandes y pequeñas ocasiones*

El Esposo sagrado, en el *Cántico de los Cánticos,* dice que su Esposa le ha arrebatado su corazón con uno de sus ojos y uno de sus cabellos.[217] Entre todas las partes exteriores del cuerpo humano, no hay ninguna más noble, sea por el artificio o sea por la actividad, que el ojo, ni más vil que los cabellos. Por esto, pues, el divino Esposo quiere hacer entender, que no sólo le son agradables las grandes obras de las personas devotas, pero también las menores y más bajas; y que para servirle a su gusto, se debe tener gran cuidado de servir bien en las cosas grandes y altas y en las cosas pequeñas y humildes, pues podemos igualmente por las unas y por las otras robarle el corazón por amor.

Aparéjate, pues, Filotea, a recibir muchas y grandes aflicciones por nuestro Señor, y asimismo el martirio. Resuélvete de darle todo lo que tuvieres por más precioso, si le agradase de tomarlo: padre, madre, hermano, marido, mujer, hijos, tus ojos mismos y tu vida, porque a todo esto debes aparejar tu corazón. Mas

217 *Cant.,* IV, 9.

mientras la divina Providencia no te envía aflicciones tan sensibles y grandes, y que no quiere de ti tus ojos, dale por lo menos tus cabellos. Diréte cómo: lleva con paciencia las pequeñas injurias, las pequeñas incomodidades, las pérdidas de poca importancia, que te son cuotidianas; porque por medio de estas pequeñas ocasiones, empleadas con amor y dilección, ganarás enteramente su corazón y le harás todo tuyo. Estos pequeños sufrimientos cuotidianos, el mal de dientes, la defluxión, el bravear del marido y de la mujer, el romperse un vidrio, el menosprecio o ceño, la pérdida de unos guantes, de una sortija, de un pañuelo, la pequeña incomodidad que recibimos en irnos a acostar temprano y levantarnos de mañana para rezar, para comulgar; la pequeña vergüenza que se tiene haciendo ciertas acciones de devoción públicamente; en fin, todos estos pequeños sufrimientos, tomados y abrazados con amor, contentan en extremo a la Bondad Divina, la cual, por un solo vaso de agua, ha prometido la mar de todas felicidades a sus fieles; [218] y porque estas ocasiones se presentan a cada paso, es un gran medio para juntar muchas riquezas espirituales el emplearlas bien.

Cuando vi en la vida de Santa Catalina de Sena tantos raptos y elevaciones de espíritu, tantas palabras de sabiduría, y asimismo de predicaciones hechas por ella, no dudé que con este ojo de contemplación hubiese robado el corazón de su Esposo celeste; pero igualmente me consoló cuando la vi en la cocina de su padre entender humildemente en el asador, atizar el fuego, aparejar la vianda, amasar el pan y hacer todos los más bajos oficios de la casa, con un ánimo lleno de amor y dilección para con su Dios. Y no estimaba en menos la pequeña y baja meditación que hacía a vuelta de estos oficios viles y abatidos, que los éxtasis y raptos que tan a menudo tenía, los cuales puede ser

218 *Mateo*, X, 42.

no la fuesen dados sino en recompensa de esta humildad y desprecio. Su meditación, pues, era tal: Imaginábase que aderezando la comida para su padre la aderezaba para nuestro Señor, como otra Santa Marta; que su madre tenía el lugar de nuestra Señora y sus dos hermanos el lugar de los apóstoles, ejercitándose de esta suerte en servir en espíritu a toda la corte celeste, empleándose en estos servicios humildes con una grande suavidad y mansedumbre, por cuanto sabía la voluntad de Dios.[219] Hete dicho estos ejemplos, Filotea, para que sepas cuánto importa enderezar bien todas nuestras acciones, por viles que sean, al servicio de su Divina Majestad.

Por eso te aconsejo cuanto puedo imites esta mujer fuerte, a quien el gran Salomón tanto alaba: la cual, como él mismo dice, ponía la mano en cosas fuertes, generosas y relevadas; y no obstante, no dejaba de hilar: "Puso la mano en cosa fuerte y sus dedos tomaron el huso."[220] Pon la mano en cosa fuerte, ejercitándote en la oración y meditación, en el uso de los sacramentos, en dar amor de Dios a las almas, en derramar buenas inspiraciones en los corazones, y en fin, en hacer obras grandes y de importancia, según tu vocación; mas no olvides tampoco tu huso y tu rueca; esto es, que practiques aquellas pequeñas y humildes virtudes, las cuales, como flores, crecen al pie de la cruz: el servicio de los pobres, la visitación de los enfermos, el cuidado de la familia, con las obras que de él dependen, y la diligencia útil, la cual nunca te dejará ociosa; y a vueltas de todas estas cosas, aplicarás palabras y consideraciones semejantes a las que te he dicho de Santa Catalina.

[219] Raimundo de Capua, *Vida de Sta. Catalina de Siena*, I, 2.

[220] *Proverbios*, XXXI, 19.

Las grandes ocasiones de servir a Dios se presentan raramente; mas las pequeñas son ordinarias. "Quien fuere, pues, fiel en lo poco", dice el Salvador mismo, "le estableceré en lo mucho".[221] Haz, pues, todas tus cosas a honor de Dios,[222] y todas las cosas serán bien hechas, sea que comas, sea que bebas,[223] sea que duermas, sea que te recrees, sea que des vueltas al asador, con tal que sepas aprovechar tus negocios. Adelantarte has mucho delante de Dios, haciendo todas estas cosas, porque Dios asimismo gusta de que las hagas.

Capítulo XXXVI: *Que se ha de tener el espíritu justo y racional*

Somos hombres sólo por la razón, y por esto es cosa rara el hallar hombres verdaderamente racionales, por cuanto el amor propio nos aparta de ordinario de la razón, trayéndonos insensiblemente a mil suertes de pequeñas pero peligrosas injusticias e inquietudes, las cuales, como las pequeñas raposillas de quien se habla en el *Cántico de los Cánticos*[224] pierden las viñas, porque como son pequeñas, no se repara en ellas, y como son en cantidad, no dejan de hacer mucho daño. Dime: las que te diré ahora ¿no son iniquidades y sinrazones?

221 *Mateo*, XXV, 21.
222 *Colosenses*, III, 17.
223 *I Corintios*, X, 31.
224 *Cant.*, II, 15.

Acusamos por poco al prójimo, y excusámonos a nosotros en mucho; queremos vender muy caro, y comprar muy barato; queremos que se haga justicia en la casa ajena, y que en la nuestra haya misericordia; queremos que tomen a buena parte nuestras palabras, y somos cosquillosos y delicados con las que nos dicen; querríamos que el prójimo nos dejase su hacienda pagándosela, siendo más justo que la guarde él, dejándonos nuestro dinero; enojámonos con él porque no nos quiere acomodar, como si no fuera más razón enojarse él porque le queremos desacomodar.

Si nos aficionamos a un ejercicio, menospreciamos todos los demás y contradecimos todo lo que no es a nuestro gusto. Si hay alguno de nuestros inferiores que no tenga buena gracia, o a quien alguna vez hayamos reprendido, cualquier otra cosa que haga nos parece mal, sin que dejemos nunca de molestarle y gruñirle por las causas más leves. Al contrario, si alguno nos es agradable por alguna gracia sensual, no cae en cosa mala que no la excusemos. Hijos hay también virtuosos, a quien los padres y madres no pueden casi ver por alguna imperfección corporal. Otros hay viciosos que son los favorecidos por alguna gracia corporal. En todo y por todo preferimos los ricos a los pobres, aunque no sean ni de mejor sangre ni de más virtud. Asimismo preferimos los mejor vestidos: queremos nuestros derechos exactamente y por entero, y que los otros usen de cortesía en la cobranza de los suyos; guardamos nuestros puestos puntuosamente, y queremos que los otros sean humildes y condescendientes; quejámonos fácilmente del prójimo, y no queremos que nadie se queje de nosotros. Lo que hacemos por otro, nos parece siempre mucho; y lo que él hace por nosotros, nos parece siempre nada. Somos, en fin, como las perdices de Paflagonia, que tienen dos corazones,[225] porque tenemos un cora-

[225] Plinio, *Hist. nat.*, XI, 70.

zón dulce, gracioso y cortés para con nosotros, y un corazón duro, severo y riguroso para con el prójimo. Tenemos dos pesas, la una para pesar nuestras comodidades con la mayor ventaja que nos sea posible, y la otra para pesar las del prójimo con la menor que podemos. Y como dice la Escritura: "Los labios engañosos hablan en un corazón";[226] y decir *un* corazón, quiere decir que tienen dos; y el tener dos pesas, la una pesada para recibir y la otra ligera para dar, es cosa abominable delante de Dios.[227]

Sé, pues, Filotea, igual y justa en tus acciones: ponte siempre en el lugar de tu prójimo, y a él ponle en el tuyo, y así juzgarás bien. Haz cuenta que vendes cuando compras y que compras cuando vendes, y así comprarás y venderás justamente. Todas estas injusticias son pequeñas, por cuanto no obligan a restitución, si sólo nos quedamos en los términos del rigor para lo que nos es favorable; mas no por eso nos dejan de obligar a la enmienda, por ser en efecto grandes faltas de razón y caridad. Y asimismo no se pierde nada en vivir generosa, noble y cortésmente, y con un corazón real, igual y racional. Acuérdate, Filotea mía, de examinar a menudo tu corazón si es tal para con el prójimo como querrías que el suyo fuese para contigo, si estuvieras en su lugar, porque éste es el punto de la verdadera razón. Trajano, siendo censurado de sus confidentes porque (a su parecer) familiarizaba demasiado la majestad imperial con los particulares, respondió: "Así es verdad; mas debo yo ser tal emperador para con los particulares, cual desearía yo encontrar un emperador, si yo mismo fuera un particular."[228]

226 *Salmo* XI, 2.
227 *Deut.*, XXV, 13; *Prov.*, XX, 10, 23.
228 Eutropio, *Hist. Rom.*, VIII, 5.

Capítulo XXXVII: *De los deseos*[229]

No hay quien no sepa que nos debemos guardar del deseo de las cosas viciosas, porque el deseo del mal nos hace malos. Y aun te digo más, Filotea: que no desees las cosas que son peligrosas al alma, como son los bailes, los juegos y semejantes pasatiempos, ni las honras, ni cargos, ni las visiones y éxtasis; porque hay gran peligro de vanidad y daño en tales cosas. No desees las cosas muy apartadas, como son las que no pueden suceder en mucho tiempo. Esto hacen muchos, y por este medio cansan y disipan sus corazones inútilmente, y se ponen en peligro de grande inquietud. Si un mozo desea con mucha ansia el ser proveído en algún oficio antes de tiempo, ¿de qué le sirve este deseo? Si una mujer casada desea ser religiosa, ¿a qué propósito? Si yo deseo comprar la hacienda de mi vecino antes que él se determine a venderla, claro es que pierdo el tiempo en tal deseo. Si estando malo deseo predicar o celebrar la santa misa, visitar los otros enfermos y hacer los ejercicios de los que están con salud, estos deseos ¿no son vanos, pues en tal tiempo no está en mi mano el efectuarlos? Entretanto, también estos deseos inútiles ocupan el lugar de otros que debería tener, como el ser bien sufrido, bien acondicionado, bien mortificado, bien obediente y bien manso en mis trabajos, que es lo que Dios quiere que yo practique por entonces; pero nosotros engendramos de ordinario deseos de mujeres preñadas, que quieren cerezas y fresas en el otoño y uvas frescas en primavera.

[229] Precedía este capítulo al XXXVI en la edición príncipe; uno y otro fueron olvidados por el santo en la 2ª edición, e incorporados nuevamente en la 3ª edición.

De ninguna manera apruebo que una persona asida a alguna deuda o vocación, se embarace en desear otra suerte de vida fuera de la que le es conveniente a su deber, ni ejercicios incompatibles a su condición presente; porque esto disipa el corazón y le aparta de los ejercicios necesarios. Si yo deseo la soledad de los cartujos, perderé el tiempo, y este deseo ocupará el lugar del que debería tener de emplearme bien en mi oficio presente. Asimismo no querría que se desease tener mejor ingenio ni mejor juicio; porque estos deseos son frívolos y vanos, y ocupan el lugar del que cada uno debía tener de cultivar el suyo, tal cual fuere; ni que se deseasen para servir a Dios los medios que no se tienen, sino que se empleen fielmente los que se poseen. Entiéndese esto, pues, cuanto a los deseos que embebecen y ocupan el corazón; porque cuanto a los simples deseos, no hacen ningún daño, con tal que no sean frecuentes.

No desees las cruces, sino a medida de como hubieres llevado las que tuvieres presentes; porque es manifiesto engaño el desear el martirio y no tener ánimo para sufrir una injuria. El enemigo nos procura muchas veces traer grandes deseos: da objetos ausentes y que no se presentarán jamás, para divertir nuestro espíritu de los objetos presentes, en los cuales, por pequeños que sean, nos podíamos aprovechar mucho. Queremos combatir los monstruos de África por imaginación y nos dejamos matar en efecto de las menores serpientes que están en nuestro camino por falta de atención.

No desees las tentaciones, porque sería temeridad; sino emplea tu corazón para esperarlas animosamente y defenderte cuando se te ofrecieren.

La variedad de viandas, principalmente si la cantidad es grande, carga siempre el estómago; y si éste es flaco, le arruina. No hinches tu alma de muchos deseos mundanos, porque éstos te la dañarán de todo punto; ni tampoco espirituales, porque te embarazarán.

Cuando nuestra alma está purgada sintiéndose descargada de los malos humores, tiene un gran apetito de las cosas espirituales; y como hambrienta, no hace sino desear mil suertes de ejercicios de piedad, de mortificación, de penitencia, de humildad, de caridad y de oración. Es buena señal, Filotea mía, el tener tan vivo el apetito; pero mirarás si podrás bien digerir todo lo que pretendes comer.

Escoge, pues, con el aviso de tu padre espiritual entre tantos deseos los que pudieres practicar y ejecutar al presente; y en los tales procura aprovecharte bien. Hecho esto, Dios te enviará otros, los cuales también practicarás a su tiempo; y de esta suerte no perderás ninguno con deseos inútiles. No digo yo que se haya de perder ninguna suerte de buenos deseos, sino que se deben ejecutar por orden; y los que no puedan efectuarse al presente, que se encierren en algún rincón del corazón hasta que se les llegue el tiempo, y entretanto efectuar los que estuvieren maduros y en su sazón; lo cual no digo sólo por los deseos espirituales, sino también por los mundanos, sin lo cual no podríamos vivir sino con inquietud y embarazo.

Capítulo XXXVIII: *Avisos para los casados*

El matrimonio es gran sacramento: digo en Jesucristo y en su Iglesia:[230] es honroso a todos,[231] en todos y en todo; esto es, en todas partes. A todos, porque las

[230] *Efesios*, V, 32.
[231] *Hebreos*, XIII, 4.

vírgenes mismas le deben honrar con humildad. En todos, porque es igualmente santo, así entre los pobres como entre los ricos. En todo, porque su origen, su fin, sus utilidades, su forma y su materia son santas. Es el seminario del cristianismo, que hinche la tierra de fieles para cumplir en el cielo el número de los escogidos. Así que la conservación del bien del matrimonio es en extremo importante a la república, porque es la raíz y manantial de todas sus corrientes.

Pluguiese a Dios que su amado Hijo fuese llamado en todas las bodas, como lo fue en las de Caná, pues no faltaría jamás el vino de las consolaciones y bendiciones; el faltar éste en ellas de ordinario, pues no hay sino un pequeño bien a los principios, es porque en lugar de nuestro Señor hacen venir a Adonis, y Venus en lugar de nuestra Señora. Quien quiere tener corderillos hermosos y manchados, como Jacob, menester ha, como él, cuando las ovejas se juntan a aparearse, ponerlas a los ojos las varillas hermosas y de diversos colores;[232] y quien quiere tener un dichoso suceso en el matrimonio, deberá en sus bodas ponerse a los ojos de la consideración la santidad y dignidad de este santo sacramento; pero en lugar de esto suceden mil desconciertos en pasatiempos, en festines y en palabras; y así no es de maravillar si los efectos son desreglados.

Sobre todo exhorto a los casados el amor recíproco que el Espíritu Santo les encomienda tanto en la Escritura. Y no por eso se entiende que sea bastante el amarse el uno al otro con un amor natural, porque las tórtolas aun hacen esto; ni el amarse con el amor humano, porque los paganos han usado lo mismo; sino que hagáis como dice el gran Apóstol: "Maridos, amad vuestras mujeres como Jesucristo ama a su Iglesia."[233] Mujeres, amad vuestros maridos como la Iglesia santa

[232] *Gén.*, XXX, 38-39.
[233] *Efesios*, V, 25.

ama a su Salvador. Dios nuestro Señor fue quien llevó a Eva a nuestro primer padre Adán, dándosela por mujer. Dios también es, amigos míos, quien con su mano invisible ha hecho el nudo de la sagrada atadura de vuestro matrimonio, y el que os ha dado los unos a los otros. ¿Por qué, pues, no os acariciáis con un amor enteramente santo, enteramente sagrado y enteramente divino?

El primer efecto de este amor es la unión indivisible de vuestros corazones. Si se pegan dos pedazos de pino juntos, como sea el betún fino, la unión será tan fuerte que faltarán antes los pedazos por las otras partes que por la de la conjunción o ligadura. Dios, pues, junta el marido a la mujer en su propia sangre, y por esto esta unión es tan fuerte, que antes se debe separar el alma del cuerpo del uno y del otro, que el marido de la mujer; y no se entiende esta unión principalmente del cuerpo, sino del corazón, de la afición y del amor.

El segundo efecto de este amor debe ser la fidelidad inviolable del uno para con el otro. Antiguamente los anillos que traían en los dedos estaban sellados, como también la Escritura santa nos los muestra.[243] Éste, pues, es el secreto de la ceremonia que se hace en las bodas: la Iglesia, por las manos del sacerdote, bendice una sortija, y dándola primero al hombre, da a entender cómo sella su corazón por este sacramento, para que jamás después, ni el hombre ni el amor de otra ninguna mujer pueda entrar en él mientras viviere, sino la que le ha sido dada por propia. Después el esposo vuelve a poner el anillo en la mano de la esposa, para que recíprocamente sepa que jamás su corazón debe aficionarse de otro ningún hombre mientras viviere el que nuestro Señor acaba de darle.

El tercer fruto del matrimonio es la producción y legítima crianza de los hijos. Con razón debéis estimar,

243 *Esther*, VIII, 8; *Dan.*, VI, 17; XIV, 10.

¡oh casados!, el ver que Dios, queriendo multiplicar las almas, para que eternamente puedan bendecirle, os ha hecho cooperantes de una tan digna obra por la producción de los cuerpos, dentro de los cuales derrama como un rocío celestial las almas, criándolas como las cría, y las infunde en los cuerpos.

Conservad, pues, ¡oh maridos!, un tierno, constante y cordial amor para con vuestras mujeres. Por esto la mujer fue sacada de la costilla más cercana al corazón del primer hombre, para que fuese amada de él cordial y tiernamente. Las flaquezas y enfermedades, sean del cuerpo o del espíritu de vuestras mujeres, no os deben provocar a ninguna suerte de desdén, sino antes a una dulce y amorosa compasión; pues Dios las ha criado tales, para que dependiendo de vosotros, recibáis más honra y respeto. Tenedlas, pues, por compañeras; pero de tal suerte que no dejéis por eso de ser los maridos superiores. Y vosotras, ¡oh mujeres!, amad tierna y cordialmente, y con un amor lleno de respeto y reverencia, los maridos que Dios os ha dado; porque verdaderamente Dios por esto los ha criado de un sexo más vigoroso y predominante, y quiso que la mujer fuese una dependencia del hombre, un hueso de sus huesos, y una carne de su carne,[235] y que fuese producida de una costilla suya, sacada de debajo del brazo, para mostrar que debe estar debajo de la mano y guía del marido. Toda la Escritura santa os encomienda estrechamente esta sujeción, la cual no obstante, la misma Escritura os hace dulce, queriendo, no sólo que la llevéis con amor, pero ordenando a los maridos que la ejerciten con grande dilección, terneza y suavidad. "Maridos", dice San Pedro, "llevaos discretamente con vuestras mujeres, como con un vaso más frágil, respetándolas con amor".[236]

[235] *Gén.*, II, 23.
[236] *I Pedro*, III, 7.

Pero mientras os exhorto en el agradecer de más en más este recíproco amor que os debéis, mirad que no se convierta en alguna suerte de celos; porque sucede muchas veces, que así como el gusano se engendra de la manzana más delicada y madura, así los celos nacen del amor más ardiente y vivo de los casados; los cuales, no obstante, dañan y corrompen la sustancia, y poco a poco engendran las riñas, disensiones y divorcios. Es cierto que los celos nunca se arriman a la amistad que recíprocamente está fundada sobre la verdadera virtud; por esto, pues, son una indubitable señal de un amor en alguna manera sensual y grosero: y así se llegan siempre a lugares donde encuentran una virtud manca, inconstante y sujeta a desconfianza. Es, pues, una loca jactancia de amistad el quererla exaltar por los celos, porque los celos son una cierta señal de la grandeza y groseza de la amistad; mas no de una bondad, pureza y perfección, porque la perfección de la amistad presupone la seguridad de la virtud de la cosa amada, y los celos presuponen la incertidumbre.

Si queréis, ¡oh maridos!, que vuestras mujeres sean fieles, enseñadlas esta lección con vuestro ejemplo: "¿Con qué cara", dice San Gregorio Nacianceno, "queréis pedir la honestidad a vuestras mujeres, si vosotros mismos vivís en deshonestidades? ¿Cómo las pedís vosotros lo que no las dais a ellas? ¿Queréis que sean castas? Pues llevaos castamente con ellas".[237] Y San Pablo dice: "Cada uno sepa poseer su vaso en santificación; que si al contrario, vosotros mismos las enseñáis las glotonerías, no es de maravillar que recibáis deshonra en su pérdida. Pero vosotras, ¡oh mujeres!, cuya honra está inseparablemente junta con la vergüenza y honestidad, conservad celosamente vuestra gloria, y no permitáis que nin-

[237] *Oratio*, XXXVII, 7.

guna suerte de disolución manche la blancura de vuestra reputación."[238]

Temed toda suerte de ocasiones, por pequeñas que sean; no deis lugar nunca a ninguna suerte de requiebros. Cualquiera que os alabe vuestra hermosura y vuestra gracia, os debe ser sospechoso, porque cualquiera que alaba una mercancía que no puede comprar, de ordinario está tentado en extremo de hurtarla. Y si a alguna de vuestras alabanzas junta el menosprecio de vuestro marido, será ofenderos infinito; y es claro que no sólo el tal os quiere perder, pero que os tiene ya por medio perdidas; porque es cierto que está ya hecho la mitad del precio con el segundo mercader, cuando nos disgustamos con el primero.

Las damas, así antiguas como modernas, han usado el ponerse a las orejas perlas en número, por el gusto (dice Plinio)[239] que tienen en oír la armonía que hacen unas con otras juntándose. Pero en cuanto a mí, que sé que el grande amigo de Dios Isaac envió unos zarcillos a la casta Rebeca[240] por las primeras arras de sus amores, creo que este ornato místico significa la primera parte que un marido debe tener de una mujer. Ésta es la oreja, a fin de que ningún lenguaje ni ruido pueda entrar en ella, sino el dulce y amigable son de las palabras castas y honestas, que son las perlas orientales del Evangelio; por lo que nos debemos siempre acordar que se emponzoñan las almas por la oreja, como los cuerpos por la boca.

El amor y fidelidad juntos engendran siempre la familiaridad y confianza. Por esto, pues, los santos y santas han usado de muchas recíprocas caricias en su matrimonio: caricias verdaderamente amorosas, pero castas; tiernas, pero sinceras. Así, Isaac y Rebeca, el más

238 *I Tesalonicenses*, IV, 4.
239 *Hist. nat.*, IX, 56.
240 *Gén.*, XXIV, 22.

casto par de casados del anciano tiempo, fueron vistos por una ventana acariciándose de tal suerte, que aunque sin ninguna muestra deshonesta, conoció bien Abimelec que no podían ser sino marido y mujer.[241] El gran San Luis, igualmente riguroso para con su carne, y tierno para con el amor de su mujer, fue casi reprendido en ser abundante de tales caricias. Es verdad que, bien mirado, antes merecía alabanza, pues sabía templar su espíritu marcial y animoso con estas menudencias lícitas a la conservación del amor conyugal; porque aunque estas pequeñas muestras de pura y honesta amistad no ligan los corazones, con todo esto los acercan y juntan, y sirven de un entretenimiento agradable a la recíproca conversación.

Santa Mónica, estando preñada del gran San Agustín, le dedicó por medio de muchas ofrendas a la religión cristiana y al servicio de la gloria de Dios, según él mismo nos muestra, diciendo que "ya él había gustado la sal de Dios dentro del vientre de su madre".[242]

Es una grande enseñanza para las mujeres cristianas el ofrecer a la Divina Majestad los frutos de sus vientres, aun antes que hayan salido a luz; porque Dios, que acepta las oblaciones de un corazón humilde y voluntario, fecunda de ordinario en tal tiempo las buenas aficiones de las madres; testigos, Samuel, Santo Tomás de Aquino, San Andrés de Fiésola, y otros muchos. La madre de San Bernardo, madre digna de tal hijo, tomaba sus hijos en sus brazos luego que habían nacido, y los ofrecía a Jesucristo, y desde entonces los amaba con respeto, como a cosa sagrada, y que Dios se los había confiado; lo cual la sucedió tan dichosamente, que en fin, fueron todos siete muy santos. Luego que los hijos comienzan a servirse de la razón, los padres y las madres deberían tener un gran cuidado de impri-

241 *Gén.*, XXVI, 8-9.
242 *Confesiones*, I, 11.

mirles en el corazón el temor de Dios. La buena reina Blanca hizo fervorosamente este oficio con su hijo el rey San Luis, porque le decía muy a menudo : "Mucho más querría, amado hijo mío, verte morir a mis ojos, que el verte cometer un solo pecado mortal." Lo cual quedó de suerte grabado en el alma de este santo hijo, que, como él mismo contaba, no había día en que no se le acordase, trabajando cuanto le era posible en bien guardar esta divina doctrina.[243] Las razas y generaciones son llamadas en nuestra lengua *casas*; y asimismo los hebreos llaman a la generación de los hijos *edificación de casa*; porque en este sentido es en el que se ha dicho que Dios edificó casas a las sabias mujeres[244] de Egipto.[245] Esto es, pues, para mostrar que no es hacer una buena casa el abastecerla de muchos bienes mundanos, sino el bien industriar los hijos en el temor de Dios y virtud.

En esto, pues, no se debe rehusar ninguna suerte de pena y trabajos, pues los hijos son la corona de los padres.[246] Así, Santa Mónica combatió con tanto fervor y constancia las malas inclinaciones de San Agustín, que habiéndole seguido por mar y por tierra, le hizo más dichosamente hijo de sus lágrimas por la conversión de su alma, que no había sido hijo de su sangre por la generación de su cuerpo.

San Pablo deja a cargo de las mujeres el cuidado de la casa.[247] Por esto muchos tienen esta verdadera opinión de que su devoción es más fructuosa a la familia que la de sus maridos; los cuales, como no hacen una ordinaria residencia entre sus domésticos, no pueden por consiguiente guiarlos tan fácilmente a la virtud.

243 Joinville, *Hist. de S. Loys.*
244 Las *sabias mujeres* (en francés: *sages-femmes*) son las parteras.
245 *Exod.*, I, 21.
246 *Proverbios*, XVII, 6.
247 *Tito*, II, 5.

A esta consideración, Salomón, en sus *Proverbios*,[248] hace derivar la buena dicha de toda la casa del cuidado e industria de aquella mujer fuerte que describe.

Vemos en el *Génesis* que Isaac, viendo a su mujer Rebeca estéril, rogó al Señor por ella;[249] o (según los hebreos) rogó al Señor frente a frente de ella; porque el uno rezaba del un lado del oratorio, y el otro del otro. También la oración del marido, hecha en esta forma, fue oída. Es la mayor y más fructuosa unión del marido y de la mujer la que se hace en la santa devoción, a la cual se deberían llevar uno a otro. Hay frutas, como el membrillo, que por la aspereza de su zumo no son muy agradables sino en conserva. Hay otras, que por su ternura y delicadeza, no pueden durar si no se ponen también en conserva, como son las cerezas y albaricoques. Así, las mujeres deben desear que sus maridos estén confitados en el azúcar de la devoción; porque el hombre sin la devoción, es un animal severo, áspero y rudo; y los maridos deben desear que sus mujeres sean devotas; porque sin la devoción, la mujer es en extremo frágil y sujeta a caerse y apartarse de la virtud. San Pablo dice que el hombre infiel es santificado por la mujer fiel,[250] y la mujer infiel por el hombre fiel; porque en esta estrecha alianza del matrimonio, puede el uno fácilmente llevar al otro a la virtud. Mas ¡qué bendición es cuando el hombre y la mujer fieles se santifican el uno al otro en un verdadero temor de Dios!

En lo demás deben sobrellevarse recíprocamente el uno al otro, y con tanto cuidado y amor, que no lleguen jamás los dos a enojarse juntos a un mismo tiempo y de repente, para que así entre ellos no se vea ninguna disensión ni riña. Las abejas no pueden residir en lu-

248 Cap. XXX.
249 *Gén.*, XXV, 21.
250 *I Corintios*, VII, 14.

gares donde se oyen los ecos y zumbidos y las repeticiones de voces; ni tampoco el Espíritu Santo en una casa en la cual hay discordias, réplicas, y alborotos de gritos y altercaciones.

San Gregorio Nacianceno dice que en su tiempo hacían fiesta los casados en el día aniversario de sus bodas.[251] En verdad que yo aprobaría que esta costumbre se introdujese, con tal que no fuese con aparejos de recreaciones mundanas y sensuales; sino que, confesados y comulgados los maridos y las mujeres en tal día, encomendasen a Dios, con más fervor que de ordinario, el progreso de su matrimonio, renovando los buenos propósitos de santificarle de más en más por una recíproca amistad y fidelidad, tomando ánimo en nuestro Señor para llevar y cumplir con las obligaciones de su estado.

Capítulo XXXIX: *De la honestidad de la cama nupcial*

La cama nupcial debe ser inmaculada, como el Apóstol la llama; [252] esto es, exenta de deshonestidades y otras manchas profanas. También el santo matrimonio fue primeramente instituido dentro del paraíso terrestre, donde nunca hasta entonces había habido ningún desorden de concupiscencia ni cosa deshonesta.

251 *Oratio* XL, 1.
252 *Hebreos*, XIII, 4.

No deja de haber alguna semejanza entre los deleites vergonzosos y los del comer, porque entrambos a dos miran a la carne. Bien es verdad que los primeros, a razón de la vehemencia brutal, se llaman simplemente carnales. Explicaré, pues, lo que no puedo decir de los unos, por lo que diré de los otros.

1. El comer es ordenado para conservar las personas. Como el comer, pues, simplemente para mantener y conservar la persona, es cosa buena, santa y mandada, también lo que se requiere en el matrimonio para la producción de los hijos y la multiplicación de las personas, es una cosa buena y muy santa, por cuanto éste es el fin principal del casamiento.

2. El comer, no por conservar la vida, sino por conservar la recíproca conversación y descendencia[253] que nos debemos los unos a los otros, es cosa muy justa y honesta; y de la misma manera, la legítima y recíproca satisfacción de las partes en el santo matrimonio, es llamada por San Pablo deber,[254] y aun deber tan grande, que no quiere que la una de las partes pueda eximirse de él sin el libre y voluntario consentimiento de la otra; ni aun asimismo por los ejercicios de la devoción, según tengo dicho en una palabra en el capítulo de la santa Comunión cerca de este sujeto. ¡Cuánto ménos, pues, se podrán eximir por las caprichosas pretensiones de virtud o por las cóleras y desdenes!

3. Como los que comen por el deber de la recíproca conversación deben comer libremente, y no como por fuerza, sino antes dando muestras de tener apetito, también el deber nupcial debe cumplirse fiel y francamente, y de la misma manera que si fuese con esperanza de la producción de los hijos, aunque por alguna ocasión se carezca de tal esperanza.

253 Es decir, "la recíproca comunicación y condescendencia".

254 *I Corintios*, VII, 3, 5.

4. Comer, no por las dos primeras razones, sino simplemente por contentar el apetito, es cosa soportable, mas no digna de alabanza; porque el simple placer del apetito sensual no puede ser objeto suficiente a hacer una acción loable; basta, pues, que sea soportable.

5. Comer, no por simple apetito, sino por exceso y desorden, es cosa más o menos vituperable, según es el exceso grande o pequeño.

6. El exceso, pues, de comer, no consiste sólo en la demasiada cantidad, sino también en el modo y manera de comer. No es poco de notar, amada Filotea, el ver que la miel, siendo tan propia y saludable a las abejas, las pueda, no obstante, ser dañosa, y tanto, que a veces las enferma, como cuando comen demasiado en la primavera, porque entonces las da un flujo de vientre, y algunas veces las hace morir sin remedio, como cuando tienen enmelada la cabeza y alas. Es cierto que el comercio nupcial, que es tan santo, tan justo, tan digno de recomendación y tan útil a la república, es no obstante en ciertos casos peligroso a los que le practican; porque a veces los enferma en extremo las almas de pecado venial, como sucede por los simples excesos, y a veces las hace morir por el pecado mortal, como sucede luego que la orden establecida por la producción de los hijos es violada y pervertida; en el cual caso, según se apartan más o menos de esta orden, los pecados se hallan más o menos execrables, pero siempre mortales; porque como la procreación de los hijos es el primero y principal fin del matrimonio, jamás se puede lícitamente apartar de la orden que ésta requiere, aunque por algún otro accidente no pueda la tal por entonces ser efectuada, como sucede cuando la esterilidad o preñez estorban la producción y generación, porque en estas ocurrencias el comercio corporal no deja de ser justo y santo, con tal que las reglas de la generación sean observadas; y esto porque ningún accidente puede jamás perjudicar la ley que el fin prin-

cipal del matrimonio ha impuesto. Por cierto la infame y execrable acción que Onán hizo en su casamiento, era abominable delante de Dios, según dice el sagrado texto en el capítulo 38 del *Génesis.* Y aunque algunos herejes de nuestro tiempo, cien veces más reprensibles que los cínicos (de quienes habla San Jerónimo en la epístola a los efesios),[255] hayan querido decir que era la perversa intención de este mal hombre la que desagradaba a Dios, la Escritura nos muestra al contrario, y asegura, en particular, que la cosa misma era detestable y abominable delante de Dios.

7. Es una verdadera señal de un espíritu perdido, villano, abatido e infame, el pensar en las viandas y manjares antes del tiempo de comer; y aún más cuando después de él se divierten con el gusto que han recibido en la comida, entreteniéndose con palabras y pensamientos, y revolviendo su espíritu por la memoria del deleite que han recibido al comer de los bocados, como hacen los que antes del comer tienen el pensamiento en el asador y después en los platos: gentes dignas de servir en la cocina, los cuales hacen (como dice San Pablo) un Dios de su vientre.[256] La gente de honra no piensa en la mesa sino cuando se sienta a ella; y después de la comida se lavan las manos y la boca para que no les quede ni el gusto ni el olor de lo que han comido. El elefante no es sino una bestia grosera; pero la más digna de alabanza de cuantas viven, y que tiene más sentido. Quiero decirte un poco acerca de su honestidad. Cuanto a lo primero, no muda nunca de hembra, y ama tiernamente la que una vez ha escogido, con la cual, no obstante, no se junta sino de tres en tres años y por solos cinco días; y esto con tanto secreto, que nunca es visto en el acto; pero es visto al sexto día, en el cual, ante todas cosas, se va derecho

255 *Sobre la epístola a los Efesios,* cap. V, 3.
256 *Filipenses,* III, 19.

a alguna ribera, donde se lava enteramente todo el cuerpo, sin querer de ninguna suerte volver a la tropa hasta haberse primero limpiado y purificado.[257] ¿No son, dime, las de este animal, hermosas y honestas propiedades? Por ellas muestra a los casados a no quedarse empeñados de afición en las sensualidades y deleites que según su vocación hubieren ejercitado, sino que (pasados éstos) se laven el corazón y la afición y se purifiquen cuanto antes, para que después, con toda libertad de espíritu, puedan practicar las otras acciones más puras y relevadas. En este aviso consiste la perfecta práctica de la excelente doctrina que San Pablo da a los corintios: "El tiempo es corto", dice, "menester es que los que tienen mujer sean como si no la tuviesen";[258], porque, según San Gregorio, aquel tiene una mujer como si no la tuviese, que goza de tal suerte de los consuelos corporales con ella, que no por eso se aparte de las pretensiones espirituales.[259] Lo que se dice, pues, del marido, se entiende recíprocamente de la mujer: "Que los que usan del mundo", dice el mismo Apóstol, "sean como si no lo usasen".[260] Que todos, pues, usen del mundo, cada uno según su estado; pero de tal manera, que no empeñando la afición, se hallen libres y prontos al servicio de Dios, como si no usasen de él. "Es el mayor mal del hombre", dice San Agustín, "el querer gozar de las cosas de que sólo debería usar, y el querer usar de aquellas de que debería sólo gozar".[261] Debemos, pues, gozar de las cosas espirituales, y sólo usar de las corporales, de las cuales cuando el uso es convertido en gozo, nuestra alma racional se convierte

257 Plinio, *Hist. nat.*, VIII, 5.

258 *I Cor.*, VII, 29.

259 *Homil. in Evang.*, lib. II, hom. XVI, 12.

260 *I Cor.*, VII, 31.

261 *De octoginta tribus quaestionibus*, XXX.

también en alma brutal y bestial. Pienso haber dicho todo lo que quería decir; y hecho entender, sin decirlo, lo que no querría decir.

Capítulo XL: *Aviso para las viudas*

San Pablo instruye todos los prelados en la persona de su Timoteo, diciendo: "Honra las viudas que son verdaderamente viudas." [262] Para ser, pues, verdaderamente viuda, son necesarias estas cosas:

1. Que la viuda no sea sólo viuda de cuerpo, sino de corazón; esto es, que ha de vivir con una resolución inviolable de conservarse en el estado de una casta viudez; porque las viudas que no lo son sino mientras esperan la ocasión de tornarse a casar, no están separadas de los hombres sino según el deleite del cuerpo; pero están juntas con ellos según la voluntad del corazón. Que si la verdadera viuda, para conservarse en el estado de viudez, quiere ofrecer a Dios en voto su cuerpo y su castidad, juntará sin duda un gran atavío a su viudez y pondrá en gran seguridad su resolución; porque viendo que después del voto no está más en su mano el dejar la castidad sin dejar el paraíso, vivirá tan celosa de su promesa que no dará lugar ni un solo momento en su corazón a los más simples pensamientos de casamiento; porque el voto sagrado pondrá una fuerte barrera entre su alma y toda suerte de trazas

[262] *I Timoteo*, V, 3.

contrarias a su resolución. San Agustín aconseja extremamente este voto a la viuda cristiana;[263] y el antiguo y docto Orígenes, pasa aún más adelante, porque aconseja a las mujeres casadas hagan voto y se destinen a la castidad viudal (en caso que sus maridos viniesen a morir antes que ellas) para que entre los placeres sensuales que podrían tener en su matrimonio, puedan no obstante gozar del merecimiento de una casta viudez por medio de esta anticipada promesa.[264] El voto hace las obras hechas en su seguimiento más agradables a Dios, fortifica el ánimo para hacerlas, y no sólo da a Dios las obras (que son como los frutos de nuestra buena voluntad), pero le dedica aun la voluntad misma, que es como el árbol de nuestras acciones. Por la simple castidad prestamos nuestro cuerpo a Dios, no dejando por eso de quedarnos en libertad de entregarle otra vez a los placeres sensuales; mas por el voto de castidad le hacemos un don absoluto e irrevocable de él, sin que nos reservemos ningún poder de desdecirnos, haciéndonos por este medio dichosamente esclavos de aquel cuya servidumbre es mejor que el mayor reino. Así como apruebo infinito los avisos de estos dos grandes varones, así desearía también que las almas que fueren tan dichosas que quieran seguirlos, sea prudente, santa y sólidamente, habiendo examinado sus fuerzas, invocado la inspiración celeste y tomado el consejo de algún sabio y devoto maestro; porque de esta suerte todo se hará más fructuosamente.

2. Fuera de esto, es necesario que esta renunciación de segundas bodas se haga pura y simplemente, para que con más pureza pueda poner toda su afición en Dios y juntar por todas partes su corazón con el de su Divina Majestad; porque si el deseo de dejar los hijos ricos o alguna otra suerte de pretensión munda-

263 *De bono viduitatis*, XIX.
264 *Homilia XVII in Lucam.*

na, hace quedar la viuda en viudez, seguirásele (podrá ser) alabanza, pero no delante de Dios;[265] porque delante de Dios nada puede tener verdadera alabanza sino lo que se hace por Dios.

3. Es menester aún más: que la viuda, para ser verdaderamente viuda, esté separada y voluntariamente destituida de los contentos profanos. "La viuda que vive en placeres", dice San Pablo, "está muerta en vida".[266] Querer ser viuda y gustar, no obstante esto, de que la enamoren y acaricien; querer hallarse en los bailes, danzas y festines; querer andar perfumada, afeitada y muy compuesta, esto es ser una viuda viva cuanto al cuerpo, pero muerta cuanto al alma. ¿Qué importa (dime por tu vida) que la insignia de la casa de Adonis y del amor profano esté hecha de garzotas blancas, puesto a manera de penacho o de un velillo negro, extendido a manera de redes y alrededor de la cara, si las más veces lo negro se pone con más vanidad sobre el blanco para mejor relevar la color? La viuda, como ha hecho prueba del modo con que las mujeres pueden agradar a los hombres, sabe ponerlos en sus almas cebos más peligrosos.

La viuda, pues, que vive en estos locos placeres, en vida está muerta; y no es, hablando con propiedad, sino un ídolo de viudez.

"El tiempo de cortar ha venido: la voz de la tórtola ha sido oída en nuestra tierra", dice el *Cántico*.[267] El cortar las superfluidades mundanas es necesario a cualquiera que quiere vivir piadosamente, y principalmente a la verdadera viuda; la cual, como una casta tórtola, no acaba de llorar y gemir y lamentar la pérdida de su marido. Cuando Noemí volvió de Moab a Belén, las mujeres de la villa, que la habían conocido al principio

265 *Romanos*, IV, 2.
266 *I Timoteo*, V, 6.
267 *Cant.*, II, 12.

de su casamiento, decían unas a otras: "¿No es ésta Noemí?" A que respondió ella: "No me llaméis Noemí, os ruego (porque Noemí quiere decir graciosa y hermosa); llamadme antes Mara; porque el Señor ha henchido mi alma de amargura";[268] lo cual decía por cuanto su marido era muerto. Así que la viuda devota no quiere jamás ser llamada y estimada ni por hermosa ni por graciosa: antes se contenta con ser lo que Dios quiere que sea; esto es, humilde y mortificada a sus ojos.

Las lámparas que tienen el óleo aromático, despiden de sí un muy suave olor cuando las apagan la luz. Así, las viudas, cuyo amor ha sido puro en su casamiento, derraman un precioso y aromático olor de virtud de castidad, cuando su luz, esto es, su marido, es apagada por la muerte. Amar al marido mientras vive, cosa es no dificultosa entre las mujeres; mas amarle aún después de su muerte, no puede desearse más: grado es de amor, que sólo pertenece a las verdaderas viudas. Esperar en Dios mientras el marido sirve de apoyo, no es cosa tan rara; mas esperar en Dios, quedando sin el arrimo, cosa es digna de gran alabanza. Por esto, pues, se conoce más fácilmente en la viudez la perfección de las virtudes que se han tenido en el casamiento.

La viuda que queda con hijos que tienen necesidad de su enseñanza y guía, y principalmente en lo que mira al alma y establecimiento de su vida, no puede ni debe abandonarlos; porque el apóstol San Pablo dice claramente que son obligadas a este cuidado porque así paguen el mismo que sus padres y madres tuvieron; y también porque si alguno no tiene cuenta de los suyos, y principalmente de aquellos de su familia, es peor que infiel.[269] Mas si los hijos se hallan en estado que no tengan necesidad de la educación de sus maridos, entonces la viuda debe poner toda su afición y pensa-

268 *Rut*, I, 19-20.
269 *I Timoteo*, V, 4, 8.

miento en aplicarlos más puramente a su adelantamiento en el amor de Dios.

Si alguna fuerza forzosa no obliga la conciencia de la verdadera viuda a los embarazos exteriores, como son los pleitos, yo la aconsejo se aparte de ellos de todo punto y siga el método en el conducir sus negocios que sea más sosegado y modesto, aunque parezca no ser el más fructuoso; porque sería necesario que los provechos de semejantes diferencias fuesen muy grandes para ser comparados con el bien de una santa tranquilidad; dejando aparte que los pleitos y otras tales marañas disipan el corazón y abren muchas veces la puerta a los enemigos de la castidad, mientras que por agradar a aquellos de cuyo favor tiene necesidad, usan de acciones y ademanes indevotos y desagradables a Dios.

La oración sea el continuo ejercicio de la viuda; porque como no debe tener más amor sino para con su Dios, así también no debe tener casi más palabras sino para con su Dios; y como el hierro, impedido de seguir la atracción del imán por causa de la presencia del diamante, se arroja al mismo imán luego que el diamante se le aparta, así el corazón de la viuda, que buenamente no podía del todo arrojarse a su Dios ni seguir los atraimientos de su divino amor durante la vida de su marido, debe luego después de su muerte correr con ardor y diligencia al olor de los perfumes celestes, diciendo como a imitación de la sagrada Esposa: ¡Oh, Señor!, ahora que soy toda mía, recibidme toda por vuestra; llegadme cerca de vos, corremos, Señor, al olor de vuestros ungüentos.[270]

El ejercicio de las virtudes propias a la santa viuda son la perfecta modestia, la renunciación de las honras, de los puestos, de las juntas, de los títulos y de todas suertes de vanidades; el servicio de los pobres y enfermos, la consolación de los afligidos, la introduc-

270 *Cant.*, I, 3.

ción de las doncellas a la vida devota, el hacerse un verdadero ejemplo de todas las virtudes para con las mozas casadas. La limpieza y la simplicidad son los dos atavíos de sus vestidos; la humildad y la caridad los dos atavíos de sus acciones; la honestidad y mansedumbre los dos atavíos de su lenguaje; la modestia y honestidad el atavío de sus ojos; y Jesucristo crucificado el único amor de su corazón.

En fin, la verdadera viuda en la Iglesia es una pequeña violeta de marzo, que despide una sin igual suavidad con el olor de su devoción, guardándose casi siempre escondida debajo las anchas hojas de su mismo menosprecio, y por su color menos viva verifica la mortificación; procura siempre hallarse en los lugares quietos y solos, por no ser combatida de la conversación de los mundanos y conservar mejor la frescura de su corazón contra todos los ardores que el deseo de los bienes, de las honras y asimismo de los amores la podrían acarrear. "Será la tal bienaventurada", dice el Apóstol, "si persevera de esta suerte".[271]

Podría decir otras muchas cosas acerca de este sujeto; mas habrélo dicho todo cuando habré dicho que la viuda celosa de la honra de su estado lea con atención las doctas epístolas que el gran San Jerónimo escribe a Furia y Salvia y a todas aquellas otras damas que fueron tan dichosas que merecieron ser hijas espirituales de un tan gran padre; porque no se puede añadir cosa a lo que él dice, sino este advertimiento: que la verdadera viuda no debe jamás ni menospreciar ni censurar a las que pasan a segundas, o asimismo a terceras ni cuartas bodas, porque en ciertos casos Dios lo dispone así para mayor gloria suya; y deben tener delante los ojos esta doctrina de los antiguos: que ni la viudez ni la virginidad tiene puesto en el cielo, sino aquel que le es señalado por la humildad.

271 *I Corintios*, VII, 40.

Capítulo XLI: *Una palabra a las vírgenes*

No tengo, ¡oh vírgenes!, que deciros sino solas estas tres palabras, porque por ellas podréis percibir lo demás. Si pretendes el casamiento temporal, guardarás celosa tu primer amor para tu primer marido. Pienso que es un gran engaño el presentar en lugar de un corazón entero y sincero, un corazón usado, trasegado y contaminado de amor. Pero si tu buena dicha te llama a las castas y virginales bodas espirituales y que quieres para siempre conservar tu virginidad, conservarás tu amor lo más delicadamente que puedas para este Esposo divino, que como es la pureza misma no ama cosa tanto como la pureza, y a quien las primicias de todas las cosas le son debidas, y principalmente las del amor. Las epístolas de San Jerónimo te abundarán de todos los avisos que te son necesarios. Y pues que tu estado te obliga a la obediencia, escogerás una guía espiritual, debajo de cuya educación puedas más santamente dedicar tu corazón y cuerpo a su Divina Majestad.

Cuarta parte: *Avisos necesarios contra las tentaciones más ordinarias.*

Capítulo I: *Que no nos debemos embebecer con las palabras de los hijos del mundo*

Luego que los mundanos conozcan que quieres seguir la vida devota, mostrarán contra ti mil efectos de su maldiciente lengua; los más malignos calumniarán tu mudanza, diciendo que es hipocresía, superstición y artificio; dirán que el mundo te ha mostrado mala cara, y que por no quererte él te acoges a Dios; tus amigos procurarán de todas veras hacerte infinitas amonestaciones, muy prudentes y caritativas a su parecer. "Vos vendréis a dar", dirán otros, "en algún humor melancólico: perderéis el crédito con el mundo, haréisos insufrible, envejeceréis antes de tiempo, padecerán vues-

tros negocios domésticos. Menester es vivir en el mundo como en el mundo. Salvarnos podemos muy bien sin tantos misterios"; y otras mil sofisterías a este tono.

Filotea mía, todo eso no es sino una loca y vana charlatanería: tales personas no tienen ningún cuidado, ni de tu salud ni de tus negocios. "Si tú fueras del mundo", dice el Salvador, "el mundo amaría lo que es suyo; mas por cuanto no eres del mundo, por esto te aborrece".[1] Vemos muchas veces hombres y mujeres particulares pasar la noche entera, y aun muchas noches continuadas, en jugar al ajedrez y a los naipes. ¿Hay por ventura atención más desabrida, melancólica y triste que ésta? No; mas no obstante esto, los mundanos no lo reprobarán ni los amigos lo afearán. Y por la meditación de una buena hora o por vernos levantar un poco más de mañana que de ordinario para prepararnos a la comunión, todos correrán al médico para sanarnos del humor melancólico y de la tericia. Pasarán treinta noches en los bailes y danzas, y no habrá quien se queje; y por sólo haber velado la noche de Navidad, no habrá quien no tosa y se queje de todo el cuerpo al día siguiente. ¿Quién dejará de ver que el mundo es un juez inicuo, gracioso y favorable para sus hijos, y áspero y riguroso para con los hijos de Dios?

No podremos, pues, estar bien con el mundo, sino perdiéndonos con él; ni es seguro ponernos a contender con él, porque tiene demasiado de bizarro. "Juan es venido", dice el Salvador, "no comiendo ni bebiendo, y tú dices que está endemoniado; el Hijo del hombre ha venido comiendo y bebiendo, y tú dices que es samaritano".[2] Verdad es, Filotea, que si nos dejamos llevar por condescendencia a la risa, al juego y a la danza con el mundo, que el tal se escandalizará; si no lo hacemos, nos acusará de hipocresía o melancolía; si nos com-

1 *Juan*, XV, 19.
2 *Mateo*, XI, 18-19.

ponemos o ataviamos, lo interpretará a algún malicioso designio; si andamos humildes y sin ningún adorno, lo atribuirá a poquedad y vileza de corazón. Nuestros regocijos será llamados de él disoluciones, y nuestras mortificaciones tristezas; y mirándonos de esta suerte de mal ojo, jamás le podremos ser agradables. Engrandece nuestras imperfecciones y las publica por pecados; de nuestros pecados veniales hace mortales y nuestros pecados de enfermedad los convierte en pecados de malicia. En lugar, como dice San Pablo, la caridad es benigna, al contrario, el mundo es maligno.[3] La caridad nunca piensa mal, y al contrario, el mundo siempre piensa mal; y cuando no puede acusar nuestras acciones, acusa nuestras intenciones. Ya tengan los carneros cuernos o no, ya sean blancos o negros, no por eso el lobo dejará de comerlos, si puede.

En cualquiera cosa que hagamos, siempre el mundo nos hará la guerra; si nos tardamos mucho delante del confesor, admirará la tardanza y dirá qué es lo que podemos decir tanto tiempo. Si nos tardamos poco, dirá que no nos acusamos por entero; espiará todos nuestros movimientos, y por la menor palabra de cólera afirmará que somos insufribles; el cuidado de nuestros negocios le parecerá avaricia, y nuestra mansedumbre necedad. Y cuanto a los hijos del mundo, su cólera será generosidad, su avaricia caridad, sus demasiadas familiaridades entretenimientos honrados. Las arañan ofenden siempre y dañan la obra de las abejas.

Dejemos este ciego, Filotea; grite cuanto quisiere como la lechuza para inquietar los pájaros del día; seamos firmes en nuestros designios, constantes en nuestras resoluciones; la perseverancia hará bien ver si es cierto y verdadero el habernos sacrificado a Dios y dedicado a la vida devota. Los cometas y planetas son casi igualmente luminosos en apariencia; mas los co-

[3] *I Cor.*, XIII, 4; *I Jn.*, V, 19.

metas se desaparecen en poco tiempo, por cuanto no son sino ciertos fuegos pasajeros, y los planetas tienen una claridad continua y perpetua. Así, la hipocresía y la verdadera virtud tienen entre sí, cuanto a lo exterior, grande semejanza; mas diferéncianse fácilmente la una de la otra, y esto porque la hipocresía, como acción prestada, no puede durar largo tiempo sin ser conocida, y así se pierde y disipa como el humo; mas la verdadera virtud es siempre firme y constante. No nos es pequeña comodidad para mejor asegurar el principio de nuestra devoción el recibir oprobio y calumnia, porque por este medio evitamos el peligro de vanidad y soberbia, que son como las parteras de Egipto, las cuales el Faraón infernal mandó matasen todos los hijos varones de Israel el mismo día de su nacimiento.[4] Somos crucificados en el mundo, y el mundo debe sernos crucificado: él nos tiene por locos:[5] tengámosle por desatinado.

Capítulo II: *Que debemos tener buen ánimo*

La luz, aunque hermosa y deseada de nuestros ojos, los encandila y deslumbra después que han estado largo espacio en alguna grande obscuridad; y antes que nos familiaricemos con los habitantes de alguna extraña tierra, por corteses y apacibles que los tales sean, no dejaremos de hallarnos por algún tiempo algo extraños. No

[4] *Exodo*, I, 15, 61.
[5] *Gálatas*, VI, 14.

dudo, querida Filotea, sino que en esta mudanza de vida sentirás muchos asaltos y contradicciones en tu interior; y que aquella grande y general despedida que has hecho de las locuras y boberías del mundo, te causará algún resabio de tristeza y cobardía. Si esto te sucediere, ten un poco de paciencia, que no será nada, ni otra cosa sino un poco de espanto que la novedad acarrea; pasado esto, tendrás cien mil consuelos. Enfadaráte (puede ser) al instante el dejar la gloria que los locos y burladores te daban en tus vanidades. Mas, ¡oh, Dios!, ¿querrás tú perder la eterna y verdadera que Dios te dará? Los vanos embebecimientos y pasatiempos en que empleaste los años pasados, se representarán aún a tu corazón para cebarle y hacerle volver de su banda. ¿Pero tendrías tú ánimo de renunciar esta dichosa eternidad por tan engañosas liviandades? Créeme, Filotea, que si perseveras, no tardarás en recibir mil dulzuras cordiales, tan regaladas y agradables, que confesarás que el mundo no tiene sino hiel en comparación de esta miel; y que un solo día de devoción vale más que mil años de vida mundana.[6] Mas bien ves que la montaña de la perfección cristiana es en extremo alta; pues, ¡pobre de mí! (dirás) ¿cómo podré subir a ella? Ánimo, Filotea. Cuando las pequeñas mosquillas de las abejas comienzan a tomar forma, no saben volar sobre las flores ni montes, ni sobre las colinas vecinas, para juntar la miel; pero poco a poco, criándose de la misma miel que sus madres las preparan, vienen a criar alas y fortificarse de manera que después vuelan a buscarla por todo el país. Verdad es que nosotros, siendo pequeñas abejas en la devoción, no podríamos subir según nuestro intento, que no es menor que de llegar a la cima de la perfección cristiana; mas si comenzamos a tomar forma por nuestros deseos y resoluciones, las alas nos

6 *Salmo* LXXXIII, 11.

comenzarán a salir. Menester es, pues, esperar que algún día seremos abejas espirituales y podremos volar en la perfección. Criémonos en este ínter[7] de la miel de tantos saludables consejos y santa doctrina como los antiguos devotos nos han dejado, y roguemos a Dios que Él nos dé plumas como de paloma para que no sólo podamos volar durante el tiempo de la vida presente, pero también reposar[8] en la eternidad de la futura.

Capítulo III: *De la naturaleza de las tentaciones, y de la diferencia que hay entre el sentir la tentación y consentir en ella*

Imagina, Filotea, una joven princesa, amada en extremo de su esposo, y que algún mal intencionado, para perderla y manchar su cama nupcial, la envía algún infame mensajero de amor, persuadido a que trate con ella su dañado intento. Lo primero, el tal mensajero propone a esta princesa la intención de su amo. Lo segundo, la princesa agradece o desagradece[9] la proposición y la embajada. En tercer lugar, o ella consiente o ella rehúsa. Así Satanás, el mundo y la carne, viendo una alma desposada con el Hijo de Dios, la envían tentaciones y sugestiones, por las cuales:

7 "Mientras tanto".
8 *Salmo* LIV, 7.
9 "Le agrada o le desagrada".

1. El pecado le es propuesto.

2. Y sobre esto ello se agrada o se desagrada.

3. Y en fin, ella consiente o rehúsa, que son las tres gradas para bajar a la iniquidad, la tentación, la delectación y el consentimiento. Y aunque estas tres acciones no se conocen tan manifiestamente en todas otras suertes de pecado, no por eso dejan de conocerse palpablemente en los grandes y enormes pecados.

Cuando la tentación, de cualquier pecado que sea, durase toda nuestra vida, no podría la tal hacernos desagradables a la Majestad divina, con tal que ella no nos agrade y que no la consintamos. La razón es, por cuanto en la tentación nosotros no hacemos, sino sufrimos; y pues no recibimos placer, no podemos tampoco tener ninguna suerte de culpa. San Pablo sufrió mucho tiempo las tentaciones de la carne, y no sólo por eso no fue desagradable a Dios, sino antes fue Dios glorificado por tal medio.[10] La bienaventurada Ángela de Foligny sentía tan crueles tentaciones carnales, que pone lástima cuando las cuenta.[11] Grandes fueron también las tentaciones que sufrieron San Francisco y San Benito, cuando el uno se arrojó en medio de las espinas y el otro dentro de la nieve para mitigarlas, y no por eso perdieron en nada la gracia de Dios; antes la aumentaron en mucho.

Menester es, pues, Filotea, mostrarte muy animosa en medio de las tentaciones y no darte jamás por vencida mientras las tales te desagradaren, observando bien esta diferencia que hay entre sentir y consentir, esto es, que las podemos bien sentir, aunque las tales nos desagraden; mas no las podemos consentir sin que nos sean primero agradables, porque el placer sirve de ordinario de escalón para llegar al consentimiento. Pónganos, pues, los enemigos del alma cuantos cebos qui-

10 *II Corintios*, XII, 7, 9.

11 Arnaldus, *Vita B. Angelæ de Fulginio*, XIX.

sieren, o quédense siempre a la puerta de nuestro corazón, procurando entrarse en él, o ya nos hagan cuantas proposiciones quieran, que mientras tuviéramos resolución de no agradarnos de ninguna de sus proposiciones y halagos, no es posible que ofendamos a Dios; así como el príncipe, esposo de la princesa que he presentado, no puede con razón tomar a mala parte el mensaje que la fue propuesto, con tal que con él no recibiese ningún placer o gusto. Hay con todo esto esta diferencia entre el alma y esta princesa, tocante a este sujeto: que la princesa, habiendo oído la proposición deshonesta, puede (si quiere) despedir al mensajero y no oírle más; pero no está siempre en el poder del alma el no sentir la tentación, aunque esté siempre en su poder el no consentirla. Por esto, pues, aunque la tentación dure y persevere mucho tiempo, no nos puede dañar mientras la tal nos fuere desagradable.

Mas cuanto al deleite que puede seguir a la tentación, por cuanto tenemos dos partes en nosotros, la una inferior y la otra superior, y que la inferior no sigue siempre la superior, sino que antes hace su hecho aparte, sucede muchas veces que la parte inferior se deleita en la tentación sin el consentimiento de la superior y contra su voluntad. Ésta es la disputa y guerra que el apóstol San Pablo describe cuando dice que su carne pelea contra su espíritu,[12] y que hay una ley de los miembros y una ley del espíritu,[13] y semejantes cosas.

¿No has visto nunca, Filotea, un gran brasero de fuego cubierto de ceniza, que cuando vienen, diez o doce horas después, a buscar lumbre, no hallan sino una poca en medio de ella, y aun ésa no sin trabajo; mas no por eso dejaba de haberla, pues se halló, pudiendo con ella después encender los otros carbones ya muertos? De la misma manera es la caridad, que es

12 *Gálatas*, V, 17.
13 *Romanos*, VII, 23.

nuestra vida espiritual, en medio de las grandes y violentas tentaciones. Porque la tentación, como pone su delectación en la parte inferior, cubre, al parecer, toda el alma de ceniza, y trae el amor de Dios a gran mengua, sin que éste se muestre en ninguna parte, sino en medio del corazón, en el fondo del espíritu, y aun parece que no está allí, y así con trabajo viene a hallarse; pero en fin, está allí, porque aunque todo esté alborotado en nuestra alma y en nuestro cuerpo, tenemos la resolución de no consentir en el pecado ni en la tentación; porque el deleite que agrada a nuestra alma en lo exterior, desagrada en lo interior; y aunque esté alrededor de la voluntad, no por eso está dentro de ella; en que se ve que tal deleite es involuntario, y siendo tal, no puede ser pecado.

Capítulo IV: *Dos ejemplos importantes cerca de este sujeto*

Impórtate tanto entender bien esto, que no dificultaré el alargarme en su explicación. El mozo, de quien habla San Jerónimo,[14] que acostado y atado con bandas de tafetán bastantemente fuerte sobre una cama bien mullida, se veía provocado con toda suerte de inmundos tocamientos y atraimientos de una insolente mujer, la cual se había acostado con él sólo por hacer titubear su constancia, ¿quién duda sino que el tal sentiría extraños movimien-

14 *Vita S. Pauli Erem.*, 3.

tos carnales? Estarían sus sentidos asaltados, sin duda, del deleite, y la imaginación en extremo ocupada de la presencia de los objetos deleitosos. Pues no obstante esto, en medio de tantos alborotos y en medio de una terrible borrasca de tentaciones, muestra claro que su corazón no está vencido y que su voluntad, la cual se siente rodeada de tantos deleites, no consiente en ellos de ninguna manera; porque su espíritu, viéndolo todo rebelado contra él, sin que tenga ninguna parte de su cuerpo sujeta a sí, sino la lengua, se la cortó con los dientes y la escupió sobre la cara de esta alma deshonesta, la cual atormentaba la suya por medio del deleite, más cruelmente que hubiera podido el más fiero verdugo con los más rigurosos tormentos. También el tirano, que pensaba vencerle por medio de los dolores, pensó sujetarle por medio de estos placeres.

La historia del combate de Santa Catalina de Sena en un semejante sujeto, es en extremo admirable: ésta es, pues la suma. El espíritu maligno tuvo licencia del Señor par asaltar la honestidad de esta santa virgen con la mayor furia que pudiese, con tal que de ninguna manera la tocase. Sembró, pues, toda suerte de lascivas sugestiones en su corazón, y para moverle con más vehemencia, viniendo con sus compañeros en forma de hombres y de mujeres, hacían mil y mil suertes de carnalidades y lubricidades a su vista, juntando con esto palabras y llamamientos deshonestísimos. Y aunque todas estas cosas fuesen exteriores, no obstante, por medio de los sentidos, penetraban no poco dentro del corazón de la virgen, el cual (como confesaba ella misma) estaba tan ocupado, que no la quedaba más que la fina y pura voluntad superior, la cual no fue movida de esta tempestad de sucio deleite carnal; lo cual todo duró mucho tiempo, hasta que un día nuestro Señor se le apareció; y ella dijo: "¿Dónde estabas, mi dulce Señor, cuando mi corazón estaba lleno de tantas tinieblas y suciedades?" A lo cual respondió: "Yo estaba dentro de tu corazón,

hija mía". "¿Y cómo", replicó la virgen, "habitáis vos dentro de mi corazón, dentro del cual había tantas inmundicias? ¿Habitáis vos, pues, por ventura en lugares tan deshonestos?" A lo cual la dijo nuestro Señor: "Dime, ¿estos sucios pensamientos de tu corazón te daban placer o tristeza, amargura o deleite?" "Extrema amargura y tristeza", respondió la virgen. "¿Quién era el que puso esta amargura y tristeza en tu corazón", replicó el Señor, "sino yo, que estaba escondido dentro de tu alma? Cree, hija mía, que si yo no hubiera estado presente, que aquellos pensamientos que rodeaban tu voluntad, no pudiéndola rendir, la hubieran sin duda vencido, entrándose dentro y siendo recibidos con placer del libre albedrío; por este medio hubieran dado la muerte a tu alma. Mas por cuanto estaba yo dentro de ella, ponía este desplacer y resistencia en tu corazón, por cuyo medio rehusaba cuanto podía la tentación; y no pudiendo tanto cuanto quería, sentía en sí un mayor desplacer y aun mayor aborrecimiento contra ella y contra sí mismo; y así estas penas eran de un gran merecimiento y una gran ganancia para ti, y de un gran crecimiento de tu virtud y fuerza".[15]

¿No ves tú, Filotea, cómo aquel fuego estaba cubierto de ceniza, y que la tentación y deleite habían asimismo entrado dentro del corazón, habiendo rodeado la voluntad, la cual, sólo asistida de su Salvador, resistía con amarguras, desplaceres y detestaciones del mal que la había combatido, rehusando perpetuamente el mostrar ni tener contento en el pecado que la rodeaba?

¡Oh, Dios, y cuánta tristeza tiene un alma que ama a Dios, en no saber si le tiene en sí o no, y si el amor divino, por el cual ella pelea, está de todo punto muerto o no en ella! Pero es la fina flor de la perfección

15 S. Raimundo de Capua, *Vida de Sta. Catalina de Siena*, I, 11.

del amor celeste el hacer sufrir y pelear el amante por el amor, sin saber si tiene el amor para el cual y por el cual pelea.

Capítulo V: *Dase ánimo y esfuerzo al alma que se halla en las tentaciones*

Filotea mía, estos grandes asaltos y estas tentaciones tan poderosas, nunca son permitidas de Dios sino con las almas que quiere levantar a su puro y excelente amor; mas no por eso se sigue que después de esto puedan quedar aseguradas de llegar a Él; porque ha sucedido muchas veces que los que habían sido constantes en semejantes y violentos asaltos, no correspondiendo después fielmente con el favor divino, se han hallado vencidos en bien pequeñas tentaciones.

Todo lo cual digo para que si te sucediere hallarte afligida de alguna grande tentación, sepas que Dios te favorece con un favor extraordinario, por el cual muestra que te quiere engrandecer delante su presencia; mas que con todo eso te muestres siempre humilde y temerosa, no asegurándote de poder vencer las pequeñas tentaciones, después de haber señoreado las grandes, sino es por medio de una continua fidelidad para con la Majestad divina.

Cualesquier tentaciones, pues, que te sucedan, y cualquier deleite que a las tales siga, mientras tu voluntad rehusare el contento, no sólo a la tentación, sino también al deleite, no tienes de ninguna manera

que turbarte, porque en esto aún no tienes a Dios ofendido. Cuando un hombre está pasmado y que no da ninguna muestra de vida, pónenle la mano sobre el corazón, y por poco que se sienta en él el movimiento, se juzga que tiene vida y que por medio de alguna agua preciosa o alguna pítima,[16] le podrán hacer volver en su primera fuerza y sentido. Así sucede algunas veces que por la violencia de las tentaciones parece que nuestra alma ha caído en semejante desfallecimiento de sus fuerzas; mas si quisiéramos conocer lo que esto es, pongamos la mano sobre el corazón: consideremos si él y la voluntad tienen aún su movimiento espiritual: esto es, si hacen su deber en rehusar el consentir y seguir la tentación y deleite; porque mientras el movimiento de la contradicción está en nuestro corazón, seguros estamos que la caridad, vida de nuestra alma, está en nosotros y que Jesucristo nuestro Salvador se halla dentro de nuestra alma, aunque escondido y cubierto. Así que mediante el ejercicio continuo de la oración, de los sacramentos y de la confianza en Dios, cobraremos nuestras primeras fuerzas y viviremos una vida cabal y apacible.

Capítulo VI: *Cómo la tentación y deleite pueden ser pecado*

La princesa, de quien atrás hemos hablado, no fue culpada de la proposición deshonesta que la fue hecha: pues que, como hemos presupuesto, la sucedió contra

[16] *Pítima* se denominaba antiguamente un cierto tipo de emplasto que se aplicaba sobre el corazón.

su grado; mas si al contrario, hubiese por medio de algunos atraimientos y halagos dado motivo al alcance, intentando sembrar amor en el pecho del que la solicitaba, indubitablemente ella sería culpada aun en el haberla solicitado; y aunque se disimulase de melindrosa, no dejaría por eso de ser digna de reprensión y castigo. Así sucede muchas veces que la sola tentación nos pone en pecado, por cuanto somos causa de ella. Ejemplo: Si yo sé que jugando, fácilmente juro y blasfemo, y que el juego me sirve para ello de tentación, yo peco todas y cuantas veces jugare, y soy culpado en todas las tentaciones que me sucedieren en el juego. De la misma manera, si yo sé que alguna conversación me trae tentación y es causa de que caiga en alguna falta, y voluntariamente la busco, indubitablemente seré culpado de todas las tentaciones que en ella recibiere.

Cuando el deleite que procede de la tentación puede evitarse, será siempre pecado el recibirle, según el placer que se toma y el consentimiento que se da fuere grande o pequeño, o por largo o breve espacio. No dejará de ser cosa reprensible para la joven princesa de quien hemos hablado, que no sólo oiga la proposición sucia y deshonesta que la fue hecha, sino que también después de haberla oído, tome gusto en ella y entretenga con él su corazón; porque aunque no quiera consentir a la ejecución real de lo que la fue propuesto, consiente no obstante en la aplicación espiritual de su corazón por medio del contento que recibe; y es siempre cosa deshonesta el aplicar o el corazón o el cuerpo a cosa deshonesta; y antes la deshonestidad consiste de manera en la aplicación del corazón, que sin ésta la aplicación del cuerpo no puede ser pecado.

Cuando fueres, pues, tentada de algún pecado, considera si voluntariamente diste causa a ser tentada; porque en tal caso la tentación misma te pone en estado de pecado por el peligro al cual voluntariamente te arrojaste; y esto se entiende habiendo tú podido cómo-

damente evitar la ocasión, y habiendo tú antevisto o debido antever la llegada de la tentación; mas si no hubieres dado ningún motivo a la tentación, no podrá de ninguna manera ser imputada a pecado.

Cuando el deleite que sigue a la tentación ha podido ser evitado, y que no obstante no se ha evitado, habrá siempre alguna suerte de pecado, según lo poco o mucho que en él se hubieren detenido, y según la causa del placer que hubiéremos tomado. Una mujer, la cual, no habiendo dado ocasión para ser festejada, recibe gusto, no obstante esto, en serlo, no deja de ser reprensible, si el gusto que recibe no tiene otra causa sino el solo festejo. Ejemplo: Si el galán que la festeja y enamora tañese por extremo un laúd, y que ella recibiese gusto, no con las finezas y amor del que la solicita, sino con la dulzura y armonía del instrumento, en esto no habría pecado; bien es verdad que no debía continuar por mucho tiempo en este gusto, temiendo no pasar de él al deleite de ser solicitada. De la misma manera, si alguno me propusiese alguna estratagema llena de invención y artificio, y esto para vengarme de mi enemigo, y que yo no tomase gusto ni diese ningún consentimiento a la venganza propuesta, sino sólo a la sutileza de la invención del artífice, sin duda que yo no pecaría. Bien es verdad que no es acertado el embebecerme mucho en tal gusto, de miedo que poco a poco no me lleve al deleite de la venganza misma.

Sucede a veces ser asaltado de algún leve resentimiento de deleite, el cual inmediatamente sigue a la tentación antes que buenamente se haya podido percibir; y esto no puede ser sino un ligero pecado venial, el cual se hace mayor si después que se ha percibido el mal en que se ha caído, se queda por negligencia algún tiempo como regateando con el mismo deleite si se debe o no aceptar; y aun mayor, si en percibiéndole se detiene en él algún tiempo por verdadera negligencia, sin ninguna suerte de intento de re-

chazarle; porque luego que voluntariamente y con propósito deliberado nos resolvemos en agradarnos con tales deleites, este propósito mismo deliberado es un gran pecado, si el objeto por el cual recibimos el deleite fuere notablemente malo. Es un gran vicio en una mujer el querer entretener malos y lascivos amores, aunque realmente no quiera jamás abandonarse al enamorado.

Capítulo VII: *Remedio para las grandes tentaciones*

Luego que sientas en ti algunas tentaciones, haz como los niños cuando ven el lobo o el oso en la campaña, que al mismo punto corren a guarecerse entre los brazos de su padre y madre, o por lo menos los llaman a su ayuda y socorro. Acude de la misma manera a Dios, e invoca su misericordia y socorro. Éste es el remedio que nuestro Señor enseña: "Orad por que no entréis en tentación".[17]

Si vieres que no obstante esto la tentación persevera, o que se aumenta, correrás en espíritu a abrazar la santa cruz, como si delante de ti vieras a Jesucristo crucificado. Protestarás allí que no consentirás en la tentación; pedirásle socorro contra ella, y continuarás siempre en la protestación de no querer consentir mientras la tentación durare.

[17] *Mateo*, XXVI, 41.

Mas haciendo estas protestaciones de no dar lugar al consentimiento, advierte que no mires la cara a la tentación, sino sólo mirarás a nuestro Señor; porque si mirares la tentación, principalmente cuando es poderosa, podría ser te hiciese desmayar el ánimo.

Divertirás tu espíritu por medio de algunas ocupaciones buenas y loables; porque estas ocupaciones, entrando en tu corazón y tomando en él lugar, rechazarán las tentaciones y sugestiones malignas.

El principal remedio contra todas tentaciones, grandes o pequeñas, es el desplegar el corazón y comunicar con el maestro y padre espiritual nuestras sugestiones, sentimientos y aficiones; porque la primera condición que el espíritu maligno pone con el alma que pretende engañar, es la del silencio, como hacen los que quieren engañar a las mujeres y a las doncellas, que al primer envite las defienden no[18] digan nada ni comuniquen sus proposiciones a los padres ni a los maridos; pero al contrario, Dios, en sus inspiraciones, pide sobre todas cosas las comuniquemos con nuestros superiores y confesores.

Y si después de todo esto, la tentación persevera en inquietarnos y perseguirnos, no debemos hacer otra cosa sino perseverar también de nuestra parte en la protestación de no querer consentir; porque como las doncellas no pueden ser casadas mientras dicen de no, así el alma, aunque alborotada, no puede jamás ser ofendida mientras también dijere de no.

No disputes con tu enemigo ni le digas jamás una sola palabra, sino sólo la que nuestro Señor le respondió, con la cual quedó confundido: "Vete lejos de mí, Satanás: tú adorarás al Señor tu Dios, y a Él solo servirás".[19] Y como la mujer casta no debe responder ni una sola palabra, ni aun mirar la cara del atrevido que

18 "Les prohíben que".
19 *Mateo,* IV, 10.

la solicita y propone alguna deshonestidad, sino antes volviéndole las espaldas, al mismo punto debe volver su corazón hacia su esposo, y ratificar la fidelidad que le ha prometido, sin embebecerse en otra cosa; así la devota alma, viéndose asaltada de alguna tentación, de ninguna manera debe embebecerse en disputar ni responder, sino simplemente volverse hacia Jesucristo, su Esposo, protestándole de nuevo su fidelidad y el ser para siempre toda suya.

Capítulo VIII: *Que se debe resistir a las pequeñas tentaciones*

Aunque se deben combatir las grandes tentaciones con un ánimo invencible, y que la victoria que de esto conseguimos nos es en extremo útil, podría ser por ventura que consiguiésemos aún más provecho en bien combatir y rechazar las pequeñas tentaciones; porque como las grandes aventajan en calidad a las pequeñas, también las pequeñas aventajan en tanto extremo en número a las grandes, que su victoria puede ser comparada a la de las mayores. Los lobos y los osos son sin duda más peligrosos que las moscas; mas con todo eso no nos causan tanta importunidad ni pesadumbre, ni prueban tanto nuestra paciencia. Cosa es fácil el apartarse del homicidio; pero será dificultoso el evitar las pequeñas cóleras, de las cuales las ocasiones se presentan a cada paso. Fácil es a un casado y una casada el no caer en adulterio; mas no sería tan fácil el no caer en ciertas

señas cuidadosas, en procurar sembrar afición o recibirla, en intentar granjear voluntades, en alcanzar pequeños favores y en decir y oír palabras tiernas y enamoradas. No es dificultoso el no dar compañero de cama al marido, ni compañera a la mujer, cuanto al cuerpo; mas no será tan fácil el no darle cuanto al corazón. Facilidad tiene el no manchar la cama matrimonial, mas no la tendrá el no menoscabar el amor matrimonial. No es dificultoso el no hurtar los bienes ajenos; pero será el no desearlos. Fácil es el no levantar en juicio falso testimonio; pero difícil será el no mentir en conversación: con facilidad excusaremos[20] la embriaguez; pero con dificultad usaremos de la sobriedad.

Facilidad tiene el no desear la muerte de otro: pero dificultad el no desearle su incomodidad; fácil es el no difamarle: mas difícil el no menospreciarle. En fin, estas pequeñas tentaciones de cólera, de sospechas, de celos, de envidia, de amores vanos, de locuras, de vanidades, de duplicidades, de adornos superfluos, de artificios, de pensamientos deshonestos; éstos son los continuos ejercicios de los que asimismo son más devotos y resueltos. Por esto, pues, amada Filotea, es necesario que con gran cuidado y diligencia nos preparemos a este combate; y asegúrate que tantas victorias cuantas ganaremos contra estos pequeños enemigos, tantas piedras preciosas serán puestas en la corona de gloria que Dios nos prepara en su santo Reino. Por esto, pues, digo, que esperando combatir con ánimo y valentía las grandes tentaciones, cuando acaso nos vengan, nos es necesario con diligencia y cuidado defendernos de las pequeñas y menores.

20 "Evitaremos".

Capítulo IX: *Cómo se han de remediar las pequeñas tentaciones*

Cuanto a estas pequeñas tentaciones de vanidad, de sospecha, de congoja, de envidia, de amores vanos y semejantes cosas, que como moscas o mosquitos pasan por delante de nuestros ojos, picándonos ya en el carrillo y ya en la nariz, por cuanto es imposible vernos de todo punto libres de su importunidad, la mejor resistencia que se les puede hacer es el no atormentarnos; porque todo esto no puede ofendernos, aunque en rigor pueda ofender, con tal que tengamos firme resolución de querer servir a Dios.

Menosprecia, pues, estas pequeñas tentaciones, y no te embebezcas sólo en pensar lo que las tales quieren decir, sino déjalas antes volar alrededor de tus orejas tanto cuanto quieran, y que corran alrededor de ti como las moscas hacen; con tal que cuando vengan a picarte y las veas que en alguna manera se detienen en tu corazón, no hagas otra cosa sino simplemente quitarlas de ti; no combatiendo con ellas ni respondiendo, sino haciendo acciones contrarias, cualesquiera que sean, principalmente del amor de Dios; porque si quieres creerme, será mejor que no porfíes en querer oponer la virtud contraria a la tentación que sintieres, porque esto sería casi querer disputar con ella: sino que después de haber hecho una acción de la virtud derechamente contraria, si es que has tenido tiempo de reconocer la calidad de la tentación, vuelvas simplemente tu corazón hacia Jesucristo crucificado, y por una acción de amor para con Él, beses sus sagrados pies. Éste es el mejor medio de vencer el enemigo, tanto en las pequeñas como en las grandes tentaciones; porque el amor de Dios, como contiene en sí todas las perfecciones de todas las virtudes, y más excelentemente que las virtudes mismas,

es también un soberano remedio contra todos los vicios; y tu espíritu, acostumbrándose en todas tentaciones a esta acción general, no estará obligado a mirar y examinar cuáles tentaciones le inquietan; sino simplemente, hallándose congojado, acudirá a este grande y soberano remedio, el cual, fuera de esto, es tan espantoso al espíritu maligno, que cuando ve que sus tentaciones nos provocan a este divino amor, cesa de tentarnos.

Esto es cuanto a las pequeñas y frecuentes tentaciones, con las cuales quien se quisiese detener por menudo, se cansaría y no haría nada.

Capítulo X: *Cómo debemos fortificar nuestro corazón contra las tentaciones*

Considera de tiempo en tiempo qué pasiones dominan más de ordinario en tu alma; y habiéndolas descubierto, escogerás una manera de vivir que las sea de todo punto contraria en pensamientos, en palabras y en obras. Pongo por ejemplo: Si te sintieses inclinada a la pasión de la vanidad, pensarás a menudo en la miseria de esta vida humana; cuánto sus vanidades serán enojosas a la conciencia el día de la muerte; cuán indignas son de un corazón generoso, pues sólo son disparates y embebecimientos de criaturas simples; y semejantes cosas. Hablarás a menudo contra la vanidad, aunque te parezca que esto sea contra tu corazón, y no dejarás de menospreciarla, porque por este medio ganarás reputación con la parte contraria; y a fuerza de decir contra alguna cosa, nos mo-

vemos a aborrecerla, aunque a los principios mostremos tenerla afición. Haz obras de desprecio y humildad las más veces que pudieres, aunque te parezca ser contra tu gusto; porque por este medio te habituarás a la humildad y disminuirás tu vanidad de suerte, que cuando venga la tentación tu inclinación no la podrá del todo favorecer y tendrás más fuerza para combatirla. Si eres inclinada a la avaricia, pensarás a menudo la locura de este pecado, que nos hace esclavos de lo que no es criado sino para servirnos, y que al fin, cuando llegue la muerte, será necesario soltarlo todo y dejarlo en manos de quien podrá ser que lo sepa muy bien desperdiciar, o sea causa de su ruina y condenación; y semejantes pensamientos. Hablarás a menudo contra la avaricia, y alabarás mucho el menosprecio del mundo; harás limosnas, y con ellas obras caritativas; y excusarás algunas ocasiones de adquirir.

Si estuvieres sujeta a enamorar o ser enamorada, pensarás a menudo cuánto este embebecimiento es peligroso, tanto para ti como para los otros; cuán indigna cosa es el profanar y emplear en pasatiempos la más noble afición que hay en nuestra alma; cuán sujeto está esto al menosprecio de una extrema liviandad de espíritu. Hablarás siempre en favor de la pureza y simplicidad de corazón, y usarás lo más que te sea posible de acciones conformes a esto, evitando todas afectaciones y palabras enamoradas.

En fin, en el tiempo de paz, esto es, cuando las tentaciones del pecado a que te hallares sujeta no te apretaren, usarás entonces de acciones de la virtud contraria, y si las ocasiones no se te presentaren, excusarás buscarlas, porque por este medio fortificarás tu corazón contra la tentación futura.

Capítulo XI: *De la inquietud*

La inquietud no es una simple tentación, sino un origen, del cual y por el cual proceden muchas tentaciones. Diré, pues, algo acerca de esto. La tristeza no es otra cosa sino el dolor de espíritu que tenemos del mal que está en nosotros contra nuestro gusto, ya sea el mal exterior, como pobreza, enfermedad o menosprecio, ya interior, como ignorancia, sequedad, repugnancia o tentación. Cuando el alma conoce, pues, que tiene algún mal, siéntelo, y de aquí le nace la tristeza, deseando al mismo punto librarse del mal, y procurando los medios para defenderse de él. Y hasta aquí tiene razón; porque naturalmente, cada uno desea el bien y huye lo que piensa estarle mal.

Si el alma busca los medios para librarse de su mal por el amor de Dios, buscarálos entonces con paciencia, mansedumbre, humildad y tranquilidad, esperando su libertad más de la bondad y providencia de Dios, que de su pena, industria o diligencia. Si busca su libertad por el amor propio, se congojará y fatigará en buscar los medios, como si este bien dependiese más de ella que de Dios. Y no digo yo que ella piense esto; mas digo que se congojará como si lo pensase.

Si no halla luego lo que desea, cae en grande inquietud e impaciencia; lo cual, no quitando el mal precedente, antes aumentándole por el contrario, entra el alma en una congoja y tristeza increíble, con un fallecimiento de ánimo y fuerzas, que le parece ya su mal no tener más remedio. Bien ves, pues, que la tristeza (la cual al principio es justa) engendra la inquietud, y la inquietud engendra después un crecimiento de tristeza, que es en extremo peligrosa.

La inquietud es el mayor mal que puede venir al alma, excepto el pecado; porque como las sediciones

y alborotos interiores de una república, la arruinan totalmente y la estorban que no pueda resistir al extraño, así nuestro corazón, estando alborotado e inquieto en sí mismo, pierde las fuerzas de mantener las virtudes que había adquirido, y asimismo el medio de resistir a las tentaciones del enemigo; el cual entonces procura con todas sus fuerzas pescar, como dicen, en agua turbia.

La inquietud procede de un deseo desordenado de librarnos del mal que sentimos o de conseguir el bien que nos deseamos. Y no obstante esto, no hay cosa que empeore más el mal y que aleje más el bien que la inquietud y congoja.

Los pájaros quedan presos en las redes y lazos porque, hallándose ya empeñados en ellos, trabajan y forcejean cuanto pueden para escaparse; con lo cual tanto más se enredan y enlazan. Cuando tuvieres, pues, deseo de librarte de algún mal o de llegar a algún bien, pondrás ante todas cosas tu espíritu en reposo y tranquilidad, y asentarás el juicio y la voluntad, y después, con blandura y dulzura, procurarás el fin de tu deseo, tomando por orden los medios que serán convenibles. Y cuando digo con blandura, no quiero decir con negligencia, sino sin congoja, alboroto ni inquietud; que de otra suerte, en lugar de conseguir el efecto de tu deseo, lo echarás a perder todo y te embarazarás más cada instante.

"Mi alma está siempre en mis manos, ¡oh, Señor!, y yo no he olvidado tu ley", decía David.[21] Examina más de una vez al día, o a lo menos a la noche y a la mañana, si tienes tu alma en tus manos, o si alguna pasión e inquietud te la ha arrebatado. Considera si tienes tu corazón a tu mandado, o si se te ha escapado de las manos para empeñarse en alguna afición desreglada de amor, de odio, de envidia, de codicia, de miedo, de enojo o de alegría; y si se te ha escapado, le buscarás ante todas

[21] *Salmo* CXVIII, 109.

cosas y llevarás poco a poco a la presencia de Dios, remitiendo todas tus aficiones y deseos debajo de la obediencia y orden de su divina voluntad; porque como aquellos que temen perder alguna cosa preciosa, la tienen bien cerrada en su mano, así, a la imitación de aquel gran rey, debemos siempre decir: ¡Oh, Dios mío!, mi alma está puesta en gran peligro: y así por esto, Señor, la traigo siempre en mis manos, y de esta suerte no he olvidado tu santa ley.

No permitas a tus deseos, por pequeños que sean y de pequeña importancia, que te inquieten, porque después de los pequeños los grandes y más importantes hallarán tu corazón más dispuesto al alboroto y desasosiego. Cuando sintieres acercarse la inquietud, encomiéndate a Dios, y resuélvete en no hacer nada de todo cuanto tu deseo te pidiere; y esto se entiende no habiéndose pasado del todo la inquietud, porque entonces no se puede diferir. Luego, pues, es menester, con un suave y sosegado esfuerzo, detener la corriente de tu deseo, templándola y moderándola cuanto te fuere posible; y después de esto, obrar, no según tu deseo, sino según la razón.

Si puedes descubrir tu inquietud al que conduce tu alma, esto es, a tu confesor, o a lo menos a algún confidente y devoto amigo, no dudes sino que al mismo punto serás apaciguado; porque la comunicación de los dolores de corazón hace el mismo efecto en el alma que la sangría en el cuerpo del que está con calentura continua. Éste es, en fin, el remedio de los remedios. También el rey San Luis dio este aviso a su hijo: "Si tuvieres en el corazón algún descontento, dile al mismo punto a tu confesor o a alguna buena persona, y así podrás llevar tu mal fácilmente, mediante el consuelo que se te dará".[22]

[22] Joinville, *Hist. de S. Loys, in fine.*

Capítulo XII: *De la tristeza*

"La tristeza que es según Dios", dice San Pablo, "obra la penitencia para la salud; la tristeza del mundo obra la muerte".[23] La tristeza, pues, puede ser buena y mala, según las diversas producciones [24] que causa en nosotros. Verdad es que causa más malas que buenas, porque mirado bien, no causa más de dos buenas: éstas son misericordia y penitencia. Para éstas hay seis malas, y son: congoja, pereza, indignación, celos, envidia e impaciencia; lo cual hizo decir al Sabio: "La tristeza arruina a muchos y no causa ningún provecho";[25] porque para dos buenas corrientes que proceden de su origen, hay seis bien malas, como está dicho.

El enemigo se sirve de la tristeza para usar de sus tentaciones con los buenos; porque así como procura se alegren los malos en su pecado, así procura entristecer los buenos en sus buenas obras; y como no puede procurar el mal, sino haciéndole parecer agradable, así también no puede hacer apartar del bien sino haciéndole parecer desagradable. El espíritu maligno se deleita en la tristeza y melancolía, por cuanto él es triste y melancólico, y lo será eternamente, causa por que querría que todos le imitasen.

La mala tristeza alborota el alma, pónela en inquietud, causa temores extraños, quita el gusto de la oración, adormece y oprime el cerebro, priva el alma de consejo, de resolución, de juicio y de ánimo, y abate las fuerzas; es, en fin, como un áspero invierno, que priva a la tierra de toda su hermosura y entorpece todos los animales; quita toda la suavidad del alma y la hace casi imposibilitada e incapaz en todas sus facultades.

23 *II Corintios*, VII, 10.
24 Es decir, "los diversos efectos".
25 *Eclesiástico*, XXX, 25.

Si por ventura, Filotea, te sucediere caer en esta mala tristeza, practicarás los remedios siguientes: "Si alguno está triste", dice Santigo, "que ore".[26] La oración es un soberano remedio, porque levanta el espíritu en Dios, que es nuestra única alegría y consuelo. Encaminarás en tu oración las palabras con que rezares, sean interiores o exteriores, a la confianza y amor de Dios, como si dijeras: ¡Oh, Dios de misericordia!, mi buen Dios, mi Salvador, manso y benigno, Dios de mi corazón, mi alegría, mi esperanza, mi amado esposo, el bien querido de mi alma; y semejantes palabras.

Procura con cuidado mostrarte contraria a lo que te inclina tu tristeza; y aunque te parezca que lo que haces en tal tiempo es con frialdad, desabrimiento y cansancio, no dejes por eso de hacerlo; porque el enemigo, que pretende entibiarnos en las buenas obras por medio de la tristeza, viendo que no por eso dejamos de hacerlas, y que hechas éstas con resistencia, son de más mérito, cesa entonces de afligirnos más.

Canta cánticos espirituales, porque el enemigo por este medio ha muchas veces cesado en sus operaciones. Dígalo el espíritu que poseía a Saúl, cuya violencia reprimía y templaba la música de David.[27]

Es muy bueno el emplearse en obras exteriores, y el diferenciarlas, cuanto más se pueda, para divertir el alma del objeto triste, purificar y calentar los espíritus, por cuanto la tristeza es de complexión fría y seca.

Usarás de acciones exteriores fervorosas, aunque las tales sean sin gusto, abrazando la imagen de un crucifijo, llegándotele al pecho, besándole los pies y manos, levantando tus ojos y tus manos al cielo, arrojando tu voz a Dios con palabras de amor y confianza, como las que se siguen "Mi bien amado es mío, y yo suya";[28] "mi bien amado es para mí un ramillete de mirto, el cual

26 *Sant.*, V, 13.
27 *I Reyes*, XVI, 23.
28 *Cant.*, II, 16.

guardaré entre mis pechos".[29] "Mis ojos se deshacen en ti, ¡oh, Dios mío!, diciendo: ¿Cuándo me consolaréis vos?"[30] Jesús, sed mi Jesús: viva Jesús, y mi alma vivirá. "¿Quién me separará del amor de mi Dios?".[31]

La disciplina moderada es buena contra la tristeza, por cuanto esta voluntaria aflicción exterior alcanza el consuelo interior; y el alma, sintiéndose de los dolores externos, se divierte de los que son internos. La frecuentación de la santa comunión es excelente, porque este pan celeste fortifica el corazón y alegra el espíritu.

Descubrirás todos los resabios, aficiones y sugestiones que resultaren de tu tristeza a tu maestro o padre espiritual, con humildad y fidelidad. Buscarás las conversaciones de personas espirituales, tratándolas lo más que pudieres. Pondráste, en fin, en las manos de Dios, resolviéndote de sufrir cualquier genéro de tristeza pacientemente, como justo castigo de tus vanas alegrías, y no dudes de ninguna manera que Dios, habiéndote por este medio probado, te dejará libre de tal mal.

Capítulo XIII: *De los consuelos espirituales y sensibles, y cómo debemos gobernarnos en ellos*

Continúa Dios el ser de este gran mundo en una perpetua mudanza, por la cual el día se trueca en noche, la primavera en verano, el verano en otoño, el otoño en

29 *Cant.*, I, 12.
30 *Salmo* CXVIII, 82.
31 *Romanos*, VIII, 35.

invierno y el invierno en primavera, y cada uno de los días no parece jamás en todo al otro. Vemos unos nublados, otros acuosos, otros secos y otros ventosos; variedad que trae al universo una admirable hermosura. Lo mismo es del hombre, el cual es, según sentencia antigua, un compendio del mundo.[32] Vemos esto, por cuanto nunca está en un mismo estado, cuya vida se extiende y dilata por la tierra como las aguas, corriendo y ondeando con una perpetua variedad de movimientos, los cuales ya le levantan a grandes esperanzas, ya le abajan por el temor, ya le inclinan a lo justo por el consuelo, ya a lo injusto por la aflicción, sin que jamás sea uno solo de sus días, ni aun de sus horas, parecido por entero al otro. Éste es, pues, un grande e importante aviso. Por esto nos conviene el procurar tener una continua e inviolable igualdad de corazón en una tan grande desigualdad de accidentes. Y aunque todas las cosas se truequen y varíen diversamente para con nosotros, nos es necesario mostrarnos constantes e inmóviles en la sola mira del servicio de nuestro Dios. Tome el navío la derrota que quisiere, que corra al poniente o levante, a mediodía o al septentrión, o ya se vea azotado del más furioso y contrario viento, no por eso su aguja de marear mirará sino la hermosa estrella del polo. Ya se revuelva todo lo de abajo arriba, y no sólo digo en lo exterior, sino en nosotros mismos, esto es, que nuestra alma se vea triste o alegre, consolada o sin consuelo, pacífica o atribulada, en claridad o en tinieblas, en tentación o en reposo, en gusto o disgusto, con desabrimiento o terneza, que el sol la queme, el rocío la refresque, siempre hemos de procurar que la punta de nuestro corazón, nuestro espíritu, nuestra voluntad superior, que es nuestra aguja, mire sin cesar y se extienda perpetuamente al amor de Dios, su Criador, su Salvador, su único y soberano bien. "O que nosotros muramos o que nosotros

[32] Sto, Tomás de Aquino, *In VIII Phys.*, lib. VIII, lect. IV.

vivamos", dice el Apóstol, "si es que somos de Dios, ¿quién nos separará del amor y caridad de Dios?".[33] No, jamás nos podrá apartar cosa de este amor: ni la tribulación, ni la congoja, ni la muerte, ni la vida, ni el dolor presente, ni el temor de los accidentes futuros, ni los artificios de los espíritus malignos, ni la grandeza de los consuelos, ni la profundidad de las aflicciones, ni la terneza, ni el desabrimiento, no nos podrán jamás separar de esta santa caridad fundada en Jesucristo.[34]

Esta tan absoluta resolución de jamás abandonar a Dios ni dejar su dulce amor, sirve de contrapeso a nuestras almas para tenerlas en la santa igualdad en medio de la desigualdad de los diversos movimientos que la condición de esta vida la acarrea; porque así como las abejas, viéndose sobresaltadas del viento en la campaña, se abrazan de las pedrezuelas que pueden, para poder así abalanzarse al aire, sin verse tan fácilmente expuestas al rigor de los vientos, así nuestra alma, habiendo con vivas veras y entera resolución abrazado el precioso amor de Dios, queda constante en medio de la inconstancia y mudanza de los consuelos y aflicciones, así espirituales como temporales, exteriores como interiores.

Fuera de esta general doctrina, nos son necesarios algunos documentos particulares:

1. Digo, pues, que la devoción no consiste en la dulzura, suavidad, consuelo y sensible terneza de corazón, la cual nos provoca a lágrimas y suspiros, y nos da una cierta satisfacción dulce y agradable en el uso de algunos ejercicios espirituales. No, amada Filotea, la devoción y esto no es una misma cosa; porque hay muchas almas que tienen estas ternezas y consuelos, y no obstante no dejan de ser muy viciosas, sin que tengan por consiguiente ningún verdadero amor de Dios, y mucho menos ninguna verdadera devoción. Saúl siguió

[33] *Romanos*, XIV, 8.
[34] *Romanos*, VIII, 35, 38-39.

a David para darle muerte, el cual, huyendo de su persecución por los desiertos de Engadi, se entró con los suyos en una cueva para mejor esconderse, donde Saúl, descuidado, entró solo; y aunque pudiera entonces David matarle, no sólo no quiso hacerlo, ni aun amedrentarle, sino antes, habiéndole dejado salir a su salvo, le llama después para mostrarle su inocencia y hacerle conocer cómo había estado entre sus manos. ¿Qué es lo que hizo, pues, después de esto Saúl para mostrar cómo su corazón se había enternecido para con David? Nombróle por su hijo, y púsose a derramar gran cantidad de lágrimas, alabándole y confesando su benignidad, rogaba a Dios por él y por su futura grandeza, y encomendando su posteridad para después de sus días.[35] ¡Qué mayor dulzura y terneza de corazón podía mostrar! Y con todo eso jamás trocó su alma ni dejó de continuar su persecución contra David con la misma crueldad que antes. Así se hallan personas que, considerando la bondad de Dios y la pasión del Salvador, sienten grandes ternezas de corazón, haciéndoles éstas arrojar lágrimas, suspiros y oraciones, con acciones de gracia muy sensibles, y de manera que dirían que las tales tienen el corazón asaltado de una bien grande devoción; pero viniendo a la prueba, se halla que como las lluvias pasajeras de un ardiente verano, que cayendo groseras gotas sobre la tierra, no la penetran ni sirven sino a la producción de los hongos, setas y semejantes menudencias, así estas lágrimas tiernas, cayendo sobre un corazón vicioso, y no penetrándole, le son de todo punto inútiles; y así vemos que los tales no por eso dejarán un solo maravedí de la hacienda mal adquirida que poseen, ni renunciarán una sola de sus perversas aficiones, ni querrán haber tomado la menor incomodidad del mundo por el servicio del Salvador, a quien habían encomendado sus lágrimas. De suerte que los buenos movimientos que tu-

[35] *I Reyes*, XXVI.

vieron, no son sino ciertos hongos espirituales, los cuales no sólo no son la verdadera devoción, sino manifiestos engaños del enemigo, que engañando las almas con estos pequeños consuelos, las hace contentarse y satisfacerse de esto, para que así no busquen la verdadera devoción, la cual consiste en una voluntad constante, resuelta, pronta y activa en el ejecutar todo aquello que supieren ser voluntad de Dios.

Llorará tiernamente un niño cuando, sangrando a su madre, ve que rompe la vena el barbero; pero si al mismo tiempo su madre, por quien lloraba tanto, le pide una manzana o un papelejo de grajea, el cual tenía en la mano, de ninguna manera querrá dársele. Así son la mayor parte de nuestras tiernas devociones. Viendo dar un golpe de lanza que traspasa el corazón de Jesucristo crucificado, lloramos tiernamente. ¡Ah, pobre de mí, Filotea! Bueno es el llorar en la consideración de esta muerte y pasión dolorosa de nuestro Padre y Redentor, ¿mas por qué no le damos nosotros muy de grado la manzana que tenemos en nuestras manos, la cual nos pide con tantas veras, esto es, nuestro corazón, única manzana de amor? ¿Por qué no le resignamos nuestros menores deseos, deleites y complacimientos, lo cual nos quiere quitar de las manos, y no puede, por cuanto es nuestra grajea, de la cual somos más aficionados y golosos que deseosos de su celeste gracia?

¡Ah, pobre de mí! Todas éstas son amistades de niños: tiernas, pero flacas; fantásticas, pero sin efecto. La devoción, pues, no consiste en estas ternezas y sensibles aficiones, las cuales muchas veces proceden de una naturaleza en sí blanda y susceptible de la impresión que la quieren dar; y algunas veces vienen del enemigo, que para engañarnos en esto, excita nuestra imaginación a la aprehensión propia a tales efectos.

2. Estas ternezas y afectuosas dulzuras son con todo esto a las veces muy buenas y útiles, por cuanto mueven el apetito del alma, confortan el espíritu y juntan

a la prontitud de la devoción un santo regocijo y alegría; lo cual hace nuestras acciones hermosas y agradables, aun en lo exterior. Éste es aquel gusto que se tiene en las cosas divinas, del cual David decía: "¡Oh, Señor, y cuán dulces son tus palabras a mi paladar! Son más dulces que la miel a mi boca".[36] Y es cierto que el menor consuelo de devoción que recibimos, vale de cualquier manera más que las más excelentes y mayores recreaciones del mundo. Los pechos y la leche, esto es, los favores del Esposo divino, son mejores al alma que el vino[37] más precioso de los placeres de la tierra. El que ha gustado de ellos tiene todos los demás consuelos por hiel y ajenjos. Y como los que tienen la yerba scítica en la boca reciben una grande dulzura que no sienten ni hambre ni sed,[38] así aquellos a quien Dios ha dado este maná celeste de suavidades y consuelos interiores no pueden desear ni recibir los consuelos del mundo para lo que es tomar gusto y embebecerse en ellos. Son éstos principios de suavidades inmortales que da Dios a las almas que le buscan; son granos azucarados que da a sus hijos para celebrarlos; son aguas cordiales que les presenta para confortarlos; y son también a veces las arras de recompensas eternas. Dicen que Alejandro Magno, navegando en alta mar, descubrió primeramente la dichosa Arabia por medio de los suaves olores que el viento le sacudía, con que tomó ánimo y se lo dio a todos sus compañeros.[39] Así nosotros recibimos muchas veces dulzuras y suavidades en este mar de la vida mortal, las cuales sin duda nos hacen antes gustar los regalos de aquella patria dichosa y celeste a la cual aspiramos.

36 *Salmo* CXVIII, 103.
37 *Cant.*, I, 1.
38 Plinio, *Hist. nat.*, XXV, 43.
39 Plinio, *Ibíd.*, XII, 42.

3. Pero dirásme, sin duda, que pues hay consuelos sensibles que son buenos y vienen de Dios, y no obstante hay otros inútiles, peligrosos y aun perniciosos, que proceden, o de naturaleza o asimismo del enemigo, ¿cómo podrás discernir los unos de los otros, y conocer los malos o inútiles entre los buenos? Sea, pues, una general doctrina, querida Filotea, cuanto a los deseos y pasiones de nuestras almas, que las debemos conocer por sus frutos.[40] Aquel corazón es bueno, que tiene buenos deseos; y los deseos y pasiones son buenos, cuando producen en nosotros buenos efectos y santas acciones. Si las dulzuras, ternezas y consuelos nos hacen más humildes, pacientes, tratables, caritativos y compasivos para con el prójimo; más fervorosos en mortificar nuestras concupiscencias y malas inclinaciones; más constantes en nuestros ejercicios; más manejables y obedientes para con los que debemos obediencia; más simples en nuestra vida; sin duda, Filotea, que los tales consuelos y ternezas serán de Dios. Mas si estas dulzuras no tienen dulzuras sino para nosotros, y nos hacen curiosos, agrios, puntillosos, impacientes, porfiados, fieros, presuntuosos, duros para con el prójimo; y que pensando ser ya pequeños santos no queremos sujetarnos más a la dirección ni a la corrección, indubitablemente estos tales serán consuelos falsos y perniciosos. Un buen árbol no produce sino buenos frutos.

4. Cuando sintiéremos estas dulzuras y consuelos, menester hemos humillarnos mucho delante de Dios.

1) Guardémonos, pues, de decir cuando estas dulzuras nos arriben: Yo soy sin duda bueno. No, Filotea: éstos son bienes que no nos hacen mejores; porque, como tengo dicho, no consiste en esto la devoción. Diga-

[40] *Mateo,* VII, 16. En el original se lee a continuación esta frase olvidada por Quevedo: *Nuestros corazones son árboles, nuestras pasiones y afectos son sus ramas, y las obras o acciones dellas los frutos.*

mos antes: "¡Oh, y cuán bueno es Dios con los que esperan en Él y con las almas que le buscan!".[41] El que tiene el azúcar en la boca, no puede decir que su boca sea dulce; mas podrá decir que el azúcar es dulce. Así, aunque esta dulzura espiritual es muy buena, y Dios que nos la da es buenísimo, no por eso se sigue que aquel que la recibe sea bueno.

2) Conozcamos ser aún pequeños niños, que tenemos necesidad de leche, y que estas grandes dulzuras nos son dadas por cuanto aún tenemos el espíritu tierno y delicado, y que tiene necesidad de tales cebos y mantenimientos para ser tirado al amor de Dios.

3) Mas después de esto (hablando generalmente y y por lo ordinario) recibamos con humildad estas gracias y favores, y tengámoslas por en extremo grandes, no por cuanto lo son en sí mismas, como porque es la mano de Dios quien nos las pone en el corazón, como haría una madre, que por regalar a su hijo, ella misma le metiese los granos de grajea en la boca uno a uno; porque si el tal niño tuviese algún juicio, más estimaría la dulzura del agasajo y caricia de la madre que la dulzura de la grajea misma. Así que, Filotea, no es poco el tener semejantes dulzuras; pero es la dulzura de las dulzuras el considerar que Dios con su mano amorosa y maternal nos las pone en la boca, en el corazón, en el alma y en el espíritu.

4) Habiéndolas recibido con esta humildad, empleémoslas cuidadosamente según la intención del que nos las da. ¿Por qué pensamos, pues, que Dios nos da estas dulzuras? Para hacernos dulces y mansos para con todos, y enamorados para con Él. Da la madre la grajea al niño porque la bese. Besemos, pues, también nosotros a nuestro Salvador, pues nos acaricia por medio de estos consuelos. Besar, pues, al Salvador, es el obe-

[41] *Lament.*, III, 25.

decerle, el guardar sus mandamientos, el hacer su voluntad, el seguir sus deseos, y en fin, el abrazarle tiernamente con obediencia y fidelidad. Cuando hubiéremos, pues, recibido algún consuelo espiritual, menester es aquel día mostrarnos diligentes en el hacer bien y en el humillarnos.

5. Es menester, además de todo esto, renunciar de cuando en cuando tales dulzuras de consuelos y ternezas, separando nuestro corazón de ellas y protestando que aunque las recibamos humildemente y las amemos, por cuanto Dios nos las envía, y que nos provocan a su santo amor, no por eso son las tales las que buscamos, sino Dios y su santo amor; no el consuelo, sino el consolador; no la dulzura, sino el dulce Salvador; no la terneza, sino aquel que es suavidad del cielo y de la tierra; y en esta afición y deseo debemos resolvernos y quedar firmes en el santo amor de Dios, aunque en toda nuestra vida no recibiésemos ningún consuelo; y así diremos igualmente sobre el monte Calvario como sobre el del Tabor: "¡Oh Señor, y cuán bien me está el estar con vos",[42] ya estéis en cruz o ya en gloria!

6. Finalmente te advierto, que si te viniese alguna notable abundancia de tales consuelos, ternezas, lágrimas y dulzuras, o alguna cosa de extraordinario en ellas, las confieras y comuniques con fidelidad con tu confesor, para que así aprendas cómo te has de moderar y comportar en ellas; porque está escrito: "¿Has hallado la miel? Come la que te basta".[43]

[42] *Mateo,* XVII, 4.
[43] *Proverbios,* XXV, 16.

Capítulo XIV: *De las sequedades y esterilidades espirituales*

Harás, pues, como te acabo de decir, querida Filotea, cuando tuvieres semejantes consuelos. Pero este tiempo hermoso y tan agradable, no durará siempre; antes te sucederá hallarte a veces tan privada de la devoción, que te parecerá ser tu alma una tierra desierta, infructuosa y estéril, en la cual no hay ni senda ni camino para hallar a Dios, ni ninguna agua de gracia que la pueda rociar, por ser su sequedad tan grande, que parece quererla volver de todo punto estéril. ¡Ah, pobre de mí, y cuán digna de compasión es el alma que se ve en este estado, y principalmente cuando este mal es vehemente! Porque entonces, a imitación de David, se sustenta de lágrimas noche y día, mientras el enemigo, por hacerla desesperar, se burla de ella, diciéndola: ¡Ah, pobre de ti! "¿Dónde está tu Dios?".[44] ¿Por qué camino le podrás tú hallar? ¿Quién te podrá volver ya más la alegría de su santa gracia?

¿Qué es lo que harás tú en tal tiempo, Filotea? Tendrás, pues, cuenta, de dónde te viene el mal. Nosotros mismos somos muchas veces causa de nuestras esterilidades y sequedades.

1. Como una madre rehúsa el azúcar a su hijo viéndole sujeto a las lombrices, así Dios nos quita los consuelos cuando en ellos recibimos algún vano complacimiento y nos ve sujetos al gusano de la soberbia y presunción. Saludable me es, ¡oh Dios mío!, que vos me humilléis, y eso sin duda porque antes que vos me hubierais humillado, yo os había ofendido.[45]

[44] *Salmo* XLI, 4.
[45] *Salmo* CXVIII, 71, 67.

2. Cuando nos mostramos negligentes en recoger las suavidades y regalos del amor de Dios a su tiempo, entonces nos los quita, en castigo de nuestra pereza. El israelita que no cogía el maná muy de mañana, después no podía habiéndose mostrado el sol, porque entonces se deshacía todo.[46]

3. Vémonos a veces echados en una cama de contentos sensuales y consuelos perecederos, como se veía la esposa sagrada en los *Cánticos*.[47] El Esposo de nuestras almas llama a la puerta de nuestro corazón: inspíranos que nos volvamos a nuestros ejercicios espirituales; pero nosotros regateamos esto con Él, por cuanto sentimos el dejar estos vanos embebecimientos y el apartarnos de estos falsos contentos. Por esto, pues, pasa adelante y nos deja atollados; después, cuando le queremos buscar, tenemos no poco trabajo en hallarle; pero habémoslo bien merecido, pues nos mostramos tan infieles y desleales a su amor, que rehusamos el ejercicio espiritual por seguir el de las cosas del mundo. Mas quien se sustenta de la harina de Egipto, no es bien participe del maná del cielo. Las abejas aborrecen todos los olores artificiales, y las suavidades del Espíritu Santo son incompatibles con los regalos artificiosos del mundo.

4. La duplicidad y disimulación de ingenio, ejercitado en las confesiones y comuniones espirituales que se hacen con el confesor, causa las sequedades y esterilidades; que pues tú mientes al Espíritu Santo, no es de maravillar si Él te rehúsa su consuelo; pues tú no quieres ser simple y sin doblez como un niño, tampoco tendrás la grajea de los niños.

5. Tú te hallas muy bien sola con los contentos mundanos; y así no es mucho si los regalos espirituales se te dan escasamente. Las palomas ya solas[48] (dice el

[46] *Éxodo*, XVI, 21.
[47] *Cant.*, V, 2-6.
[48] *Hartas*, dice el original (*saoules*).

antiguo proverbio), hallan amargas las cerezas. "Hinchado ha de bienes", dice nuestra Señora, "a los hambrientos, y a los ricos ha dejado vacíos".[49] Los que son ricos de placeres mundanos, no son capaces de los espirituales.

6. Si hubieres conservado bien los frutos de los consuelos recibidos, sin duda que tendrás otros nuevos, porque a aquel que los tiene se le darán aún más, y a aquel que no tiene los que se le han dado; mas a quien los ha perdido por su culpa, se le quitarán aun los que no tiene;[50] esto es, que le privarán de las gracias que le estaban preparadas. Vemos que la lluvia vivifica las plantas ya verdes; mas a las que no lo están, antes las quita la vida que aún no tienen, porque al mismo punto las podrece y daña. Por muchas y semejantes causas perdemos los consuelos devotos y caemos en sequedad y esterilidad de espíritu.

Examinemos, pues, nuestras conciencias, y veamos si hallamos en nosotros semejantes faltas. Mas notarás, Filotea, que no se debe hacer este examen con inquietud ni demasiada curiosidad; antes, después de haber con fidelidad considerado cerca de esto nuestras acciones, si es que hallamos en nosotros la causa del mal, daremos gracias a Dios, porque el mal se tiene por medio sano cuando se ha descubierto la causa de él. Si, al contrario, no vieres nada en particular que te parezca haber causado esta sequedad, no te embebezcas ni detengas en buscar con más curiosidad la causa; sino con toda simplicidad, sin más examinar ninguna curiosidad, haz lo que te diré.

1) Humíllate cuanto puedas delante de Dios, conociendo tu poquedad y miseria. ¡Ay de mí! ¡Qué es lo que soy yo, cuando en mí misma no soy otra cosa,

49 *Lucas*, I, 53.
50 *Mateo*, XIII, 12; XXV, 29.

oh Señor, sino una tierra seca, la cual, abierta por todas partes, muestra la sed que tiene de las aguas del cielo, y es el mal, que entretanto el viento la disipa y vuelve en polvo!

2) Invoca a Dios y pídele su alegría. "Volvedme, ¡oh Señor!, la alegría de vuestra salud".[51] "Padre mío, si es posible, traspasad este cáliz de mí".[52] ¡Quítateme de delante, oh vicio infructuoso causa de la sequedad de mi alma! ¡Y ven tú, oh gracioso viento de los consuelos, y sopla en mi jardín,[53] y así sus buenas aficiones y deseos derramarán olor de suavidad!

3) Acude a tu confesor, ábrele bien tu corazón, hazle ver todos los dobleces de tu alma, y toma los consejos que te diere con gran simplicidad y humildad; porque Dios, que ama infinito la obediencia, hace muchas veces útiles los consuelos ajenos, y en particular los de los confesores, aunque por entonces no haya grande apariencia, como hizo provechosas a Naamán las aguas del Jordán, de las cuales Eliseo, sin ninguna apariencia de razón humana, le mandó usara.[54]

4) Mas después de todo esto, nada hay tan provechoso, nada tan fructuoso en semejantes sequedades y esterilidades como el no aficionarse ni desvelarse en el deseo de librarse de ellas. No digo yo que simplemente no procuremos el huirlas; pero digo que no debemos procurarlo con porfía, sino antes dejarlo a la sola voluntad y especial providencia de Dios, para que Él se sirva de nosotros cuando fuere servido en medio de semejantes espinas y trabajos. Digamos, pues, a Dios en tal tiempo: "¡Oh Padre!, si es posible, pasad de mí este cáliz". Mas juntemos también palabras de grande ánimo: "Con todo esto, no mi voluntad, sino la vuestra, sea hecha".

51 *Salmo* L, 14.
52 *Mateo*, XXVI, 39; *Lucas*, XXII, 42.
53 *Cant.*, IV, 16.
54 *IV Reyes*, V, 14.

Y quedémonos en esto con el mayor reposo que nos sea posible; porque Dios, viéndonos en esta santa indiferencia, nos consolará con más gracias y favores, como cuando vio a Abraham resuelto de privarse de su hijo Isaac, que se contentó viéndole indiferente en esta pura resignación, consolándole por una visión y su dulce bendición.[55] Debemos, pues, en toda suerte de aflicciones, así corporales como espirituales, sucediéndonos semejantes distracciones o substracciones en la devoción, decir de todo nuestro corazón, y con una profunda sumisión: "El Señor me ha dado consuelos, el Señor me los ha quitado: sea bendito su santo nombre"; [56] porque perseverando en esta humildad, sin duda nos dará sus regalados favores, como hizo a Job, que constantemente usaba de semejantes palabras en todos sus trabajos.

5) Finalmente, Filotea, entre todas nuestras sequedades y esterilidades, nunca perdamos el ánimo, sino antes esperando con paciencia los consuelos, sigamos siempre nuestra derrota. No dejemos por esto ningún ejercicio de devoción; antes, siendo posible, multiplicaremos nuestras buenas obras; y no pudiendo presentar a nuestro caro Esposo las confituras líquidas, presentémosle las secas, porque lo uno y lo otro será lo mismo, con tal que el corazón que se las ofrece esté perfectamente resuelto en el querer amarle. Cuando la primavera es hermosa, hacen las abejas más miel y crían menos, porque al favor del buen tiempo se embebecen y ocupan tanto en hacer su cosecha sobre las flores, que se olvidan de su producción. Mas cuando la primavera es áspera y nublosa, entonces hacen más abejuelas y menos miel; porque, como no pueden salir a hacer su cosecha, se emplean entonces en su multiplicación. Sucede muchas veces, querida Filotea, que viéndose el alma en la hermosa primavera de los consuelos

[55] *Génesis*, XXII, 15-18.
[56] *Job*, I, 21.

espirituales, se embebece tanto en el juntarlos, que con abundancia de estos dulces regalos hace muchas menos obras buenas; y al contrario, hallándose en las asperezas y esterilidades espirituales, multiplica tanto más las obras sólidas y virtuosas, cuanto se ve privada de los sentimientos agradables de devoción, abundando en la generación interior de las verdaderas virtudes de paciencia, humildad, abyección de sí misma, resignación y abnegación de su amor propio.

Es un grande abuso de muchos, y principalmente de las mujeres, el creer que el servicio que hacemos a Dios sin gusto, sin terneza de corazón y sin sentimiento, sea menos agradable a la Majestad divina; pues al contrario nuestras acciones son como las rosas, las cuales, aunque es verdad que estando frescas tienen más gracia, con todo eso, cuando secas, tienen más olor y fuerza, y de la misma manera, aunque nuestras obras hechas con terneza de corazón nos son agradables (digo a nosotros, por cuanto no miramos sino a nuestro propio deleite), con todo eso las que hacemos con sequedad y esterilidad tienen más olor y valor delante de Dios. Sí, Filotea, en tiempo de sequedad y desabrimiento, nuestra voluntad nos lleva al servicio de Dios como por fuerza; por consiguiente ha de ser de necesidad más rigurosa y constante que en tiempo de terneza. No es mucho servir a un príncipe en la dulzura de un tiempo próspero y apacible y en medio de los regalos de la corte; pero servirle en las asperezas de la guerra y en medio de las revueltas y persecuciones, será sin duda una verdadera señal de constancia y fidelidad. La beata Ángela de Foligno dice que la oración más agradable a Dios es la que se hace por fuerza y contrición: ésta es aquella a la cual nos ponemos, no por algún gusto que tengamos, ni por inclinación, sino solamente por agradar a Dios, a lo cual nuestra voluntad nos lleva como constreñidos, forzando y repugnando las sequedades y repugnancias que se le oponen. Lo mismo digo de

toda suerte de buenas obras; porque cuantas más contradicciones tuviéremos en el hacerlas, sean exteriores o interiores, tanto más estimadas y preciadas son delante de Dios; y cuanto menos particular interés hubiere en el seguimiento de las virtudes, tanto más la pureza del amor divino lucirá en nosotros. El niño besa fácilmente a su madre cuando le da azúcar; pero será señal clara de amarla en extremo si la besa después de haberle dado amargos ajenjos.

Capítulo XV: *Confirmación y aclaración de lo que se ha dicho por un ejemplo notable*

Para darte esta instrucción más evidente, quiero ponerte aquí un excelente pedazo de la historia de San Bernardo, como lo he hallado en este docto y entendido autor.[57] Dice, pues, así: "Es cosa ordinaria casi a todos los que comienzan a servir a Dios, y que no están aún experimentados en las substracciones de la gracia, ni en las mudanzas espirituales, que viniéndoles a faltar este gusto de la devoción sensible y esta agradable luz que los convida a darse priesa en el camino de la devoción, pierden al mismo punto el ánimo y caen en pusilanimidad y tristeza de corazón. La gente bien entendida da esta razón: que la naturaleza racional no pue-

[57] *Vita prima S. Bernhardi*, IV, 3.

de por largo tiempo durar hambrienta y sin ningún deleite, o celeste o terrestre. Como las almas, pues, relevadas sobre sí mismas con la prueba de los placeres superiores, renuncian fácilmente los objetos visibles, así también, cuando por la disposición divina les es quitada la alegría espiritual, hallándose también entonces privadas de los consuelos corporales, y no estando aún acostumbradas a esperar con paciencia la vuelta del verdadero sol, les parece que están ni en el cielo ni en la tierra, y que han de quedarse sepultadas en una noche eterna; y como niños pequeñuelos que se aíran cuando les quitan la teta, así también se quejan, lloran y se muestran importunas y enojosas, principalmente consigo mismas. Esto, pues, aconteció en el viaje, del cual hay cuestión, a uno de la tropa, llamado Godofredo de Perona, nuevamente dedicado al servicio de Dios. Éste, pues, hallándose de improviso con una cierta sequedad y falta de consuelo, y ocupada el alma de mil tinieblas lóbregas e interiores, comenzó a volver a la memoria sus amigos mundanos, sus parientes, los ejercicios y vanidades que poco antes había dejado, por cuyo medio fue asaltado de una tan áspera tentación, que no pudiéndola encubrir en el semblante, se lo conoció uno de sus más confidentes y amigos; el cual, llegándose con disimulación y dulces palabras, le dijo en secreto: '¿Qué es esto, Godofredo? ¿Cómo estás tan pensativo y pesaroso, cosa tan fuera de tu costumbre?' Entonces Godofredo, con un suspiro profundo del alma, respondió así: 'Hermano mío, sabrás que ya en mi vida podré estar alegre'; con cuyas palabras, movido el amigo a piedad, se fue luego con un celo fraterno a contarlo al común padre San Bernardo; el cual, viendo el peligro, se entró en la primera iglesia, donde rogó a Dios por él. Godofredo, durante esto, combatido por la tristeza y apoyando la cabeza sobre una piedra, se quedó dormido; pero después de pequeño rato se levantaron entrambos, el uno de la oración con la gracia ya alcan-

zada, y el otro del sueño con la cara risueña y serena. Maravillándose de esto su amigo, viendo en él tan arrebatada mudanza, no pudo dejar de reprenderle amigablemente lo que poco antes le había respondido. Godofredo le replicó: 'Si antes te dije que jamás yo me vería contento, ahora te aseguro que jamás me veré triste.' "

Tal fue el suceso de la tentación de esta devota persona. Notarás, pues, en lo que se te ha contado, Filotea:

1. Que Dios da de ordinario algún anticipado gusto de los regalos celestes a los que entran en su servicio, para retirarlos por este medio de los deleites terrenos y animarlos en el seguimiento del amor divino, como una madre que para tirar y cebar su hijuelo a la teta, le pone la miel en el pezón della.

2. Es también este buen Dios quien a veces (según su sabia disposición) nos quita la leche y la miel de los consuelos, para que por este medio aprendamos a comer el pan seco y sólido de una devoción vigorosa, ejercitada a la prueba de disgustos y tentaciones.

3. Que a veces, de las sequedades y esterilidades de espíritu, se levantan muy grandes tentaciones, y que entonces es necesario combatirlas animosamente, porque las tales no son de Dios; pero debemos sufrir las sequedades, pues Dios las ha ordenado para nuestro ejercicio.

4. Que no debemos jamás perder el ánimo entre los enojos interiores ni decir como el buen Godofredo: "Jamás yo me veré alegre"; porque en medio de la noche debemos esperar la luz, y recíprocamente en el más hermoso tiempo espiritual que podemos tener, no debemos tampoco decir: "Jamás me veré triste"; porque, como dice el Sabio, "en los días dichosos debemos acordarnos de la desdicha".[58] Hase de esperar entre los tra-

58 *Ecl.*, XI, 27.

bajos y temer entre las prosperidades; y tanto en una como en otra ocasión, debemos humillarnos.

5. Que es un soberano remedio el descubrir su mal a algún amigo espiritual que nos pueda dar consuelo.

En fin, para conclusión de este advertimiento tan necesario, noto que en todas las cosas y asimismo en éstas, nuestro buen Dios y nuestro enemigo tienen también contrarias pretensiones; porque Dios, por ellas nos quiere conducir a una gran pureza de corazón, a una propia renunciación de nuestro propio interés en lo que es de su servicio, y a una perfecta desnudez de nosotros mismos; pero el enemigo nuestro procura emplear sus fuerzas para hacernos perder el ánimo y hacernos volver del lado de los placeres sensuales, haciéndonos enojosos para con nosotros mismos y los otros, para afear y difamar la santa devoción; pero si observas los documentos que te he dado, verás cómo aumentas en extremo tu perfección en el ejercicio que usares entre las aflicciones interiores; de las cuales no quiero acabar el propósito sin decirte aún una palabra. Algunas veces los disgustos, las esterilidades y sequedades proceden de la indisposición del cuerpo, como cuando por el exceso de las vigilias, de los trabajos y ayunos, nos hallamos combatidos del cansancio, adormecidos y pesados, y con otras tales enfermedades, las cuales, aunque proceden del cuerpo, no dejan de incomodar el espíritu por la estrecha atadura que hay entre ellos. En tales ocasiones, pues, debemos acordarnos siempre de hacer más actos de virtud con nuestro espíritu y voluntad superior; porque aunque parezca estar toda nuestra alma dormida, y acabada del cansancio y desabrimiento, no por eso las acciones de nuestro espíritu dejan de ser muy agradables a Dios; y podemos decir en tal tiempo como la Esposa sagrada: 'Yo duermo; pero mi corazón vela."[69] Y como he dicho atrás, si hay menos gusto en

[69] *Cant.*, V, 2.

el trabajar de esta suerte, no por eso deja de haber más merecimiento y virtud.

Mas el remedio en esta ocurrencia es el alentar el cuerpo con alguna suerte de legítima recreación y entretenimiento. Así San Francisco ordenaba a sus religiosos que fuesen de tal manera moderados en sus trabajos, que no destruyesen el fervor del espíritu.[60]

Y a propósito de esto, este glorioso padre una vez se vio contristado y perseguido de una tan profunda melancolía de espíritu, que no podía dejar de mostrarla en sus movimientos: porque si quería conversar con sus religiosos, no podía; si se apartaba de ellos, se hallaba peor. La abstinencia y la mortificación de la carne le afligían, y la oración no le aliviaba nada. Viose dos años de esta suerte, y de manera, que parecía estar de todo punto abandonado de Dios; mas en fin, después de haber con humildad sufrido esta áspera tempestad, el Señor le dio en un momento una dichosa tranquilidad. Esto es para darte a entender que los mayores siervos de Dios están sujetos a tales sequedades, y que los menores no deben espantarse si se hallan en algunas.

60 *Regula S. Franc. . . .*

Quinta parte: *Ejercicios y avisos necesarios para renovar el alma y confirmarla en la devoción.*

Capítulo I: *Que debemos cada año renovar los buenos propósitos por los ejercicios siguientes*

El principal punto de estos ejercicios consiste en conocer bien su importancia. Nuestra humana naturaleza se aparta fácilmente de sus buenos propósitos por la fragilidad y mala inclinación de nuestra carne, la cual agrava nuestra alma y la procura tirar e inclinar hacia abajo, si a menudo no se levanta hacia arriba a viva fuerza de resolución. Así como los pájaros tornan a menudo a caer en tierra, no continuando en romper el aire para mantenerse por este medio en su vuelo, así también, amada Filotea, tienes tú necesidad de reiterar y repetir muy a menudo los buenos propósitos que hubie-

res hecho de servir a Dios, temiendo que no haciendo esto no caigas en tu primer estado o en otro por ventura mucho peor;[1] porque las caídas espirituales tienen esta propiedad: que nos ponen siempre en más bajo estado que aquel en que nos hallábamos cuando subimos a lo alto de la devoción. No hay reloj, por bueno que sea, que no sea menester subirle la cuerda dos veces al día: a la mañana y a la noche; y después de esto es menester también desarmarle, por lo menos una vez al año, para limpiarle de todas sus piezas, enderezar las torcidas y reparar las que están usadas. Así también, el que tiene un verdadero cuidado de su amado corazón, debe remontarle a Dios a las noches y a las mañanas por medio de los ejercicios ya dichos; y fuera de esto debe considerar a menudo su estado, enmendándole y acomodándole cuanto pueda al servicio de Dios; y en fin, por lo menos una vez al año, debe desarmarle y mirar todas sus piezas una a una, esto es, todos sus deseos, aficiones y pasiones, para que así pueda reparar todas sus faltas. Y como el relojero unta todas las ruedas, los traveses y el muelle con algún aceite delicado para que sus movimientos sean más mansos y más seguros, y que esté menos sujeto al orín y herrumbre, así la persona devota, después de haber desmontado o desarmado su corazón para mejor rehacerle y renovarle, le debe usar por medio de los sacramentos de la confesión y de la eucaristía. Este ejercicio reparará tus fuerzas, debilitadas del tiempo, confortará tu corazón, hará reverdecer tus buenos propósitos y reflorecer las virtudes de tu espíritu.

Los antiguos cristianos practicaban esto con mucho cuidado en el día aniversario del bautismo de nuestro Señor; en el cual, como dice San Gregorio, obispo de Nacianzo,[2] renovaban la profesión y las protestaciones

[1] *Lucas*, XI, 26.
[2] *Oratio* XXXIX, 20.

que se hacen en este sacramento. Hagamos lo mismo, querida Filotea, disponiéndonos y empleándonos en esto con muchas veras y alegría.

Habiendo, pues, escogido el tiempo conveniente, según el parecer de tu confesor, y habiéndote retirado algo más a la soledad real y espiritual que lo ordinario, harás una, dos o tres meditaciones sobre los puntos siguientes, según el método que te he dado en la segunda parte.

Capítulo II: *Consideración sobre el beneficio que Dios nos hace llamándonos a su servicio, según la protestación arriba dicha*

1. Considera los puntos de tu protestación.[3] El primero es el haber dejado, desechado, detestado y renunciado para siempre todo pecado mortal. El segundo es el haber dedicado y consagrado tu alma, tu corazón y tu cuerpo, con todo aquello que de esto depende, al amor y servicio de Dios. El tercero es que si te sucediese caer en alguna mala acción, te levantarás al mismo punto, mediante la gracia de Dios. ¿No son, pues, dime, éstas, hermosas, justas, dignas y generosas resoluciones? Piensa bien en tu alma cuán santa, justa y razonable es esta protestación.

[3] Parte I, cap. XX.

2. Considera a quién has hecho esta protestación, que es a Dios. Si las palabras de razón dadas a los hombres nos obligan estrechamente, ¿cuánto más obligarán las que damos a Dios? "¡Ah, Señor!", decía David, "a vos es a quien mi corazón lo ha dicho: mi corazón ha trazado esta buena palabra: jamás la olvidaré".[4]

3. Considera en presencia de quién, y que ha sido a la vista de toda la corte celeste. La Virgen, San José, tu buen ángel, San Luis, toda esta celeste compañía te miraba, y aprobaba tu protestación, mirándote con ojos de un amor indecible, postrando tu corazón a los pies del Salvador, consagrándole a su servicio; por lo cual hicieron una general alegría por toda la celeste Jerusalén, y aun harán ahora la conmemoración, si con entero corazón renuevas tus buenos propósitos y resoluciones.

4. Considera por qué medios hiciste tu protestación. ¡Ay de mí, y cuán manso y dulce se te mostró Dios en este tiempo! Dime, pues, por tu vida, ¿no te viste convidada con mil dulces halagos del Espíritu Santo? Las cuerdas con que tiró Dios tu pequeña barquilla a este puerto de salud, ¿no te parece que fueron de amor y caridad?[5] Mira cómo te fue cebando con su divino azúcar, por los sacramentos, por la lectura y por la oración. ¡Ay de mí, amada Filotea! Tú dormías y Dios te velaba, poniendo en tu corazón pensamientos de paz[6] y meditando por ti meditaciones de amor.

5. Considera en qué tiempo Dios te tiró a estas grandes resoluciones; porque si fue en la flor de tu edad, fue, Filotea, no pequeña dicha el aprender tan pronto lo que no podemos saber sino muy tarde. San

[4] *Salmos* XXVI, 8; XLIV, 2; CXVIII, 16.
[5] *Oseas*, XI, 4.
[6] *Jerem.*, XXIX, 11.

Agustín, habiendo sido tirado de Dios[7] de edad de treinta años, decía: "¡Oh, antigua hermosura!, ¿cómo te he conocido yo tan tarde? ¡Ay de mí, que te veía y no te conocía!"[8] Y también tú podrás decir: ¡Oh dulzura antigua!, ¿por qué no te he yo antes gustado? ¡Ay de mí, que no obstante esto, no la conocías tú entonces! y por esto, reconociendo cuánta gracia te ha hecho Dios de tirarte así en tu juventud, di con David: "¡Oh, Dios mío!, tú me has alumbrado y tocado desde mi juventud, y para siempre yo invocaré tu misericordia."[9] Y si ha sido en tu vejez, hallarás, Filotea, haberte Dios hecho no pequeña gracia en que después de haber tan mal perdido tantos años precedentes, al fin Dios te ha llamado antes de la muerte, parando el curso de tu miseria en tiempo donde si hubieras continuado, quedaras miserable para siempre.

Considera los efectos de esta vocación, y hallarás en ti, según entiendo, una dichosa mudanza, comparando lo que eres con lo que fuiste. ¿No tienes tú, dime, por gran felicidad, el saber hablar a Dios por medio de la oración? ¿El tener deseo de quererle amar? ¿El haber evitado muchos pecados y embarazos de conciencia? Y en fin, ¿el haber comulgado tan a menudo, cosa en que antes ponías tanto descuido, uniéndote a este santo manantial de gracia eterna? ¡Ah, Filotea, y cuán grandes son estas gracias! Menester es, pues, Filotea mía, pesarlas en el peso del santuario. La mano derecha de Dios es la que ha obrado todo esto. "La buena mano de Dios", dice David, "ha hecho virtud: su diestra me ha relevado. No moriré, pues; sino viviré, y cantaré de corazón, de boca y con obras las maravillas de su bondad."[10]

7 "Atraído por Dios".
8 *Confesiones*, X, 27.
9 *Salmo* LXX, 17.
10 *Salmo* CXVII, 16-17.

Después de todas estas consideraciones, las cuales, como ves, nos colman de buenos deseos, debemos concluir simplemente por una acción de gracias y una oración encaminada al aprovechamiento de lo dicho, retirándote con humildad y con gran confianza en Dios, no haciendo el fin de estas resoluciones hasta después del segundo punto de este ejercicio.

Capítulo III: *Del examen de nuestra alma sobre el adelantamiento en la vida devota*

Este segundo punto del ejercicio es un poco largo; y así, cuanto a su práctica, te digo que no es necesario le hagas todo de una vez, sino en diversas veces: como si tomases lo que mira a tus acciones para con Dios, y esto por una vez; lo que mira a ti mismo otra vez; lo que toca al prójimo otra; y la consideración de las pasiones la cuarta vez. No será tampoco necesario que estés de rodillas, sino al principio, y a la fin, con que se aprenden las aficiones. Los otros puntos del examen los podrás hacer con utilidad paseándote, y aun mejor en la cama, si por ventura puedes estar en ella por algún tiempo sin desabrimiento ni gana de dormir. Para hacer, pues, esto, es necesario haberlos antes leído. No obstante esto, es necesario el hacer todo este segundo punto en tres días y dos noches cuando más, tomando de cada día y de cada noche alguna hora, digo algún tiempo, sea el que pudieres; porque si este ejercicio no se hiciese sino en tiempos muy distantes el uno del

otro, perdería su fuerza y causaría impresiones muy flojas. Después de cada punto del examen, notarás en lo que hayas faltado y en lo que tienes falta, y los principales distraimientos que has sentido, para declararte y tomar consejo, resolución y alivio espiritual; y aunque en tales días que hicieres este ejercicio y los otros no sea necesario el retirarte absolutamente de las conversaciones, con todo eso no se excusa [11] el retirarte un poco, particularmente hacia la noche, para que así puedas acostarte más temprano, reposando el cuerpo y el espíritu, necesarios a la consideración. Y entre día habrás también de hacer frecuentes aspiraciones a Dios, a nuestra Señora, a los ángeles y a toda la Jerusalén celeste; y es también necesario que todo esto se haga con un corazón enamorado para con Dios y la perfección de tu alma. Para comenzar, pues, bien este examen:

1. Ponte primeramente en la presencia de Dios.

2. Invoca el Santo Espíritu, pidiéndole luz y claridad para que puedas bien conocerte, como San Agustín, que se lamentaba delante de Dios en espíritu de humildad, diciendo: "¡Oh, Señor!, haced que os conozca y que me conozca"; [12] y San Francisco, que preguntaba a Dios: "¿Quién sois vos y quién soy yo?" Protestarás no notar tu adelantamiento para lo que es regocijarte en ti misma, sino para alegrarte en Dios; ni para glorificarte, sino para glorificar al Señor y darle gracias.

Protestarás también que, si como tú piensas, descubres el haber aprovechádote poco, o bien atrasádote, que no por eso te entibiarás ni refrescarás con ninguna suerte de miedo ni flaqueza de corazón, sino que al contrario, procurarás animarte más, humillarte y remediar las faltas mediante la gracia divina.

11 O sea, "es imprescindible".

12 *Soliloq.*, II, 1.

Hecho esto, considerarás mansa y sosegadamente de qué manera hasta la hora presente te has llevado para con Dios, para con el prójimo y para contigo misma.

Capítulo IV: *Examen del estado de nuestra alma para con Dios*

1. Considera cuál es tu corazón contra el pecado mortal y si tienes una resolución firme de nunca más cometerle por ningún caso que pueda venirte, y si esta resolución ha durado desde tu protestación hasta el presente. En esta resolución consiste el fundamento de la vida espiritual.

2. Considerarás cuál es tu corazón para con los mandamientos de Dios, y si los hallas buenos, dulces y agradables. Quien tiene, hija mía, el gusto en buena disposición y sano el estómago, el tal apetece las buenas viandas y desecha las malas.

3. Considerarás cuál es tu corazón para con los pecados veniales. Mal podríamos guardarnos de caer en alguno por un camino o por otro: mas notarás si hay alguno a que tengas particular afición y también (que aun esto sería peor) si hay alguno a que tengas afición y amor.

4. Considerarás cuál es tu corazón para con los ejercicios espirituales: si los amas, si te enfadan, si te disgustan, y a cuál de ellos tienes tú más o menos inclinación. El oír la palabra de Dios, el leerla, discurrir en ella, meditar, aspirar en Dios, confesarte, recibir

los avisos espirituales, aparejarte a la comunión, enfrenar tus aficiones; mirarás cuál de esto hallas repugna tu corazón; y si hallas alguna cosa a que tu corazón tenga menos inclinación, examina de dónde le procede este disgusto y qué es la causa.

5. Considerarás cuál es tu corazón para con Dios mismo; si se alegra en acordarse de Él y si siente en esto una agradable dulzura. Dice David: "Yo me he acordado de Dios y me he deleitado".[13] Mirarás si siente tu corazón cierta felicidad en amarle y un gusto particular en saborearse con este amor. Notarás si tu corazón se recrea en pensar en la inmensidad de Dios, en su bondad, en su suavidad; si esta memoria de Dios te viene en medio de las ocupaciones del mundo y sus vanidades, si se hace hacer lugar, si harta tu corazón, si te parece que tu corazón se vuelve de su lado, y si en cierta manera va como marchando adelante. Es cierto que hay almas de esta manera.

6. Si vuelve un casado de alguna jornada larga, al mismo punto que su mujer le oye y siente su voz, aunque por entonces se halle embarazada y embebecida con alguna violenta consideración, con todo eso no dejará de olvidar todos los otros pensamientos por pensar en su recién venido y amado marido. De la misma manera sucede a muchas almas amadoras de Dios: que aunque se hallen más embebecidas y embarazadas de negocios, luego que les toca el corazón la memoria de Dios, no hay cosa que no olviden ni de que no se deshagan por no perder esta dulce y bien venida memoria. Señal en extremo buena.

7. Considerarás cuál es tu corazón para con Jesucristo, Dios y hombre, y si recibes gusto con Él. Las abejas gustan mucho de andar cerca de su miel, y los moscones de andar cerca de la hediondez y porquerías;

[13] *Salmo* LXXVI, 4.

así, las buenas almas tienen su gusto cerca de Jesucristo y sienten una extrema terneza de amor para con Él; mas las malas sólo se alegran en medio de las vanidades.

8. Considerarás cuál es tu corazón para con nuestra Señora, con los santos, con tu ángel: si los amas mucho, si tienes una especial confianza en su benevolencia, si sus imágenes, sus vidas y sus alabanzas te son agradables.

9. Cuanto a tu lengua, considerarás cómo hablas de Dios, si te agradas en decir bien de Él, según tu condición y fuerzas, y si te deleitas en cantar los cánticos.

10. Cuanto a las obras, pensarás si tienes en el corazón la gloria exterior de Dios, y si haces alguna cosa a su honra; porque los que aman a Dios, aman con David el ornato de su casa.[14]

11. Notarás si te has apartado de alguna afición mala, y si has renunciado alguna cosa por Dios; porque es una buena señal de amor el privarse de alguna cosa en favor de aquel que se ama. ¿Qué es lo que has tú, pues, dejado por el amor de Dios?

Capítulo V: *Examen de nuestro estado para con nosotros mismos*

1. Mira cómo te amas a ti misma, y si te amas demasiado para este mundo; porque si es así desearás quedarte siempre en él y tendrás un extremo cuidado

[14] *Salmo* XXV, 8.

en arraigarte en la tierra; pero si te amas para el cielo, desearás, o por lo menos te quietarás fácilmente en el tiempo de la partida de este siglo, cuando llegue la hora que nuestro Señor fuere servido de darte.

2. Mira si tienes buena orden en el amor de ti misma; porque el mayor enemigo que tenemos es el amor de nosotros propios. El amor, pues, ordenado quiere que amemos más el alma que el cuerpo; que tengamos más cuidado en adquirir las virtudes que otra ninguna cosa; que tengamos más cuenta con la honra divina que con la baja y caduca. El corazón bien ordenado, muchas veces, dirá en sí mismo: "¿Qué dirán los ángeles si yo pienso en tal cosa?" Y no: "¿Qué dirán los hombres?"

3. Mirarás qué tal es el amor que tienes a tu corazón, y si te enfadas de servirle en sus achaques y enfermedades. No es pequeño, Filotea, el cuidado que debes tener en socorrerle y hacerle socorrer cuando sus pasiones le atormentan, dejando por esto todo lo demás.

4. Notarás cuál te estimas tú delante de Dios. Será en nada sin duda; mas advierte que no es grande humildad que una mosca no se estime en nada en comparación de un gran monte; ni que una gota de agua se tenga por nada en comparación del mar; ni que una sola centella de fuego se conozca por nada en comparación del sol. La verdadera humildad consiste en no estimarnos más que los otros, ni querer ser estimado de los otros en más que ellos.

5. Cuanto a la lengua, mirarás si te alabas de una suerte y de otra, y si te adulas y alabas a ti propia hablando de ti misma.

6. Cuanto a las obras, notarás si recibes algún placer contrario a tu salud; quiero decir placer vano, inútil, demasiado, desvelado y sin sujeto; y semejantes.

Capítulo VI: *Examen del estado de nuestra alma para con nuestro prójimo*

Menester es amarse mucho el marido y la mujer, y esto con un amor dulce, sosegado, firme y continuo. Debe, pues, hacerse esto en primer lugar, por cuanto Dios lo ordena así; lo mismo digo de los hijos y parientes cercanos, también de los amigos, cada uno según su puesto.

Mas para hablar en general, mirarás cuál es tu corazón para con tu prójimo, y si le amas cordialmente y por amor de Dios. Para bien discernir esto, habrás menester representarte ciertas personas envidiosas y desagradables; porque en éstas es donde se ejercita el amor de Dios para con el prójimo, y mucho mejor con los que nos hacen algún mal de efecto y de palabra. Examina si tu corazón es franco en su particular, y si sientes gran contradicción en el amarlo.

Mira si te hallas pronta en el hablar del prójimo murmurando, y en particular de aquellos que no te aman; si haces mal al prójimo o directa o indirectamente. Por poca razón y discurso que uses, conocerás todo esto.

Capítulo VII: *Examen sobre las aficiones de nuestra alma*

Heme extendido en los puntos dichos, porque en su examen consiste el conocimiento del adelantamiento espiritual que se ha hecho; porque cuanto al examen

de los pecados, es sólo para las confesiones de los que no piensan adelantarse.

No es, pues, necesario el trabajarse sobre cada uno de estos artículos, sino con suavidad, considerando el estado en que nuestro corazón se ha hallado tocante a ellos desde nuestra resolución, y qué faltas notables son las que hubiéremos cometido.

Y para abreviar todo esto, es menester reducir el examen al conocimiento de nuestras pasiones; y si nos enfada el considerar tan por menudo (como se ha dicho) cuáles hemos sido, podremos examinar en esta forma cuáles habemos sido y de qué suerte nos hemos comportado:

En nuestro amor para con Dios, para con el prójimo y para con nosotros mismos.

En nuestros deseos, tocante a los haberes, tocante a se halla en nosotros y para el pecado que se halla en los otros; porque es cierto que debemos desear el fin del uno y del otro.

En nuestros deseos, tocante a los haberes, tocante a los placeres y tocante a las honras.

En el temor de los peligros de pecar y de las pérdidas de las posesiones de este mundo; porque de ordinario se teme demasiado lo uno y muy poco lo otro.

En la esperanza puesta en el mundo y en las criaturas, y muy poco en Dios y en las cosas eternas.

En la tristeza, si es muy excesiva por cosas vanas.

En la alegría, si es muy excesiva y por cosas indignas.

Miraremos, en fin, qué aficiones tienen nuestro corazón ocupado, qué pasiones le poseen y en lo que principalmente se hubiere distraído.

Porque por las pasiones del alma conocemos cuál es su estado, tocándolas una después de la otra; porque así como un músico de laúd tocando todas las

cuerdas, las que halla disonantes las viene a templar, sea bajándolas o ya subiéndolas, así, después de haber tocado y reconocido el amor, el odio, el deseo, el temor, la esperanza, la tristeza y la alegría de nuestra alma, si es que hallamos todo esto mal sonante al tono que queremos tocar, que es la gloria de Dios, podrémoslo acordar muy bien mediante su gracia y el consejo de nuestro confesor.

Capítulo VIII: *Aficiones que debemos tener después del examen*

Después de haber con blandura considerado cada punto del examen y visto el estado en que estás,[16] darás lugar a las aficiones siguientes:

Darás gracias a Dios por la enmienda que hubieres hallado en tu vida después de tu resolución, y reconoce que ha sido su misericordia sola la que ha obrado en ti y por ti.

Humíllate cuanto puedas delante de Dios, reconociendo que si no te ha adelantado más ha sido por tu falta y por no haber con fidelidad animosa y constantemente correspondido a las inspiraciones, claridades y movimientos que te ha dado en la oración; y entonces:

[16] En la traducción de Quevedo se lee *y voto en que está*, error manifiesto, ya que el texto original dice: *et veû à quoy vous en estes*.

Promete alabarle para siempre por las gracias recibidas; y así te retirarás de tu inclinaciones y llegarás a la enmienda. Pídele perdón por la infidelidad y deslealtad con que has correspondido.

Ofrécele tu corazón para que se haga de todo punto Señor de él.

Suplícale te haga fiel de todo punto.

Invoca a los santos, la Virgen, tu ángel, tu patrón, San José y otros.

Capítulo IX: *Consideraciones propias para renovar nuestros buenos propósitos*

Después de bien hecho el examen y haber bien conferido con algún digno conductor las faltas y su enmienda, tomarás las consideraciones siguientes, haciendo una cada día por manera de meditación y empleando el tiempo de tu oración; y esto que sea siempre con el mismo método que has usado en las meditaciones de la primera parte, poniéndote ante todas cosas en la presencia de Dios, implorando su gracia, para que por su medio puedas establecerte en su santo amor y servicio.

Capítulo X: *Consideración primera. De la excelencia de nuestras almas*

Considerarás la nobleza y excelencia de tu alma, que tiene un entendimiento, el cual conoce no sólo todo este mundo visible, mas conoce aun que hay ángeles y un paraíso; conoce que hay un Dios soberanísimo, bonísimo e inefable; conoce que hay una eternidad; y conoce más lo que es propio para vivir en este mundo visible, y para juntarse con los ángeles en el paraíso y gozar de Dios para siempre.

Tiene más tu alma, y es una voluntad del todo noble, la cual puede amar a Dios y no le puede aborrecer en sí misma. Mira tu corazón, y verás cuán generoso es, y que así como no puede nada detener las abejas en ninguna cosa corrompida, antes sólo se detienen sobre las flores, así tu corazón no puede tener reposo sino sólo en Dios, sin que ninguna criatura pueda satisfacerle ni hartarle; si no, piensa en los más amados y divertidos embebecimientos en que otras veces has ocupado tu corazón, y dime la verdad si los tales no estaban llenos de inquietud y molestia de pensamientos carcomidos y cuidados importunos, en medio de los cuales tu pobre corazón se veía miserable.

Va tu corazón corriendo para las criaturas con grandes ansias, pensando poder contener sus deseos; pero tan presto como ha ejecutado cuanto imaginaba, echa de ver la vanidad de su intento, pues nada le puede satisfacer ni contentar. No quiere Dios, Filotea, que nuestro corazón halle ningún lugar donde pueda reposar, de la misma manera que la paloma salida del arca de Noé,[16] para que así se vuelva a su Dios, del cual

[16] *Génesis*, VIII, 9.

ha sando. ¡Ah, y cuánta hermosura de naturaleza hay en nuestro corazón! ¿Por qué pues, le tendremos nosotros contra su voluntad en el servicio de las criaturas?

¡Oh, alma mía! (dirás tú) tú puedes oír y querer a Dios. ¿Por qué, pues, te embebecerás tú en cosa menor? ¿Si tú puedes pretender la eternidad, qué hay que detenerte en los momentos? Ésta fue una de las quejas del hijo pródigo, que habiendo podido vivir regaladamente a la mesa de su padre, comía suciamente a la de las bestias.[17] ¡Oh, alma mía!, tú eres capaz de Dios. Desventurada de ti si te contentas con menos que Dios. Levanta mucho tu alma en esta consideración; muéstrala cómo es eterna y digna de la eternidad; llénala de ánimo acerca de este sujeto.

Capítulo XI: *Segunda consideración. De la excelencia de las virtudes*

Considera que las virtudes y la devoción pueden solas contentar tu alma en este mundo. Mira, pues, cuán hermosas son; haz comparación de las virtudes y vicios que les son contrarios; la suavidad que hay en la paciencia, comparada a la venganza; en la mansedumbre, comparada a la ira y enojo; en la humildad, comparada a la arrogancia y ambición; en la liberalidad, comparada a la avaricia; en la caridad, comparada a la envidia, y en la templanza, comparada a los des-

17 *Lucas*, XV, 16-17.

órdenes. Las virtudes tienen esto admirable: que deleitan el alma con una dulzura y suavidad incomparable, después que se han ejercitado; y al contrario, los vicios la cansan infinito, la descarrían y pierden. ¿Por qué, pues, no procuraremos nosotros adquirir estas suavidades?

De los vicios vemos que quien tiene pocos no está contento; y quien tiene muchos, menos. Mas de las virtudes, el que tiene bien pocas alcanza aún contento; y quien muchas, mucho más. ¡Oh vida devota, y cuán hermosa eres, cuán dulce, agradable y suave! Tú mitigas las tribulaciones y haces suaves las consolaciones. Sin ti, el bien es mal y los placeres llenos de inquietudes, alborotos y desvanecimientos. ¡Ay de mí!, que quien te conociera pudiera bien decir con la Samaritana: *Domine, da mihi hanc aquam*: "¡Señor, dame esta agua!",[18] aspiración muy frecuente a la beata madre Teresa y a Santa Catalina de Sena,[19] aunque por diferentes sujetos.

Capítulo XII: *Tercera consideración. Sobre el ejemplo de los santos*

Considera el ejemplo de toda suerte de santos: qué es lo que ellos no hicieron para amar a Dios y ser sus devotos. Mira los mártires, invencibles en sus resolu-

18 *Juan*, IV, 15.

19 El autor se refiere en realidad a Santa Catalina *de Génova* (de *Gennes*, en el original).

ciones, qué tormentos dejaron de padecer para mantenerlas. Mira sobre todo tantas hermosas doncellas, más blancas que la azucena en pureza y más encarnadas que la rosa en caridad, que las unas a doce, las otras a trece, quince, veinte, y veinte y cinco años, sufrieron mil suertes de martirios antes que apartarse un punto de su resolución; y no sólo en lo que tocaba a la protestación de la fe, sino en lo que tocaba a la protestación de la devoción: las unas muriendo antes que abandonar su virginidad: las otras antes que dejar de servir a los afligidos, consolar los atormentados y amortajar los muertos. ¡Oh buen Dios y Señor, y cuánta constancia ha mostrado este sexo frágil en semejantes ocurrencias!

Mira tantos santos confesores, con qué valor han menospreciado el mundo y cómo se han hecho invencibles en sus resoluciones. Nada les pudo hacer prevaricar, pues las abrazaron tan animosamente, y las mantuvieron sin excepción; que es lo que dice San Agustín de Mónica, con cuánta firmeza seguía su empresa de servir a Dios en su matrimonio y en su viudez;[20] y San Jerónimo de su amada hija Paula[21] en medio de tantos traveses y en medio de tanta variedad de accidentes. ¿Qué es lo que nosotros de buena razón dejaremos de hacer con tan buenos patrones? Todos éstos eran lo mismo que nosotros: hacían lo que hacían por el mismo Dios y por las mismas virtudes. ¿Por qué no haremos, pues, nosotros otro tanto, según nuestra vocación y estado, por medio de nuestra resolución y santa protestación?

20 *Confesiones*, IX, 9.

21 *Ep.* CVIII, *ad Eustoch. in Epitaph. Paulæ*, 20.

Capítulo XIII: *Cuarta consideración. Del amor que Jesucristo nuestro Señor nos tiene*

Considera el amor con que Jesucristo nuestro Señor ha sufrido tanto en este mundo, y particularmente en el jardín de Olivete y monte Calvario. Este amor te miraba, y por medio de estas penas y trabajos alcanzaba del Padre eterno buenas resoluciones y protestaciones para tu corazón, y por el mismo medio alcanzaba todo lo que te es necesario para mantener, alimentar, fortificar y consumar estas resoluciones. ¡Oh, santa resolución, y cuán preciosa eres! Hija en fin, de tal madre, como la pasión de nuestro Salvador. ¡Oh, cuánto te debe amar mi alma, pues fuiste tan amada de mi buen Jesús! ¡Oh Salvador mío! Vos moristeis para adquirirme estas buenas resoluciones: dadme, pues, Señor, la gracia que yo muera antes de perderlas.

¿No ves tú, Filotea mía, cómo el corazón de nuestro amado Jesús veía el tuyo desde el árbol de la cruz, y le amaba, por cuyo amor te alcanzaba todos los bienes de que gozas y gozarás, y entre otras, nuestras buenas resoluciones? Sí, amada Filotea, bien podemos todos decir como Jeremías: "¡Oh Señor!, antes que yo fuera, vos me mirabais y me llamabais por mi nombre".[22] Y esto porque verdaderamente su divina bondad prepara en su divino amor y misericordia todos los medios generales y particulares para nuestra salvación, y por consiguiente nuestras resoluciones. Así como una mujer preñada apareja la cuna, los pañales y mantillas, y asimismo una ama para la criatura que espera, aunque la tal aún no esté en el mundo, así también nuestro Señor, habiéndote concebido en su bondad y pre-

[22] *Jer.*, I, 5.

ndiendo sacarte a la luz del mundo para tu salvación y hacerte hija suya, preparó sobre el árbol de la cruz todo lo que era necesario para tu buena dicha. Éstos son todos los medios, todos los atraimientos y todas las gracias, con las cuales induce tu alma y la quiere guiar a la perfección. Nuestro Señor, pues, según esto, estaba en estado de preñez cuando estaba en el árbol de la cruz.

¡Ah, buen Dios, y con cuántas veras debríamos arraigar esto en nuestra memoria! ¿Es posible que haya yo sido amada, y amada con tanta dulzura de mi Salvador, que se pusiese a pensar en mí, en mi particular, y en todas aquellas pequeñas ocurrencias por las cuales me ha tirado a sí? Con razón debemos, pues, estimar y amar todo esto, y emplearlo a nuestra utilidad. Nota esta consideración. Aquel corazón amigable de mi Dios pensaba en Filotea, la amaba y la procuraba mil medios para su salvación, tanto como si no hubiera habido otra alma en el mundo en quien hubiese pensado. Así como el sol alumbrando una parte de la tierra, no la alumbra menos que si no alumbrase otra parte más que aquella sola, de la misma manera nuestro Señor pensaba y cuidaba por todos sus amados hijos, y de suerte pensaba en cada uno de nosotros, como si no pensara en todos los demás. "Él me amó", dice San Pablo, "y se dio por mí";[23] como si dijese: por mí solo, de la misma manera que si no hubiera hecho nada por los demás. Esto, pues, Filotea, debe estar grabado en tu alma para mejor conservar y mantener tu resolución, la cual ha sido tan estimada en el corazón de tu Salvador.

23 *Gálatas*, II, 20.

Capítulo XIV: *Quinta consideración. Del amor eterno de Dios para con nosotros*

Considera el amor eterno que Dios te ha tenido; porque antes que nuestro Señor Jesucristo, siendo hombre, padeciese en la cruz por ti, su Divina Majestad te tenía en su soberana bondad y te amaba en extremo. ¿Pero cuándo comenzó Dios a amarte? Comenzó, pues, cuando comenzó a ser Dios. ¿Y cuándo comenzó a ser Dios? Nunca, porque siempre lo fue sin principio ni fin; y así también te ha amado desde *ab aeterno*. Por esto, pues, te preparaba las gracias y favores que te ha hecho; y Él mismo lo dice por el Profeta: "Yo te amo" (contigo habla de la misma manera que con otro) "con una caridad perpetua, y por esto te he tirado[24] teniéndote piedad".[25] Pensado ha, pues, entre otras cosas, en hacerte tomar resolución de servirle. ¡Oh, buen Dios, cuáles resoluciones son éstas! Pues Dios las ha pensado, meditado y trazado desde su eternidad, ¡cuán caras y preciosas nos deben ser las tales! ¿Qué es lo que nosotros deberíamos sufrir antes que perder la mínima parte de ellas? Antes que hacerlo deberíamos ver perecer todo el mundo, porque también sabemos que todo el mundo junto no vale lo que un alma, y un alma no vale nada sin nuestras buenas resoluciones.

[24] Es decir, "te he atraído".
[25] *Jeremías*, XXXI, 3.

Capítulo XV: *Aficiones generales sobre las consideraciones precedentes, y conclusión del ejercicio*

¡Oh, amadas resoluciones mías! Vosotras sois el hermoso árbol de vida que mi Dios ha plantado por su propia mano en medio de mi corazón, el cual quiere asimismo mi Salvador regar con su sangre para hacerle que lleve fruto. Antes pasaré mil muertes que dar lugar a que ningún viento me le desarraigue. Ni la vanidad, ni los regalos, ni las riquezas, ni las tribulaciones serán bastantes a ello. Mas, ¡oh Señor mío!, qué bien sé ser vos mismo quien ha plantado y en vuestro seno paterno guardado eternamente este árbol hermoso para mi jardín. ¡Cuántas almas habrá que no han sido favorecidas de esta suerte! ¿Cómo, pues, podré yo jamás humillarme bastantemente delante de vuestra misericordia?

¡Oh hermosas y santas resoluciones! Si yo os conservo, vosotras me conservaréis. Si vosotras vivís en mi alma, mi alma vivirá con vosotras. Vivid, pues, para siempre, ¡oh resoluciones mías!, eternas en la misericordia de Dios. Estad y vivid eternamente en mí, para que nunca os abandone.

Después de estas resoluciones, es menester que particularices los medios importantes para mantener estas amadas resoluciones, y que protestes el querer siempre aprovecharte de ellas con fidelidad, y de la frecuencia de la oración, de los sacramentos, de las buenas obras, la enmienda de las faltas reconocidas en el segundo punto, y el seguimiento de los avisos que te serán dados a este fin. Lo cual hecho, como consecutivamente protestarás mil veces que continuarás en tus resoluciones, y como si tuvieras tu corazón, tu alma y tu voluntad en tus manos, las dedicarás, consagrarás y sacrificarás

a Dios, protestando no volverlas a tomar más, sino dejarlas en las manos de su Divina Majestad, para seguir en todo y por todo sus mandamientos. Ruega a Dios te renueve de todo punto, que bendiga tu renuevo de protestación y que la favorezca. Invoca a la Virgen, tu ángel, los santos y San Luis.

Irás con este movimiento de corazón a los pies de tu padre espiritual. Acusaráste de las faltas principales que hubieras notado haber cometido. Después de tu confesión general, recibe la absolución de la misma manera que hiciste la primera vez; pronunciarás delante la protestación y confirmarásla; y en fin, irás a unir tu corazón renovado a su principio y Salvador; esto es, al santísimo sacramento de la Eucaristía.

Capítulo XVI: *De los sentimientos que se deben tener después de este ejercicio*

El día que hubieres hecho este renuevo y los siguientes, repetirás muy a menudo de corazón y de boca aquellas fervorosas palabras de San Pablo, de San Agustín, de Santa Catalina de Sena,[26] y otros.

"No, yo no soy más mía. O que yo viva o que yo muera, yo soy de mi Salvador. Yo no tengo más de mí ni mío: y mío es Jesús, mi mío es el ser suya."

26 *De Gennes* (Génova), dice aquí también el original francés.

¡Oh mundo! Tú eres siempre tú mismo, y yo siempre he sido yo misma. Mas de aquí adelante yo no seré más yo misma. No, nosotros ya no seremos nosotros mismos, porque tendremos el corazón trocado; y el mundo que nos ha tanto engañado, será engañado en nosotros, porque no apercibiendo nuestra mudanza, por ser poco a poco, pensará que somos siempre de los de Esaú, y seremos de los de Jacob.

Será menester que todos estos ejercicios reposen dentro del corazón, y que apartándonos de su consideración y meditación, entremos con tiento en los negocios y conversaciones, temiendo que el licor de nuestras resoluciones no se derrame y pierda, porque es menester que se deshaga y penetre bien todas las partes del alma; y que no obstante, sea todo esto sin forzar el espíritu ni el cuerpo.

Capítulo XVII: *Respuesta a dos objeciones que pueden ponerse sobre esta* Introducción

Diráte el mundo, Filotea mía, que estos ejercicios y avisos son en tan grande número, que quien los quiera observar no podrá atender a otra cosa. ¡Ay de mí, amada Filotea! Cuando nosotros no hiciéramos otra cosa, haríamos harto bien, pues haríamos lo que deberíamos hacer en este mundo. Verdad es que si fuese necesario hacer todos estos ejercicios todos los días, no nos darían lugar a otra cosa; mas no es necesario hacerlos

sino a su tiempo y lugar, y cada uno según la ocurrencia. ¿Cuántas leyes hay civiles, las cuales deben ser observadas? Mas se entiende según la ocurrencia, y no que sea necesario practicarlas todas cada día. Cuanto a lo demás, David, rey cargado de negocios dificultosísimos, usaba de más ejercicios que yo te he puesto aquí. San Luis, rey admirable, así en la guerra como en la paz, el cual, con un cuidado sin igual, administraba la justicia y manejaba los negocios más graves, oía dos misas cada día, decía vísperas y completas con su capellán, hacía su meditación, visitaba los hospitales, confesábase todos los viernes, disciplinándose; oía los sermones muy a menudo, y hacía muchas veces conferencias espirituales; y con todo esto no perdía una sola ocasión del bien público, que no la ejecutase diligentemente, siendo entonces su corte más lucida y festejada que en tiempo de sus predecesores. Usa, pues, sin temor de estos ejercicios, según te he enseñado, y Dios te dará bastante lugar y fuerza para acudir a los demás negocios, aunque para ello debiese hacer parar el sol, como hizo en el tiempo de Josué.[27] No es poco lo que hacemos cuando Dios trabaja con nosotros.

Dirá el mundo que llevo yo la mira a que mi Filotea tenga el don de la oración mental, y que, no obstante esto, no todos le pueden tener, y que así esta *Introducción* no servirá para todos. Es verdad, y sin duda he llevado siempre este fin; y es también verdad que todos no tienen el don de la oración mental; pero también lo es que casi todos le pueden tener, y aun hasta los más groseros, con tal que tengan buenos confesores y que ellos quieran trabajar para adquirirle tanto cuanto él lo merece. Y si se halla faltar este don en alguna suerte de grado (lo cual pienso no poder acaecer sino muy raramente), el prudente confesor ha-

[27] *Josué*, X, 12-14.

rá fácilmente suplir esta falta por la atención que enseñará tener en leer, o en oír las mismas consideraciones que están puestas en las meditaciones.

Capítulo XVIII: *Tres últimos y principales avisos para esta* Introducción

Harás todos los primeros días del mes la protestación que está en la primera parte, después de la meditación; y todos los momentos que puedas, protestarás el quererla observar, diciendo con David: "Nunca jamás olvidaré tus justificaciones, ¡oh Dios mío!, porque en ellas, Señor, me has vivificado."[28] Y cuando sintieres algún distraimiento en tu alma, tomarás tu protestación en tus manos, y postrada en espíritu de humildad, la pronunciarás de todo tu corazón; y así hallarás un grande alivio y consuelo.

Harás profesión abierta de querer ser devota; y no digo de ser devota, sino de querer serlo; y no tengas vergüenza de las acciones comunes e importantes que nos guían y conducen al amor de Dios. Procura siempre ensayarte en la meditación, como en querer también antes morir que pecar mortalmente. Protestarás también que has de frecuentar a menudo los sacramentos y seguir los consejos de tu director (aunque muchas veces no sea necesario el nombrarle por muchas razones); por-

[28] *Salmo* CXVIII, 93.

que esta libertad de confesar que queremos servir a Dios, y que nos hemos consagrado a su amor con una especial afición, es muy agradable a su Divina Majestad, que no quiere que tengamos vergüenza de Él ni de su cruz: pues vemos que ésta antes corta el camino a muchos enredos que el mundo a cada paso desea ponernos, y nos obliga a su seguimiento.

Los filósofos se publicaban por filósofos porque los dejasen vivir filosóficamente; y nosotros debemos hacernos conocer por deseosos de la devoción porque nos dejen vivir devotamente; que si alguno te dijere que se puede vivir devotamente sin la práctica de estos avisos y ejercicios, no por eso lo niegues; pero responderásle amigablemente que tu flaqueza es tan grande, que ha menester más ayuda y socorro que los otros.

En fin, amada Filotea mía, yo te conjuro por cuanto hay sagrado en el cielo y en la tierra; por el bautismo que has recibido, por los pechos que Jesucristo mamó, por le corazón caritativo con que te ama y por las entrañas de la misericordia en que esperas, que continúes y perseveres en esta dichosa empresa de la vida devota. "Nuestros días se pasan, la muerte está a la puerta, la trompeta", dice San Gregorio Nacianceno, "toca a la retirada: cada uno se prepare, porque el Juicio se acerca".[29] La madre de San Sinforiano, viendo que le llevaban al martirio, le gritaba cerca de sus orejas: "Hijo mío, hijo mío, acuérdate de la vida eterna: mira al cielo y considera quién reina en él. El fin cercano terminará bien presto el breve curso de esta vida." Lo mismo, pues, Filotea mía, puedo yo decirte. Mira al cielo y no le pierdas por la tierra; mira al infierno, no te eches en él por los que son solos momentos. Mira a Jesucristo: no le niegues por el mundo; y cuando la pena de la vida devota te pareciere dura, cantarás con

[29] Nicetas David, *In Tetrasticha S. Gregor. Naz.*, 229.

San Francisco: "Los mayores trabajos me parecen pasatiempos, considerando los bienes que después de ellos espero."[80]

Viva Jesús, a quien con el Padre y Espíritu Santo sea honra y gloria, ahora y para siempre y en los siglos de los siglos. Amén.

80 *Fioretti*, "Considerazione prima sulle stimmate".

Indice

SEGUNDA PARTE: *DIVERSOS AVISOS PARA LEVANTAR EL ALMA A DIOS POR LA ORACIÓN Y SACRAMENTOS*

TERCERA PARTE: *MUCHOS AVISOS NECESARIOS AL EJERCICIO DE LAS VIRTUDES*

CUARTA PARTE: *AVISOS NECESARIOS CONTRA LAS TENTACIONES MÁS ORDINARIAS*

QUINTA PARTE: *EJERCICIOS Y AVISOS NECESARIOS PARA RENOVAR EL ALMA Y CONFIRMARLA EN LA DEVOCIÓN*

Esta obra fue terminada de imprimir el día 30 de abril de 1980 en Artes Gráficas Cadop, Zañartú 1383, Buenos Aires.

La **INTRODUCCION A LA VIDA DEVOTA** (1608), obra clásica de la espiritualidad católica, es uno de los escritos más característicos del santo obispo de Ginebra. La afabilidad de temperamento, la cortesía de gentilhombre y la erudición humanística que distinguían a Francisco de Sales impregnan cada una de sus páginas, y contribuyen no poco al objetivo principal del libro, que es hacer de la vida "devota", es decir dedicada al amor de Dios y del prójimo, algo accesible y atrayente para todos los estados de vida y condiciones sociales: religiosos y seglares, hombres y mujeres, célibes y casados.

La piedad salesiana se opone radicalmente tanto al intolerante puritanismo de los calvinistas como al rigorismo que algo más tarde pretenderían imponer dentro de la Iglesia los jansenistas; y sin ampliar –cosa imposible– el camino estrecho de la perfección, lo despeja –al decir del cardenal Wiseman– de malezas y piedras que lo obstaculizaban. La **INTRODUCCION** resume, en lenguaje llano y estilo ameno y cálido –vertido en eximio castellano por Quevedo y Villegas– los tesoros de la ascética patrística, medieval y moderna, adaptándolos a las situaciones concretas de sus lectores, no todos llamados a la vida monástica, pero no por eso excluidos de la vocación a la santidad.



Descendiente de noble familia saboyana, Francisco nació en el castillo de Sales, cerca de Annecy, en 1567. Estudió en París con los jesuitas, como alumno externo, retórica y filosofía, y luego leyes en Padua. De regreso en Saboya, decidió hacerse sacerdote, contra los deseos de su padre, que había preparado ya su matrimonio y su entrada en el Senado. Ordenado en 1593, predicó varios años en el Chablais, sobre el lago Leman, tierra entonces asolada por los conflictos con los calvinistas, y convirtió a miles de éstos. En 1602 fue hecho obispo de Ginebra, donde desplegó fecunda acción apostólica durante 20 años. Escribió cartas y tratados, y fundó con Santa Juana de Chantal la orden de la Visitación. Falleció el 28 de diciembre de 1622. Es Doctor de la Iglesia y Patrono de escritores y periodistas.

